Entre la calma y la tempestad
Sabrina Mercado

ENTRE LA CALMA Y LA TEMPESTAD

Sabrina Mercado

Imagen de portada: Mont Saint Michel at sunset, France. © beatrice prève/ar.fotolia.com

©2019 Sabrina Mercado

www.sabrinamercado.com.ar

Mail: info@sabrinamercado.com.ar

IG: @sabrina.escritora

FB: @sabrinamercadoescritora

A mis lectores, sin ellos nada de esto sería posible.

“Si no hubieras sufrido como has sufrido, no tendrías profundidad como ser humano, ni humildad ni compasión. El sufrimiento abre la caparazón del ego, pero llega un momento en que ya ha cumplido su propósito. El sufrimiento es necesario hasta que te das cuenta de que es innecesario.”

ECKHART TOLLE

PRÓLOGO

El grito retumbó en toda la casa.

Se dejó caer en el sofá con el libro abierto en la última página.

Las pesadas cajas de cartón invadían toda la sala. Solo una estaba abierta, aquella de la cual Amelia había extraído el ejemplar.

Su libro. Su primera publicación.

El envío llegó puntual a las nueve de la mañana. Ni siquiera había tomado su café con leche que yacía, frío, en la mesada de la cocina. ¿Acaso iba a perder el tiempo desayunando si todo lo que quería era tener por fin, su propia obra entre sus manos?

Casi se cortó un dedo tratando de abrir la caja con el cuchillo serrucho. Cuando logró deshacerse del precinto de seguridad y por fin sacó un libro, lo tomó con extremo cuidado como si se tratara de un frágil objeto que fuera a desarmarse entre sus manos.

Lo olió. ¡Qué rico era el olor a libro nuevo! Lo acarició, lo abrazó, lo miró por todos lados. Observó con detenimiento la portada. Deslizó su dedo índice por el lomo y, estirando ambos brazos hacia adelante, aprobó la contratapa.

Por fin lo abrió. Leyó el título, los datos editoriales y la dedicatoria. Lo hojeó distraída hasta llegar al final.

Contenta con todo lo que veía, releyó la página de agradecimientos y sus ojos retrocedieron hasta las prolijas letras que anunciaban «Fin», siguió con la mirada la frase culminante de la historia, y… ¡esa oración no llevaba el punto final!

Ahí fue que dejó escapar aquel grito lastimoso que debió oírse a varias calles de distancia.

¿Cómo podía ser posible semejante descuido? Entonces lo recordó. La prueba final del escrito había llegado con pompas y platillos a su correo electrónico. Los archivos de revisión habían transitado incontables veces por ese medio hasta que, estaba segura, todo se veía perfecto. O casi todo. La última pasada había sido un éxito salvo por un pequeño detalle: no figuraba la palabra «Fin» al cerrar. En la editorial le habían dicho que ya no se usaba poner esas tres letras como corolario de una historia. Pero ella los desoyó. A Amelia le gustaba lo tradicional y eso era poner «Fin» al concluir la novela.

Y entonces lo agregaron. Pero con el fatídico error de edición de haber eliminado un punto en el texto. Y el resultado era una historia a la que le faltaba el punto final. Un verdadero horror ortográfico.

Se sentía morir. Tanto había esperado ese momento… Su primera publicación, su tan ansiado libro, ¡y no tenía punto final! La culpa era

de ella, tan ansiosa estaba por acabar con la etapa de corrección, que les dijo a los editores que agregaran la ponderada palabra y lo mandaran a imprimir. ¡Si tan solo hubiera hecho una última revisión!

Una escritora a la que ella admiraba mucho solía colocar en sus libros una frase: «A aquellas tres cosas que los Antiguos consideraban imposibles debería sumársele una cuarta: hallar un libro impreso sin erratas. Alonso de Cartagena (1384-1456)». Su novela no se había librado de aquella regla.

Tirada en el sofá con el ejemplar abierto en la última página sobre su pecho, inspiró y expiró en profundidad varias veces. Ya nada podía hacer. Seis cajas repletas de libros descansaban desparramadas en el suelo de la sala. Ciento ochenta libros sin el punto final. Y otros veinte que deambularían por ahí en los envíos promocionales de la editorial.

Pero resolvió que los corregiría. Se tomaría el trabajo de abrir libro por libro y marcar el bendito punto con un bolígrafo negro. Probó el efecto en uno. No estaba tan mal. Y de pronto se sintió más aliviada.

Solo esperaba poder ir pronto a buscar a Maximiliano para festejar juntos en casa. Y con ese pensamiento se quedó dormida en el sofá.

Primera parte
Morir por dentro

"Nunca dejes de sonreír, ni siquiera cuando estés triste, porque nunca sabés quién se puede enamorar de tu sonrisa."

Gabriel García Márquez

"A veces no necesitamos que alguien nos arregle, a veces, sólo necesitamos que alguien nos quiera, mientras nos arreglamos nosotros mismos."

Julio Cortázar

1

Las luces anaranjadas se colaban por las rendijas de la persiana. Amanecía con un cielo límpido de un azul satinado, como si lo hubieran coloreado a rodillo de pintor. El zorzal que habitaba en el árbol de adelante había iniciado su ritual de canto mañanero hacía casi dos horas. La primavera despuntaba con todo su esplendor y los brotes verdes invadían cada rama. Todo florecía. Casi todo.

Amelia no podía (o no quería) levantarse de la cama en la que se había internado mucho tiempo atrás, luego del trágico suceso. Ni siquiera aquel entorno que siempre había adorado, el despertar primaveral, lograba sacarla de su sopor.

Pero no, eso iba a acabarse. Ya casi no quedaban muebles en la casa y sus maletas cerradas esperaban en el comedor. Debía levantarse de una vez por todas, pronto pasarían a buscarla.

Se iría lejos. A comenzar una vida nueva. Era lo único que creía podía hacerla reaccionar. Su familia la apoyaba a pleno. Su madre le había conseguido la oportunidad laboral aunque implicara separarse de ella por un tiempo indefinido. Su padre le regaló el pasaje de avión y su hermano la ayudó a vender casi todo lo que había en el departamento. Cada uno la mimaba y sobreprotegía a su manera.

Salvo por sus familiares íntimos, no le quedaban lazos en este país. Sus amistades no habían resultado ser lo que hubiera esperado de ellas; se dio cuenta luego de lo que le pasó. Y más allá de algunas palabras lejanas de consuelo, nadie había estado junto a ella en el peor momento de su vida. Fue entonces que llegó a la conclusión de que un alejamiento era la única opción. Muy a pesar de ello, la familia cooperó para que, lo que había iniciado como una tímida idea, se transformara en la realidad que hoy la empujaba a levantarse: viajar y dejar todo atrás. ¿Podría? ¿Sería capaz de comenzar de nuevo en un lugar tan lejano? No lo sabía, solo esperaba que sucediera; el tiempo diría.

Apenas terminó de vestirse luego de una corta ducha cuando sonó el timbre, sabía que eran sus padres. De pronto sintió que había algo aliviador en aquella emigración. Trataría de valerse por sí misma alejada de la mirada de sus progenitores, sobre todo la de su madre, que llevaba la voz cantante por encima de todo el grupo familiar.

Caminó lento por el pasillo y se detuvo frente a la puerta cerrada que en otro tiempo había sido el estudio de Maximiliano. «Maxi» dijo

con la voz entrecortada. Posó su mano en el picaporte pero no abrió. Del otro lado no había nada. Fue lo primero que le pidió a su hermano que hiciera desaparecer muchos meses atrás. Vender, regalar, donar. No le importaba. No deseaba que nada de lo que allí habitaba permaneciera un solo día más en su casa. Era demasiado el daño que le generaban los recuerdos.

Quitó la mano de la puerta y siguió camino hacia el living. Dio una mirada general a lo que en otro tiempo fuera su hogar. Ya no quedaba nada que lo distinguiera como tal. Colgó su bolso del hombro y con una mano en cada valija salió de esa casa para siempre.

* * *

La despedida fue difícil. Su madre lloraba a mares a pesar de haber sido quien más la había alentado a iniciar ese nuevo camino. Su padre la miraba con devoción pero no emitía ninguna palabra. En cambio, el que sí habló fue su hermano Agustín.

—No te preocupes, vamos a hablar seguido por Skype. Te vas a adaptar pronto. Los franchutes son algo raros pero con vos se van a sentir a gusto. ¡Si sos lo más, hermanita!

—¡Sí claro, Ame! Todo va a salir bien desde el principio, estoy segura —agregó su cuñada Marisol, tratando de animarla.

Amelia esbozó una sonrisa a medias. No tenía nada por lo cual sonreír pero lo hizo por ellos. ¡Se habían portado tan bien! Abrazó a todos, uno por uno. Dejó a su madre para el final.

—Acordate que cualquier cosa que necesites me llamás a la embajada. No hay nada que no podamos resolver desde acá a pesar de la distancia —le dijo Alicia con voz suave, derrochando ternura.

—Sí ma. Quedate tranquila. Me llevo una docena de números telefónicos. ¿Te olvidaste?

Su madre sonrió. Le había dado una enorme lista de contactos, en París y en Caen, donde Amelia se instalaría como profesora de español. El empleo de Alicia en la embajada de Francia en Buenos Aires le había permitido conseguir, sin mayores dificultades, que admitieran a su hija como docente en una entidad educativa en las afueras de la ciudad de Caen, un bello paraje en la región de Normandía.

Amelia ya conocía Francia. Mejor dicho, conocía lo que la mayoría de las personas que van a Francia conocen de ella: París, Marsella y Niza. Además, había pasado una corta estadía en Lyon. A París había viajado en tres oportunidades: de pequeña con su familia y dos veces debido a sus estudios de francés.

El último viaje fue el que la llevó a conocer la ciudad de Lyon, pues

allí se hallaba el instituto donde realizó la práctica de perfeccionamiento del idioma. Esa vez París había sido un pretexto. ¿Cómo no visitarla unos días estando tan cerca? *París siempre es una buena idea* era una frase que iba con ella.

Amelia rememoraba todas sus incursiones en el país que pronto la acogería mientras se internaba en la zona de embarque, dejando atrás la familia y el mundo conocido. Pronto quedaría lejos su querida Buenos Aires, esa que también le había resquebrajado la vida.

Su padre, gerente comercial de una importante empresa, la había mimado con un pasaje en primera clase, algo a lo que ella se había opuesto con determinación. Jorge argumentó que no tuvo que pagar nada por la mejora de categoría pues la había obtenido con las millas de su tarjeta de crédito. Amelia no quedó del todo convencida con aquella explicación pero prefirió no discutir a solo días de marcharse y sabiendo que la testarudez de él era equiparable a la propia. Podían estar horas dándole vueltas a un asunto sin lograr que ninguno le cediera la razón al otro. Y al final Alicia fue más sensata al convencerla de que aceptara el regalo que su papá le hacía porque eso lo haría sentir feliz.

Así que allí estaba, en una butaca más cómoda que el sofá de su casa, disfrutando de un aperitivo mientras esperaba que el avión despegara. Se había llevado un libro muy gordo para leer en el viaje con tal de que su mente no divagara por esos sinuosos laberintos en los que se metía en aquel tiempo. No quería pensar, no quería sentir. No quería ser ella misma.

2

Llegó a las cuatro de la tarde a París. Estaba agotada luego de doce largas horas de vuelo en las que no pegó un ojo, no leyó una sola página del libro y apenas comió algo de los manjares que le ofrecieron en la cabina de primera clase.

Todavía le quedaban dos conexiones para hacer. De París a Lyon y de Lyon a Caen. Podría haber tomado el tren pero este no salía hasta la mañana siguiente. Y por primera vez en su vida no deseaba quedarse en París, ciudad que ella asociaba al romanticismo y al amor. Así que, armada de paciencia, se dirigió al sector del aeropuerto Charles de Gaulle destinado a los vuelos domésticos. Su avión a Lyon salía en una hora y cuarenta minutos, tiempo más que suficiente para hacer una parada en el *toilette*, arreglarse y refrescarse un poco antes de abordar. Una vez en Lyon debía esperar otra hora y media para tomar el único vuelo vespertino hacia Caen.

Como debía trabajar en los suburbios, pasaría la noche en un hotel de la ciudad y a la mañana siguiente saldría con un vehículo que le proporcionaba por cortesía la alcaldía de Caen a modo de bienvenida. Su destino laboral: Villers-Bocage. Se suponía que allí le otorgarían un alojamiento por un precio ínfimo, aunque este punto aún no estaba demasiado claro en el escueto mail que le había enviado el director del colegio donde impartiría sus clases. El poblado se hallaba a tan solo 30 kilómetros del centro de Caen según había averiguado con el GPS de su teléfono móvil. Lo que la asustaba un poco era que dicha búsqueda no le ofrecía alternativas de transporte público, por lo que asumió que el trayecto solo se realizaría en coche. En fin, ya vería cómo se las arreglaría cuando necesitara viajar del pueblo a la ciudad.

* * *

Luego del interminable viaje por fin se hallaba en su cuarto de hotel, modesto pero limpio. Era todo lo que necesitaba para descansar unas horas hasta la mañana siguiente.

Se dio un largo baño, masajeándose debajo de la ducha los adoloridos músculos del cuerpo después de tres vuelos en avión que la dejaron agotadísima. Se arrepintió de no haber pasado la noche en París donde, después de todo, se podría haber relajado antes de continuar viaje. Pero en la escuela la querían temprano por la mañana, así lo constataba en el mail que había leído minutos antes cuando conectó su móvil al *wifi* del hotel. De modo que la decisión de ir directo a Caen había sido acertada.

Calculando las horas que le restaban para dormir puso el despertador del teléfono y se abandonó al sueño más profundo.

* * *

Después de un desayuno diferente al acostumbrado, tomó sus pertenencias y salió del hotel donde un automóvil ya la esperaba en la zona de ascenso y descenso de pasajeros.

Estaba bastante fresco por ser apenas el inicio del otoño.

—Bonjour mademoiselle —oyó decir al chofer del vehículo.

El hombre se apresuró a tomar sus maletas mientras ella le respondía mitad en francés y mitad en español.

«Debo acostumbrarme a hablar solo en francés» se reprendió. Sabía que tenía que soltarse para que la conversación fluyera con naturalidad, pero lo cierto era que hacía casi un año que no pronunciaba una sola palabra en el idioma galo. Había presentado un certificado médico en la academia donde enseñaba en Buenos Aires, que le otorgaba una licencia psiquiátrica debido al cuadro depresivo que cursaba después de lo ocurrido. Pero la misma se extinguió y como se negó a seguir recibiendo medicación, no se la renovaron. Así que presentó su renuncia. Desde entonces, su vida no había hecho más que empeorar, hasta que su madre la ilusionó con la idea de aquel viaje.

«Francia te encanta» le había dicho para darle fuerza y convencerla de que se animara y de que enseñar español en aquel país no era para nada descabellado. Se le había ocurrido en un rapto de locura, pero su familia lo había visto como algo positivo y ninguno claudicó en la intención de llevarlo a cabo. Lo cierto era que le había gustado todo de aquel país las veces que lo había visitado, aunque su estadía máxima había sido de tan solo seis meses, cuando conoció a Maximiliano y decidió volver con él a la Argentina sin haber concluido su seminario.

Ahora no estaba tan segura de que fuera una buena idea. El país le traería innumerables recuerdos que no quería colar al presente. Debía evitar a toda costa ir a los lugares en los que antes había estado con Maxi. Sí. Esa era la solución. No pisaría Lyon bajo ningún concepto. Bueno, en teoría ya lo había hecho, pues fue el aeropuerto de esa ciudad la conexión entre París y Caen. Solo al leer los carteles indicadores que rezaban *Lyon*, se le revolvió el estómago. Pero logró salir del apabullamiento y sus recuerdos quedaron atrás, aunque anotó en su cabeza no volver a realizar jamás aquella escala.

—Le abbaye de Sainte-Trinité —escuchó decir al chofer. Estaba tan distraída que sus pensamientos la alejaron de la realidad y no prestaba

atención a lo que ocurría a su alrededor.

El joven le comentó que por sugerencia de la alcaldía, le haría un pequeño recorrido por los lugares más emblemáticos, así luego podría visitarlos durante su estadía en Villers-Bocage.

Aunque la ciudad fue destruida casi por completo en la Batalla de Caen de la Segunda Guerra Mundial, conservaba algunos de los edificios emblemáticos que se salvaron de la barbarie y otros que fueron reconstruidos. Así fue que pasaron frente a la majestuosa Iglesia de Saint-Pierre y de la intacta Abadía de los Hombres en el casco antiguo. También se enteró que el Castillo de Caen, que fuera fortaleza real y morada de Guillermo el Conquistador, albergaba dos museos, el de Bellas Artes y el de Normandía. Por supuesto, el conductor le indicó que no debía perderse de visitar las playas del famoso Día D, el Desembarco de Normandía, como tampoco de conocer el Memorial de Caen. Pero no tenía intenciones de deprimirse con temas tan horribles como la guerra, ya bastante tristeza le traía su pasado reciente.

Al dejar la ciudad y tomar la autopista descubrió que el pueblo al que se dirigían quedaba en la misma ruta del aeropuerto de Caen. Pensó que había sido un despropósito viajar hacia la ciudad pudiendo haberse instalado de inmediato en Villers-Bocage, pero los franceses eran organizados y algo estrictos. Si debía arribar esa mañana, así debía ocurrir.

Al llegar al establecimiento un señor mayor, muy alto y de pelo blanco en su totalidad, la esperaba en la acera. Estaba vestido con un traje gris claro y un moño amarillo patito en lugar de la típica corbata.

«Listo, encima me recibe un viejo excéntrico».

El vehículo estacionó en el frente de la propiedad educativa y el hombre se acercó a recibirla con una amplia sonrisa.

—Bienvenida señorita Montenegro —expresó en su idioma nativo.

—Buenos días, gracias —contestó ella en un correctísimo francés.

—¡Pero si no parece que es argentina! —la lisonjeó por el acento mientras tomaba sus maletas con caballerosidad.

Ella sabía que exageraba pero igual se sintió halagada.

—Es que tuve muy buenos maestros aquí en Francia.

—Ahora espero que la buena maestra sea usted —replicó con una picardía que Amelia no interpretó.

—Haré todo lo posible por no defraudar.

—No me cabe la menor duda que así será señorita Montenegro… Pero qué descuido de mi parte, aun no me he presentado. Me llamo Christophe y soy el director del colegio Saint George donde impartirá las clases. ¿Le gustaría ir primero a la propiedad en la que residirá? Así dejamos su equipaje… Es a solo dos calles de aquí.

—Sí, por supuesto —ya comenzaba a modificar su primera impresión

respecto al «viejo excéntrico».

Caminaron por una callecita arbolada. Mientras ella arrastraba la maleta pequeña, Christophe le señalaba cosas aquí y allá, a la vez que llevaba con elegancia la maleta grande y el bolso de la recién llegada.

Amelia rebuscó en su mochila hasta dar con los lentes de sol, pues a pesar de la hora temprana, su sensibilidad a la luz solar ya se hacía notar. Es que sus ojos del color de la miel pura habían sido siempre su mayor debilidad y por más que sus abundantes pestañas castañas los protegían como sombrillitas, debía cubrirlos. Además, usaba lentes con aumento para leer y mirar televisión, pero su coquetería a veces impedía que se los colocara.

Llegaron a una casita sencilla con una pequeña escalinata en el ingreso, un porche con un viejo banco de mimbre y una maceta que no tenía planta alguna. La puerta era de madera lustrada con vidrios repartidos que invitaban a husmear en el interior.

Christophe buscó las llaves en su bolsillo y abrió. Amelia quedó impresionada de inmediato. Un corto pasillo con un tapete tejido en el suelo hacía las veces de recibidor y era el nexo que conectaba los ambientes de la planta baja. A la derecha estaba la sala, amplia pero acogedora. Tenía bastantes muebles, con un sofá doble y uno simple, ambos de color verde muy oscuro. Junto a la ventana, una mesita de madera de caoba y en la pared opuesta una gran biblioteca de toda la pared que ostentaba como único adorno un viejo jarrón de porcelana. Lo que maravilló a Amelia fue la chimenea, bien dispuesta en una esquina del ambiente, y la hermosa lámpara de cristal en el centro del techo. Una vieja alfombra, algo raída, cubría el piso de listones de madera. La siguiente estancia era la cocina, pequeña en dimensiones pero bien distribuida. Había una mesa y cuatro sillas.

—Mi hermana se encargó de que la heladera y la alacena tuvieran los elementos indispensables para que no tenga que salir de inmediato a hacer las compras.

—Oh, qué amabilidad. Dele mis saludos a su hermana, en cuanto pueda se lo pagaré todo.

—Faltaba más, es un pequeño obsequio de bienvenida. Pronto la conocerá.

—Eso espero, para poder agradecerle —respondió conmovida por la deferencia de la señora.

Junto a la cocina había una pequeña despensa y al lado un cuarto de baño sencillo.

—Venga, esto le encantará.

Christophe abrió de par en par la puerta de la habitación de la izquierda y se encontraron con un luminoso cuarto empapelado con un delicado diseño de florcillas. Un gran escritorio antiguo con una lámpara de tulipa dominaba la escena, y un sofá estilo victoriano

debajo de la ventana decoraba con sobriedad el cuarto de trabajo.

—Imagino que aquí es donde pasará la mayor parte de su tiempo. Porque además de las correcciones de las tareas de sus alumnos y de preparar las clases, tengo entendido que seguirá haciendo sus traducciones.

—Veo que está muy bien informado —y lo miró con algo de recelo —. Además, también seguiré escribiendo.

—¡Oh! ¡Sí! Sé que ha editado un libro hace un tiempo.

—Sí, yo… —pero algo la hizo no seguir con lo que iba a decir, en cambio, continuó— empezaré a traducir ese libro al francés.

—¡Felicidades! Si es una novela me anoto como su primer lector en nuestra lengua.

—¿Está seguro? No sé si la temática de la historia sería de su agrado.

—No se preocupe, soy un lector empedernido y leo todo lo que cae en mis manos. Eso sí, no se librará de mi temible crítica —y le guiñó un ojo.

—Ya veo que no —respondió divertida, cambiando la primera impresión que había tenido de él.

Entre risas, se dirigieron al piso superior. Luego de avanzar sobre unos escalones de madera rechinante se encontraron en un vestíbulo circular con tres puertas. Una era la del baño, de dimensiones acotadas pero cómodo, otra, la de un cuarto mínimo y por completo vacío.

—Yo creo que aquí terminarán todas aquellas cosas que le molesten en la casa y no sean de utilidad. Es decir, un verdadero cuarto de trastos. Pero vayamos a ver el dormitorio, es por aquí.

La habitación estaba amueblada con refinamiento: una cama grande y antigua con patas de madera y una mesita de luz a cada lado con veladores de pantalla. Un tocador con espejo era el feliz complemento para un gran ropero de doble hoja. Los colores pastel del cobertor combinaban a la perfección con el empapelado de finas raya en beige y celeste. El ventanal ocupaba casi toda la pared que daba a la calle. Y los mismos cortinados de *voile* que había observado en los otros ambientes, intentaban en vano disminuir la luz que entraba sin pedir permiso.

—¿Y? ¿Qué le parece? La casa es pequeña pero creo que cumplirá sus funciones.

—¡Es perfecta! ¡Y tan luminosa! ¡Gracias!

—No tiene que agradecerme a mí, el municipio es el que arregló todo para su estancia. Forma parte del proyecto de intercambio cultural. A propósito, mañana debería presentarse en el banco que se halla a unos pasos de aquí, en esta misma calle, para llenar los formularios de su cuenta bancaria. El alquiler se debitará de allí una

vez se acrediten sus haberes.

—No será ningún problema.

—Si le parece, la dejo que se acomode y la espero en una hora en mi oficina. Se encuentra a la izquierda ingresando por la puerta principal del colegio. Imposible perderse.

—Muchas gracias señor Christophe. Lo veré allá.

—Recorreremos las instalaciones, le daré el horario que tendrá que cubrir y la libraré hasta el fin de la tarde. He organizado una reunión de camaradería para que conozca a quienes serán sus compañeros docentes. Y además, será una forma de darle la bienvenida en la escuela.

3

Amelia estaba nerviosa. Hacía mucho tiempo que no le sucedía. Hasta ese momento, su estado de ánimo había fluctuado entre la depresión y la ansiedad, con mayor frecuencia de la primera. Podría decirse que su vida se había apagado luego del terrible suceso. Aun sonaban en sus oídos las palabras del jefe de cirugía de la clínica donde habían operado a Maxi. Retumbaban en su cabeza y se repetían como un eco infinito: «Septicemia… Septicemia… Septicemia». Un parpadeo y la vida que soñó de pronto se había ido al garete.

Tantos sueños, tantos planes, tantas ilusiones encastradas como en un gran rompecabezas, de repente dejaban de acoplarse, se desdibujaban sus contornos y se esparcían sus piezas como en una bomba de papel picado.

Volvió a la realidad cuando la alarma de su teléfono sonó. Las 17.30, hora de irse.

Se había arreglado de manera sencilla. El verano había llegado a su fin en aquellas latitudes, por lo que las noches eran frescas y ya se veían las primeras hojas caídas en las calles del pueblo. A su sencillo vestido negro de mangas cortas y largo a la rodilla, agregó un chal con arabescos en tonos violáceos. Su corta estatura y su contextura pequeña la obligaban a subirse siempre a zapatos con taco alto. Envidiaba a aquellas mujeres que disfrutaban de andar con esos zapatitos chatos que tan cómodos se veían. Pero sabía que ella no podía, de lo contrario corría el riesgo de parecer una niñita.

Se maquilló apenas y dejó suelto su largo pelo castaño claro. El negro de su vestimenta contrastaba con su piel blanca que hacía mucho tiempo no recibía los beneficios de un baño de sol.

Salió y caminó las dos calles en línea recta que la separaban del establecimiento educativo.

Al llegar oyó el murmullo que venía desde el salón adyacente a la entrada. «Son muchos» pensó aturdida. Para su alivio, Christophe salió al encuentro junto a una hermosa mujer de pelo tan blanco como el suyo.

—¡Amelie, aquí está! Le presento a mi hermana, Isabelle —la mujer se acercó y le dio un beso en cada mejilla—. Ella es la coordinadora del departamento de idiomas. Van a trabajar juntas.

Perpleja por saber que su superior era quien había llenado la alacena de su casa, respondió:

—Encantada Isabelle —y esbozó una amplia sonrisa. Esa mujer ya le había caído bien incluso antes de conocerla.

Llegó la hora de ingresar al salón. Sabía a la perfección que sería el

centro de todas las miradas. Era inevitable, así que respiró hondo antes de entrar.

Christophe la presentó en voz alta ante una treintena de hombres y mujeres de variadas edades. Algunos se acercaron de inmediato a saludarla y otros aguardaron, tímidos, su oportunidad para presentarse.

Amelia se disculpaba aduciendo que no lograría acordarse de todos los nombres, pero suponía que de a poco iría incorporándolos. Ya tenía una idea básica de a quiénes vería con asiduidad y a quiénes olvidaría sin remedio.

La reunión fue breve, lo que agradeció en secreto. Una hora más tarde todos se retiraban a sus otras actividades o a sus hogares. Antes de que se fuera Amelia, Christophe se le acercó.

—Espero que lo haya disfrutado. Aunque podía ser un poco perturbador rodearse de una vez con todos sus colegas, creo que era la forma más fácil de introducirla al mundo que inicia mañana. Le confieso que a algunos los verá una o dos veces de aquí al fin de ciclo. Son los que solo han venido por esto —y levantó una copa de un líquido amarronado que Amelia no había bebido.

—¿Qué es? —preguntó arqueando las cejas.

—Pero cómo, ¿no lo ha probado? —Amelia negó con la cabeza—. ¡Es nuestro famoso Calvados! Un brandy de manzana, muy fuerte por cierto, pero delicioso. Su fabricante vive en las afueras de este pueblo y suele donarnos algunas cajas que usamos para eventos especiales como el de hoy.

—Es que no estoy acostumbrada a las bebidas fuertes.

—Verá cuando lleguen las bajas temperaturas, cómo se hará de unas botellitas. Recuérdeme recomendarla con Mathieu, el fabricante.

—Sí, lo tendré en cuenta.

Camino de regreso a su morada, el frío se hizo notar, así que se arrebujó como pudo dentro del chal hasta ingresar al que sería su hogar por un tiempo indefinido.

* * *

Como lo había previsto, Isabelle resultó ser encantadora, y ya se trataban con confianza. En sus cortas conversaciones de los días previos había nombrado lugares de lo más exóticos y en todos ellos aprendió un idioma diferente. Intuía que había tenido un pasado por demás ajetreado. Hasta que ese día lo descubrió.

—Mi esposo era agregado diplomático del gobierno francés. Como solo tuvimos una hija de más grandes, cuando ya estábamos establecidos en París, mi único entretenimiento durante los primeros años de matrimonio fue aprender idiomas en nuestras largas estadías

en el extranjero. Cada vez que nos trasladábamos a un país me empeñaba en estudiar el idioma local, y descubrí que tenía mucha facilidad para ello.

—¡Oh! ¿Y cuántos idiomas sabes? —Amelia ya en confianza, la tuteaba.

—A la perfección cinco. Y otros tres que los entiendo y me defiendo al hablarlos, aunque la escritura me cuesta. Inglés, alemán y español, que son los tres que enseñamos aquí, y también belga e italiano.

—Entonces son seis, no estás contando tu lengua natural —dijo divertida.

—Tienes razón —rio Isabelle.

—¿Y los otros tres?

—Ruso, chino mandarín y japonés. Los comprendo, puedo expresarme en temas básicos, aunque no me pidas que escriba algo.

—¿Dónde has aprendido el español?

—Si quieres saber si fue en Argentina, no. He estado en tu país pero en viaje de placer, hace pocos años. Lo aprendí cuando mi esposo fue agregado en la embajada de Francia en Costa Rica. ¡Hermosos recuerdos! Mi vida viraba entre la playa y el idioma. ¡Qué bien la he pasado allí! Hice muchos amigos con quienes sigo en contacto —dijo con una evocación nostálgica.

—Siendo así, con vos voy a hablar en mi idioma. De esta forma me siento un poco más cerca de casa —pronunció en castellano.

—Encantada querida. Nada mejor para mí que mantener la cabeza en funcionamiento —respondió en un perfecto español.

Amelia admiraba a las personas que tenían facilidad para los idiomas. Si bien ella era bilingüe, todo se debía al tesón y esmero en el aprendizaje, y su madre, de origen francés, le había inculcado el habla desde pequeña. También sabía inglés de haberlo estudiado en la escuela y en cursos extracurriculares. Pero hasta allí llegaba.

Además de su excelente relación con Isabelle, había entablado buenos vínculos con Dennise, la profesora de inglés, y con Alexandre, el profesor de alemán. Todos tenían en común que alguno de sus progenitores era originario del país donde se hablaba la lengua que enseñaban.

Pero lo más importante para Amelia eran sus alumnos. Quería ganarse la confianza de ellos y se esmeraba cada día para lograrlo. Y por eso no le importó que le cambiaran el nombre. Para ellos no era Amelia, sino Amelie. Y poco a poco se fue convirtiendo en Amelie para todo el mundo.

4

Un mes exacto después de su llegada a aquel paraje, alguien tocó a su puerta.

Era sábado por la mañana y acababa de salir de la ducha. Aun con la bata puesta y una toalla como turbante, abrió apenas la puerta de entrada.

Un hombre muy apuesto y con cara de preocupación la miraba a través de la mínima rendija que había dejado. Apretaba sus manos una contra la otra y movía las piernas haciendo pasitos hacia adelante y hacia atrás.

—¿Sí? —preguntó Amelia un poco desconfiada.

—Disculpe, ¿es usted Amelie Montenegro?

—Amelia Montenegro —corrigió—. Sí, soy yo.

—Necesito hablar con usted —y la miró fijo—. Me envía el señor Christophe.

Amelia casi quedó obnubilada por semejante mirada.

—Si me da un momento, acabo de salir de la ducha.

—¡Oh, no! ¡Qué pena molestarla! Vuelvo en otro momento. No quisiera importunarla.

—No, por favor. Aguárdeme, regreso enseguida.

Cerró la puerta y corrió escaleras arriba para vestirse. Cualquier persona que viniera de parte del director merecía ser atendida, después de todo lo que había hecho por ella para integrarla a la comunidad educativa.

Pero, ¿quién sería ese hombre? ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Y por qué había logrado ponerla nerviosa a ella también?

Tomó su jean, una camiseta y un *sweater*. Se puso todo lo más rápido posible y bajó descalza las escaleras con el mismo ímpetu con el que las había subido. Al llegar a la planta baja se dio cuenta de que su pelo era un enjambre apelmazado y mojado. ¡Había olvidado pasarse el cepillo al quitarse la toalla de la cabeza! Entonces recordó que llevaba un pequeño peine en su bolso, así que corrió al escritorio a revolver el contenido hasta hallarlo. Se peinó lo más rápido que pudo y fue a abrir. Al hacerlo, observó al visitante con detenimiento, al tiempo que lo hacía pasar.

Alto, muy alto (a su lado no parecía otra cosa que un gigante). Cabello de un castaño muy oscuro, que aunque lo llevaba corto, lo tenía ensortijado a los costados y en la nuca, lo que le hizo pensar que no iba muy seguido por un corte. La cara angulosa, recia, con nariz recta y labios bien definidos. Pero sin duda lo que más llamaba la atención eran sus enormes ojos azul profundo. No era el típico celeste

o el azulado del cielo del día. Estos eran más bien del oscuro azul nocturno, enmarcados en gruesas cejas y pestañas superpobladas, que les conferían cierto aire amenazador.

Al pararse frente a ella en el acotado espacio del recibidor, Amelia se sintió como un bonsái junto a un abeto de los Alpes. Para hablarle debió retroceder unos pasos y alzar la cabeza.

—Me decía que lo envió el señor Christophe.

—Oh, sí, sí —las palabras de Amelia parecieron sacarlo de una especie de ensimismamiento en el que se hallaba hasta ese instante—. Lo siento mucho, no debí presentarme así de repente sin que Christophe la pusiera sobre aviso.

Amelia quiso decir algo pero el extraño gigante continuó hablando. Parecía que alguien le hubiera dado cuerda y debía terminar sí o sí lo que tenía pensado decir.

—Mi nombre es Mathieu Abbot. Christophe me recomendó con usted para un trabajo que necesito de manera urgente. Verá —prosiguió como un niño que estudió su lección de memoria y no desea perder el hilo de su recitado—, yo tengo una fábrica de…—pero Amelia lo interrumpió.

—¿Quiere pasar a la sala señor Abbot? Allí podremos hablar más cómodos.

Caminó hacia el salón contiguo esperando que el coloso de ojos azules fuera detrás de ella.

Lo descubrió observando sus pequeñísimos pies descalzos, entonces, mientras se sentaba, se los señaló explicando que no había tenido tiempo de calzarse.

—No quise demorarme más para atenderlo, así que si no se ofende por mi aspecto, quisiera escuchar lo que iba a decirme cuando lo interrumpí.

—Por favor, faltaba más. Le decía… soy el dueño de una fábrica de bebidas. Aquí se conoce como Calvados, es un…

—Brandy de manzana, lo sé —y mientras decía esto Mathieu habría bien grandes los ojos.

Amelia rio divertida.

—El señor Christophe me contó de esa bebida —le aclaró—, que por cierto no logré tomar más que una gota… ¡es más fuerte que el whisky!

Ahora quien esbozó una sonrisa fue Mathieu; ella intuyó que no imaginaba a la joven profesora tomándose una medida de Calvados de un solo sorbo.

Verlo sonreír le iluminó el día. Se había levantado bastante apesadumbrada. Todavía no lograba ganarse la confianza de sus alumnos y los exámenes que había comenzado a corregir le dejaban muchas dudas de si los jóvenes deseaban aprender algo con ella.

Además de la enorme pila de pruebas que todavía debía revisar, tenía que lavar ropa, limpiar la casa, hacer compras… y en su cabeza solo habitaba el irreversible giro que había tomado su vida, el cual todavía no estaba segura de que fuera el correcto.

Al parecer Mathieu notó el repentino viraje de Amelia hacia otro sitio mental y carraspeó para llamarle la atención. Ella volvió a sus ojos y regresó a la realidad.

—El asunto es que un grupo de empresarios españoles quiere comenzar a comercializar mi producción en el sur de su país. Por el momento fue un intercambio de mails y me las arreglé bastante bien con el traductor en línea. Pero ahora me pidieron venir aquí para una reunión y necesito un traductor.

—¿Y quiere que yo sea su traductora?

—No tengo idea de cuánto cuesta un trabajo así, pero lo que usted diga estará bien para mí.

—Espero que no sea así de benevolente con los españoles porque no le irá muy bien.

El hombrezote se sonrojó y bajó la cabeza.

«Es en verdad tímido», pensó Amelia con ternura. «Ahí sentado parece más joven y no un señor gigantón».

Lo cierto era que su rostro no mostraba ninguna señal de envejecimiento. No había arrugas, ni marcas, ni nada. Solo una piel lozana y juvenil. Incluso el mechón ondulado que caía descuidado sobre su frente le daba un toque aniñado.

¿Pero qué estaba haciendo? ¿Acaso miraba al fabricante de Calvados con ojos de mujer? Recordaba que en sus peores días había jurado no mirar de nuevo a un hombre, no volver jamás ni a sentir ni a ilusionarse. Se reprochó su accionar. Sintió que de alguna manera traicionaba a Maximiliano. Y de forma drástica abandonó ese mínimo coqueteo que casi había iniciado.

—Mire señor Abbot, desconozco cuál sería el valor monetario por un trabajo de ese tipo. De hecho debo confesarle que nunca oficié de traductora en simultáneo a pesar de profesar el título. A mí solo me interesan la docencia y las traducciones escritas.

—¿Pero lo aceptará verdad? Por favor acepte el trabajo, sino no tendría a quién acudir —dijo con tono casi desesperado.

—¿Qué me dice de la hermana del señor Christophe?

—Isabelle ya me ha dicho que no. La realidad es que ella fue quien me recomendó con usted a través de Christophe.

—¿Y por qué no podría Isabelle realizarlo?

—Creo que mencionó algo de un viaje.

—¡Qué extraño! ¿En medio de los cierres de notas del alumnado? En fin… déjeme entonces que realice algunas averiguaciones y luego me comunico con usted —la expresión lastimosa de Mathieu le había

dado algo de pena.

—¿Le puedo pedir algo más? —ella lo miraba contrariada—. Quería decirle que no me trate de usted, me hace sentir viejo. Ya sé que es muy joven pero no soy tan mayor como creo que supone.

Amelia se aflojó y dejó entrever una sonrisa leve. Supuso que se encontraría con una mujer mayor, tal vez de la edad de Isabelle, y debido a su aspecto, de seguro que ella le parecería una jovencita.

—Yo tampoco soy tan joven como usted dice. Como tú dices —se corrigió—. Y no sé si te has dado cuenta de que también me tratas de usted.

—Es una cuestión de respeto. Pero si ambos nos tuteamos, sería mejor para mí.

—¡Por favor! —y suspiró.

Ambos se sintieron aliviados y un nuevo aire de confianza se instaló en el ambiente.

—Bueno, a ver. Te diré mi edad. Acabo de cumplir treinta.

Él la miró asombrado. Ya no la veía como la pequeña jovencita de momentos atrás.

—Ya lo dije, ¿y tú? —lo miró expectante.

—Treinta y tres.

—¡La edad de Cristo! —no sabía bien por qué lo había dicho, ella no era religiosa en absoluto.

—Mi hermano festejó de la misma forma cuando los cumplí —dijo Mathieu con media sonrisa—. Patrice es sacerdote en la sacristía de Mont Saint-Michel. ¿Conoces ese lugar?

—No.

—Pues deberías ir en cuanto tengas un tiempo libre. Es un lugar magnífico y no queda muy lejos de aquí.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y tendrás en cuenta mi propuesta laboral?

—Ya dije que sí. Déjame un número para comunicarme contigo. Aquí te dejo anotado el mío —y le extendió un papel que había cortado de una libreta.

Él anotó su número y se lo dio. Amelia observó algo raro en su mano, como la piel ondulada y de otro color, pero por supuesto nada dijo. Cuando Mathieu se paró para irse, la impresión respecto a su altura volvió a repetirse.

—¡Qué alto eres!

—¡Qué pequeña eres!

Y ambos rieron al unísono. Con algo de incomodidad, ambos se dieron cuenta de que reían después de mucho, mucho tiempo.

Mathieu se retiró de la casa de Amelia, dejándola con una gran confusión en su cabeza.

5

Amelia decidió que acudiría a la ayuda de su mamá para las averiguaciones de tarifas que necesitaba. De paso, era una excusa para comunicarse con ella, ya que hacía bastante que no hablaban.

Quedaron en encontrarse en Skype el lunes a las seis de la tarde (la una en Argentina). A esa hora la oficina de la embajada francesa se hallaba semidesierta porque la mayoría salía a almorzar; era el momento ideal para hablar tranquilas.

—¡Hola mi tesoro! ¿Cómo anda todo por ahí? —la expresión de alegría de Alicia hablaba por sí sola.

—Bien mami, bien.

—Hija, mirá que te estoy viendo la cara por la pantalla…

—Bueno, es que todavía los chicos no se adaptan a mí, ni yo a ellos. Las clases se tornan algo… tediosas. No pensé que iba a ser tan difícil. Además, no dejan de llamarme Amelie, y eso me saca.

—¿Y qué tiene de malo que te digan así? Me parece dulce.

—No sé, nada supongo. Tenés razón, no me hagas caso.

—Ame, escuchame. Yo creo que para que empiecen a fluir las cosas tenés que ser sincera con ellos. Es probable que te vean como una extraña en su tierra. Pero nada más. ¿Alguien sabe lo que te pasó?

—No, solo el director y su hermana, que es mi jefa del departamento de idiomas. Son dos personas increíbles.

—Me alegra que al menos tengas en quiénes confiar. Y bueno, si querés empezar a llevarte bien con tus alumnos… me dijiste que son los de los últimos años ¿no?

—Sí.

—Mejor aún, son grandes. Van a poder enfrentar con madurez lo que tengas para decirles.

—¿Vos creés mami?

—¡Sí! ¡Por supuesto! Abrite con ellos, que te escuchen. Vas a ver que todo empieza a cambiar.

—No quiero que me tengan lástima.

—No es lástima, se llama empatía.

—Está bien, lo voy a pensar.

La charla viró hacia temas familiares, con saludos y besos al papá de Amelia incluidos, hasta que esta le contó a Alicia sobre el trabajo de traductora que le habían propuesto.

—¡Qué excelente noticia Ame! —festejó.

—El problema es que no tengo idea de cuánto se cobra por algo así.

—Dejámelo a mí. Voy a llamar a mi amigo Antoine y él me va a conseguir toda la información que necesitás.

—Ay, ma, gracias… no sé qué haría sin vos. Estuve a punto de rechazarlo, ¿sabés? Pero por alguna razón no pude. Es que Mathieu…

—¿Mathieu? —interrumpió Alicia con una mueca.

—Sí, sí, el que me va a contratar. Es… ¿cómo decirlo? Parece frágil, indefenso.

—¿Es joven?

—Treinta y tres.

—Ah, sabés la edad y todo…

—Mamá…

—¿Y es apuesto?

—¡Mamá!

—¿Qué tiene?

—Sabés bien que no ando mirando y mucho menos buscando.

—Sólo quería saber.

—Es… ¡gigante! Debe medir como dos metros.

—O sea que le llegás a la rodilla.

—Más o menos —rio.

—¿Y qué más? —sonsacó con habilidad de madre.

—Tiene el pelo ondulado, algo desprolijo, pero corto. Le haría falta un buen corte. Pareciera no preocuparse por su aspecto personal. Y sus ojos… ¡no sabés lo que son sus ojos!

Alicia sonrió al ver la expresión soñadora de su hija.

—No me dejes con la intriga.

—Son de color azul. Pero no cualquier azul. El azul del cielo nocturno, o del medio del océano.

—Guau…

—Sí. Pero su mirada, además de tímida, es triste.

—Como la de alguien que yo sé.

—Puede ser… Bueno, basta de pavadas. ¿Entonces me avisás en cuanto tengas los valores? Quedé en llamarlo lo más pronto posible porque tiene que coordinar el viaje de los españoles.

—En un rato nomás hablo con Antoine. Para mañana seguro que te tengo todo averiguado. Es muy eficiente.

—Porque te chupa las medias —bromeó Amelia.

—No, porque me estima y va a hacer todo lo posible para no fallarme —le retrucó su madre—. Ya vas a ver.

—¡Ojalá! Bueno mami, espero tu mensaje.

—Sí hijita, besos —e hizo un ademán de enviarlos.

—¡Chau!

Alicia se quedó con la ilusión de que estaba iniciando el proceso de resiliencia en su hija.

Mathieu miraba sonar su teléfono por segunda vez. Sabía que era ella. No la había agendado en la lista de contactos, pero ¿quién lo llamaría sino? Se hallaba en ese estado de pánico que le impedía

movilizarse o hablar. Como cuando se cruzaba con Celine, la mujer de la cafetería del colegio. Ella lo atosigaba, lo ponía nervioso. Había llegado a saberse sus horarios solo para esquivarla en el pequeño pueblo. Pero ¿por qué se comportaba igual con Amelie? Era diferente. Sencilla, simpática, muy agradable. Además, ¡lo estaba llamando por un trabajo que él mismo le había solicitado!

Despertó como de un sueño. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso era un idiota? Tomó su teléfono móvil y la llamó.

—¿Amelie?

—Sí, soy… Am.. Sí, soy yo —¿qué caso tenía corregirlo?

—Soy Mathieu, creo que me estabas llamando ¿verdad? Es que tenía el teléfono sin volumen —mintió.

—Ah, sí. Es que ya tengo la tarifa para el trabajo que me has encargado. Confieso que me parece un valor excesivo, pero son los importes oficiales.

—Sí, no hay problema.

Luego de darle la cifra, Amelia agregó:

—Puedo cobrártelo en partes, si te parece demasiado para pagarlo de una vez.

—Está dentro de mi presupuesto, gracias, no te preocupes.

—Gracias a ti por el trabajo. En cuanto tengas las fechas del viaje de los inversores avísame porque deberé arreglar mis horarios en el colegio.

—Trataré de que vengan un fin de semana, así no complico tu trabajo.

—Eso sería estupendo.

—Mañana mismo les envío el mail con la invitación. Te mantendré al tanto.

—¡Muy bien! ¡Buenas noches!

—Buenas noches, que descanses Amelie.

La forma en que Mathieu pronunció «Amelie» le dejó el corazón palpitando fuerte. Y ya no le importó que le cambiara el nombre, todo lo contrario. Pero de pronto se gritó a sí misma en voz alta: «¡No, no, no! No tengo que sentir nada otra vez, mi corazón murió desde ese día».

Y con este devastador pensamiento, se fue a dormir.

6

La semana siguiente fue de alto contenido emocional. Había conversado con Christophe, con quien a esa altura, trataba todos los temas con suma confianza. Luego de que él avalara la idea, Amelie siguió el consejo de su madre. Se sentó frente a la clase y pidió por un rato no ser interrumpida. Juntó todo el coraje del que era capaz, y tal vez porque el hablar en otro idioma la hacía concentrarse mucho, logró exponer ante los jóvenes su historia de vida. Los chicos, en silencio y brindándole la atención que merecía, la escucharon hasta que terminó con la frase «necesitaba que lo supieran». Lo mismo hizo con las demás clases, por lo que ese día nadie recibió lecciones de español.

Le llevaría solo unos días darse cuenta del profundo efecto que produjo su historia en los alumnos.

* * *

Era cierto que Isabelle se iba de viaje. Su hija cumplía años e iría a visitarla a su casa en el sur del país. Solo serían cuatro días, pero por una extraña coincidencia, se correspondían con la llegada de los españoles.

Así que además de abocarse a algo que nunca antes había hecho, debía encargarse de todas las actividades del equipo de idiomas, puesto que Isabelle la había dejado a cargo. Su argumento fue que solo confiaba en su criterio y que los otros docentes, aunque tuvieran mucha más antigüedad, no cumplían los requisitos para responsabilizarse del equipo. Según sus propias palabras: «Dennise está embarazada y con la cabeza en otra parte, y Alexandre… bueno, todos sabemos cómo es él». En definitiva, un exceso de trabajo y actividades se sumó a su agenda diaria. Solo esperaba sobrevivir al viernes para poder asistir con ánimo a la seguidilla de eventos que Mathieu había pactado con sus inversores para el día sábado.

Empezarían yendo a buscar a los españoles al aeropuerto. Luego de llevarlos al campo de Mathieu donde se alojarían, tendrían un almuerzo y una visita a las instalaciones. Los dejarían descansar y por la noche sería la cena de negocios en donde intentarían llegar a un acuerdo. De lograrlo, a la mañana siguiente durante el desayuno, se verían los detalles legales y partirían hacia el mediodía rumbo al aeropuerto.

Ella debía estar disponible para Mathieu el cien por ciento del tiempo. Amelie creía que se trataba de una pequeña fortuna el pago

que recibiría, pero al parecer Mathieu no se veía contrariado por ello, sino que, según sus propias palabras «sería una inversión que daría sus frutos».

* * *

Los señores llegaron a las diez. El grupo lo componían los dos socios de la empresa inversora, José Antonio y Alejandro, ambos de unos cincuenta años de edad, y su abogado Miguel, algunos años más joven.

A Amelie le cayeron bien de inmediato. Conformaban un trío simpático y risueño. Y para sumar puntos extra, al enterarse de que la persona encargada de traducir sería una dama, le llevaron de obsequio un chal y un abanico bordados a mano, típicos de la región de Andalucía de donde eran oriundos. Un detalle que Amelie no dejó de agradecer durante todo el trayecto hasta el campo de Mathieu. A él le trajeron dátiles envasados, turrones y otras exquisiteces, que no veía la hora de probar.

La casa en el campo era enorme, a pesar de que Mathieu viviera solo, y parecía recién reciclada.

Luego de brindarles tiempo para que se instalaran, se dispusieron a tomar el almuerzo en el gran comedor de la estancia. La mesa ya se encontraba preparada y el mismo Mathieu fue quien sirvió a los comensales.

Degustaron una entrada de embutidos y queso Camembert, seguida por uno de los platos del lugar, ganso en *daube* con puré de manzanas. La bebida de la mesa fue la sidra elaborada en la propia destilería de Mathieu. Amelie optó por tomar solo agua; no quería pasar un papelón debido a su falta de experiencia con las bebidas alcohólicas.

Los ibéricos pidieron saltearse el postre dada la excesiva comida que habían ingerido y optaron por tomar café negro. La sobremesa no se extendió demasiado ya que los hombres deseaban iniciar el recorrido por las instalaciones.

Emprendieron el camino hacia los manzanales adyacentes a la propiedad. Amelie estaba maravillada del paisaje. Ondulaciones verdes se alternaban con las hileras de manzanos, todos con una misma altura y sus ramas entrelazadas, al punto de no poder distinguir cuáles pertenecían a cada árbol. Se encontraban sin sus frutos ya que la última cosecha se había realizado un par de semana atrás.

Mientras Mathieu explicaba el método de propagación por injerto y cómo este beneficiaba el control de plagas, Amelie lamentaba no haber visitado el predio cuando todavía las manzanas se hallaban en los árboles. Debía ser una visión espectacular, pero regresó a la

realidad con rapidez porque tenía que traducir lo explicado.

La visita continuó en la destilería. Allí Mathieu le cedió la palabra a su jefe de producción y fue cuando más temió Amelie no lograr trasladar la información de manera correcta. Por un lado, porque ya se había acostumbrado al acento de Mathieu y cambiar de interlocutor no le era sencillo, y por otro, había muchos tecnicismos difíciles de traducir. Por suerte los españoles parecieron conformes y no solicitaron que repitiera ningún tramo del monólogo.

Para finalizar se dirigieron al sector de cata. Allí Mathieu retomó la palabra y contó acerca de los dos productos basados en el aguardiente de Calvados, uno de máxima pureza y otro más rústico para consumo masivo. Además de la sidra, que solo se fabricaba con fines de marketing y se entregaba en una caja promocional como obsequio con la compra del Calvados más caro.

Amelie aceptó una medida por cortesía, pero solo mojó sus labios. Los andaluces en cambio probaron ambas variedades del Calvados pero no la sidra, que ya habían degustado en el almuerzo. Parecieron encantados y ella disfrutó de ver la amplia sonrisa de satisfacción de Mathieu.

De allí en más todo fue sencillo. Celebraron con un brindis y un *fondo blanco* que ni el abogado ni Amelie (por supuesto) compartieron.

La tarde llegó a su fin. Los invitados se retiraron a descansar antes de la cena, donde se hablaría de números y estadísticas.

Amelie necesitaba con urgencia hacer reposar su cerebro. El gran esfuerzo al que lo había sometido se estaba haciendo notar en un incipiente dolor de cabeza. Mathieu notó el agotamiento y le ofreció su propio dormitorio para descansar. Le anunció que allí pasaría la noche, mientras él dormiría en un catre en la oficina adyacente a la destilería, puesto que los extranjeros ocupaban todas las habitaciones disponibles.

Ella se había resistido al principio, más que nada por pudor a usar el cuarto de aquel hombre casi desconocido. Pero Mathieu insistió: no permitiría que pasara la noche en un sitio por demás incómodo y alejado de la propiedad principal.

Amelie se llevó un té a la habitación que ni siquiera probó porque cayó exhausta en la cama.

Una hora más tarde era despertada por la alarma que había programado en su teléfono. Luego de una ducha tibia pareció renovada por completo y dispuesta a afrontar la cena con vitalidad.

Se puso el vestido negro de corte sencillo que había usado en la reunión de camaradería de la escuela y decidió que llevaría el pelo suelto ya que durante todo el día lo había peinado en un rodete tirante. Se colocó un poco de rímel y cubrió sus labios apenas con un brillo rosado. Completó el atuendo con unos zapatos también negros

con un gran taco alto.

Respiró hondo y se dirigió a la sala, donde ya se oían las voces masculinas. «Amelie al rescate de Mathieu» pensó divertida.

La cena resultó un éxito. Sus temores respecto a errar en algún concepto a la hora de negociar se esfumaron por completo. Los españoles no tuvieron inconveniente alguno en volver a repetir cierto punto del contrato si necesitaba reforzar la idea antes de traducirla para Mathieu. Ayudó la facilidad de él para los números, que simplificó en parte las explicaciones que debía trasladar.

Al parecer todo iría sobre rieles al día siguiente, cuando firmaran el contrato que prepararía el abogado. Así que Amelie se fue a dormir confiada en que su tarea estaba casi cumplida.

A medianoche, un sobresalto la hizo despertar. No creía haber tenido una pesadilla pues nada recordaba. Tampoco sentía necesidad de ir al baño. Tal vez sí un poco de sed. El plato principal de la cena había estado muy salado para su gusto.

Se levantó y fue a la planta baja así como estaba, en pijama. No creía que los ibéricos fueran a tener la misma idea al mismo tiempo que ella, por lo que no le importó demasiado su facha. Bajó la escalera de madera a oscuras, evitando hacer cualquier ruido. Sus pantuflas peludas ayudaban mucho en ese sentido.

Al entrar en la cocina notó que la luz de la luna iluminaba el ambiente a través de las ventanitas de vidrio repartido, así que se dirigió al refrigerador sin encender la lámpara del techo. Tomó una botella de agua, y cuando cerró la puerta, se estremeció al ver una sombra recortada en el umbral de acceso a la cocina. Su sobresalto hizo que casi soltara la botella de vidrio y se estrellara contra el piso.

El espectro avanzó hacia ella, que permanecía inmóvil y muda.

Al darle el reflejo de la luz lunar descubrió que se trataba de Mathieu.

—¡Por Dios! ¡Me diste el susto de mi vida!

—Lo siento, no quise hablar temiendo que fueras sonámbula.

—¿Sonámbula? ¡Qué ocurrencia!

—Dicen que no hay que despertarlos. Digo, a los sonámbulos.

—Sí, lo había oído. ¿Pero cómo se te ocurrió semejante idea? Sonámbula yo…

Él esbozó media sonrisa al observar el conjunto de pijamas que lucía Amelie. Unos pequeños gatitos en diferentes poses colmaban todo el pantalón, mientras que una de las figurillas se repetía, en tamaño gigante, en la parte superior. Notó la contrariedad de Mathieu, pues reconocía que con esas prendas en verdad parecía una niña y él aún la recordaría con la vestimenta de la noche anterior de mujer intrigante. Lo vio nervioso al intentar dar una explicación que su tartamudeo no dejó completar.

—Bueno, parece que los dos tuvimos la misma idea —dijo Amelie para sacarlo del embrollo y suponiendo que verla en pijamas no era algo que él hubiera esperado.

—Creo que la comida estaba muy salada —dijo él por fin, luego de un titubeo.

—¡Exacto! ¿Pero no tienes refrigerador en la oficina?

—Se descompuso hace unos días y aún no vienen a repararlo. Creo que lo cargaré en mi automóvil y lo llevaré yo mismo —expresó mientras se tomaba la barbilla.

—Bueno, aquí te dejo la botella. Yo me llevo un vaso lleno al cuarto.

Se dio media vuelta y se fue con su particular modo de caminar dejando a Mathieu parado en medio de la cocina, mirándola.

7

Por la mañana, mientras se aseaba en el pequeño toilette de su oficina, meditaba sobre lo sucedido a la madrugada en la cocina de su casa. Le daba vueltas a algo que lo había sorprendido. Desde la muerte de Lorraine jamás se había excitado con una mujer. Ni siquiera las burdas insinuaciones de Celine, la encargada del bar del colegio, habían hecho mella en él. No le llamaban la atención las películas eróticas y mucho menos ver porno. No requería evacuar las necesidades masculinas tan comunes, que de hecho nunca las había vuelto a tener. Incluso lo habló con su hermano sacerdote, con quien tenía la máxima confianza. Él le había expresado que era posible que una pérdida grande como la suya, y de aquel modo tan cruel, lo hubiera bloqueado en el terreno sexual. Lo cierto era que ya habían pasado tres años del terrible accidente, y hasta esa noche, había sido un hombre asexuado.

Pero algo había sucedido en aquella cercanía con Amelie para que se despertara su instinto. Y la verdad no sabía si celebrarlo o reprochárselo. La memoria de Lorraine le traía solo culpa y sentía que de alguna manera estaba en falta, a pesar de que nunca la había amado. Lo mejor sería evitar cualquier contacto con la profesora una vez resuelto el asunto de los inversores. Sí, eso haría. Le pagaría los honorarios el mismo lunes y evitaría regresar al pueblo salvo para lo indispensable. No volvería a estar cerca de ella.

La promesa de minutos antes se rompió en el mismo instante en que Amelie se sentó a su lado. Esta vez equipada con su *notebook*, al teclear rozaba el brazo desnudo de Mathieu, lo que provocaba en él pequeñas corrientes eléctricas que le recorrían todo el cuerpo. Como si eso fuera poco, su pelo recogido y sus lentes le conferían un aire sexy que lo atraían aún más.

Cuando Miguel, el abogado, solicitó un vaso con agua, a Mathieu le dieron ganas de matarlo. Debía levantarse y romper con ese imperceptible pero delicioso contacto que sucedía cada vez que Amelie escribía en su computadora portátil. De mala gana se dirigió a la cocina y regresó enseguida con una jarra de agua y los vasos. Ya no podía volver a la posición anterior, por lo que se lamentó. Así y todo, verla con sus lentes de lectura le propició una visión encantadora.

La reunión no se extendió mucho más. Los españoles debían tomar un avión y ya estaba todo dicho. Se firmaron los documentos y se dieron sendos apretones de mano. Listo. Estaba hecho.

Luego de llevar a los visitantes al aeropuerto, Mathieu dejó a

Amelie en la puerta de su casa.

—Espero que puedas descansar algo. Te robé todo el fin de semana.

—La pasé muy bien. Casi que ni pareció un trabajo.

—¿De verdad?

—Sí, lo digo en serio. Nunca había estado en un campo frutal. Es un paisaje hermoso.

—Deberías verlo cuando aún están las manzanas en los árboles.

—Sí, imagino que debe ser un espectáculo bellísimo.

—Te invitaré en la próxima temp… —y se interrumpió de pronto, recordando su juramento de esa misma mañana.

—Oh, no quisiera importunarte —se apresuró Amelie al descubrir la incomodidad en las palabras que iba a pronunciar.

Un ambiente enrarecido los envolvió de pronto. Se saludaron con palabras rápidas y Amelie se metió en su casa.

Mathieu, de regreso en su vehículo, meditó durante todo el trayecto acerca de esa sensación creciente dentro de él, que involucraba a Amelie de pies a cabeza.

* * *

Amelie necesitaba hablar con su cuñada Marisol, su apoyo moral del último año.

La invadía una extraña sensación de culpabilidad que no sabía de dónde provenía. ¿Acaso estaba mal haber realizado el trabajo? No, claro que no, si venía recomendado por el director. No había aceptado nada fuera de los términos del contrato y la paga, aunque algo abultada, era la habitual para estos casos. Entonces, ¿a qué se debía ese desasosiego que la embargaba?

No podía negar que de alguna forma se sentía atraída a la figura del grandulón, como lo llamaba ella para sí. A pesar de no ser en lo más mínimo el ideal de hombre al que siempre se había inclinado, algo en él la inquietaba. Y era muy probable que eso fuera lo que la hacía sentir mal. Después del sufrimiento padecido con la muerte de Maxi se había revestido de una coraza para no volver a sentir. Y eso implicaba no involucrarse con un hombre. Nunca más. Además, había tenido la sensación de que amaría a Maxi por siempre. ¿O acaso con la muerte moría el amor?

* * *

Amelie enfermó de gripe justo para el receso escolar de Todos los Santos, la última semana de octubre. Mientras guardó cama durante diez interminables días, sus colegas habían realizado las más variadas actividades. Ella también las hubiera hecho de no haber sido por ese

desgraciado estado gripal que no quiso abandonarla hasta el reinicio de las clases.

Y así llegó noviembre. Un mes que así como vino, pasó como un tren de alta velocidad. Abrumada por los exámenes trimestrales y la búsqueda de suplente para la profesora de inglés, que había tomado una inesperada licencia debido a complicaciones en su embarazo, estaba agotada.

Isabelle empezaba a derivar en ella todo tipo de responsabilidades. «En un tiempo no muy lejano me jubilaré, y necesito dejar a mi sucesora preparada para el puesto». En un corto plazo la directora del departamento de idiomas la había tomado como su mano derecha, y si bien a Amelie le parecía un gran honor, muchas veces se sentía agobiada con tantas obligaciones.

Había hecho buenas migas con Celine, la responsable de la cafetería, con quien entablaba animadas conversaciones durante sus horas libres. Acudía por un café y se quedaba hablando con ella hasta que sonaba el timbre y debía regresar a su clase. Era una mujer joven, exuberante y desinhibida. Reía con estruendo y a Amelie le parecía todo un personaje. Le contaba historias inverosímiles, y aunque juraba que eran ciertas, ella no creía ni media palabra. Así y todo le resultaba divertida y era casi la única persona que le arrancaba verdaderas risas. En varias oportunidades la invitó a salir con ella un sábado para ir a la vecina ciudad de Caen y pasar el tiempo a lo grande. Amelie no estaba segura a lo que se refería con exactitud, así que aducía ocupaciones personales declinando sus ofrecimientos.

En todo ese tiempo no había vuelto a ver a Mathieu. Él le depositó en el banco la totalidad de sus honorarios, así que en teoría no era necesario que se encontraran de nuevo.

Pero Amelie se dio cuenta de que por algún motivo la estaba esquivando. Tal vez no se hubiera quedado del todo conforme con su trabajo, aunque a su criterio la negociación había sido un éxito. Celine le había hecho un comentario negativo sobre él, aduciendo que tenía mal genio y era un «hombre raro y ermitaño», además de guardar un oscuro secreto. Obvio que viniendo de Celine nada de lo que dijera podía tomarse en serio.

Jamás lo había visto con mal carácter, más bien todo lo contrario. Lo de ermitaño podría ser, aunque ella lo llamaría solitario y tal vez triste, pero sobre todo, muy tímido.

Ese día Isabelle apareció con la novedad de los preparativos para la Navidad.

—Este año tendremos el edificio mejor adornado del pueblo —sentenció convencida.

—¿No paras nunca verdad? —la acusó Amelie con una sonrisa.

—Parar es un verbo que no pertenece a mi diccionario —contestó meneando la cabeza.

—Y ahora yo debería pedirte que me cuentes tus planes y decirte

que estoy a tu entera disposición.

—Veo que nos vamos entendiendo —dijo guiñándole el ojo—. Pero no te agobies, los alumnos nos ayudarán. En lugar de pedirles colaboración, organizaremos un concurso. Le asignaremos a cada grupo un sector de la escuela. El mejor adornado se llevará el premio.

—¿Y cuál sería el premio?

—Eso es lo que quiero que me ayudes a dilucidar. Debemos lograr que se involucren y así nosotros nos libraremos de la parte pesada: los adornos. Pero para eso necesitamos un buen incentivo. Un gran premio. Porque a estos chicos no los conformaremos con una simple mención honorífica del primer puesto, puedes apostarlo.

—Creo que se me ocurre algo. Pero tenemos que hablar con Christophe.

—Él me ha dejado todo el embrollo a mí. No quiere implicarse en lo más mínimo.

—¡Pero es él quien debe autorizar el premio!

—Ya me ha dicho que no quiere saber nada de nada con este asunto. Y fue terminante.

—Tengo confianza en que afloje un poco cuando le cuente mi idea. Vamos a hablar con él.

Isabelle se encogió de hombros y ambas partieron rumbo a la oficina del director.

—Mmm… las dos juntas en mi oficina es sinónimo de que algo traen entre manos —sentenció Christophe en cuanto ingresaron a su despacho.

—Así es. Pero sin dudas es algo muy interesante —adujo Amelie con una amplia sonrisa.

—Tiene que ver con el evento para adornar la escuela —completó Isabelle temerosa de la reacción de su hermano.

—Ah… debí imaginármelo. ¡Esa obsesión por la Navidad!

—¡No seas gruñón! —le espetó como si estuvieran en su casa y no en una institución educativa—. Ahora tengo a Amelie para que me ayude, así que tú estás fuera.

—¡Menos mal! —suspiró Christophe con exageración.

Amelie rio divertida e hizo que el director se aflojara.

—Isabelle ya tiene todo organizado. Será un certamen donde cada curso adornará un espacio diferente del colegio. Con los materiales existentes por supuesto, sin gastos extra —se apresuró a agregar—. La asignación será por sorteo y el que resulte más votado será el ganador. Además de la mención honorífica, para incentivarlos hay que poner un premio interesante.

—¿Y entonces? No tenemos dinero para gastos extra.

—No sería necesario. Solo para el traslado, pero de eso ya me ocuparé. Se me ocurrió que tal vez podrías hablar con Mathieu para

organizar una excursión a su plantación. ¡Es un lugar bellísimo! Sería muy didáctica, porque verían cómo es la producción del Calvados, desde el cuidado del manzanar hasta el envasado y empacado para su venta.

—No lo sé… estamos hablando de una bebida alcohólica, y son menores…

—Es un producto regional que favorece la economía del pueblo en toda su cadena productiva. Sería una salida educativa. Además no se trata solo del Calvados, los chicos conocerán diferentes oficios y ocupaciones, y puede ser útil como tema introductorio para hablar de profesiones, carreras y orientación vocacional.

—No lo había visto de ese modo. Veré qué puedo hacer.

Amelie le guiñó el ojo a Isabelle, que sonrió complacida.

—Eso sí, y esto te lo pido a modo personal, Christophe. No le digas a Mathieu que yo estoy involucrada porque tal vez se niegue.

—¿Y por qué se te ocurre semejante cosa? —intervino Isabelle.

—Mathieu nunca podría tener animosidad hacia ti, Amelie —aseguró Christophe con vehemencia.

—Es que desde que realicé aquel trabajo de traductora, siento que me ha evitado. Además me ha pagado a través de mi cuenta bancaria para no tener que verme, y has sido tú quien le ha facilitado los datos —lo señaló con dedo acusador—. En fin, no lo he vuelto a ver y es bastante raro no cruzarse con alguien en este pueblo tan pequeño.

—Mathieu es un ser especial, demasiado tímido a veces. Pero sus razones nada tienen que ver contigo —explicó Isabelle, conocedora por intuición de los verdaderos motivos de su desaparición.

—Además, ¡nadie en este planeta podría querer esquivar tu compañía, mi querida Amelie! —tronó Christophe con un ímpetu exagerado y la abrazó, fraternal. Luego continuó—. Hablaré con él lo antes posible. Tendremos nuestro premio para los alumnos.

Amelie se despidió de ambos satisfecha con su gestión, aunque una sombra de duda quedaba sembrada respecto a Mathieu.

8

La ceremonia de sorteo de los espacios para adornar la escuela fue todo un éxito. Los chicos estaban muy entusiasmados con el reto, y lejos de lo que habían creído Isabelle y Amelie, querían ganar y ser los mejores. El premio era un accesorio.

—¡Cómo prejuzgué a los alumnos! Harán lo imposible por ganar, solo les interesa la competencia, ser los mejores. ¿Quién lo hubiera imaginado? —dijo Isabelle casi como pensando en voz alta, al ver a los jóvenes retirarse entusiasmados del salón donde se había desarrollado el sorteo.

—¡Hasta escuché a algunos organizarse para salir a buscar donaciones de materiales! La juventud es una caja de sorpresas —respondió Amelie sin ocultar su satisfacción por el éxito del emprendimiento.

—Y con esto que me estás diciendo, tendremos a todo el pueblo involucrado…

—¡Me acabas de dar una gran idea!

—¿Otra más? ¡Qué Dios nos asista y que el estructurado de mi hermano resista!

Amelie rio a carcajadas. Se estaba apegando mucho a esos dos.

Un rato después, Isabelle, muy contrariada por la actitud positiva de Christophe que aceptó de inmediato la nueva loca idea de Amelie, concertó con ella una cita para el día siguiente, en su casa, a fin de diagramar y organizar todo.

* * *

El sol del otoño brillaba en todo su esplendor, haciendo lucir muy bonitas las calles empapeladas de hojas secas. Hacía bastante frío y Amelie agradeció ingresar a la casa de Isabelle, que ya había encendido la chimenea. El calor del hogar la envolvió y un aroma a pastelillos recién horneados le invadió las fosas nasales.

—Un diez en puntualidad —Isabelle miró su reloj que marcaba las tres en punto— ¿Tomas té o café? —la invitó mientras ella se quitaba el abrigo.

—No he tomado mi cafecito post almuerzo, así que un café me viene perfecto. ¡Qué rico olor!

—Ahhh… son mis *brownies* de receta secreta. No podrás parar de comerlos —respondió sonriente.

—¿Me quieres engordar para usarme de cena navideña?

Esa broma le dio a Isabelle el pie perfecto para hacer la pregunta que Amelie no esperaba.

—Hablando de comida navideña… ¿tienes planes para la Navidad?

—No lo he pensado muy bien. Es la primera vez que lo paso sin mi familia. Tal vez viaje a algún sitio… No lo sé. Debería resolverlo pronto porque de lo contrario se me complicará conseguir pasaje y hospedaje.

—¿Irías sola?

—Sí, por supuesto. ¿Con quién más? Aunque Celine me ha hecho una propuesta para ir a lo de unos amigos en Granville. No creo que acepte, prefiero viajar sola.

—¿Y qué dirías si Christophe y yo te invitáramos a pasar la Navidad aquí, con nosotros?

Ambos hermanos vivían en la misma propiedad pero en casas separadas. Isabelle ocupaba la planta baja y Christophe el piso superior. Lo habían decidido así pues él aducía que si su hermana viviría arriba suyo, lo torturaría con el ruido de sus tacos por toda la casa.

Amelie se sorprendió con aquella propuesta.

—¿Acaso no vendrá tu hija a pasar las fiestas aquí?

—¡Por supuesto! Tendrás la oportunidad de conocer a mis nietos, son adorables —y al decir esto la miró con un brillo especial en sus ojos.

—La verdad Isabelle, es que no me esperaba esta invitación. No quisiera inmiscuirme en un festejo familiar tan especial.

—¡Pero qué dices niña! Para nosotros sería un honor. Verás lo bien que te llevarás con Camile. Su esposo André es algo parco, pero buena persona —y bajando la voz agregó— se parece a Christophe.

—Hablando de Christophe, ¿estará de acuerdo? Últimamente debo ser una pesadilla para él.

—A mi hermano lo tienes en un puño. Sino nunca hubiera apoyado esta loca idea a la que nos abocaremos toda la tarde de hoy. Hasta hace poco era un hombre más bien conservador.

—¡Bienvenidos los cambios entonces!

—Bienvenida tú Amelie… bienvenida tú.

La tarde fue muy productiva y el proyecto inicial se había transformado en un *mega* evento para toda la comunidad. Panfletos y afiches recorrían las calles, casas y comercios, publicitando el Festival de Navidad. La excusa era el anuncio del ganador del concurso «Adornemos la escuela para Navidad», donde casi todo el pueblo había aportado algo. Pero además habría buffet, dos shows musicales a cargo de los alumnos y una propuesta muy interesante: los

asistentes debían llevar un regalo y colocarlo en el enorme árbol donado por una empresa de Caen. Dichos obsequios serían llevados por los alumnos ganadores a una ONG que brindaba ayuda a niños refugiados.

* * *

Isabelle y Amelie estaban exultantes. El salón de actos rebosaba de gente, el buffet no paraba de vender comestibles y bebidas, y el árbol navideño estaba tapado de paquetes. Christophe las miraba satisfecho. Gracias a ellas, y sobre todo a las ideas de Amelie, habían logrado lo que nunca antes: acercar el colegio a la comunidad y viceversa. Además, terminó siendo un verdadero acierto haber traído a una profesora del extranjero. Sus ideas frescas provenientes de otro lugar habían renovado el espíritu de todos.

—Y ahora señoras y señores, queremos darle un aplauso a Mathieu Abbot, quien con generosidad le brindará al curso ganador de Adornemos la escuela para Navidad, un día de campo en sus instalaciones donde conocerán el proceso de elaboración de nuestro único y especial producto regional, el Calvados.

Al oír las palabras de Christophe, y mientras el público rompía en aplausos, a Amelie le dio un vuelco el corazón. No tenía idea que él se hallara en la escuela, y mucho menos se había imaginado que podría llegar a asistir. Lo buscó con la mirada pero no logró verlo. La gente aplaudía y ella solo quería dar con sus ojos azules. Christophe enseguida se dispondría a anunciar al equipo ganador, pero a ella lo único que le importaba era encontrarlo. Le dolía el cuello tratando de espiar, en puntillas de pie, por entre las cabezas de la gente. Tal vez solo lo mencionaran y él no se hallara presente… Comenzó a desilusionarse.

—¿Perdiste a alguien? Creo que necesitarás un banquito —sonó una voz profunda detrás de ella.

Amelie se paralizó. Su instinto femenino la llevó a comprobar con las manos el estado de su cabello, que alisó y desenredó pasando los dedos por entre los mechones.

Allí estaba, frente a ella, esa torre imponente y bella con sus ojos de zafiro que la encandilaban. No supo qué decir. Aunque no hizo falta porque Mathieu habló primero.

—¿Te ayudo a buscar a quien sea que estuvieras buscando? Desde aquí tengo mejor visual —bromeó.

—No, gracias —dijo tratando de no balbucear—. Solo quería asegurarme…

«¡Amelie, nuestra profesora de español!» se escuchó por los altoparlantes del salón.

—Creo que te llaman a ti —le dijo Mathieu señalando hacia adelante.

Ella, algo aturdida, caminó hacia el escenario, desde donde el director le hacía señas para que subiera. Al llegar, este le dijo al oído:

—Algo deberás decir jovencita.

Amelie lo miró suplicante, pero Christophe le entregó el micrófono. Sin poder hacer nada, lo tomó.

—Les agradezco a todos por participar del festival, me siento muy feliz de ser parte. Pero nada de esto hubiera sido posible sin la invalorable ayuda de nuestra querida Isabelle.

Y de una manera más que oportuna, le cedió el micrófono a su jefa, quien la reprochó con un gesto cariñoso, pero subió gustosa al escenario para contar detalles del proyecto a los oyentes.

—¡Así que fuiste tú, eh! —le soltó Mathieu en cuanto Amelie regresó al piso.

—¿Yo? ¿Qué hice?

—Tú ideaste lo de la excursión al campo. ¡Debí imaginármelo!

—Es cierto, ¿pero no te enoja verdad? ¡Si fue una idea brillante! —le contestó con su mejor falsa sonrisa, temiendo el enojo de su interlocutor.

—Para serte sincero, me cayó por sorpresa la petición, pero admito que es una excelente forma de darle publicidad al establecimiento —«y a mi persona», agregó para sus adentros.

—Lo cierto es que no pensé en la publicidad, sino en los chicos. Les será muy útil y didáctico. Es un producto regional del que muy pocos conocen el proceso de elaboración y la visita será educativa también, para que descubran la variedad de perfiles profesionales y oficios que intervienen en todo el proceso.

—Y tal vez más de uno termine trabajando en mi empresa en un futuro cercano. Es una organización pequeña, pero si prospera lo de las exportaciones a España habrá una expansión considerable.

—A propósito, ¿cómo sigue todo aquello?

—Tengo novedades. La verdad es que no vine tanto por el festival sino porque quería hablar contigo. Creo que requeriré de tus servicios de traductora otra vez.

—¿Sí? —la expresión de Amelie sonó con un entusiasmo que no hubiera querido demostrar, aunque se sintió algo contrariada. Ella estaba segura de que Mathieu no quería volver a verla, aunque no comprendía la razón.

—Me pidieron una conferencia en línea —continuó él, desentendido.

—Podríamos hacerla en mi casa… o aquí en la escuela si lo prefieres —se apresuró a corregir, no quería que él sintiera que lo estaba invitando.

—No me parece bien usar las instalaciones del colegio para temas personales, no pertenezco a la institución. Así que si no te molesta preferiría que fuera en tu casa.

—No, para nada —se hizo la superada—. ¿Cuándo sería?

Pero la conversación fue interrumpida por Celine, que se interpuso entre ambos de manera desvergonzada.

—Mat, cariño, no viniste a saludarme. Tengo que venir yo misma y dejar abandonada la venta del buffet, solo para que me digas hola.

—Hola Celine —respondió él con una notoria voz de fastidio.

—Pásate por allí que te dejo preparado un capuchino y tus pastelillos favoritos. La casa invita —dijo arrastrando las últimas palabras.

Se dio media vuelta y se alejó caminando con pomposidad.

Celine no era una mujer bonita, pero sí muy llamativa. Siempre andaba maquillada en exceso y su forma de vestir era provocativa; Christophe la obligaba a usar un delantal largo sobre su atuendo, aduciendo que de lo contrario «tendría a la mitad del alumnado masculino en el toilette haciendo cosas de hombres que no deben suceder en un establecimiento educativo». Había hecho la aseveración con tal seriedad que cuando Amelie lo oyó no supo si reír o tomarlo en serio. De todas formas, a ella le caía bien (al menos hasta ese momento). Era desinhibida y graciosa, y sus historias eran lo máximo. Pero al parecer Mathieu no opinaba lo mismo y Amelie empezaba a transformar también sus pensamientos hacia Celine.

—Creo que me voy —dijo sin más.

—Pero van a anunciar al ganador —habían retrasado el anuncio para generar mayor expectativa.

—Esa mujer me sacó las ganas de quedarme. Disculpa, pero no me cae para nada bien. Ya no sé de qué manera demostrarle que no me interesa. Un día de estos se me acabarán los buenos modales.

En ese instante Christophe nombraba al curso más votado y Amelie se distrajo con el anuncio. Al darse vuelta, Mathieu había desaparecido de la escena.

9

El Festival de Navidad dio inicio al receso escolar navideño. El éxito indiscutido del mismo auguraba futuros eventos de ese estilo. Amelie ya imaginaba organizar algo para Carnaval o para el festejo de primavera. Lo comentaría con Isabelle.

El lunes temprano recibió la llamada de Mathieu, con quien no había cerrado el tema de la teleconferencia con los ibéricos debido a su repentina huida.

—Hola Amelie, soy Mathieu.

—Ah sí, el desaparecido en acción.

—Lo siento, fui algo grosero. Es que hay situaciones que me sacan de mi eje —se disculpó.

—Ya veo —contestó con parquedad.

—Lo compensaré.

—A quien deberías compensar es a Christophe, que tuvo que inventar una tonta excusa por tu ausencia cuando los ganadores quisieron agradecerte por el premio.

—Ya hablaré con él. Me conoce y no debe estar enojado.

—No estaría tan segura —mintió para preocuparlo un poco.

«A este hombre nada parece importarle». Amelie estaba ofuscada, pero dejó que siguiera hablando.

—Sé que no está enojado, sino no sería mi amigo.

Ella tuvo que ceder y terminó cambiando de tema.

—Bien. ¿Ya arreglaste la reunión con tus inversores? Yo comencé las vacaciones de Navidad por lo que tengo total disponibilidad de horarios —se sinceró.

Hubiera querido ser más dura, pero no tenía deseos de continuar la contienda. Si Christophe no se enojaba con él, ella no tenía por qué hacerlo.

—Sí. Me pidieron realizar un intento de reunión mañana por la mañana, si tú puedes les confirmo ahora mismo. Ya intercambiamos por mail los datos de conexión. Incluso hicimos una prueba para asegurarnos de que todo andaría bien.

—¿Y qué les dijiste?

—¿Durante la comunicación? Solo: Hola… y Adiós —dijo las palabras en español con un tono solemne.

Amelie tapó el auricular para soltar una risa atragantada. Pero Mathieu lo notó.

—No te rías. No sé decir nada más. Espero con el tiempo ir

aprendiendo. Pensaba inscribirme en un curso para tomar clases, pero no sé si habrá en Caen. Sino buscaré alguno en línea.

Amelie entristeció. Le gustaba realizar ese trabajo, y más aún, hacerlo junto a Mathieu. Si él aprendía español no la necesitaría más. Salvo que se ofreciera a enseñarle ella misma…

—Me parece una excelente idea. Cuando ya estés trabajando de lleno con ellos necesitarás mucho del idioma, y lo mejor es que tomes un curso —contestó diciendo lo opuesto a lo que estaba pensando en ese momento.

—Así y todo seguiré pidiéndote intervención, creo que por un largo tiempo. Los idiomas no son mi fuerte y será duro aprender para mí.

Amelie volvió a sonreír.

—Entonces te espero mañana. ¿A qué hora quedaron?

—A las once. Iré media hora antes, si te parece.

—Perfecto. Hasta mañana.

* * *

Amelie acudió al llamado de la puerta. Eran las diez y media clavadas. Al abrir, una oleada de calor la asaltó, invadiéndole todo el cuerpo e instalándose en medio de su pecho con una extraña opresión que le cortó un poco la respiración. Afuera helaba, pero ella estaba sofocada.

Esa visión no podía ser más perfecta: un cuerpo magnánimo con unos jeans ajustados que parecían recién estrenados, apenas abrigado con un *sweater* azul marino y una bufanda a cuadros mal colocada.

Ella solo reaccionó al oír su voz.

—¡Hola! ¿Vas a dejar que muera de frío o puedo pasar? —inquirió Mathieu.

—¡Lo siento! ¡Pasa! Si te hubieras abrigado mejor el frío no te haría tanto daño —contestó tratando de salir de la ensoñación a la que había sucumbido temiendo que fuera tan larga como para que él la notara.

—El abrigo lo guardo para cuando venga el verdadero frío —pero bajando los decibeles de su tono irónico, agregó— dicen que en los próximos días será tremendo— mientras, se quitaba la bufanda y… ¡también el *sweater*!

Amelie no sabía si iba a poder concentrarse en la reunión, con Mathieu y su camiseta blanca pegada al cuerpo.

«Por Dios, ¿qué me está ocurriendo? Esta no soy yo. Alguien me hizo un conjuro. No puedo comportarme como una adolescente mirando a su amor imposible. ¡Amelia despertá! Es Mathieu, el hombre que paga por tu trabajo de traductora. Ese ser extraño y hosco del que sabés poco y nada y hasta tal

vez esconda un secreto escabroso». Intentaba tranquilizarse mientras se hallaba en la cocina preparando café.

—¿Has encendido la chimenea tú sola? —consultó alzando la voz desde la sala de estar —venía pensando en ayudarte a hacerlo.

—La prendió mi vecino de al lado hace unos días porque me moría de frío. También me explicó cómo hacerlo así que me las arreglo sola. ¿Lo conoces? —respondió ingresando al cuarto opuesto con una bandeja y dos tazas de café humeante.

Mathieu apareció en el umbral de la puerta proveniente del otro ambiente.

—Sí, sé de quién hablas. Cuídate de Pierre Garnier. Seguro querrá tener algo contigo —soltó.

—¡Pero qué dices! Si me presentó a su novia… —los celos infundados de Mathieu la molestaron.

—Solo hazme caso. ¿Ya está lista la computadora? —preguntó cambiando el tema de conversación.

—Sí.

Amelie se sentó en el escritorio, movió el *mouse* y se visualizó la pantalla de conexión.

—Sólo falta ingresar usuario y contraseña… bueno, eso ya lo sabes.

Mathieu se sentó a su lado y tomó las riendas, arrimando la *notebook* frente a sus ojos. Ella no podía dejar de admirar esos torneados brazos con grandes manos que tecleaban con rapidez. Esas manos con marcas, ondulaciones y cicatrices, que podían impresionar a cualquiera, pero que a ella la enternecían. ¿Qué suceso horrible le habría ocurrido?

Para distraerse, acercó la bandeja con las tazas de café.

—¿Azúcar?

—Sí, tres por favor.

—¿Leche?

—Solo apenas.

No podía creer que Mathieu tomara el café igual que ella. Bebieron la infusión en silencio hasta que un ruidito en la computadora los hizo mirar la pantalla al mismo tiempo. Eran ellos iniciando la videoconferencia.

La charla con los españoles fue muy amena. Plantearon los próximos pasos a seguir y el lapso que estimaban sería necesario para poner en marcha el proyecto. Ya habían comenzado a publicitar en toda la Costa del Sol. La idea era lanzar el producto al inicio del verano y el punto principal de distribución se hallaría en la ciudad de Málaga. El Calvados Reserva, el producto más caro, solo se vendería en Marbella. Y el clásico, en toda la costa, además de Granada y Sevilla.

En este punto de la conversación estaban, cuando uno de los socios,

José Antonio, les soltó:

—Y los esperamos a ambos para nuestro lanzamiento. ¡Será fabuloso! Está planeado para el 10 de julio.

Amelie se atragantó antes de poder traducirlo para Mathieu. Cuando logró hacerlo, no pudo mirarlo como lo hacía cada vez que trasladaba algo al francés para él. Entonces, oyó su voz diciendo:

—Diles que viajaré encantado. No conozco el sur de España y creo que será divertido. Sí, diles que iremos. Porque… ¿vendrás verdad? Dudo que en seis meses logre desenvolverme, ni siquiera un poco, en español. Te necesitaré.

Amelie había enmudecido, empalidecido, quedado obnubilada. Todo junto en ese instante. Mathieu la miraba con esos ojos profundos de un azul penetrante que la hipnotizaban.

Giró hacia la pantalla como una autómata y les dijo algo a los ibéricos, que por supuesto Mathieu no comprendió. Aunque él estaba seguro de no haber oído un «sí».

Los inversores intercambiaron palabras entre ellos y luego sonrieron. Dijeron algo más y se despidieron.

La reunión había terminado y a Mathieu lo carcomía la intriga. Amelie no le había traducido ni una sola palabra del último tramo de conversación, así que la miró expectante.

—¿Y bueno? —dijo ansioso.

—Se quedaron muy contentos y conformes con todo. A partir de ahora conversarán por mail contigo hasta que les llegue el primer cargamento.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué hay del viaje?

—Ya conversarán de ello más adelante. Te esperan el 10 de julio.

—¿Me esperan? ¿Y tú? ¿Qué les has dicho? Sabes que no puedo ir solo… —se desesperó.

—Yo no creo que pueda ir. Es la primera semana luego de fin de clases y habrá muchas planillas y documentación que entregar en la escuela. Los alumnos terminan pero los docentes seguimos unos días más.

—¡No puedes hacerme esto!

Amelie abrió los ojos y arqueó las cejas.

—Quiero decir, no puedo viajar sin nadie que me ayude con el idioma, me volvería loco.

—No serías la primera persona que viaja a un destino cuyo idioma desconoce.

—¡Te pagaré el doble!

—No entiendes ¿verdad? No es una cuestión de dinero.

—¿Y entonces qué es? Hablaré con Isabelle y si es necesario con

Christophe también. Ellos te dejarán viajar, lo sé.

—No dudo de que ellos no pondrían objeciones. Pero siento responsabilidad hacia el trabajo. Es mi primer cierre de ciclo y quiero hacer las cosas bien.

—Sí, eso lo entiendo, pero…

—Te ayudaré a buscar a alguien —dijo decidida mientras llevaba la bandeja a la cocina—. Es probable que allá mismo encuentres traductor.

—Bien —fue la seca respuesta que obtuvo.

¡Bien un cuerno! Él quería que fuera ella su traductora. Que lo acompañara en el viaje y que no fuera solo por trabajo. Cuando Amelie mencionó lo de la invitación, experimentó un regocijo que lo pasmó. Y ahora, al negarse a viajar con él, sentía una frustración más inexplicable que la euforia previa. Pero entonces lo comprendió. Entendió por qué había querido alejarse de Amelie todo ese tiempo, al descubrir esa nueva necesidad de permanecer junto a ella. De absorber la energía que irradiaba. De querer observarla arreglándose y desarreglándose el pelo cuando algo la ponía nerviosa. De oler su perfume a flores frescas y escuchar su hermoso acento al hablar en español. De pronto reconocía que lo alegraba su presencia, a pesar de que muchas veces ella le hiciera *bulling* con sus comentarios ásperos, como el del abrigo aquella misma mañana. Hasta ese momento se había rehusado a reconocer que por las noches se dormía pensando en Amelie y que por las mañanas despertaba imaginándola camino al colegio, con su enorme bolso lleno de carpetas y lapiceras. Esa mujer de cuerpo diminuto y ojos brillantes, de sonrisa perfecta y nariz respingada que parecía una jovencita cuando andaba descalza y con el cabello recogido en una coleta. Esa mujer que había entrado en su vida y se daba cuenta que ya no quería sacar de allí.

Amelie enjuagaba las tazas del café mientras meditaba lo ocurrido. No sabía por qué se había negado a viajar con Mathieu. Si bien era cierto que el trabajo en la escuela terminaba a mediados de julio, la realidad era que podía completar las planillas durante el viaje sin que ello implicara un dilema para la dirección. Christophe le diría que sí encantado, pues a todo lo que ella proponía le daba el visto bueno, sin importar de qué se tratase. Era su nueva protegida, la hija que nunca había tenido. Entonces, ¿era el miedo lo que la había llevado a comportarse así? ¿Temor a encontrar en Mathieu el amor que se había jurado no volver a buscar? Su obnubilación de esa mañana la había dejado confundida. Mathieu, el hombre más bello que jamás había visto, era como El David de Miguel Ángel: imponente, apuesto, recio. ¡Y lo tenía sentado en su escritorio!

Su voz gruesa interrumpió los pensamientos de Amelie.

—Me voy.

—¿No quieres que escribamos un resumen de la reunión?

—No es necesario, lo tengo todo aquí —y se señaló la sien.

—Puedes quedarte a almorzar… si no tienes otros planes.

Esa invitación sorprendió a Mathieu sobremanera y lo sacó de su ofuscamiento. Sin achicarse, redobló la apuesta.

—Tengo una mejor idea. ¿Estás lista para salir?

—¿Acaso estoy muy mal? —Amelie se miró de arriba abajo.

Vestía unos jeans, una polera negra y unos zapatitos del mismo color.

—¡Oh, no! Es que a veces las mujeres tienen que vestirse de determinada manera para determinados lugares y momentos —argumentó a la vez que revoleaba los ojos.

Amelie rio.

—Deja que me ponga mis botas abrigadas y estaré lista.

Subió corriendo las escaleras, se puso unas medias gruesas y las botas de piel. Sacó un saco largo de lana del armario y se detuvo a mirarse al espejo. Se colocó un poco de rímel y agregó algo de color a sus mejillas. La imagen que ahora le devolvía el espejo había mejorado un poco.

Cuando bajó, Mathieu ya se había puesto su *sweater* y se pasaba la bufanda de una mano a la otra.

—Dame eso —le dijo ella, cariñosa, y le colocó la bufanda en el cuello con el doblez correspondiente.

Esa imagen de Amelie ayudándolo a colocarse la bufanda le trajo el recuerdo de Lorraine haciendo lo mismo, y una aguja dolorosa se le clavó en el pecho. Cerró los ojos y sacudió la cabeza para quitarse ese pensamiento triste.

—¿Estás bien?

La dulce voz lo reconfortó.

—Sí, no te preocupes. A veces tengo estos pinchazos que me perforan la cabeza. Pero ya se fue —mintió.

—Deberías ver a un médico.

—Ya lo hice —mintió otra vez—. Solo es estrés. Un poco de distracción es lo recetado para este problema.

—Y eso haremos, ¿no es así?

El la miró con tanta ternura que traspasó sus pupilas. Amelie sintió derretirse ahí mismo. ¿Qué demonios estaba pasando? Prefería no averiguarlo.

10

Amelie se puso su abrigo, bufanda y gorro, y se llevó los guantes en la mano. Subieron al utilitario de Mathieu con rumbo desconocido para ella.

Tomaron la autopista hacia la vecina Caen y en solo veinte minutos se hallaban en el centro de la ciudad. Estacionaron en una calle arbolada y caminaron unos metros hasta un bar. El letrero rezaba «Stadium».

—¿Es aquí? ¡Me gusta! —exclamó entusiasmada.

—No conozco muchos lugares. Este es uno de los pocos y se come muy bien. Tal vez no sea lo más apropiado… está decorado con motivos deportivos —había empezado a arrepentirse de su elección mientras ingresaban al local.

—El nombre ya me estaba dando una pista —contestó divertida.

Estaba feliz. Era la primera vez que salía de Villers-Bocage desde su llegada a comienzos del otoño. Y aunque tenía planificada una excursión a la ciudad para conocer por fin todos los sitios que le había mencionado el chofer que la trasladó al pueblo recién arribada a Caen, esta salida imprevista la colmó de alegría.

El lugar era muy agradable. Por todos lados se respiraba deporte. Las pantallas transmitían un partido de fútbol y casi todas las mesas eran altas con banquitos como asientos. A ella le pareció adecuado. Era la única forma de quedar a la misma altura que Mathieu y poder mirarse frente a frente. De seguro que él llegaría a apoyar los pies en el suelo, mientras a ella le quedarían las piernas colgando. Sonrió.

Se sentaron en una de esas mesas altas, eligiendo la que era solo para dos. Enseguida se acercó una mesera para ofrecerles el menú. En el ambiente sonaba la música de Larson Mackenzie.

—Lo único que no me gusta mucho de aquí es la música. Este que canta, por ejemplo… ¡creo que es gay!

Amelie se sorprendió por aquel comentario rayano a la homofobia y decidió aleccionarlo.

—Por empezar, ¡a mí me encanta! Soy fanática de Larson.

Él la miró sorprendido. Ella continuó.

—Además, aunque no lo es porque está casado con una argentina y tiene una familia hermosa, ¿qué hay si fuera gay? ¿Importa acaso la inclinación sexual de una persona para valorar lo que hace? ¡No puedo creerlo! ¡Oír este comentario en el siglo XXI!

«En qué lío me metí», pensó Mathieu arrepintiéndose de su observación.

—No quise ofender a nadie, fue un comentario sin sentido —trató de disculparse.

—Pero lo dijiste y eso habla muy mal de ti. Por ejemplo, ¿te diste cuenta de que José Antonio, tu futuro socio de negocios, es gay?

—Puede ser… ¿pero qué tiene que ver con…? —Amelie no lo dejó hablar.

—¿Y qué me dices de Christophe?

—¿Qué hay con él?

—¡También es gay!

—¿Christophe? Oh, no. Él no es…

—Lo es. Y no tiene nada de malo. ¿Acaso a alguien le importa?

—No, supongo que no —Mathieu estaba pensativo.

—¿Lo ves? Eres un prejuicioso anticuado.

—¿Lo soy? Deberé meditar acerca de esto. Creo que a veces digo cosas sin pensar, solo repitiendo patrones.

—Está bien —se apaciguó Amelie—. Te lo dejo como tarea para el hogar.

—Sí señorita profesora.

—No te burles.

—Eso jamás —dijo levantando ambas palmas de sus manos.

Amelie se distrajo, viendo que también de ese lado tenía surcos y callosidades. Cuando él las bajó, con dulzura rozó el torso de una de ellas, acariciándola con sus pequeños dedos y mirándolo con interrogación.

Notó la turbación de Mathieu y creyó sentir que se estremecía.

—Prefiero no hablar de eso ahora —comentó en voz baja.

—No hay problema. ¿Pedimos? —le preguntó para sacarlo del momento incómodo.

—Sí. Aquí hacen una sopa casera increíble. ¿Quieres probarla? Luego podemos compartir un plato, porque sirven porciones gigantescas. Espero que ahora no me tildes de tacaño.

—No, para nada —sonrió—. Me parece genial.

El almuerzo pasó con anécdotas de Amelie y sus alocados alumnos. Hacía tiempo que había congeniado con ellos, y la empatía se había iniciado luego de que les relatara su historia reciente. ¿Mathieu la conocería? Lo dudaba, pero en el pueblo las historias corrían como chorrera. Aunque a él, al vivir en las afueras, tal vez no le llegaran los chismes.

De regreso a su casa, mirando por la ventanilla del utilitario, ella sopesaba los acontecimientos recientes. Había disfrutado mucho del almuerzo; haber salido del pueblo y recorrer la ciudad de Caen adornada en cada rincón para la Navidad, le insufló alegría y renació

en ella el espíritu navideño que creía perdido.

La compañía de Mathieu había sido muy agradable y no le quedaba ninguna duda de que disfrutaba cada minuto del tiempo que compartían. Y aunque todavía la asustaba un poco, ya no tenía intenciones de ocultar aquella felicidad.

—¿Me harías un favor? —dijo de pronto saliendo de sus cavilaciones, al ver que ya ingresaban al pueblo.

—Dime.

—¿Podrías detenerte en la tienda enfrente del colegio donde trabajo? Nos queda de paso.

—Sí, Doblaré en esa calle. ¿Qué tienes que comprar? Perdón, si se puede saber.

—Algunos artículos para preparar mis obsequios de Navidad. Isabelle me invitó para que pasara la celebración con su familia y quiero regalarles algo hecho con mis propias manos.

A Mathieu se le iluminó el rostro. Él también había sido invitado por Christophe, pero todavía no le había dado una respuesta. Ahora ya sabía cuál sería. Aunque nada dijo. Al parecer a Amelie no le habían contado que él estaba invitado, así como no le habían dicho a él nada sobre ella. ¿Qué se traerían Christophe e Isabelle entre manos?

Al cabo de un rato, Amelie regresaba al vehículo con dos bolsas de papel llenas de artículos y una sonrisa de oreja a oreja.

Le divirtió su cara pícara. ¡Qué bonita era! Cuando sonreía se le hacían dos pequeños hoyuelos a los lados de la boca. En ese momento, sintió unas intensas ganas de abrazarla, de oler el aroma a flores de su cabello y acariciar sus mejillas rosadas. Ella lo miraba y sus ojos denotaban un brillo especial. Todo lo que le ocurría se transparentaba en sus ojos. Ahora demostraban alegría pura.

—Creo que estás por hacer algo muy divertido. Tus ojos no mienten.

—¡Es verdad! Es que hace tanto tiempo que no me dedicaba a mis manualidades… Ahora me doy cuenta de que las extrañaba, tanto como escribir. Hace mucho, mucho tiempo que no lo hago. Desde… —pero algo la detuvo de seguir hablando—. Desde hace bastante.

—¡Cierto que también eres escritora! Una chica de muchas facetas. Es bueno que retomes algo que te gusta y te hace bien. Y me parece que me has contagiado, porque yo también tuve de pronto ganas de volver a mi hobby predilecto.

—¿Me cuentas? ¿Cuál es tu pasatiempo?

—Restaurar libros antiguos.

Amelie abrió bien grandes los ojos.

—¡Increíble!

—Hubo una época en que me traían ejemplares de todas partes. Mi técnica es muy detallista. No altero el modo original de confección. Y

nunca lo hice por dinero, sino por amor a los libros —se jactó orgulloso.

—¿Y por qué no lo retomas? Si algo te hizo dejarlo, algo puede hacer que regreses.

—Es cierto, me has dado el pequeño empujón que necesitaba— comentó sonriente.

—¿Me enseñarás algún día cómo lo haces? Me resulta apasionante. ¡Amo los libros!

—Prometo hacerlo. Veo que encontramos algo que ambos amamos —y la miró sonriendo, con esos ojos que la deslumbraban.

El corazón de Amelie latió acelerado. Por suerte el automóvil frenó en ese momento frente a su casa. Al ver sus bolsas con las compras recientes se entusiasmó tanto que olvidó la idea que acababa de tener hace unos instantes, de invitarlo a pasar a tomar un café. Así que solo lo saludó con un «hasta pronto» y se encaminó veloz al interior de su casa.

El frío era muy intenso y estaba a punto de llover. Cuando cerró la puerta y se vio allí sola, descubrió su necesidad de Mathieu. Aunque algo egoísta, pues hubiera deseado que se quedara en la casa haciendo lo que fuera que hiciese, mientras ella se dedicaba a la elaboración de los obsequios navideños. Pero él no estaba ahí, así que sacudió esa loca idea de su cabeza y fue a la despensa a buscar todos los frascos vacíos que venía coleccionando desde que había llegado a Villers-Bocage.

Los adornaría con diseños pintados a mano y les confeccionaría sus famosos sombrerillos de tela. Los llenaría con caramelos y los envolvería con papeles brillantes de diferentes colores. Para los niños, los dibujos serían de animalitos, para las mujeres elegiría motivos florarles, y para los hombres… ¡qué difícil! Tal vez elementos deportivos, o diseños marinos. ¡Eso mismo! Diseños marinos serían los elegidos. Por si acaso, prepararía alguno extra, con diseños neutros, por si había invitados que ella desconocía.

11

Llegó la tan esperada celebración navideña.

Había llovido durante cinco días seguidos de manera intransigente. Amelie ya estaba prevenida. Si bien la lluvia era una constante en toda la región de Normandía, y durante todo el año, situación por la que había invertido una buena suma en unas *Hunter* de caña alta, ahora se sumaba el frío implacable. Esto le hacía no desear salir a la calle y quedarse al abrigo del hogar. Precavida, tenía víveres suficientes como para no tener que dejar las comodidades de su casa, por lo que se dedicó esos días a las labores manuales y a continuar con la traducción de su novela.

Estaba muy satisfecha por el resultado obtenido con los frascos decorados y se disponía a envolverlos. Las tarjetas navideñas habían sido enviadas a principios de semana, por lo que ya habrían llegado a sus destinatarios. Christophe, Isabelle y Celine habían sido los elegidos. También Mathieu, pero al llegar a la oficina de correos prefirió guardarla en su bolso, donde aún permanecía. Adoraba esa costumbre de los franceses de seguir enviando postales de buenos deseos por correo a las amistades y seres queridos y esperaba ansiosa que alguien le enviara una.

Mientras cerraba con una cinta dorada el último paquete, sonó el timbre de su puerta. No se imaginaba quién podía ser con aquella lluvia torrencial. Su vecino había salido de viaje, así que corrió intrigada a abrir.

Para su gran sorpresa se encontró con el cartero, que bajo su capa con capucha le indicaba que tenía un paquete a su nombre y debía firmar por su entrega. Ella hizo lo que le decía y recibió, además, dos sobres.

Emocionada y curiosa por igual, se sentó en el sofá junto a la chimenea.

Los sobres eran de Isabelle y de Christophe. ¡Y el paquete venía de Argentina!

Dejando la emoción para lo último, abrió los sobres y sonrió. La tarjeta de Christophe era musical, un arbolito al que le brillaban las borlas rojas que colgaban de sus ramas. Se sintió transportada a sus primeros años de vida, cuando su padre le regalaba ese tipo de tarjeta para su cumpleaños. La postal de Isabelle era muy tierna: un perrito, un gatito y un patito, acurrucados en una canasta con un enorme

moño rojo, que rezaba en francés «En esta Navidad sé feliz como un bebé». No pudo dejar de sonreír mientras leía los hermosos deseos de Isabelle escritos con una redonda y prolija letra.

Y ahora sí. El paquete. Sabía que era de su familia, pues si bien no tenía remitente, el sello del Correo Argentino resaltaba en la envoltura de papel madera. Al quitarla, se encontró con una caja forrada en un papel con diseño cuadrillé. La abrió con rapidez y se encontró con un bello cuaderno de tapas de cuero en color rosado y una lapicera delicadísima en el mismo tono. «Mi color favorito» pensó mientras sacaba del sobre la tarjeta que acompañaba los obsequios: «Para que plasmes en él todos tus sueños literarios». Unas lágrimas asomaron a sus ojos de miel y una nostalgia profunda le llenó el pecho. Era la primera vez que pasaba la Navidad lejos de su familia. Como era su costumbre, ellos festejarían en la casaquinta de Luján, donde la señal de internet no era muy buena como para realizar una videoconferencia, por lo que se habían conectado desde la casa y saludado el día anterior. Sus padres nada le habían dicho de aquel envío, pero ahí estaban todos en la firma: «Mamá, Papá, Agustín y Marisol».

Las lágrimas cayeron al fin sobre su falda y en esa posición, recostada en el respaldo del sofá y abrazada al cuaderno, se quedó dormida.

Despertó de un sobresalto con el sonar de su teléfono móvil. Confundida por la absoluta oscuridad que la rodeaba, lo tomó y atendió. Era Isabelle para ofrecerle que Christophe la fuera a buscar para la cena. Si bien había dejado de llover y vivían a pocas calles de distancia, el frío estaba implacable y ella debía ir cargada con el postre que se había ofrecido a llevar, «y con los obsequios», pensó. Así que sin dudarlo aceptó la propuesta, pero debía apurarse pues el director vendría a buscarla en cuarenta y cinco minutos. ¡Qué barbaridad! ¡Quedarse dormida de esa manera!

Ya estaba lista cuando Christophe llamó a la puerta.

—¡Pero qué guapa!

—Ay, no digas eso —se sonrojó Amelie.

—¡Pero si es la verdad querida! Nunca te había visto tan elegante y bella.

Se había puesto un vestido de lanilla largo hasta los tobillos, en color borgoña, con unas botas muy altas. Sobre sus hombros colocó el chal negro que le habían obsequiado los españoles. El pelo lo había dejado suelto, solo recogido a un lado con un broche del mismo color que el vestido. El maquillaje era más jugado que en otras ocasiones, con rímel espeso y lo ojos bien delineados, que le daban un aspecto gatuno. El labial oscuro le otorgaba distinción y estaba estrenando perfume nuevo.

Se colocó el abrigo y dejó que Christophe la ayudara con las bolsas de regalos, mientras ella cargaba con la bandeja del postre. Hizo una versión afrancesada de la típica *chocotorta* que solía preparar en Buenos Aires. Como no consiguió unas galletitas similares a las que usaba allá, las horneó ella misma, y el dulce de leche lo reemplazó por Nutella. Si bien no sería lo mismo había logrado una adaptación bastante aceptable.

La recibieron con mucha alegría. Ya se encontraban todos los invitados (o al menos los que ella creía). Fueron haciendo las presentaciones: Camille, la hija de Isabelle, su esposo André, sus pequeños hijos, los mellizos Olivier y Paul, y Laurent, el amigo de Christophe.

Amelie consultó con Isabelle por los obsequios y esta le dijo que podía colocarlos junto a la chimenea, que los abrirían luego de la medianoche. Como los niños eran muy pequeños aun, no era necesario realizar la pantomima de irse a dormir y abrir los regalos a la mañana siguiente, pues todavía no comprendían de qué se trataba todo eso.

—No tenías que molestarte trayendo regalos para todos, fue muy gentil de tu parte. Igual, como no te dije que venían Laurent y…

—¡No te preocupes! —interrumpió Amelie—. Suponiendo la presencia de más invitados, traje algunos regalitos extra.

Amelie se retiró a la cocina para ayudar a Christophe a preparar las entradas.

Cuando sonó el timbre de calle, Camille estaba ocupada con los niños y André conversaba muy animado con Laurent. Isabelle atendió el llamado y el recién llegado, que vio el intento de reproche en su mirada por la hora en la que se presentaba, se atajó:

—Lo siento Isabelle, tuve una complicación en casa. Pero logré resolverlo y vine para aquí en cuanto pude.

—Las excusas no son para las viejas sabelotodo como yo —le hablaba como a un niño—. Ven, entra que hace un frío de muerte.

Mathieu la miró como intentando preguntar algo.

—Sí, ya está aquí, y no sabe que tú vendrías. Ahora se encuentra en la cocina. Compórtate.

No supo muy bien a qué se refirió Isabelle con la última palabra, pero prefirió no indagar. A veces era muy enigmática.

Se quitó el abrigo y se dirigió a saludar a los presentes. Cuando había finalizado la ronda de presentaciones, ella apareció. Fue una magnífica visión donde el entorno se difuminó y las voces de los otros se desvanecieron por completo. En el instante en que cruzaron sus miradas, un rayo los atravesó a ambos. Sus pieles se erizaron y un calor profundo les recorrió el cuerpo.

Amelie y Mathieu perdieron la noción del espacio-tiempo por un momento. Solo se veían el uno al otro. A pesar de la distancia que los

separaba, se sentían cercanos, percibiendo sus aromas y descubriendo sus respiraciones apenas agitadas.

El encantamiento se rompió cuando irrumpió Christophe con la bandeja de exquisiteces, a la voz de «¡A la mesa!».

Nunca supieron si permanecieron inmóviles un largo rato o apenas una fracción de segundo. Lo cierto es que nadie pareció percatarse de ello. Se saludaron de lejos debido al revuelo generado por todos cuando se acercaron a la mesa.

Isabelle había dispuesto los lugares de manera tal que Amelie y Mathieu quedaran enfrentados, uno a cada lado de la cabecera ocupada por ella. La otra cabecera tenía como dueño a Christophe.

La mesa se podía definir como agradable y bulliciosa, y el champán contribuía mucho a que lo fuera. Laurent era todo un personaje, con una risa sonora que contagiaba al resto. Sus divertidas historias (se desempeñaba como director de orquesta) aportaban un ingrediente distendido a la velada.

Los gemelos se portaban muy bien para sus apenas dos años de edad; parecían unos pequeños caballeritos. Reían con las gesticulaciones de Laurent y disfrutaban a la par de los adultos.

Llegó el pavo al horno y todos aplaudieron con entusiasmo. Era la especialidad de Christophe. Ahora la conversación había disminuido al punto de casi desaparecer entre los cubiertos y las bocas que saboreaban el manjar.

Cada tanto, las miradas furtivas de Mathieu escapaban hacia Amelie. Ella brillaba esa noche, tanto cuando hablaba como cuando sonreía o solo callaba con timidez. Irradiaba una paz que lo hacía sentir sosegado. En un momento, se sintió descubierto por Isabelle, que lo vio observar a la profesora con embeleso, pero se hizo la distraída y fingió no darse cuenta. Ambos supieron lo que había pasado allí. Pero la mujer era una persona muy reservada y el pequeño hallazgo quedaría a resguardo.

12

A la hora del postre, Isabelle le pidió a Amelie que la acompañara a la cocina para ayudarla.

—¿Y? ¿Cómo llevas el festejo navideño lejos de tu familia?

—No voy a engañarte. Los extraño un montón y pienso en ellos a cada rato. Pero la estoy pasando muy bien. Te agradezco la invitación.

—Siento no haberte comentado que también vendría Mathieu. La verdad es que no me había confirmado su presencia hasta hoy. Espero que sea de tu agrado.

Amelie meditó su respuesta. Si bien la sorpresa fue mayúscula, enseguida sintió alegría de verlo.

—Por supuesto Isabelle. Es una velada muy agradable.

—¿Siguen trabajando juntos con eso de los españoles?

—Hace un par de días tuvimos junto a Mathieu una videoconferencia con ellos.

—Oh, qué bien. ¿Han cerrado trato?

—¡Sí! Hace un tiempo ya. Esta reunión virtual fue para comunicarle a Mathieu el avance del proyecto y la fecha de lanzamiento del Calvados en España.

—¡Pero qué maravilla! Mathieu debe estar muy orgulloso. Debería viajar allá.

—Es que ese fue otro de los motivos de la reunión. Quieren que esté presente en la fiesta de lanzamiento y…—titubeó.

—¿Y?

—Me pidió que viajara con él como su traductora.

—¡Qué lindo! ¿Cuándo viajan?

—No iré.

—¿Cómo?

—Le dije a Mathieu que no iría con él.

—¿Y a qué se debe tu decisión?

—El lanzamiento es a principios de julio. Habremos acabado apenas las clases y tendré muchas planillas que entregar…

—No creo que eso sea un motivo, ya sabes que las planillas son una formalidad y podrías entregarlas a tu regreso. Dime Amelie —y la tomó del brazo—. ¿Cuál es la verdadera razón por la que no deseas viajar?

A Amelie se le hizo un nudo en la garganta y agradecía que

estuvieran hablando en español así nadie entendería lo que iba a revelarle a Isabelle.

—Tengo remordimiento… y mucho miedo… no quiero volver a sufrir.

Amelie no pudo más y comenzó a llorar. Isabelle se apresuró a cerrar la puerta de la cocina. Se acercó, la abrazó y acarició su cabello sedoso. Ella se dejó mimar y su llanto menguó.

—A ver —dijo Isabelle con tono maternal, tomándole el rostro entre sus manos—. Dime a qué le tienes miedo en realidad.

—A volver a enamorarme. No quiero hacerlo, y Mathieu despierta en mí sensaciones que preferiría no sentir nunca más.

—Querida… el amor es el motor del mundo. No te niegues a esa fuerza maravillosa que nos vuelve sensibles, poderosos y mejores personas.

Amelie sonó su nariz con un papel de cocina y la miró con los ojos brillantes.

—Pero siento que de algún modo le estoy fallando a Maxi.

—¿Tú lo amabas?

—Con todo mi corazón.

—¿Y él te amaba a ti?

—Estoy segura que sí.

—Entonces sin duda hubiera querido que fueras feliz.

—Sí, pero…

—Y si ser feliz es encontrar a alguien con quien compartir esta nueva etapa de tu vida, creo que él lo aprobaría.

—No sé… es todo tan extraño… Un año atrás hubiera jurado que jamás volvería a sentir nada por nadie. Y me había propuesto que así sería. Estoy confundida y asustada. ¿Se puede volver a amar después de haber amado tanto?

—Sentirte así es bueno Amelie. Significa que tu corazón está vivo. Ve por tu destino. No te niegues a él.

En ese momento ingresó Christophe, y aunque notó que algo estaba ocurriendo, se hizo el distraído y solo comentó:

—Estamos todos ansiosos por probar el postre de Amelie.

—Enseguida vamos —le respondió su hermana.

Christophe desapareció tras la puerta e Isabelle instó a Amelie a que se acicalara un poco.

—Ve al baño pequeño de aquí al lado, así no debes atravesar toda la sala. ¿Tienes con qué arreglarte el maquillaje? Puedo prestarte sino.

—Sí, en mi bolso.

—Yo te lo traigo y mientras tanto llevaré los platos y cucharas para el postre.

Cuando Amelie regresó a la mesa con el extraño postre argentino que todos querían probar, Mathieu notó algo en su rostro. Vio un

brillo particular en sus ojos y debajo del maquillaje, sus mejillas algo enrojecidas. Los demás parecieron no percatarse. Solo Isabelle sabría algo, pues habían compartido varios minutos a solas en la cocina. De seguro extrañaba mucho a su familia y se había emocionado por ello.

—Amelie, espero que tu postre sea exquisito, porque por él he renunciado al bûche de Noel, la delicia que me hace adorar la Nochebuena —la amenazó un Christophe bonachón.

—Lo siento, para colmo tuve que cambiar la receta. Aquí no se consigue el dulce de leche.

Christophe se tomó la cabeza entre las manos con desesperación y todos rieron.

Por suerte el postre fue un éxito absoluto. Y a pesar de los ingredientes distintos, había quedado riquísimo. Tal es así que salvo Amelie, los demás repitieron la porción. La delicia fue acompañada por una copita de Calvados, bebida traída de obsequio por Mathieu. Y todos los presentes recibieron su botellita selecta de edición especial navideña para llevarse a casa.

A esa altura los pequeños se habían quedado dormidos en un sillón y sus padres los llevaron al cuarto de huéspedes. El resto de los adultos se trasladó a la sala de estar, donde tomarían el café que Isabelle ya estaba preparando, además de degustar algunas confituras.

Mathieu se sentó en el sofá junto a Amelie. Cuando regresaron Camille y André, Amelie tuvo que correrse bien pegada a Mathieu para cederle espacio a la hija de Isabelle. Estar tan cercana a él la abochornó. Pero era hora de repartir los obsequios dejados junto a la chimenea y en cuanto llegó el café se paró para ayudar a repartirlos.

Los frasquitos decorados encantaron a todos, en especial por su contenido de coloridos caramelos. Amelie llegó a la divertida conclusión de que los adultos lo son hasta que en sus manos tienen un frasco repleto de dulces.

—¡Hay para los pequeños también! —le dijo a Camille entregándole otros dos paquetes.

—Muchas gracias Amelie, eres un amor —respondió ella agradecida.

Ya se había resignado hace tiempo a ser Amelie para todos mientras viviera en Francia.

«Mientras viva aquí». Esas palabras retumbaron en su interior, ¿Qué sería de su futuro? Se hallaba a prueba en su cargo por el periodo de un año lectivo, y si bien sabía que su evaluación sería positiva, no era usual que en dichos puestos renovaran el contrato. O se pasaba a planta permanente de la institución o se renunciaba. Sin medias tintas. Esto la inquietaba, pues aunque se hallaba cómoda en su trabajo, no estaba segura de querer quedarse indefinidamente en aquel pequeño paraje de Normandía. Isabelle la sacó de sus pensamientos.

—¿Vienes mañana al almuerzo de Navidad?

—Oh no, no voy a abusar de tu hospitalidad. La verdad es que me levantaré tarde, me haré un chocolate caliente… ¡y luego regresaré a la cama!

—Bueno, querida, pero ya sabes. Si de repente te asalta el apetito, ¡aquí estaremos! De todos modos te prepararé un paquete con un poco de pavo y otras cosillas. Christophe cocinó para un regimiento —y se alejó hacia la cocina riendo.

Amelie comenzó a despedirse de todos, cuando Mathieu le comentó:

—Yo también me voy, te alcanzo hasta tu casa.

—¡Si no lo decías te iba a obligar Mathieu! —soltó Christophe—. No podemos dejar que nuestra muchacha camine sola hasta su casa a estas horas.

—Pero si solo son unas calles. Además, debe ser el pueblo más tranquilo del mundo.

—No te fíes. Hay muchos pasados de alcohol esta noche —le refutó.

—Bueno Mathieu, —y Amelie giró para mirarlo directo a los ojos— tendrás que llevarme entonces.

Isabelle regresó con dos paquetes, uno para Amelie y otro para Mathieu.

—Esto me durará una semana —dijo él.

—¡Y a mí un mes! —respondió ella y todos rieron.

La tensión se sintió en el mismo instante en que subieron al utilitario y abrocharon sus cinturones. Eran pocas calles, llegarían enseguida, pero no podían permanecer callados porque sería peor. Así que Amelie habló primero:

—Siento mucho que el diseño de tu frasco no haya sido personalizado, no sabía que irías a la cena. Preparé obsequios genéricos por si ocurría algo así. Pero de haberlo sabido te creaba un diseño con botellitas de Calvados —dijo a modo de reproche, pues él sí sabía que ella asistiría, lo supo de su propia voz.

Mathieu sonrió.

—Me gustan las formas geométricas, no te preocupes —respondió tratando de aguantarse la risa, pero sin lograrlo, y queriendo con esta frase ocultarle el motivo de su misterio para con la reunión.

—¡Qué malo eres! —lo reprendió golpeándole el antebrazo.

—No soy malo, tú me malinterpretas.

Amelie intentó hacerse la enojada pero no lo consiguió. Así que ambos terminaron a las carcajadas.

En ese momento llegaban a destino.

—Gracias por traerme.

—Pero qué dices, si me queda de paso…

—Tal vez querías quedarte un rato más.

—Para nada. Suelo acostarme temprano. A esta hora me convierto en una mala compañía.

—No te creo.

—Pruébame.

Amelie se quedó inmóvil con aquella repentina contestación de Mathieu. ¿Acaso la estaba incitando a que lo invitara a pasar? No, no, no. Debió haber escuchado mal. Él jamás haría algo tan osado. Salió de la situación con un «Gracias de todos modos» y saltó del vehículo. No se volteó para saludar y entró con presteza a su casa.

Segunda parte
Resurgir de las cenizas

"El amor es eso, cuando alguien, aun conociendo tus cicatrices, se queda para besarlas."

BENJAMÍN GRISS

"Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos. Solo entonces te darías cuenta de lo especial que eres para mí."

FRIDA KAHLO

13

La despertó el timbre de su puerta. Salió de repente de un sueño extraño y no sabía muy bien dónde estaba. Sin prender la luz de la mesita, manoteó hasta dar con su teléfono. La pantalla le decía que eran las doce y cuarenta. ¿Tanto había dormido?

Se colocó las pantuflas y la bata, y fue a abrir. Mientras bajaba, el timbre volvió a sonar.

—¡Ya va! —gritó desde el vano de la escalera.

Cuando abrió la puerta se encontró con un Mathieu sonriente cargando dos grandes paquetes.

—¿Qué sucede? —preguntó Amelie algo confundida.

—Que no dejaré que comas pavo frío en el almuerzo de Navidad —respondió mientras pasaba a su lado guareciéndose del frío exterior.

—¿Entonces? —preguntaba girando la cabeza y aun sin cerrar la puerta.

—Cocinaré mi especialidad.

—En mi casa —quiso confirmar mientras cerraba la puerta.

—Si quieres vamos a la mía, pero ya traje todo lo que necesito.

Amelie quiso asegurarse de que no estuviera ebrio o algo así. La noche anterior había dudado con la respuesta que le había dado y ahora esto. Así que lo escudriñaba de arriba abajo mientras él se dirigía a la cocina como si se tratara de su propia casa.

Desparramó todos los ingredientes en la mesada y le pidió ayuda para encontrar los utensilios.

Resignándose a no saber qué diablos ocurría allí, lo dejó trabajando y subió a darse una ducha.

Al rato estaba de nuevo junto a él.

—Me recuerdas al día en que nos conocimos —y le señaló su pelo mojado.

—Es que tardo mucho en secarlo con el secador, así que dejo que se seque solo.

—Me agrada.

—¿Qué cosa?

—Tu cocina —y rio—. ¡Tu cabello húmedo, tonta!

Ella se lo tocó por instinto, mientras él prosiguió:

—Desprende un aroma a flores después de la lluvia.

A Amelie le gustó aquella comparación pero no quería que la conversación rondara en torno de su persona.

—¿Y qué harás de comer?

—Omelette a la Abbot.

—¡Qué pretencioso! —expresó divertida.

—Y no sabes qué rico vino traje para acompañarlo.

—Allá en Buenos Aires tomaba vino en contadísimas ocasiones. Creo que en lo que va de mi corta estancia aquí tomé más vino que en todo el resto de mi vida.

—¡Y eso que los vinos argentinos son los mejores del mundo!

Entonces ella recordó el porqué no bebía. A Maximiliano no le gustaban las bebidas alcohólicas. Y una sombra cubrió su rostro.

Mathieu, que estaba de espaldas a ella, no notó el cambio en su semblante, así que continuó hablando.

—No sé si este será tan bueno, pero es uno de los mejores de aquí.

—Iré preparando la mesa, creo que vas muy rápido y comeremos enseguida.

—En cinco minutos estará listo.

Amelie sacó el mantel navideño que había comprado en la tienda, el que hubiera estrenado sola la noche anterior de no haber sido por la invitación de Isabelle. Puso dos copas en lugar de los vasos de diario y servilletas de tela. Recordó que había encontrado una vela roja en el mueble de la sala y fue a buscarla.

Cuando regresó, Mathieu ya había servido los platos y estaba abriendo la botella de vino. Ella colocó la vela en un costado de la mesa, la encendió, y brindaron.

—Por el futuro cercano —dijo Mathieu mirándola a los ojos.

—Por nuestros proyectos —repuso ella y chocó la copa.

La comida estuvo deliciosa. Conversaron de la cena de Nochebuena y de las ocurrencias de Laurent. Mathieu trajo a colación la conversación de días atrás respecto a su homofobia infundada, pues se había dado cuenta de que solo repetía patrones preestablecidos que nada tenían que ver con sus verdaderos pensamientos.

—Laurent me cae muy bien. Y creo que se ven genial juntos —dijo refiriéndose a este y Christophe.

—Por culpa de los prejuicios de la gente, se privan de poder tratarse como la pareja que son. Se presentó como un amigo, cuando están juntos hace tiempo. Me lo ha confirmado Isabelle.

—Temo que haya sido por mí.

Amelie asintió mientras lo miraba fijo, solo para hacerlo sentir mal.

—¡Oh! ¡No me lo hagas peor aún! Yo no tengo nada en contra de la gente gay, lo juro. Estuve meditando mucho acerca de lo que hablamos y creo que cada quien debe hacer y expresar lo que siente.

—¡Bravo! Te he sacado el problema de raíz —y levantó el puño en modo triunfal.

—Y nunca debí haber dicho aquello de tu cantante favorito. A decir verdad, me dio un poco de celos.

—¿Larson Mackenzie te dio celos? ¡Por Dios! Es el hombre más inalcanzable del planeta.

—Y muy apuesto…

—En extremo apuesto —lo provocó ella.

Mathieu se agarró la cabeza con ambas manos.

—¡Por favor! ¡Tener frente a mí a la chica más linda que conocí suspirando por otro hombre! Eso sí que es cruel.

Amelie arqueó las cejas. Ahí estaba de nuevo, el Mathieu desconocido. ¿Y de esta situación cómo se salía? Estaba algo entonada por el vino que había tomado y endulzada por el postre de manzanas que él había cocinado en su casa esa mañana, y que llevó para deleitarla con su faceta de chef. Sabía que no se hallaba al ciento por ciento de su capacidad de raciocinio.

Para tratar de poner paños fríos a la situación, se paró con la intención de levantar los platos de la mesa, pero la enorme mano de Mathieu la retuvo cerrándola en su muñeca. Amelie volvió a notar las imperfecciones y los surcos de la palma y el dorso, y lejos de impresionarla, la invadió una profunda ternura como ya le había sucedido antes.

—¿No responderás a lo que acabo de decirte?

«Si respondo lo tendré que hacer con un beso».

Ella solo lo miraba con anhelo, pero sin tomar ninguna decisión de cómo refrendar aquella insinuación.

Mathieu entonces, tomó su otra muñeca acercándola todavía más a su cuerpo. Ella permanecía parada frente a él, que sentado, quedaba apenas por debajo de su línea de visión.

Los ojos ámbar de Amelie decían lo que su boca no podía pronunciar. El corazón se le salía del pecho y su respiración dejó de ser pausada para transformarse en cortos movimientos que no llegaban a llenar sus pulmones de aire.

Alguno debía actuar. Si dejaban pasar el momento, la magia se desvanecería. Pero algo los detuvo. Mathieu aflojó la presión de sus manos y permitió que ella se alejara hacia atrás. Se levantó de la silla y sin decir nada, se fue de la cocina.

Amelie escuchó el rechinar de sus pasos en el piso de madera y luego el ruido de la puerta de entrada. De un impulso corrió hacia el recibidor, pero ya era tarde. Se había ido.

Embargada por una desazón que le hizo doler el estómago, dio media vuelta para regresar por los platos, aun confundida por la reacción de Mathieu.

Y entonces lo vio, asomándose apenas por el umbral de acceso a la sala.

—¿No te habías ido? —le preguntó con apenas un hilo de voz.

—No pude. Al abrir la puerta me di cuenta de que quiero estar

aquí, contigo.

Ella todavía mostraba desconcierto en sus ojos. Entonces, la tomó entre sus brazos, elevándola del suelo, y le habló con el rostro pegado al suyo:

—Cuando estoy a tu lado, me siento como en un refugio. Quisiera quedarme… si me lo permites.

La bajó con lentitud, sin soltarla.

A Amelie se le sonrosaron las mejillas. Se puso en puntillas de pie para acercar su rostro al de él y rodearle el cuello. La posición no era para nada cómoda. La diferencia de alturas lo dificultaba todo.

—Espera —dijo él y la alzó de la cintura como a una niña.

La colocó en el segundo peldaño de la escalera y de esa forma quedaron uno frente al otro.

—¿En qué estábamos? —continuó con tono mimoso.

Y entonces fue ella quien por fin tomó la iniciativa, acercando su boca ya abierta para recibirlo en un beso ardiente y profundo.

Se abrazaron con fervor. Tan apretados estaban que no se sabía dónde terminaba el cuerpo de uno y dónde empezaba el del otro. La pasión los gobernaba, autoritaria y vencedora. No eran dueños de sus manos ni de sus cuerpos.

Comenzaron a desvestirse el uno al otro a la vez que subían los escalones. Para cuando llegaron al cuarto de Amelie estaban apenas cubiertos con su ropa interior, la que desapareció instantes antes de caer en la cama, poseídos por el deseo y el ardor de sus pieles desnudas.

El magnífico cuerpo de Mathieu cubrió por completo la diminuta figura de Amelie. Él notó aquella fragilidad debajo de sí y temió lastimarla. Con la voz entrecortada por la agitación, le preguntó:

—¿Estás bien?

Pero ella solo respondió con un débil gemido, lo que dio luz verde al enardecimiento de Mathieu para avanzar hasta lo más profundo de su ser.

Los movimientos se tornaron cada vez más rápidos y sus torsos desnudos se unieron en una fusión absoluta de sudor, latidos y respiraciones agitadas.

Mathieu cerró los puños sobre la almohada y lanzó un suspiro ronco en el oído de Amelie, que la hizo enloquecer de placer y ahogar un grito que quedó atascado en su garganta, en el momento exacto en que el mundo alrededor suyo explotaba en mil sensaciones imposibles de describir.

De pronto todo fue silencio y calma. Mathieu se hizo a un lado para dejar que Amelie recobrara el aliento. Con delicadeza, los cubrió a ambos con la sábana y la frazada, y Amelie se acurrucó a su lado.

Ninguno de los dos pronunció una palabra. Tal vez por sentirse

colmados, tal vez por sentirse abrumados. O quizás por ambas emociones.

Luego de un rato, Mathieu volvió a repetir la pregunta de más temprano:

—¿Estás bien?

Amelie asintió con una sonrisa plena. Le tomó la mano y la pasó por su rostro. Luego fue besando uno a uno sus dedos con cicatrices.

Casi en un susurro, se animó a preguntarle:

—¿Me contarás qué le sucedió a tus manos?

Él suspiró profundo. Inspiró y expiró el aire varias veces antes de contestar.

—Creo que ha llegado el momento en que debo contártelo.

—Solo si así lo deseas.

No se sentía acorralado, ni obligado a hacerlo. La dulzura de Amelie al interrogarlo no hizo más que afirmarle que era tiempo de que lo supiera.

—Es raro que nadie del pueblo te haya ido con algún cuento. Aquí está lleno de charlatanes fabuladores.

Amelie se asombró de aquella afirmación. Lo cierto era que ninguno le había dicho nada al respecto. Entonces negó con la cabeza esperando a que él prosiguiera.

—Te contaré todo una sola vez. Y no querré volver a hablar de ello.

—Está bien.

Mathieu se incorporó, y apoyado en el respaldo de la cama, inició el relato, mientras Amelie se dispuso a escucharlo, de costado, con una mano sobre su cabeza.

14

—Era la época de poda en la finca. Hacía poco tiempo que me había hecho cargo del campo que fuera de mi padre, que falleció y me lo dejó como herencia. Yo te conté de mi hermano Patrice, el sacerdote. Él es mayor que yo, hijo de mi madre pero no compartimos padre. Mi madre, viuda, conoció a mi padre cuando Patrice tenía diez años. Quedó embarazada de mí casi enseguida, pero él no estaba enamorado de ella. Aunque prometió hacerse cargo de todo, nunca más estuvieron juntos. Lo cierto es que jamás me faltó nada. Pero no fue un padre presente a pesar de que no haya tenido otros hijos ni formado pareja. Era un solitario. Mi madre falleció hace unos años, y estando enferma a punto de morir me pidió que le diera una oportunidad a mi padre. Y así lo hice. Conectamos un poco hacia el final, un año antes de su deceso. Aunque el tiempo perdido no se recupera. En ese entonces me ofreció trabajar con él en la finca. Yo solo tenía lo de los libros, que apenas me dejaba para comer, y vivía en la casa que fuera de mi madre, en Caen. Me había contado de su proyecto del Calvados y que venía probando injertos de manzanos tratando de llegar a la mejor versión para la producción del brandy. Yo me entusiasmé. Así que me trasladé al campo y comencé a colaborar con él y sobre todo, a aprender. Ahí conocí a Lorraine, que era administrativa de la finca y le llevaba todos los papeles a mi padre. Era algo mayor que yo y me sentí halagado porque se fijara en mí. Comenzamos una relación, pero yo no estaba enamorado. Ella sí, y tenía muchos planes para los dos, de los que yo me hacía el distraído al principio, y evadía después. Pero todo pasó de prisa y me vi envuelto en una vida que no había elegido. Mi padre murió y quedé a cargo de todo. Casi al mismo tiempo, Lorraine me dijo que estaba embarazada. Ese hijo no había sido buscado. Al menos no por mí. Yo no deseaba tener hijos en ese momento, apenas me estaba acostumbrando a ser la cabeza de la finca y fue un shock. Pero tampoco quería que ese niño tuviera la vida que tuve yo, sin un padre a su lado. Así que le dije a Lorraine que se mudara conmigo a la casa del campo, lo que aceptó feliz. Supuse que con el tiempo me acostumbraría a esa vida de familia que se avecinaba y hacía un gran esfuerzo para lograrlo. Como te decía al principio, era la época de poda y todas las ramas quedaron apiladas junto a la casa, a la espera del camión recolector que llegaría el lunes siguiente. Los trabajadores se habían retirado y yo salí a recorrer la plantación de manzanos para verificar el resultado de los trabajos. Después de casi dos horas de

caminata, empezó a oscurecer y decidí regresar. Cuando estaba a unos cien metros y traspasé la última ondulación del terreno, vi una enorme nube de humo que envolvía la parte derecha de la casa. Corrí lo más rápido que pude y me encontré con que las llamas lo estaban consumiendo todo. Entré y hallé a Lorraine en el piso de la cocina, tras las llamas.

En ese momento Mathieu hizo una pausa en su relato e inspiró hondo. Amelie, recostada a su lado, lo escuchaba con los ojos vidriosos. Entonces retomó el monólogo.

—El fuego era abrasador. Imposible atravesarlo. Corrí a un cuarto en el otro extremo de la casa, tomé una manta gruesa, la mojé y me la eché encima. Regresé a la cocina e intenté tomar a Lorraine con ambos brazos. La abracé tratando de taparle el cuerpo con mi manta húmeda y la arrastré como pude hacia afuera. Cuando ya estaba en el exterior de la casa, apenas unos metros alejado de la entrada, oí una explosión. Es todo lo que recuerdo. Desperté un día después en el hospital, con mis dos brazos vendados e inmovilizados. Y entonces me enteré de que Lorraine había muerto.

Amelie se llevó la mano a su boca, tenía un nudo en la garganta y no podía pronunciar palabra alguna.

Mathieu miraba hacia el techo y con la voz quebrada dijo:

—Nunca se supo qué provocó el incendio. Tal vez una colilla de cigarrillo de alguno de los trabajadores de la finca. Las primeras pericias indicaron que pudo haber sido intencional. Hay muchos que me culpan a mí.

Giró la cabeza del lado opuesto al de Amelie para no dejarle ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Ella lo notó y se limitó a acariciarle las cicatrices de sus manos, como si con ello intentara sanarlas, aunque lo que deseaba era sanar su alma. Le parecía imposible que lo culparan a él de algo semejante.

De repente, Mathieu giró hacia ella con los ojos aún húmedos y con un tono que a Amelie le desgarró el corazón, dijo:

—Yo nunca la amé y nunca quise a ese hijo que no llegué a conocer. Por no parecerme a mi padre acepté una situación que no deseaba y fue como si el destino me hubiera liberado de aquello, de la manera más macabra y cruel. Nunca fui demasiado creyente, aun teniendo un hermano religioso. Pero es como si Dios me hubiera castigado por mi desamor. Y ahora solo siento remordimientos. Lo siento.

Se levantó de la cama de un salto y comenzó a vestirse frente a una Amelie impávida que no sabía qué hacer o decir.

Cuando Mathieu estaba saliendo del dormitorio, ella atinó a decirle:

—No es necesario que te vayas… —pero él ya estaba bajando las

escaleras cuando completó la frase— de ese modo.

Escuchó arrancar su auto y salir a toda velocidad.

«No debí insistir para que me lo contara. Tal vez necesitaba más tiempo».

Se acurrucó en un rincón de la cama, mientras afuera comenzaba a oscurecer y la Navidad iba llegando a su fin.

Se preguntó por qué la vida era tan injusta. Por qué las personas tenían que sufrir de esa forma. ¿No sería todo más sencillo si la gente solo viviera su vida, fuera feliz y muriera de vejez habiendo disfrutado y gozado?

Sintió un enorme vacío en su interior, como si de pronto le hubieran arrebatado algo para siempre.

Y con ese desasosiego, se sumió en un sueño intranquilo plagado de horribles pesadillas.

15

Habían pasado cinco días sin que recibiera novedades de Mathieu. No era que esperara su llamado, puesto que su alejamiento había estado cargado de dolor y culpa. Pero era ella quien ahora acarreaba su propio arrepentimiento. Creía que la había gobernado la lujuria y que se había dejado llevar por las sensaciones.

Aun sentía las caricias tibias en su piel y los besos húmedos en su cuerpo. Esos recuerdos le estremecían las entrañas, lo que le producía una terrible confusión. Porque de repente se le aparecía la imagen de Maximiliano, nítida, frente a ella. A veces había creído que se le borraba su recuerdo, pues la foto en su cabeza se volvía difusa. Pero ahora lo veía como una aparición, casi real, y el remordimiento por lo sucedido con Mathieu la carcomía y la sumía en una profunda desazón.

Isabelle le había dicho en la reunión de Nochebuena que era momento de soltar. Que debía disfrutar el presente. Eso la consolaba por un momento, pero pronto recaía en la culpa. Al rato recordaba los susurros al oído y los dedos de Mathieu enredados en su cabello, y ansiaba con locura volver a verlo. Entonces el remordimiento la atacaba otra vez. Era un círculo vicioso del que no lograba escapar.

Para peor, el clima era un desastre. Si el tiempo acompañara, podría salir a caminar y caminar hasta el cansancio, ayudando a despejar su cabeza.

La última novedad autodestructiva era que Mathieu había dejado olvidada su bufanda, aquella que tiempo atrás ayudara a colocarle. Y en lugar de colgarla en el perchero del recibidor y olvidarse de ella, la colocaba en su cuello durante el día y la guardaba bajo la almohada por la noche. Aún conservaba su perfume, que la torturaba dulcemente. ¿En qué clase de ser masoquista se estaba transformando?

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por el sonar de su teléfono. En la pantalla aparecía un número desconocido. Atendió y se sorprendió un poco al escuchar a Celine del otro lado.

—¡Hola Amelie! ¿En qué andas? Te llamo desde el teléfono de un amigo porque estoy sin crédito. Me olvidé de pagar la factura del móvil y ya ves… Pero vayamos a lo importante. Te quería invitar a que festejes conmigo el Año Nuevo. ¡Salvo que quieras volver a pasarlo con los viejos aburridos de la escuela! No puedes decirme que no, ya tengo todo planeado. Vamos a divertirnos mucho. ¿Qué dices? ¿Aceptas verdad?

Amelie ni siquiera había tenido la posibilidad de saludar a Celine, que no la había dejado meter bocadillo.

—No sé, ¿dónde sería?

—Aquí en Caen. Hay una gran fiesta y tienes que venir conmigo.

—¿Es muy formal? No tengo vestimenta para ir a fiestas…

—Podría prestarte algo, pero toda entera cabrías en mi sostén —y rio a carcajadas—. No te preocupes, es informal. Nadie prestará atención a tu atuendo, te lo prometo.

—No sé, déjame pensarlo…

—¡No tienes nada que pensar! Mañana te paso a buscar a las nueve en punto. ¡Nos vemos! ¡Adiós!

Y colgó sin dejarla responder. La había tomado desprevenida.

«Y bueno», se dijo, preparando su espíritu para asistir a una fiesta con su chillona amiga nueva.

* * *

El 31 de diciembre a las nueve y diez, Celine tocaba su ruidosa bocina en la puerta de la casa de Amelie. Se apresuró a apagar las luces y salió gesticulando para que dejara de hacer ruido.

—¿Qué te ocurre? ¡Es año nuevo! —le dijo cuando entró al auto.

—Es que no quisiera que algún vecino proteste por los ruidos molestos.

—A tu vecino de al lado lo conozco bien, y es mejor que mantenga la boca cerrada antes de decir algo.

Amelie la miró con extrañeza.

—Con Pierre nos conocemos desde la infancia, siempre hace lo que le digo. Pero no hablemos de ese tonto, dime, ¿qué haces con la bufanda de Mathieu? —soltó a boca de jarro.

Amelie se puso roja como un tomate. Sin mirarla a la cara, le contestó lo primero que vino a su cabeza.

—La última vez que estuvo en casa por lo de las traducciones para las que me contrató, la dejó olvidada. Recién no encontraba la mía, y para no hacerte esperar tomé esta del perchero —dijo intentando aparentar indiferencia.

—No combina con tu atuendo. Déjala en el asiento trasero —le respondió de manera despectiva.

—Tengo la garganta delicada —mintió— y no quisiera arriesgarme a contraer unas anginas. A propósito, ¿cómo descubriste que era de Mathieu?

—Querida… conozco todo el guardarropa de Mathieu. De punta a punta —declaró con tono socarrón.

Amelie prefirió no seguir indagando. ¿A qué se referiría con aquella declaración? Le quedó clavada la frase en la cabeza, cuando oyó que su acompañante seguía hablando.

—Ten cuidado con ese hombre. Eres muy inocente y tal vez no logres darte cuenta de ciertas cosas. ¿Sabías que tiene un caso policial

no resuelto en su haber?

Amelie decidió no contestar y se limitó a negar con la cabeza, pues deseaba saber hacia dónde avanzaba la conversación.

—Dicen que el incendio donde murió su pareja de entonces no fue accidental.

«¿Su pareja de entonces? ¿Acaso ahora está en pareja?».

—Además, de repente dejó de investigarse el caso —prosiguió pronunciando sus palabras con lentitud forzada.

—Tal vez porque lo encontraron inocente.

—¡Qué ilusa! Se dice que había pruebas contundentes, pero el juez decidió archivar la causa.

«¿Archivar la causa? ¿Eso significa que lo podrían volver a involucrar? ¿Qué es todo esto que me está diciendo esta mujer?».

—Yo solo tuve una relación temporal de trabajo —mintió otra vez —. Creo que ya han cerrado el trato y no necesitará más de mis servicios de traductora.

—Mejor así, querida Amelie. A algunas personas es preferible tenerlas lejos.

«No me parece que tú quieras tenerlo lejos, más bien todo lo contrario».

Y cambiando de repente el tema, le señaló:

—Me ha llegado tu tarjeta navideña. Esas cosas no son lo mío, pero gracias de todos modos.

En ese momento Celine no le pareció tan divertida y agradable como siempre había creído.

Amelie no la pasó nada bien en la fiesta, que era una extraña mezcla entre psicodélica y electrónica. Mucho alcohol y otras sustancias circulaban como si nada en esa especie de gran garaje adaptado para la ocasión. Le sorprendió la onda del lugar, pero como desconocía las costumbres de aquellos parajes, lo tomó como propio de su ignorancia.

Allí solo conocía a Celine, que había desaparecido con su nuevo «amigo». ¿Qué haría? ¿Por qué había aceptado esa loca invitación? Para peor, sería imposible conseguir un taxi en la noche de Año Nuevo, más allá de la fortuna que saldría volver a su casa.

Se resignó a que Celine apareciera en algún momento y fue a recostarse a un sofá, para lo cual tuvo que pedirle a dos que se estaban matando a besos si no le hacían espacio. Supuso que la habían mal interpretado, pues el hombre la miró con lascivia y la mujer la tomó de la mano con demasiado cariño. Huyó despavorida de la situación y se dirigió al otro extremo, que parecía más tranquilo. Consiguió sentarse en una especie de butaca redonda, y apoyando la cabeza contra la pared, cerró los ojos para olvidarse de dónde se hallaba.

* * *

Mathieu llegó a la casa de Amelie a las nueve y media. Venía con un ramo de flores y una bolsa con víveres. Ojalá lo atendiera luego de su comportamiento la tarde de Navidad, que aunque habitual para él, de seguro incomprensible para ella.

Le extrañó ver todas las luces apagadas. Pero igual tocó el timbre. Nadie atendió. Insistió en vano un par de veces. Amelie le había asegurado la última vez que se vieron que no deseaba pasar el Año Nuevo con Christophe e Isabelle. Ellos invitarían amistades de su edad y se sentiría fuera de lugar. Recordaba esas palabras cuando salió de la casa de al lado Pierre Garnier, el desagradable vecino de Amelie.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó Pierre haciéndose el tonto, pues a las claras se veía que Mathieu esperaba encontrarse con Amelie.

—¿Has visto a Amelie? —indagó lo más calmo posible, pues no quería problemas en aquel momento.

—Sí, la han pasado a buscar hace un rato.

—Bien, gracias. Adiós.

Moría por preguntarle si era el coche de Christophe el que había venido por ella, pero se resistió. Se subió a su automóvil y arrancó. Pronto lo averiguaría.

Llegó a casa de Isabelle y llamó a la puerta.

Cuando la mujer salió, se sorprendió sobremanera de verlo allí.

—¡Mathieu! ¡Creí que te hallarías con Amelie en una cena romántica —y le guiñó un ojo.

—Yo también lo creí —respondió con profunda decepción en la voz—. Entonces ella no está aquí.

—No…

—Bueno, adiós.

—¡Espera! ¿No quieres pasar? ¿Qué harás?

—Gracias Isabelle, pero no… Feliz Año Nuevo.

Y se alejó como un alma en pena.

Amelie despertó de madrugada sacudida por los hombros.

—¿Dónde te habías metido? Te estuve buscando por todas partes —la inquirió Celine.

—Estoy aquí desde hace horas. Me quedé dormida. La que había desaparecido eras tú.

—Bueno, no importa. ¿Nos vamos?

—¡Sí, por favor!

—Tendrás que manejar tú porque tengo demasiado alcohol encima. Espero que no hayas bebido —hablaba como si Amelie no hubiera tenido derecho a hacerlo.

—No he bebido nada. Dame las llaves y vayámonos de aquí de

una buena vez.

Retiraron sus abrigos y salieron al frío glacial de Caen.

—¿Y tu amigo? —le consultó Amelie.

—Mejor olvídalo. No quiero saber más nada de ese tipo.

Era la frase que decía Celine cada vez que conocía a alguien que al poco tiempo la dejaba. Esa y «son todos iguales». Amelie apostaba que vendría de inmediato.

—Son todos iguales.

Rio para sus adentros. Pobre Celine.

En eso se acercó un joven y le dijo a Amelie:

—Disculpa, creo que se te cayó esto —y le entregó la bufanda de Mathieu que segundos antes colgaba de sus hombros.

Celine miró hacia el cielo con hastío y Amelie no supo descifrar su mueca.

16

Los días pasaron como una exhalación, pronto las clases tomaron su ritmo habitual y se adueñaron por completo del tiempo de Amelie.

Una tarde, de regreso a su casa, estaba a punto de abrir la puerta de entrada cuando por arte de magia apareció su vecino Pierre. No era la primera vez que la sorprendía de esa manera, y tenía la impresión de que la espiaba. Con total desparpajo le dijo:

—Me han comentado que te estás relacionando con Mathieu Abbot. Ten mucho cuidado Amelie —y bajó a propósito la voz—. ¿Sabes que tiene asuntos pendientes con la justicia?

Ella se quedó mirándolo sin decir ni una palabra. Esa pregunta le había sonado familiar.

—Además —prosiguió— creo que no está en sus cabales.

—Solo he trabajado con él un tiempo atrás. Ya no tenemos nada que ver —dijo con seguridad.

—Mejor así. No es alguien de fiar. Si llega a molestarte o anda acosándote no tienes más que llamarme —y le hizo una sonrisita desagradable.

—Sí, gracias, lo tendré en cuenta.

Pierre, satisfecho con su accionar, regresó a su casa. Era evidente que la había estado esperando.

Amelie sacudió la cabeza y entró a su hogar, no quería ingresar con las palabras de su vecino rondándola. Tenía que organizar sus vacaciones de invierno y empezaría esa misma tarde.

Si bien tenía ahorrado todo el dinero que Mathieu le había pagado por las traducciones, no quería agotarlo por completo, así que debía decidir con cuidado el destino, la cantidad de días y el medio de transporte.

Luego de un par de horas de buscar información y barajar varias alternativas, tomó la decisión. El viaje duraría diez días. El destino: Italia. Pasaría una semana completa en Florencia para visitar la mayor cantidad posible de museos y edificios antiguos. Viajar al lugar que fuera cuna del Renacimiento la llenaba de expectativas. Los otros tres días visitaría Roma o Venecia, y ese traslado lo haría en tren.

Consiguió un pasaje económico de París a Florencia y un hotel con súper descuento por hospedarse una semana completa. Así que pensó en darse un pequeño lujo para los días restantes de su viaje. Reservaría una lujosa habitación en uno de los mejores hoteles de la

ciudad, ya fuera en Roma o en Venecia. Estaba dicho.

Todos los momentos en los que no se abocaba de lleno a las tareas escolares o a la traducción de su novela, los dedicaba a pensar en Mathieu.

Sus reflexiones se centraban en las palabras que Celine había pronunciado sobre él. ¿Qué habría querido decir con «su anterior pareja»? ¿Acaso existía una mujer en la actualidad y a eso se debían sus repentinas ausencias? ¿Pero por qué estaba solo en Navidad? Tal vez su novia fuera de otra ciudad y estuviera visitando a su familia, y en Año Nuevo regresó para pasarlo con él. Otra cosa en la que no dejaba de pensar era que tanto Celine como su vecino Pierre insistían en que no era de fiar, recordándole sus problemas con la justicia y hasta citando ciertos desvíos mentales.

Si bien le parecía una persona sombría, y hasta hosca, no creía que fuera el tipo que ellos le describían. ¿Problemas mentales? No. Su historia ameritaba su comportamiento y más también. Según sus propias palabras, se hallaba atormentado por los recuerdos y la culpa.

Su encuentro había sido tan íntimo, único y especial, que todo aquello la confundía sobremanera, pero por sobre todas las cosas, la angustiaba.

Eran muchos los momentos en los que ansiaba con locura tenerlo a su lado, sentir su olor, su calor de hombre, experimentar otra vez la pasión de sus besos profundos. Ese tornado de excitación la dejaba desahuciada y anhelante a la vez.

Tal estímulo de sensaciones encontradas y pensamientos yuxtapuestos la estaba enloqueciendo. Para peor, tanto Isabelle como Christophe nunca lo nombraban. Ni por casualidad salía un «Mathieu» de sus bocas. Parecía una maldita confabulación, de algunos para denostarlo y de otros para resguardarlo. Hasta estuvo a punto de ir hasta su campo para enfrentarlo. Pero enseguida se arrepintió de ese exabrupto.

Lo único que tenía en claro era que debía saber de Mathieu. Ya ni siquiera su bufanda olía a él. Necesitaba una señal de su existencia, para bien o para mal. Y había resuelto llamarlo justo antes de viajar; necesitaba irse con una determinación sobre el asunto.

Pero algo ocurrió la tarde que iniciaba el receso invernal.

Amelie había ido al centro del pueblo a comprarse un nuevo par de guantes y algunas chucherías para el viaje. Salía de la tienda cuando vio un utilitario igual al de Mathieu estacionado enfrente.

Se quedó paralizada. Él no se hallaba en su interior. Debía estar en algún comercio de aquella calle. Sin pensarlo muy bien (porque seguro se arrepentiría), cruzó y abrió el vehículo del lado del acompañante, sabiendo que siempre lo dejaba sin llave. Confirmó que era de Mathieu y se sentó a esperarlo.

Al cabo de unos minutos lo vio salir del banco, a unos metros de ahí. Se puso tan nerviosa que pensó en salir disparada y correr hasta que no tuviera más fuerzas, pero entonces él alzó la vista y la vio… ¡dentro de su propio coche! La cara que puso fue de película y avanzó hacia ella con rapidez.

—Hola —dijo tímida cuando ingresó al vehículo.

—Creo que te has equivocado de rodado —contestó con una ironía imposible de ocultar.

—No me equivoqué, pero puedo bajar —y al intentar tomar la manija de la puerta, él cruzó su brazo y se lo impidió en un movimiento veloz.

Quedaron cara a cara, mirándose fijo y sintiéndose las respiraciones.

—Entiendo que ya tienes quien te lleve aquí y allá —le tiró manteniendo su tono anterior.

—¿Cómo dices? —Amelie pasó del estado de ofendida al de sorprendida sin escalas.

—Eso, que sé que te has ido con alguien en Año Nuevo. ¡Cómo puedes! ¡Apenas unos días antes habíamos estado juntos! —la rabia de Mathieu salía como rayos y centellas por sus ojos, que se habían vuelto oscuros como una noche sin estrellas.

Amelie, de pronto, lo comprendió todo. Por fin su desaparición durante ese tiempo tenía un motivo concreto. Aun así no le perdonaba que la dejara sola aquel atardecer de Navidad y el no haber emitido signos de vida los días siguientes.

—Deberías elegir mejor a tu informante. Además, te recuerdo que fuiste tú quien me dejó desnuda en la cama, como a un artículo desechable, sin siquiera volver a comunicarte.

—Lo siento, eso que hice fue horrible. Pero no tenías que salir corriendo tras el primero que se te cruzara ¡yo regresé a buscarte!

—¡El primero que se me cruzara! —repitió con bronca—. ¡¿De qué demonios estás hablando?! Espera —reaccionó—. ¿Cómo que regresaste a buscarme?

—La noche de Año Nuevo. Fui a tu casa con intenciones de pedirte perdón, de rodillas si era necesario. Pero te habías ido… ¡con otro!

Amelie comenzó a reír como una tonta.

—¡Encima tienes las agallas de reírte! Ahora sí quiero que salgas de mi auto, ¡ahora!

Ella lo detuvo cuando intentó abrir la puerta. Lo tenía recostado sobre ella, pegado a su cuerpo. Una oleada de su perfume le invadió las fosas nasales, ese mismo perfume que había olido en su bufanda hasta agotarlo por completo. Y una quemazón interna la recorrió desde el centro hacia todo el cuerpo, haciéndola sofocar y estremecer por igual. Se mordió el labio inferior antes de hablarle.

—Esa noche salí con Celine —le soltó por fin.

—¿Qué? —giró su cara para mirarla a los ojos. Él hubiera dado su vida por esos ojos y que le pertenecieran por completo.

Amelie lo tenía muy cerca, tan bello y con esa expresión sufriente, que decidió ser la primera en explicarse. Le tomó el rostro entre sus manos y le dijo con lentitud:

—La noche de Año Nuevo, Celine pasó a buscarme con su coche y asistimos a una fiesta, bastante mala por cierto. Dormí en una butaca toda la noche.

La cara de Mathieu se iluminó como si hubiera tenido una revelación.

—¿Eso es cierto?

—¿Y por qué habría de mentirte?

—Mataré a Pierre Garnier.

—¿Qué tiene que ver mi vecino en todo esto?

—Él fue quien me dijo, o me insinuó, que tú te habías ido con alguien.

—Sí, alguien llamado Celine.

Amelie pensó que podía ser muy factible que su vecino intentara engañar a Mathieu. Ya había descubierto que no era de fiar. Al menos estaba confirmando que la espiaba.

—Y todo este tiempo desapareciste por una habladuría del tonto de Pierre Garnier —lo retó.

—Primero fui hasta la casa de Isabelle deseando que quien te hubiera ido a buscar fuera Christophe. Pero ella me dijo que pensó que pasaríamos el Año Nuevo juntos. ¿Por qué lo diría?

—Porque esa mañana la llamé para avisarle que no iría a su casa. Como es muy reservada no me preguntó nada al respecto.

—Entonces estuvimos más de un mes sin hablarnos por culpa de un patán y de una anciana demasiado prudente.

—¡No hables así de Isabelle!

—¡Pero si es cierto! Si ella hubiera preguntado qué harías, luego yo lo habría sabido y hubiera regresado por ti el primero de enero.

—¡La falta que me hubiera hecho! Empezaron a rondar en mi cabeza ideas raras.

—¿Qué clase de ideas?

—Olvídalo, no vale la pena. ¿Aunque sabes algo? Creo que Celine desvaría. Me estoy dando cuenta en este momento.

—¡Ya te lo había dicho! Esa mujer siempre me dio mala espina. Además que se insinúa de una forma descarada que no soporto.

—Me dijo que conocía todo tu guardarropa.

—¿Qué? ¿Y por qué hablaban de mi guardarropa?

—Eso no importa. ¿Por qué me diría algo así? —y lo miró seria.

—Creo saberlo. Una vez, poco tiempo antes de que tú vinieras al

pueblo, se apareció en mi casa con su tío, que es carpintero. Ella me lo había recomendado para reparar mi ropero que se había destartalado y le di mi dirección para que viniera a verme. Nunca imaginé que ella en persona lo traería. En fin, cuando acompañé al hombre hasta mi cuarto para que entre ambos cargáramos el mueble hasta su vehículo, la muy entrometida vino detrás. Supongo que habrá visto toda mi ropa sobre la cama, aquella que saqué del armario.

Amelie comenzó a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? No es gracioso tener a esa bruja hurgando en tu habitación.

—Ahora me cierra todo. Creo que está enamorada de ti.

—Lo dudo. Debe tener otra cosa conmigo.

—¡Mathieu!

—¡Qué! No dije nada malo, solo la verdad.

—Creo que he perdido a una amiga.

—Mejor dicho, te has librado de ella… pero aún no me dices por qué hablaban de mi guardarropa.

—No tiene importancia.

Jamás le confesaría que todo ese tiempo había usado su bufanda como fetiche. Moriría primero. Se llevó la mano a la garganta, y aliviada, recordó que como llevaba *sweater* de cuello alto había decidido no usarla.

De pronto todo estaba aclarado y sobraban las palabras. Amelie se sentía liviana como una pluma. Esperaba que Mathieu también se sintiera aliviado.

Seguían muy juntos. Sus cuerpos se rozaban en aquella cercanía, generando partículas de electricidad que chispeaban en el aire de la cabina.

A Amelie ya no le interesaban los motivos por los que la había dejado plantada la tarde de Navidad. Y hasta creía comprenderlo. Con todo lo que acababa de enterarse, lo vio tan víctima como lo había sido ella.

—¿Entonces? —preguntó Mathieu cargado de ansiedad.

—¿Entonces qué?

Como no supo bien qué contestar, le dijo:

—Mira, te había preparado algo para nuestra siguiente salida.

Encendió el estéreo del auto y comenzó a sonar un de los nuevos temas de Larson Mackenzie.

Amelie se emocionó. Conociendo ahora lo celoso que era, que se hubiera preocupado por conseguir la discografía de su ídolo musical la llenó de orgullo.

—Está bueno después de todo —le dijo él.

—¿También lo estuviste escuchando?

Mathieu se encogió de hombros y le hizo un gesto que Amelie

adoró. Se lo hubiera comido a besos allí mismo, de no ser porque alguien les golpeó la ventanilla.

Ambos giraron a la vez y vieron a Christophe que los miraba sonriente del otro lado del vidrio. Mathieu bajó la ventanilla y lo escuchó decir:

—Por favor, cuida de esta dama porque vale su peso en oro.

—Entonces no será mucho —le contestó divertido, mientras sentía un puñete en su brazo derecho.

—Veo que de repente ha regresado tu sentido del humor —agregó Christophe con sorna.

Él le respondió con un gesto de no saber de qué estaba hablando y Amelie se metió en la conversación.

—Dile a Isabelle que le traeré un mini David de Florencia —y lo saludó con la mano.

Mathieu la miró sin comprender del todo, mientras Christophe se despedía de ambos.

Una vez solos, él preguntó:

—¿Florencia?

—Pasado mañana salgo de viaje hacia Italia. Serán diez días. Una semana completa estaré en Florencia y el resto lo veré sobre la marcha. Aun no me decido si por Venecia o por Roma.

Entonces descubrió que Mathieu se entristecía con la noticia al notar la expresión sombría en su rostro. Acababa de recuperarla y ya la perdía de nuevo. Entonces le dio un beso suave y tierno que lo hizo revivir.

—Deberíamos aprovechar las horas que nos quedan —y la miró con esa mirada profunda que la desarmaba.

—¿Qué propones?

—¿Te quedarías en mi casa esta noche?

—Tendría que pasar por la mía a buscar alguna muda de ropa.

—¿Eso es un sí?

Amelie le sonrió con una transparencia tal que los ojos de Mathieu brillaron al confirmarlo.

17

Luego de la parada técnica en lo de Amelie se dirigieron a la campiña.

Al llegar, Mathieu se disculpó por el desorden, que ella juró no verlo por ninguna parte, reconociendo que era mucho más prolijo que ella para las cosas de la casa.

Esta nueva situación entre ambos había sido tan precipitada, que recién en ese momento estaban cayendo en la realidad que los circundaba.

Se miraron y rieron como tontos. Él la abrazó cariñoso y le preguntó si quería un té. Aceptó gustosa. Hubiera necesitado uno de tilo para que le tranquilizara los nervios que empezaban a invadirla.

Se sentaron en la mesa de la sala, donde tiempo atrás habían estado reunidos con los españoles.

—¿Qué sabes de José Antonio y Alejandro?

—Nos hemos escrito algunos mails. Todo anda sobre rieles y están con la cuenta regresiva para el lanzamiento.

Ella lo miró. El carraspeó.

—Sobre eso, yo quería… —pero Amelie lo interrumpió.

—Voy.

—¿Cómo?

—Que voy contigo al lanzamiento en Málaga.

Mathieu se paró e hizo que ella también lo hiciera. La alzó y la hizo girar por el aire como a una muñeca de trapo. Tal era la felicidad que lo invadía.

—Pensé que nunca me dirías que sí.

—Hasta hoy no tenía pensado ir —y tuvo que mirar hacia otro lado porque no sabía mentir.

Por supuesto que había pensado, y muchas veces, en el viaje. Había barajado la posibilidad de ir aunque más no fuera por mera ilusión.

Allí como estaba, en sus brazos y despegada del suelo, le dio un beso cargado de muchas cosas. Alegría, pasión, desahogo. Todo se mezclaba como la saliva de los dos en aquel beso que comunicaba tanto en ambas direcciones. Porque tenían muchas cosas que demostrarse. Y en ese beso iba un poco de todo aquello.

Se necesitaban. Se ansiaban. Querían exorcizarse a fuerza de caricias. Que los abrazos lograran calmar el miedo de volver a perderse. Era un anhelo ya marcado a fuego en sus almas, como si una

lejana tempestad se avecinara y quisieran guarecerse, protegerse, sabiendo que en algún momento podría alcanzarlos.

La pasión los devoró en la sala misma. La desesperación por amarse se consumó como un rayo que cae antes de la lluvia.

Luego de que todo sucediera de manera tan fugaz, ambos rieron divertidos.

—Creo que estábamos muy necesitados —dijo Amelie al fin.

—Lo siento, no pude controlarme. ¿Tú has…?

—Sí —y lo besó con ternura—. A los dos nos pasó lo mismo.

—Gracias al cielo. Hubiera sido penoso.

—Aunque ahora me duele un poco la espalda.

—Eso puedo arreglarlo. Doy buenos masajes —e hizo un impostado gesto de suficiencia.

—Experto en brandy, chef, masajista… ¿qué más? Con razón Celine te quiere para ella.

—Por favor no la nombres. Temo que algo malo ocurra si lo haces.

—¡No exageres! Pero bueno, ya que se enfrió el té antes de que pueda tomarlo, puedes compensarme con un buen masaje.

—Sus deseos son órdenes —y haciendo una reverencia exagerada, continuó—. Mademoiselle…

La tomó en brazos y la llevó, así desnuda, escaleras arriba hasta su dormitorio.

La recostó boca abajo y empezó a hacerle unos suaves masajes, que comenzaron en la nuca para extenderse por toda la columna hasta llegar a la última vértebra.

Amelie se hallaba en un éxtasis absoluto. Los dedos de Mathieu eran mágicos y la hicieron ingresar en una especie de adormecimiento consciente.

Luego de un buen rato de masaje, ya no eran los dedos los que recorrían su espalda, sino los labios. Un escalofrío le erizó la piel y la hizo recobrar el dominio de sí misma, aunque se hallaba entregada por completo al placer que le estaban prodigando.

Cuando el deseo comenzó a pedirle más, se dio vuelta y observó a ese dios pagano observarla con los ojos encendidos por la pasión. Estaba admirada de su físico perfecto y enorme, fascinada con sus poderosos músculos y su belleza sin igual. Pero lo que más la sorprendía era la delicadeza con la que la trataba. Como si fuera un fino cristal a punto de quebrarse.

—Mira que no me rompo —le dijo cariñosa.

—La verdad es que tengo miedo de hacerte daño, eres tan pequeña, y yo tan… desproporcionado para ti.

Amelie sonrió. No quería que él se perdiera parte del goce solo para cuidarla. Se deslizó por sobre su cuerpo dejando que él quedara de espaldas. Le acarició cada centímetro de su piel. Besó todos sus

músculos, mordió y saboreó sin privarse de nada. Mathieu parecía navegar por una galaxia lejana.

Se colocó sobre él hasta hallarlo en su profundidad, y comenzó a balancearse apoyando ambas manos sobre su pecho. Él abrió los ojos y se encontraron en una mirada llena de significados. Siguieron así por un rato, hasta que él la atrajo y la besó con una fuerza inusitada, tomándola del cabello con una mano y de la cadera con la otra.

Amelie traspasó los límites del infinito luego de aquel beso y eso permitió que él explotara como nunca antes lo había hecho.

Así quedaron, uno sobre el otro, desplomados y casi sin poder controlar la respiración.

Tardaron un tiempo en recuperarse. Ella se corrió a un lado y le dijo en un susurro:

—Si este mediodía hubiera siquiera imaginado que ocurriría esto, me habría alimentado mejor. Estoy exhausta.

Mathieu largó una carcajada por su salida ocurrente.

—Te prepararé un plato muy proteico para la cena. Ya verás.

—¿Qué hora es? ¿Podemos descansar un momento antes de bajar?

—Tenemos todo el tiempo del mundo —y la abrazó con fuerza.

* * *

Amelie estaba anonadada con lo bien que cocinaba Mathieu. Le preparó unas costillitas de cordero a la pimienta con puré de calabaza. Pero primero la deleitó con una rica ensalada verde, con queso camembert y endibias.

—¿De dónde sacas todos estos ingredientes deliciosos?

—Suelo ir al mercadillo de la plaza Saint-Sauveur, en Caen. Está los viernes por la mañana, y aunque me queda lejos, lo hago con gusto. ¿No has ido?

—Ir hasta Caen es complicado para mí al no tener coche propio. Un par de veces me han llevado Christophe o Isabelle para conseguir algunas cosas en las grandes tiendas, pero nada más.

—Hay un bus privado que te lleva desde Villers-Bocage dos veces al día.

—Lo sabía, pero no coincide con mis horarios en la escuela.

—Cuando necesites ir, solo me lo pides y vamos. De regreso de tu viaje sí o sí te llevaré al mercado. Te encantará, ya verás.

Lo miró con ternura. El Mathieu frente a ella era muy diferente al que estaba acostumbrada a tratar. Vio un atisbo el día de Navidad, pero solo eso. Ojalá esta vez no se decepcionara como entonces. Había muchas cosas que Mathieu no sabía de ella. Su sufrimiento pasado, sus remordimientos del presente y la incertidumbre de su futuro, eran cosas que necesitaba que supiera.

—¿Café?

—¡Sí! Mientras lo preparas yo lavaré todo esto.

—Oh, no te preocupes, tengo lavavajilla. Amo cocinar pero detesto lavar los trastos. Mira, te enseñaré cómo funciona.

En un minuto todo se hallaba lavándose dentro de la máquina. ¡Maravilloso!

—La próxima tendré que cocinar yo… aunque jamás podré hacerte algo tan sabroso. ¡Me cuesta horrores la cocina!

—Pero eres buena con las manualidades… yo en cambio soy bastante torpe.

—Qué dices, si eres todo un artesano reparando libros.

—Necesito concentrarme mucho, mis manos son muy grandes y si mis movimientos no son precisos, puedo cometer un desastre.

Amelie acarició sus manos con ternura.

—¿No te molestan? —le dijo él refiriéndose a sus cicatrices.

Ella observó las feas marcas ocasionadas por el fuego y no pudo sino enternecerse, como siempre le ocurría.

—¿Cómo podrían molestarme? —y tomando una de sus manos, besó cada dedo.

Él se hallaba en un estado de felicidad y emoción imposible de ocultar. La abrazó con todas sus fuerzas, a conciencia de que la estrujaba como a un papelito.

—Durante un tiempo estuve muy acomplejado. Incluso llegué a averiguar por una cirugía, pero me dijeron que no era viable. Era muy difícil mirar mis manos y no rememorar lo sucedido. Por eso quería operarme. Verme era un recuerdo permanente de aquella tragedia.

Ella se dio cuenta de lo difícil que había sido para Mathieu convivir con esas huellas en sus manos. No era un simple tema de estética. Eran los recuerdos los que lo atormentaban, volviendo una y otra vez para lastimarlo.

—Yo también tengo cicatrices. Las mías no son visibles, pero están ahí, acechándome como las tuyas.

Él la miró y vio a través de sus ojos. Descubrió la duda, cercándola, oprimiéndola.

—¿A qué le temes?

—A que esto no sea lo correcto.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y Mathieu solo deseó poder alejarla de los miedos que la acosaban.

—Hace un tiempo juré que no volvería a enamorarme y creo que estoy rompiendo aquel juramento —dijo sin lograr amortiguar el llanto.

¿Por qué habría prometido una cosa así? ¿Qué suceso la había puesto en una posición tan extrema? Mathieu quería saber, pero no se animaba a indagar temiendo hundirla en el pantano de la duda y el

arrepentimiento. La abrazó fuerte, dejando que ella descargara todas sus lágrimas. En ese momento se dio cuenta de su egoísmo. Había estado girando alrededor de sus propios fantasmas sin siquiera imaginar que los de Amelie podían ser aún más tenebrosos.

Cuando logró calmarse, Mathieu tomó un papel de cocina y le secó la cara con ternura. Luego la miró expectante. Y Amelie se animó a contarle todos sus males.

—Maximiliano y yo estábamos muy enamorados. Él se hallaba internado por una intervención quirúrgica de complejidad en su rodilla. Yo no estaba con él porque esa mañana llegaban desde la editorial las cajas con los libros. Mis libros. La novela que había publicado, por fin estaría entre mis manos. Cuando le dieran el alta festejaríamos en casa con una cena a la luz de las velas. Recuerdo que estaba muy enojada por una tontería de la edición y la angustia hizo que me recostara en el sofá para serenarme. Y me quedé dormida. Desperté sobresaltada con mi teléfono sonando. Era la madre de Maxi diciéndome que algo había pasado y que fuera para la clínica. Me había despedido de él la tarde anterior, dejándolo en compañía de su mamá por el tema ese de que en la mañana me llegarían los benditos libros. Salí corriendo de casa. Recién allá me enteré que había tenido un paro cardiorrespiratorio debido a una septicemia fulminante que se había disparado unas horas antes. Estaba en terapia intensiva. Nunca volví a verlo a los ojos. No nos pudimos decir adiós. Murió un día después. En ese momento decidí que jamás volvería a amar, que el mundo era un lugar insensible e injusto y me convertí en un ser triste y deprimido. Un año después tomé la decisión de viajar aquí empujada por mi familia, que no podía verme en el estado catatónico en el que me hallaba.

A Mathieu le costaba hablar. Muchos sentimientos encontrados se le arremolinaron en el pecho. Él estaba sintiendo el amor verdadero ahora mismo, por primera vez, pero ella ya lo había experimentado, lo había vivido y lo había perdido. Él jamás podría reemplazar aquello. Una impotencia descomunal lo avasalló, desprendiendo de su alma pedacitos de ilusión.

—¿Ahora puedes entender mis dudas?

Pero él no contestó. Asintió con la cabeza y la volvió a abrazar con fuerza.

Ella era la indicada, la que venía a redimir todos sus males del pasado. Lo sabía. Pero al mismo tiempo nunca sería del todo suya, porque su alma ya le había pertenecido a alguien antes. Algo muy difícil de procesar. Él no quería reemplazar a nadie. Deseaba ocupar la totalidad de su corazón. Era un ser celoso y egoísta, defectos que acababa de desenmascarar, al mismo tiempo que descubría un amor arrollador hacia Amelie.

Quería estar solo y pensar. Pero ella estaba allí. Ahora. Necesitando de su consuelo. Algo que tampoco estaba preparado para dar. Debía aprender muchas cosas y pronto.

Decidieron subir al cuarto. Se recostaron, abrazados. Ella se sentía aliviada y durmió relajada toda la noche. Mathieu en cambio no pegó un ojo. El viaje de Amelie le serviría para meditar.

18

A pesar del frío, Amelie salió a esperarlo a la calle. La había dejado en su casa la tarde anterior con la promesa de llevarla al día siguiente a tomar el tren en Gare de Caen. Pero ya habían pasado diez minutos de la hora estipulada y no contestaba su teléfono móvil.

Con el *carry on* y la mochila de jean, se sentó en el escalón de la puerta de entrada sin dejar de mirar su reloj. Le había enviado un mensaje de voz, pero el teléfono le indicaba que no lo había oído. Inquieta por temor a perder el tren hacia París, intentó en vano un llamado que Mathieu no contestó.

En ese momento, gran casualidad, salió su vecino.

—¡Hola Amelie! ¿Te vas de viaje?

Ella no contestó. Su cara de «No, solo salí para que la valija se refresque» respondió por ella.

—¿Esperas un taxi? Si quieres te llevo.

—Está retrasado al parecer, y temo perder el tren —nunca le diría que el demorado era Mathieu.

—¡No se hable más! Te alcanzo hasta Gare de Caen. Yo tenía que ir a la ciudad, así que estás de suerte.

«Tremenda suerte la mía».

Preocupada por lo que pudo pasarle a Mathieu, subió al auto de Pierre, que arrancó rumbo a Caen. Lo llamaría de nuevo desde la estación, ya sentada en el tren.

Mathieu sudaba a pesar del intenso frío. Nunca le había costado tanto trabajo cambiar un neumático. Para colmo de males, había dejado su teléfono en el bolsillo de la chaqueta que olvidó llevarse al salir apurado.

¡Nada le salía bien! Si Amelie perdía el tren por su culpa, no se lo perdonaría. De ser necesario, la llevaría él mismo hasta París para que lograra tomar su vuelo.

«¡Maldición!». Se había agarrado el dedo con la tuerca de seguridad, pero la rueda ya estaba en su lugar.

Se apresuró a subir a su utilitario y salió disparado hacia lo de Amelie, pero pronto descubriría que había llegado tarde.

Al regresar a su casa, encontró en su teléfono los mensajes y llamadas perdidas. Temiendo que estuviera muy enojada, no se animó a llamarla; le escribió un largo mensaje explicándole lo sucedido. Al

momento, recibió tres de ella.

(Amelie) Me había preocupado por ti. Por suerte conseguí transporte y llegué a tiempo.

«¿Cómo habrás viajado?».

(Amelie) Me hubiera gustado despedirme de ti.

«A mí también».

(Amelie) Nos vemos en once días.

«Qué largo se va a hacer».

Mathieu pensaba las respuestas pero no las escribía. Se la notaba enojada. No se había despedido con un beso o un corazón. Ni siquiera una carita feliz. Nada. La llamaría en un par de días cuando todo se hubiera disipado.

Justo dos días después, mientras Mathieu salía de la gomería donde habían reparado su neumático pinchado, se cruzó con Pierre Garnier.

—Oh, Mathieu, ¿qué cuentas? —dijo haciéndose el amistoso.

Él lo miró e hizo una seña de lo que parecía ser un saludo.

—Hace un par de días llevé a tu traductora hasta la estación de Caen. Parece que se tomará unas lindas vacaciones… —dijo enfatizando las palabras «tu traductora».

Un fuego repentino subió por el pecho de Mathieu y se instaló en su rostro. Pierre, como si nada, continuó:

—Al parecer el taxi que solicitó no fue a buscarla, así que me ofrecí a alcanzarla. Estuve a punto de decirle que me llevara con ella de viaje, es una…

Pero no pudo decir más, porque la ira contenida de Mathieu fue a parar al mentón de Pierre con un impecable *cross* de derecha que lo dejó tambaleante.

Cuando logró recuperarse del golpe y de la sorpresa, levantó la vista hacia Mathieu, que lo aguardaba listo para iniciar una contienda.

—¡Eres un enfermo demente! —le gritó mientras se limpiaba el hilo de sangre que emanaba de su labio inferior.

—El enfermo eres tú que espías y acosas a Amelie. ¡No te metas con mi mujer, te lo advierto!

—¿Tu mujer? Si es tu mujer ¿por qué se fue sola de viaje? —y rio con sorna—. No te convienen estos atropellos Abbot. Lo sabes muy bien. No has sido sobreseído de la causa y si alguien te denuncia por lo que sea, terminarás en la cárcel. No juegues con fuego —y rio con ironía—. Bueno, ya lo has hecho.

Mathieu se abalanzó sobre Pierre, pero a este lo salvó el enorme y gordo empleado de la gomería, que se interpuso entre ambos y logró dispersar la pelea.

—¡Estás advertido! ¡No vuelvas a meterte con ella!

Pero Pierre se fue caminando sin contestar.

Enojado como estaba, desistió de llamarla como tenía planeado.

¿Por qué tuvo que dejar que ese inútil la llevara a la estación?

* * *

Florencia. La cuna del arte. Y ella estaba allí absorbiéndolo todo.

Su hotel se encontraba a metros de la Piazza del Duomo. Al ingresar a su habitación, descubrió que si se asomaba a la ventana, podía apreciar la cúpula de la Basílica de Santa María del Fiore en toda su magnificencia. ¡Cómo disfrutaría aquellas vacaciones!

Su itinerario abarcaba unos cuantos museos, entre ellos el Uffizi y la Galería de la Academia. Además visitaría el Palazzo Vecchio, repleto de obras de arte y un monumento arquitectónico en sí mismo. También había contratado una excursión por la Toscana, que incluía visitar las ciudades de Siena y Pisa.

Se iría a dormir temprano pensando en todo lo que tenía por delante y tratando de no evocar a Mathieu. Aunque esto último parecía inevitable.

* * *

El primer día lo dedicó a recorrer a pie la ciudad y sacar muchísimas fotografías. Quedó por completo fascinada con el Duomo, el símbolo de la ciudad por excelencia. En cambio, el Ponte Vecchio la decepcionó bastante. Se veía mucho mejor en las postales y el río Arno no decía nada en absoluto.

Comió un helado delicioso de pistacho y avellana. Se sentó en una mesita de un bar frente a la Piazza de la Signoria a admirar las estatuas, algunas reales y otras réplicas exactas. Caminó y caminó hasta el cansancio, terminando con los pies lastimados y su alma regocijada.

Al día siguiente, a pesar del agotamiento, se levantó muy temprano. Iría a conocer al David de Miguel Ángel, un sueño que había tenido desde chica, cuando la profesora de Historia del Arte se los presentó en la escuela secundaria. Este acontecimiento ameritaba el esfuerzo, pues sabía que promediando la mañana las colas para el acceso al museo se tornarían insoportables.

Así que desayunó ligero y salió caminando hacia la Galería de la Academia, muy cerca de su hotel. Cuando por fin ingresó, no se detuvo a mirar nada, solo caminó por el pasillo principal hasta llegar a su lado.

Y ahí lo tenía. Gigante. Descomunal. Perfecto. La emoción le llenó el corazón. Perdió la cuenta de la cantidad de fotos que le sacó. Por adelante, por atrás, de costado. A sus manos y a sus pies. Al detalle de

las venas de su antebrazo. A su hermoso perfil. ¿Podía alguien enamorarse de una estatua? Ella creía que sí. Después de todo era la imagen de alguien real trasladada con maestría por Miguel Ángel al mármol de Carrara. De alguien muy similar a Mathieu. *Su Mathieu*. Sí, con sentido de pertenencia. Algo le pasó en ese preciso instante en el que admiraba al David, que ahora solo podía asemejarlo a aquel hombre que un día parecía ser el más cordial de la tierra y al siguiente se convertía en malhumorado e intransigente. Ese hombre de perfección física pero con un corazón atribulado, que la había hecho vibrar de pasión y que golpeaba las puertas de su corazón.

La luz iluminaba al David y su razón se esclarecía. La estatua parecía cobrar vida. Era Mathieu, magnífico, excelso, el que la embelesaba. Y que le pedía a gritos ser amado.

Al llegar al hotel, le escribió a Isabelle. Le envió la mejor foto del David que había sacado, con la leyenda «Mathieu. ¿No es igual?»

(Isabelle) Parece que lo extrañas.

(Amelie) Sí, muchísimo.

(Isabelle) Deberías decírselo.

(Amelie) Ni lo sueñes.

19

Era el sexto día desde la partida de Amelie hacia Italia. No había intentado comunicarse con él. Estaba claro que no lo extrañaba como él a ella. Solo habían pasado unos días, pero para Mathieu era una eternidad. Así y todo no se atrevía, siquiera, a mandarle un mensaje.

Llegó a casa de Christophe para llevarle la caja de Calvados que siempre le regalaba y que él utilizaba en eventos de docentes y reuniones particulares.

Al verlo, el anciano supo que algo estaba mal.

—¡Hola Mathieu! Sube a beber algo conmigo.

—Te agradezco, pero no estoy de ánimo.

—Amelie ¿verdad? ¿La extrañas? En unos días estará aquí contigo. Este viaje lo venía planificando hace tiempo.

—Lo sé y se lo merece. Pero tuve un inconveniente y no pude llevarla hasta la estación cuando partió. No llegamos a despedirnos. Creo que está molesta porque no se ha comunicado conmigo desde Italia. ¿Ustedes saben algo de ella?

—Espera, tal vez Isabelle esté al tanto. Sabes que no me llevo bien con los mensajes. Para mí los teléfonos son para hablar y punto.

Llamaron a la puerta de Isabelle y atendió enseguida, seguro los había oído hablar en el *hall* de entrada.

—Hola Isabelle, ¿cómo estás?

—¡Mathieu! Ven, pasa… pasen —se corrigió.

—No, gracias, estoy solo de paso.

—Nos preguntábamos con Mathieu si por casualidad habías tenido novedades de Amelie —se apresuró a decir Christophe.

—¡Sí! Ayer. Esperen que busque mi teléfono.

Regresó con la pantalla del móvil en alto.

—¡Miren! Me envió una foto del David de Miguel Ángel. Aunque me reservo el mensaje, es algo entre nosotras —dijo haciendo una mueca graciosa.

—¡Pícaras! —acotó riendo Christophe.

—Al menos sé que está bien.

Isabelle se atrevió a decirle:

—¿Por qué no la sorprendes y vas a verla?

—¿A Florencia? Qué locura… Además, ¿no está terminando su

viaje allí?

—Mañana. Y no me ha dicho a dónde irá luego. Pero tengo la dirección de su hotel. Es tu única oportunidad de encontrarla.

—Suena muy loco. Por otra parte, no creo que quiera verme allá.

—Yo no estaría tan segura.

Mathieu la miró intuyendo que la mujer sabía más de lo que decía.

—Es arriesgado… —mientras sopesaba la idea se tomaba la barbilla —. Tendría que ver si consigo pasaje hoy mismo. Y aun así no estoy seguro de que llegue a tiempo.

—Si llego a recibir noticias de Amelie te avisaré cuanto antes.

—El que no arriesga no gana —terció Christophe para darle ánimo.

Entre los dos hermanos consiguieron entusiasmarlo. Jamás se le hubiera ocurrido empresa semejante a él solo. Se despidió rápido y se fue hacia su casa. Había mucho que organizar y tenía los minutos contados.

El pasaje en tren fue un gran problema. Recién había disponibilidad para el día siguiente. Así que tuvo que optar por un vuelo de Caen a París, con todos los inconvenientes que ello conllevaba. El tren era siempre mucho más práctico. Al menos logró conseguir una combinación hacia Italia con poca espera en el aeropuerto de Charles de Gaulle. Llegaría a Florencia bien temprano por la mañana. ¡Y no tenía idea cuándo partiría Amelie hacia su siguiente destino! Solo deseaba llegar a tiempo o que Isabelle le consiguiera su nueva ubicación.

Preparó ropa en su maleta pequeña y se aseguró de llevar los documentos y su teléfono. Descubrió que faltaba su cargador y corrió a buscarlo. Recordó dejarle una nota sobre su ausencia a la señora que hacía las tareas de la casa y al encargado de la finca le mandaría un mensaje una vez arribado al aeropuerto.

Salió como una flecha. Solo rogaba no pinchar otra vez un neumático.

* * *

El viaje a destino fue rápido y se dio cuenta de que perdió más tiempo en los aeropuertos que sobre los aviones.

Al fin había puesto los pies en suelo florentino. La excitación que sentía ocultaba los vestigios de cansancio de ambos vuelos y el haber dormido poco y entrecortado.

Se dirigió a la fila para conseguir un taxi y fue cuando se dio cuenta de la barrera del idioma. Decidió que le entregaría el papel con la dirección del hotel al conductor y rezaría para que no le preguntase nada.

Por suerte le tocó un chofer que leyó y arrancó sin decir una

palabra. Al llegar le dejó unos euros demás que los que indicaba el panel y se bajó de un salto.

En la recepción se encontró con un conserje que hablaba su idioma. ¡Increíble su buena suerte! Sin perder un minuto, le preguntó por Amelie Montenegro.

—Amelia Montenegro —rectificó el joven del otro lado del mostrador, revisando el registro—. Ha dejado el hotel, lo siento.

La decepción se dibujó como una sombra en el rostro de Mathieu. Ya había revisado su teléfono en el taxi y no había recibido ningún mensaje de Isabelle. Bajó la cabeza intentando concentrarse en el hecho de que ahora debía regresar a su país. ¿Por qué les había hecho caso a aquellos dos viejos locos? No tenía pasaje de regreso, apenas sabía dónde se hallaba. Todo era un verdadero desastre.

El conserje se apiadó de él y le habló.

—Se ha ido hace muy poco. Hará una media hora. Como le hemos solicitado un taxi, sé que se dirigió a la estación de tren. Puede ir caminado, está a menos de un kilómetro de aquí y será más rápido que ir en taxi.

El muchacho extendió un mapa de cortesía y le marcó el recorrido más corto a pie.

—¿Cómo te llamas?

—Alessio.

Mathieu estaba tan agradecido que le dejó un billete de cincuenta euros sobre el mostrador. Sería una de las propinas más importantes recibida por el joven.

—¡Muchas gracias Alessio! —y se alejó casi corriendo, con su maleta en brazos para agilizar el paso.

Cuando llegó a la estación Firenze SMN, se topó con una marea humana que invadía toda la zona central. Pero lo peor de todo era que había al menos unos diez andenes con gente que iba y venía por doquier.

Se concentró en buscar en una pantalla las partidas de trenes hacia Roma y hacia Venecia. Se anunciaban dos formaciones hacia la primera y una hacia la segunda. Al menos había reducido la cantidad de andenes a tres. Luego reparó que uno de los que iba a Roma acababa de partir. Con la esperanza de que Amelie no se hubiera ido en ese tren, caminó hacia los andenes 7 y 9, que eran los candidatos.

Fue cuando descubrió que sin boleto no podía continuar hacia la zona de partidas. Con mucho pesar, volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia una máquina expendedora de boletos.

Miraba la pantalla sin decidirse… el tiempo se le acababa. «Vamos elige uno, ahora». Cuando estaba a punto de seleccionar el destino Roma, escuchó una voz conocida que le dijo:

—Venecia. A Roma ya la conozco, fui de chica con mi familia.

Se dio vuelta y allí estaba ella. Hermosa, con el cabello recogido en un rodete desprolijo y… ¿acaso esa era su bufanda que creía perdida?

—¿Cómo me viste?

—No hay muchos gigantes deambulando perdidos por la estación.

—¿Hacía mucho que sabías que estaba aquí?

—Te vi cuando observabas la pantalla de partidas de los trenes.

—Y tuviste que dejarme sufrir todos estos minutos.

—Fue divertido. Y me lo estaba cobrando por dejarme a pie hace una semana. Ahora estamos a mano.

Lo cierto era que Amelie sabía desde la noche anterior que Mathieu iría a buscarla. Por supuesto que Isabelle había querido asegurarse de que se encontraran y la puso en sobreaviso. Esa mañana tramó un plan con Alessio el conserje, con el cual había hecho buenas migas, para cuando llegara un joven preguntando por ella. El muchacho siguió las instrucciones al pie de la letra. Ella quería que le costara un poco de sufrimiento encontrarla, por las veces que la había dejado plantada. Sabía que se trataba de una maldad innecesaria, pero él jamás se enteraría. O tal vez se lo contaría cuando fueran viejitos y ya ni recordara que alguna vez había ido a buscarla a Florencia. Le había transmitido su malévolo plan a Isabelle, ella lo consintió y prometió llevarlo a su tumba. Entre mujeres se entendían.

Sonrió al imaginarse de viejitos, contándose anécdotas que tendrían más de divague que de realidad. Y ahora, al verlo ahí frente a ella, la ternura la envolvió y se arrepintió de ser tan cruel. Podría haberlo esperado en el hotel. No le hubiera importado en absoluto perder el tren.

—Bueno, vamos. Saca el boleto. Venecia nos espera. ¡Ni te imaginas el hotel que reservé! Serás mi invitado por la molestia de venir hasta aquí a pedirme disculpas por el plantón —bromeó.

Mathieu no quería reñir, solo deseaba besar esa boca que ahora mismo era bastante venenosa.

—Estoy seguro de que disfrutaremos del cuarto. No sé si de las vistas, pero de la cama haremos buen provecho —y al decir esto el azul de sus ojos obtuvo un brillo particular.

Amelie le dio un empujoncito y rio nerviosa. Su osada respuesta no la amedrentaría, sino que haría valer sus palabras letra a letra.

Fueron al andén 7 en busca de su tren. Por suerte el hombre que tenía el asiento junto a Mathieu aceptó intercambiar por el de Amelie y lograron sentarse juntos.

El trayecto hasta Venecia fue de dos horas y Mathieu durmió casi todo el viaje. El estrés del último día había quedado atrás y por fin se había relajado.

Amelie tomó su teléfono móvil y escribió:

«Ya lo tengo conmigo. Feliz es poco ♥».

Enseguida de enviarlo, el mensaje a Isabelle mostró dos rayitas azules.

20

Luego de tomar un *vaporetto* que los dejó en los Jardines Reales, caminaron algunos metros hasta la Piazza San Marco, donde se hallaba emplazado el hotel.

—¿Aquí mismo está el hotel? —preguntó fascinado Mathieu—. Este lugar es un sueño.

—Te confieso que pensaba que no había nada mejor que París. Pero esto es magnífico.

Llegaron a la puerta del Hotel San Marco Palace y un botones les recibió las maletas. Ingresaron y Amelie, orgullosa, solicitó la suite de lujo.

—Bienvenida señorita Montenegro. Disculpe, pero en el registro figura un solo pasajero —dijo el conserje en un italiano entendible.

—Es que hice la reserva para mí, pero seremos dos.

—No hay ningún inconveniente, solo necesito que el caballero se registre.

Mathieu estaba anonadado mirándolo todo a su alrededor. El *lobby* del hotel era espectacular. Amelie disfrutaba verlo observar el espacio como a un niño, pero lo sacó de su mundo de asombro para que atendiera la solicitud del conserje.

Una vez finalizados los trámites, subieron a la habitación acompañados por el botones.

Al ingresar se encontraron más que con un cuarto, con todo un departamento de lujo. Sofás de pana azul, pisos de madera lustrada, obras de arte, floreros de cristal. Todo era suntuoso y elegante. El baño tenía un gran jacuzzi, y tanto la sala de estar como el cuarto, daban a una terraza cuya vista era maravillosa: el Campanile di San Marco se presentaba ante ellos con toda su magnificencia.

—No quiero imaginar lo que has pagado por esto.

—Conseguí una oferta especial en la página web donde suelo reservar los hoteles. Salió caro pero ni se acerca al precio habitual. Así que ahora, ¡a disfrutar!

Se tiró de cabeza a la cama que venía con dosel incorporado.

—¡Siempre quise una cama con dosel! —y suspiró de felicidad.

Mathieu se acercó a su lado y le preguntó:

—¿Ya tienes planificados estos tres días?

—Hay un par de lugares que quiero conocer, pero la idea es caminar por las callecitas, cruzar puentes, pasear en góndola y cenar

rico. ¡Todo lo que hace la gente en Venecia!

La emoción de Amelie rebosaba, pero como él aún no se reponía de haber logrado encontrarla, temió que fuera sospechoso que no estuviera sorprendida de verlo.

—Aun no me creo que lograras alcanzarme —le mintió—. Pero no quiero dejar de lado mis planes, así que te contaré de qué tratan. Mi idea es ir hoy a los lugares más típicos —prosiguió—, que están aquí mismo alrededor de la plaza. El Palacio Ducal y la Basílica de San Marco. No tiene sentido que subamos al campanario, es caro y aquí tenemos una estupenda vista de Venecia —y mientras hablaba consultó su reloj—.No tenemos mucho tiempo antes de que anochezca. ¡Deberíamos salir ya!

—¿Y de comer nada? El sándwich que almorzamos en el tren ya me llegó al tobillo.

—Podemos comprar una porción de pizza al paso y la comemos antes de entrar a la basílica. No me pareció haber visto mucha fila para entrar así que podríamos hacer eso primero. Pero vayámonos ahora mismo —lo tomó de la mano y lo arrastró hacia la puerta—. Por la noche cenaremos bien rico aquí en la Piazza, ¿qué te parece? —lo trató de convencer. Sabía que él hubiera preferido quedarse en el cuarto y cenar en el hotel.

—Lo que tú digas —respondió con resignación.

Luego de deglutir sendas porciones de pizza, hicieron lo que Amelie deseaba, conocer la Basílica de San Marco con sus impresionantes cúpulas, y luego el Palacio Ducal y su famosa prisión. Sacó una gran cantidad de fotos en el Puente de los Suspiros desde su interior, mientras que lo instruía a Mathieu sobre su significado.

—¿Sabes que el nombre no tiene nada de romántico?

—Ah, ¿no? Pensé que había alrededor alguna historia estilo Romeo y Julieta.

—Nada más lejos. Se lo llamó así porque los presos transitaban por este puente y era la última vez que veían el mar y la luz del sol antes de ingresar a las mazmorras.

—¡Qué triste! ¿Y por qué sacas tantas fotos entonces?

—Porque es un clásico —y comenzó a caminar hacia los túneles de la prisión mientras reía divertida, aunque a él no le causaba ninguna gracia.

Si bien la semana en Florencia había sido un deleite visual y un bálsamo para su espíritu, tener a Mathieu a su lado el tiempo que restaba de sus vacaciones era algo que la llenaba de expectativa… y de excitación.

Nunca había pasado un día completo con él. ¡Y ahora serían tres y medio! Le intrigaba conocer detalles de su intimidad; saber si sus cambios de humor eran solo esporádicos y justo había tenido la mala

suerte de experimentarlos a todos en el poco tiempo que estuvieron juntos.

Pasear junto a ese hombre majestuoso le generaba también un poco de vanidad. ¡Que las mujeres supieran que iba con ella! Era la primera vez que le pasaba eso de tener a su lado tamaña belleza masculina y pretendía alardear sin avergonzarse de hacerlo.

La noche caía y el frío amenazaba con nubes negras en el cielo veneciano. Regresaron al hotel (el tema de ir de la mano quedaba pendiente todavía), y Amelie fue directo a darse un baño.

La suite era enorme, por lo que Mathieu se puso a recorrerla y terminó investigando cómo funcionaba la cafetera de cápsulas que se hallaba en la *kitchenette*. Logró prepararse un café y lo tomó mientras miraba en la TV un canal italiano de deportes.

Al fin apareció Amelie y le dijo que ya podía ir a ducharse. Tenía puesta la bata blanca del hotel y el pelo caía mojado sobre ella. Otra vez le sobrevino el recuerdo de la primera vez que se vieron, aunque esta vez no estuvo acompañado por el aroma a flores pues había utilizado el champú del hotel. Adoraba verla con el cabello húmedo. Tenía ganas de pedirle que se quedaran allí, solicitar servicio al cuarto y aprovechar el tiempo juntos, haciendo el amor toda la noche.

¿Pero cómo iba a pedirle eso? A veces se sentía tan desinhibido con ella, y otras, como en esta ocasión, tan tímido… Se metió en el baño desilusionado consigo mismo.

Al salir a la calle el frío pegó de lleno en sus rostros, pero comerían a tan solo pasos del hotel. A pesar del clima, la Piazza de San Marco era una romería.

—Parece que a nadie le afecta el frío —dijo Mathieu viendo el mundo de gente a su alrededor.

—¡Estamos en Venecia! Hay que aprovechar cada minuto.

—Yo me hubiera quedado en la habitación, contigo —se animó por fin, aunque algo tarde.

Tomó la mano de Amelie y la aferró con fuerza.

«¡Sí! Ya puedo presumir». Una sonrisa que no pudo evitar se insinuó en su cara.

—¿Qué? —consultó esperanzado con que a ella le hubiera gustado la idea al fin y al cabo.

Amelie, descifrando su pensamiento, le respondió para no desilusionarlo:

—Comamos rápido así regresamos al hotel. Nos llevaremos el postre al cuarto —le dijo decidida.

A Mathieu el pecho le estalló de alegría. Deslizó la mano de ella para que pasara el brazo por su cintura, y él posó el suyo en los hombros de Amelie. La diferencia de alturas era enorme, aun usando unas botas con tacos altísimos. Pero caminar de esa forma no era para

nada incómodo, disfrutándolo ambos. Y ella pudo presumir a destajo.

Llegaron al restaurante enseguida. Les hubiera gustado andar abrazados un rato más; había resultado un momento tierno y especial. Se miraron con complicidad y se separaron. Entraron. Adentro estaba muy agradable y los acomodaron en una mesita para dos.

—Espero que haya lasagna en la carta porque eso es lo que quiero comer.

—¡Qué buena idea! Me apunto con lo mismo.

Y *lasagna* cenaron, con un buen vino sugerido por el mesero.

Mathieu obligó a Amelie a dejarlo pagar la cuenta, lo que haría también los días subsiguientes. Y como habían planeado, pidieron que les empaquetaran un postre para llevarlo al hotel.

Por fin ahí estaban, en esa increíble suite de Venecia, a punto de disfrutarse y gozarse.

—¿Comemos el postre ahora? —preguntó Amelie con picardía mientras se quitaba las botas.

—Prefiero comer otra cosa —le respondió Mathieu tomándola por detrás, con la voz ronca por el deseo.

Ella se aferró a esos brazos potentes y dejó que le besara el cuello con pasión. Él le desprendía la camisa muy despacio, mientras saboreaba esa parte que amaba entre la oreja y la nuca. Sus pechos pequeños y turgentes quedaron al descubierto, pero Mathieu seguía atrás suyo acariciándola y besando su espalda. Con mucha delicadeza le quitó los jeans. La contempló por un breve instante, extasiado, antes de girarla para ver su rostro arrasado por el deseo. Los labios de Amelie se hinchaban y se enrojecían sus mejillas. Era un deleite mirarla en ese instante. Se arrodilló frente a ella y, tomando con ambas manos sus glúteos, comenzó a besarla en el vientre. Amelie le revolvía el cabello en un estado de éxtasis absoluto.

—Desvístete por favor. Necesito verte —le pidió con urgencia.

Él obedeció, quedando por completo desnudo frente a sus ojos.

Amelie siempre había sido bastante crítica del cuerpo masculino, pero ver a Mathieu en toda su magnitud era como admirar a un coloso del Olimpo. Tan bello y tan perfecto, despertaba en ella todo tipo de sensaciones lujuriosas. Si lo que sentía fuera un pecado, recorrería los nueve círculos del Infierno de Dante, tal era el estado erótico al que la transportaba.

Había quedado paralizada ante la visión de su amado, así que él se acercó y le quitó por fin su prenda inferior de encaje. La elevó entre sus brazos pegándola a su cuerpo. Ella enroscó las piernas en su cintura y enlazó los brazos alrededor del cuello. Así, piel con piel, se unieron en un beso profundo y anhelante, que arrancó débiles gemidos de sus gargantas.

La colocó en el borde de la cama y se adentró en ella sin recostarse,

para verla gozar, y disfrutar de otra manera el placer que se estaban regalando.

El mundo desapareció alrededor, quedando solo ellos como testigos de esa explosión de sensaciones que los devoró con su onda expansiva.

Exhaustos y felices, se acomodaron en las almohadas para recuperar el aliento.

Amelie estaba descubriendo un mundo nuevo y perturbador, que la llenaba de energía pero que por momentos la hacía temer un poco. Nunca había gozado de aquella forma y le asustaba porque creía perder el control, abandonándose a los efectos que Mathieu producía en ella y en su cuerpo.

Él interrumpió sus elucubraciones.

—Debo confesarte que nunca había sentido esto. No sé qué me pasa contigo. Despiertas mis instintos más ocultos y primitivos. Deseo amarte sin parar, no lo entiendo. Me avergüenza un poco.

Amelie se sintió aliviada con aquella revelación y se animó a decirle:

—Me declaro culpable del mismo síntoma. Conocí el sexo con más de un hombre. Y siempre fue eso, sexo. Lindo, agradable. Pero esto es… ¡sublime!

Mathieu la abrazó complacido, tratando de evitar que los celos por recordar historias pasadas turbaran aquel momento. Y le besó la frente.

—Somos dos locos desenfrenados por nuestros cuerpos —le susurró al oído.

—¡Y qué bien se siente! —le contestó besándolo en los labios.

—Mira, ya me tienes dispuesto de nuevo. Esto es insólito —le dijo apretándola en un abrazo donde ella sintió su masculinidad a pleno.

—Tendremos que hacer algo al respecto señor Abbot —respondió siguiéndole el juego.

Luego de otra sesión de mágicos momentos, era hora de recargar energías.

Se dedicaron con fruición al tiramisú en porción doble que habían llevado del restaurante.

—Hicimos bien —comentó Amelie con la boca llena de postre.

—¿En venir antes para amarnos como locos? —le preguntó con picardía.

—Sí, eso, y además en traer este postre espectacular. Mmm… —ella nunca se quedaba atrás con sus respuestas.

El rio y siguió comiendo la delicia. Estar con ella era maravilloso, ¿por qué había tenido tantas dudas?

21

Amelie tenía todo el día planificado. Como quería conocer Murano y Burano, desayunaron temprano las exquisiteces del hotel y tomaron una excursión que los llevaría a ambas islas.

Extasiada con las bellezas de cristal que se fabricaban en Murano, no se resistió a la tentación de comprarse algunas cosas. Mathieu no comprendía qué veía de bello en aquellas pequeñeces hasta que ingresaron a una fábrica donde el maestro mostraba en vivo su arte de soplado de vidrio. El resultado, un estupendo caballito artesanal recreando el símbolo de Ferrari. No lo dudó un instante y entró a la tienda aledaña a comprarlo.

—¿No era que no entendías qué le veía yo a estas cosillas?

—Hasta que vi al artesano. ¡Todo un artista! —y se abrazó a su paquete envuelto para resistir el viaje de regreso.

Amelie lo comparó con un niño con su nuevo tesoro y rio divertida.

La siguiente parada fue en la isla de Burano, una pintoresca aldea con sus casitas pintadas con los colores del arcoíris, que le hizo recordar al barrio de La Boca de su lejana y querida Buenos Aires. Así, vista desde el catamarán, parecía un cuadro de Quinquela Martín.

Tenían solo una hora para recorrerla. Una pena, porque daba para quedarse a almorzar y pasar parte de la tarde. Se sacaron fotos en uno de sus tantos puentes y compró unos encajes muy típicos del lugar.

De regreso en el barco, solo pensaban en ir a comer, pues el frío persistente les había abierto el apetito.

Mathieu la abrazaba por los hombros y ella se recostaba plácida sobre su pecho. Hubiera deseado que ese instante durara para siempre.

Ya desembarcados y después de deglutir unos abundantes *spaghetti alla carbonara*, se encaminaron hacia el Puente de Rialto. Una marea de gente subía y bajaba las escalinatas. Como estaban próximos a los carnavales, todo estaba adornado. Y más que nunca, los negocios de máscaras exhibían sus mejores artículos en las vidrieras.

—Debo llevarle una a Isabelle, le debo… —y calló de pronto, «que estemos aquí juntos», agregó en silencio.

—¡Para de comprar cosas! ¡Te quedarás pobre!

—Para no quedarme pobre te tengo a ti, que pagas sumas exorbitantes por mis traducciones. Te saldría más económico si fuera tu profesora y te enseñara.

—Te pago lo que corresponde. Pero no es mala idea que seas mi profesora —se quedó meditando—. Aunque no creo que pudiera concentrarme —y la besó con ternura.

—Pues piénsalo. Sería muy provechoso para tu trabajo.

Pararon a tomar un *ristretto* y caminaron por las callecitas de la zona hasta que la tarde cayó y retomaron el regreso.

—Creo que hoy cenaremos en el hotel. Anduvimos mucho y me duelen los pies.

—¡Sí! —festejó Mathieu con exageración.

La oscuridad exterior los encontraría cenando en bata en la sala de la suite.

La noche no había sido intensa como la anterior. Sus ánimos estaban más apaciguados, así que el amor se dio con muchas caricias y besos íntimos, que de igual modo los llevaron a tocar el cielo con las manos.

Por la mañana decidieron ser esclavos de Morfeo por unas horas y se levantaron casi al mediodía. Apegados al lujo y sabiendo que partirían al día siguiente, decidieron tomar un *brunch* en la habitación. Además, Amelie quería aprovechar las bondades del jacuzzi con un delicioso baño.

Terminando las últimas migajas de la *bruschetta*, le preguntó a su David si deseaba darse un baño de burbujas con ella.

—¿Bromeas? Es el sueño de cualquiera.

—¿Qué cosa? ¿Estar conmigo? —bromeó ella.

—Contigo en un jacuzzi —agregó con una media sonrisa y su mirada insinuante.

Cada vez que hacía eso, ella se derretía. ¿Por qué estaba este chico con ella? Era definitivo, había superado todos sus resquemores, volvía a abrir su corazón y ahora solo deseaba estar a su lado. Sabía que les quedaba mucho camino por recorrer. Que deberían seguir conociéndose y que él tenía esos locos momentos de irascibilidad que quería ir limando poco a poco. Además era muy celoso y ella no tenía idea cómo se lidiaba con eso. También estaba eso del temor de Mathieu a ser un reemplazo de Maximiliano. Esa poca confianza en sí mismo era la peor enemiga de su relación. Pero estaba dispuesta a intentarlo. La vida le brindaba esta nueva oportunidad y sentía que todo volvía a tener sentido para ella.

Pensaba en ello mientras la enorme tina se llenaba y las sales de baño se diluían en el agua caliente.

—¿Y las burbujas? —preguntó una voz detrás suyo.

—El líquido que genera las burbujas se echa casi al final del llenado. Ya verás —y volcó un poco del perfumado producto.

De inmediato empezó a formarse la espuma y ella lo invitó a entrar.

Las batas cayeron al piso de mármol blanco y los cuerpos recibieron

el regocijo del agua espumosa.

—Después de esto la piel te quedará suavecita —y Amelie acarició su torso sin bello—. ¿Te depilas?

—¿Qué? ¡No! ¿Me ves como alguien que se rasure? —dijo con tono ofendido.

—¿Qué tendría de malo? Muchos hombres lo hacen.

—Sí, tienes razón. Soy un obtuso y un anticuado. Pero no, no lo hago. Soy lampiño por herencia.

—¡Pero esa cabeza tiene mucho pelo! —y le mojó el cabello en el que empezaban a asomar unos rulos rebeldes.

—Todo lo que no tengo en el cuerpo crece en la cabeza. No sabes lo que me cuesta mantenerlo ordenado. Si no me corto el cabello una vez al mes, empieza a suceder esto —y se tomó un pequeño mechón que caía travieso sobre su frente.

—¡Es el rulo de Superman! —dijo ella en castellano y él la miró sin comprender.

—El feo mechón que cae sobre la frente de Superman —habló de nuevo en francés.

—¡Feo! ¡O sea que mi pobre pelo es feo!

—¡No, no! —reía a carcajadas—. No me malinterpretes, ¡no quise decir eso!

—¡Eres una malvada! —le reprochaba mientras le arrojaba agua jabonosa.

Aquellos juegos terminaron con un beso fogoso. Y el beso continuó con un abrazo apasionado. Y el abrazó siguió con los dos fuera del agua amándose hasta el éxtasis.

No podían irse de Venecia sin el consabido paseo en góndola. A Amelie le daba vergüenza, pero Mathieu contrató un servicio con serenata incluida. El súmmum del romanticismo.

—Si lo hacemos, lo hacemos bien —argumentó.

El *gondolieri* inició su canto a capela y ella quedó encantada. Mathieu no se había equivocado.

Fue una tarde inolvidable que finalizó con una cena a orillas del Gran Canal que bajo el brillo de la luz de la luna se volvía misterioso. Era una noche clara y los restaurantes estaban preparados con calentadores exteriores para que se pudiera comer afuera.

Cenaron *tagliatelle* con ostras. Una excentricidad para coronar un día repleto de ellas y culminar unas vacaciones inesperadamente mágicas.

22

Mathieu no consiguió pasaje de regreso junto con Amelie. Así que ella tomó su vuelo a París al mediodía y él tuvo que esperar hasta última hora de la tarde.

Les hubiera gustado regresar juntos, pero el pasaje de ella no era reembolsable, así que se verían al día siguiente en Villers-Bocage.

Al enviarle un mensaje justo antes de subir al avión, Amelie ya casi arribaba a la estación de tren de Caen.

Cuando llegó a su casa, Pierre estaba en la puerta de la suya haciendo vaya uno a saber qué.

—¿Te ayudo con el equipaje?

—Hola Pierre, no gracias, no traigo mucho —«como si no lo hubiera notado».

—Regresas sola…

—¿Perdón?

—Que vuelves sin tu enamorado.

Amelie no supo bien cómo responder a esa afirmación.

—Me he ido sola, ¿no?

—Sí, pero aquí todo el mundo comenta que Abbot ha ido por ti a Italia.

—Así que todo el mundo comenta…

—Sí, tú sabes. El pueblo es pequeño y las noticias se riegan con facilidad.

Ella también empezaba a detestar a su vecino. Estaba segura de que ni Isabelle ni Christophe habían hablado, así que el chisme habría salido de alguien que trabajaba en la finca.

—¿Qué te ha pasado ahí? —le preguntó a Pierre señalando el moretón en la cara, más para cambiar de tema que porque le importara.

—Deberías preguntarle a tu chico… salvo que les haya durado tan poco que ya no hables más con él.

Amelie tenía ganas de acogotarlo.

—Sigo hablando con él, gracias por tu interés. Ahora no entiendo por qué debería preguntarle.

—Con que no ha hablado el sinvergüenza ¿eh? Para que sepas, él me lo ha hecho, así que no creo que se atreva a aparecer por aquí, no le conviene. Ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer adentro.

«Grrr… ¡Qué tipo arrogante! Como si yo lo hubiera retenido para

hablar. Es como una vieja chismosa que está esperando el momento ideal para meter cizaña. Pero ¿por qué Mathieu le habrá pegado? No es que no se merezca una tunda, pero esto de la violencia no me gusta nada».

Pronto lo vería y podría aclarar la situación. Ahora solo quería ducharse e irse a dormir. Disfrutaría de esos pocos días de descanso hasta el reinicio de las clases.

* * *

Hacia las dos de la tarde del día siguiente, sonó su teléfono. Pensó que era Mathieu, pero no, se trataba de su madre.

—¡Mami! ¡Qué sorpresa! ¿Pasó algo? Habíamos quedado en que el fin de semana nos conectábamos.

—Hola Ame, sí pasó algo. ¡Algo muy bueno! Por eso no aguanté y te llamé. ¿Podés prender la compu así hablamos más tranquilas por Skype?

—Dame cinco minutos.

Cuando Amelie se conectó, vio a su mamá con una enorme sonrisa.

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar un día más?

—¡Tu libro Ame!

—¿Qué hay con mi libro?

—Voy a empezar por el principio. ¿Te acordás que con todo lo que pasó no quisiste movilizarte con la promoción de tu novela y dijiste que lo dejarías para más adelante?

—Sí…

—Vos solo te quedaste con unos pocos ejemplares y todo el resto me lo llevé a casa.

—Sí…

—Bueno, cuando viajaste me encontré por casualidad, haciendo un trámite en el banco, con una amiga mía de la secundaria, a la que no veía hacía muchos años.

—Sí, y… —cuando su madre empezaba a estirar las historias comenzaba a perder el interés por lo que estaba contando, pero esta vez haría un esfuerzo por prestarle atención.

—La cosa es que mi amiga trabaja en una editorial. La más grande del país, a decir verdad. Así que me atreví a preguntarle si no podía llevarse tu libro para presentárselo a algún editor. Sabemos que enviarlo por tu cuenta es como tirarlo a la basura, pero así tal vez tuviera una chance.

—Sí, jamás se fijarían en una escritora novel.

—Tal cual. Bueno, me dijo que no me prometía nada, pero que quizás podría hacérselo llegar a alguien —y aclaró—: Mi amiga es la secretaria de toda la vida de un gerente de la editorial.

—¿Entonces?

—Sí, sí. Volvamos. Me dijo que le hiciera llegar la novela, ¡pero yo llevaba el libro encima!

—¿Justo tenías el libro?

—Siempre voy con tu libro a todas partes. Uno nunca sabe en dónde pueden presentarse las oportunidades. Deberías hacer lo mismo.

—¿Entonces se lo llevó? ¡Sos lo más, mami! ¿Habrá alguna posibilidad de que alguien lo lea?

—¡Por eso te llamo nena! Resulta que se le ocurrió dárselo a la esposa de su jefe, que va todos los jueves a almorzar con su marido. Ella la recibe en la sala de espera de la oficina y charlan un rato hasta que se desocupa. Dice que la mujer es lectora compulsiva e intuyó por la sinopsis de la contratapa que tu historia le iba a interesar. La cosa es que no solo lo leyó sino que obligó al marido a que lo envíe a la editora más importante de la firma.

—¿Y? —Amelie no podía más de la emoción.

—¡Que quieren que firmes un contrato con ellos para su distribución en todos los países de habla hispana!

Casi se cae de la silla del escritorio.

—¡No lo puedo creer! ¿Saben que vivo en Francia?

—Sí. Ya saben todo. Tuve que hablar con ellos mientras estabas de vacaciones. Se puede hacer una firma certificada que se envía por correo. Ellos te explicarán bien.

—Ay, mami, ¡no lo puedo creer! Tenemos que mandarle un regalo a tu amiga.

—Quedate tranquila que ya me ocupé de eso.

Conociendo a su madre, no le cabía ninguna duda.

—Ahora cuando cortemos —prosiguió—, te voy a mandar el mail con todos los datos para que te comuniques con la editorial. ¿Te das cuenta hija? ¡Futura *best-seller*!

—Ma, no exageres. Hay que ir despacio con estas cosas. Pero ¿sabés una cosa? Algo de fe le tenía a mi novela. Acá le regalé el libro a mi coordinadora del colegio, que le encanta leer en otros idiomas, y me dijo que le pareció estupendo y que esperaba ver pronto la traducción en las librerías. Mirá que para críticas no tiene pelos en la lengua.

—¿Y cómo vas con eso?

—¿Con la traducción? Algo demorada. Pero espero terminarla durante las vacaciones de verano, que voy a estar más libre.

—¡No lo dejes! Prometeme que lo vas a hacer. Ahora con este paso grande en la editorial se te pueden abrir más puertas. ¿Vos tenés ganas de volver a escribir?

—No pensé que iba a volver a decir esto… pero ¡muero de ganas! Tengo algunas ideas de escribir una historia ambientada en Italia.

Florencia, la Toscana, Venecia, no sé…

—¿Acaso pasó algo inquietante en tu viaje que debas comentarme?

—Ay ma… estamos tan lejos y tengo tanto para contarte… Estoy empezando una relación con alguien. Me vino a ver a Italia y… ¿qué puedo decirte? Creo que me estoy enamorando… Ya sé que es muy pronto…

Alicia abrió grandes los ojos y se emocionó. Se apresuró a hablar:

—¡Te felicito Ame! Espero que seas feliz. No es muy pronto, no seas tonta. Tenés que disfrutar de lo que te está pasando. ¡Quiero ver una foto de él!

—Pensá en El David de Miguel Ángel y te vas a dar una idea muy aproximada —dijo riendo.

—¿Tanto así? ¿Te encontraste a un dios caído de la mitología griega?

—En todo caso de la romana —rio—. Algo así. Es lo más hermoso que vi en mi vida.

—No quiero bajarte a la tierra, pero mi consejo es que te cuides un poquito de los muy bonitos. A veces tienen muchas tentaciones revoloteándoles alrededor —la sermoneó y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho, pero no quería que su hija sufriera nunca más.

—No lo veo así a Mathieu.

—¿Mathieu? ¿El mismo Mathieu al que oficiás de traductora?

—Sí, ese Mathieu. Vive en el campo, a unos kilómetros del pueblo. Es muy tierno y tiene una historia difícil. Él también sufrió una pérdida.

—¿Al igual que vos?

—No como yo. Lo de él fue una tragedia horrible. La pasó muy mal y recién ahora empieza a recuperarse.

—Ya entiendo. Son dos almas solitarias en pena que cruzaron sus caminos.

—Mami, ¿no querés escribir el libro por mí?

—¡Tonta! Es que estoy leyendo mucha poesía, me habré contagiado.

—Bueno, te dejo que me suena el celu.

—¿Es él?

—Seguro.

Cuando Amelie llegó, el teléfono había dejado de sonar. Y por supuesto que era él. Se fue al baño segura de que en unos minutos llamaría de nuevo, pero al volver se encontró con un mensaje que decía: «Voy para allá».

«¡Oh, no! ¡La casa es un desastre! ¡Y yo también!»

A pesar de que había estado cerrado todos esos días, el lugar se había cubierto de una fina capa de polvo que Amelie aborrecía. Encima hacía un frío de locos porque a la noche se había sentido muy

cansada para encender la chimenea.

¿Y ella? ¡De terror! Le hubiera gustado alisarse el pelo con el secador y arreglarse las uñas. Su ropa estaba sucia dentro de la valija y no tenía qué ponerse. Al menos se había bañado… Se vistió con un *jogging* gris de entre casa y se dejó las pantuflas. Y bueno, eso era ella en ese momento ¿Qué otra cosa podía hacer?

23

Sonó el timbre y al abrir la puerta, ahí estaba él, apuesto como siempre. ¿Acaso otra vez estrenaba jeans? ¿Por qué era tan perfecto y ella un completo esperpento?

Mathieu la alzó en el aire y la besó.

—¡Te extrañé!

—Fue solo un día.

—¿Es que no me has extrañado ni un poco? —dijo decepcionado.

—Sí, tonto —le contestó arrepentida—. Ven, ayúdame a prender la chimenea que hace un frío de muerte.

—Yo la prendo y tú haz café, ¿sí? Llegué en el primer tren de la mañana y me fui directo a dormir. Me levanté solo hace un rato. No he comido nada pero no quiero darte trabajo, así que un café con cualquier cosa estará bien.

—Has dormido apenas un rato y estás impecable. ¿Cómo lo logras?

Él se encogió de hombros restando importancia a sus palabras y se dedicó a los leños.

Amelie trató de improvisar. Tampoco había comido nada, apenas unos cereales sin leche porque no había tenido ganas de salir a comprar. Como tenía pan congelado, lo metió en el horno y preparó unas tostadas con miel para acompañar el café.

—Lo siento, es todo lo que hay. ¡Mi refrigerador está vacío!

—Hoy es viernes, podemos ir al mercadillo de Caen. Si nos apuramos aun lo encontraremos abierto.

Comieron con rapidez y salieron para el mercado.

Resultó ser una gran idea. Aunque algunos puestos empezaban a levantar las instalaciones, lograron comprar unas cuantas cosas y abastecerse de provisiones para el fin de semana, y unos días más también.

De regreso en casa de Amelie y antes de estacionar, divisaron al vecino haciendo nada en la vereda.

—¡Oh, no!

—Uf, ¿quieres que sigamos y vamos para tu casa? —preguntó ella preocupada, aun sin haber hablado con Mathieu al respecto.

—No tengo que andar escondiéndome de ese imbécil —dijo sin percatarse de que todavía no le había confesado a Amelie su riña con él.

Estacionó el utilitario con una maniobra exagerada y le dijo con

expresión seca:

—Bajemos.

Amelie temía por lo que fuera a ocurrir en los segundos siguientes.

—La parejita feliz ha llegado —dijo Pierre en voz alta.

«¿Pero es que este tipo no tiene códigos?», pensó Amelie.

Bajaron con las bolsas de los alimentos y se aprestaron a entrar a la casa, cuando el desubicado de Garnier agregó:

—Traté de decírtelo ayer, más vale sola que mal acompañada.

Fue suficiente para desatar la ira de Mathieu. Soltó los paquetes y saltó con agilidad la pequeña cerca que separaba ambas propiedades. Tomó a Pierre por el cuello y lo elevó por un momento que a Amelie se le antojó eterno. Las piernitas de Garnier iban y venían en el aire, tratando de zafarse.

—¡Mathieu por favor! —gritó Amelie desesperada.

Él reaccionó y lo soltó, dejándolo tirado en el piso, sin aire y tosiendo.

Amelie corrió a buscar a Mathieu porque temió que le hiciera algo a su vecino aun en el suelo.

Levantaron las cosas de las compras e ingresaron.

—¿Qué fue todo eso?

—¿Qué fue? ¿Acaso no oíste lo que dijo?

—Sí, oí perfecto. Y me importa muy poco lo que un imberbe como él diga o deje de decir.

—Pero fue una provocación. ¡Debe ser masoquista el hijo de puta! ¡Tendría que haberlo desfigurado!

Amelie estaba asustada. Nunca lo había escuchado insultar, estaba fuera de sí y tenía que tranquilizarlo.

Se acercó despacio y le acarició el antebrazo.

—No tiene sentido. ¿Qué ganarías? Sería cada vez peor. ¿Por qué te tiene tanta bronca?

—¡Porque estás conmigo! Te tiene ganas desde el primer día. Deberías mudarte de aquí. Mañana mismo buscaremos otro lugar para que vivas.

—Mathieu, yo no me voy a mudar. Este alquiler tiene un descuento especial por un convenio con la escuela. Además me queda a dos calles del trabajo y me siento muy cómoda aquí.

—Con ese enfermo viviendo al lado.

—Con el enfermo o sin el enfermo, aquí me quedaré.

Era inútil, esa conversación no estaba llegando a ninguna parte. Y él estaba muy enfadado como para quedarse.

—Mejor me voy. No quiero arruinarte el día con mi sentido común —sus palabras herían a Amelie una y otra vez.

—¿Por qué tiene que ser todo así? ¿No podrías calmarte un poco y dejar que pase esa tempestad que te invade?

—No, no puedo. Esto es lo que soy. ¡No digas que me calme como si fuera un niño de tres años!

—Si sigues en esa postura no llegaremos a buen puerto.

—O tómalo o déjalo. Estás a tiempo de bajarte.

Y se fue dando un portazo.

Pierre Garnier era el único ganador allí.

TERCERA PARTE
Volver a amar

“Yo aquí con ganas de encerrarte en mi inestable universo y tú allá afuera formando galaxias con tan solo sonreír.”

MARIO BENEDETTI

“Tal vez yo no sepa dónde ir. Pero si pudiera una mañana abrir los ojos y ver los tuyos, sabría dónde quedarme.”

IRELA PEREA

24

Ese fin de semana fue para el olvido. Afuera garuaba y hacía un frío descomunal. ¿Por qué llovía tanto en ese lugar?

Por suerte Amelie tenía los víveres que habían comprado en el mercado, así que ni asomó su nariz a la calle.

La forma en que se había ido Mathieu la había dejado preocupada. Pero trató de evitar pensar en ello. Pasó mucho tiempo en el sofá de la sala, junto a la chimenea, con una frazada encima tratando de adelantar la traducción. Lo único que la motivaba a trabajar eran las novedades que le había dado su madre.

Le hubiera gustado compartir las buenas nuevas con él, pero el altercado y cómo terminaron las cosas le arruinaron los planes. En algún momento llegó a pensar que se arrepentiría y volvería, entonces se había entusiasmado con preparar una cena romántica (había copiado una receta de internet y todo) y así podría contarle la alegría que sentía por su contrato editorial. Pero no dio señales de vida.

Si por el contrario, él pensaba que era ella quien debía buscarlo, estaba muy equivocado. Denostaba la violencia en todas sus formas y lo que había presenciado no le gustó en absoluto. Además, todavía tenía que explicarle por qué le había dado un puñetazo a su vecino. Este asunto se estaba tornando absurdo. ¡Eran adultos! No, de ninguna manera sería ella la primera en llamar.

* * *

La semana de regreso a clases pasó como una tromba. Sin darse cuenta, ya era fin de semana otra vez… y de Mathieu ni noticias.

La falta de vehículo propio se estaba convirtiendo en un problema. De tener un coche, era posible que hubiera dejado su orgullo tras la puerta de su casa y habría ido hasta el campo. Pero la terquedad de ese hombre le hizo borrar de su cabeza las ganas de hablarle. Ahora estaba muy enojada con su actitud. Por momentos temía que él no quisiera acercarse a su casa para no cruzarse con el indeseable, pero enseguida lo descartaba. Bien podía llamarla o mandarle un mensaje y podrían encontrarse en otro lado.

En estas situaciones era cuando sentía mucha necesidad de hablar con alguien. Tan solo para desahogarse y pedir consejo. Con su madre no podía conversar sobre ello: preocuparla contándole que el hombre

del que se estaba enamorando tenía algunos problemas de conducta y actitudes indescifrables no era una buena idea. Con su cuñada Marisol había perdido la afinidad de tiempo atrás, cuando vivía en Buenos Aires y ella había sido su sostén espiritual en los peores momentos. Creía que solo lo había hecho por su hermano, y estaba bien. Pero por eso mismo, no le parecía ser alguien a quien confiarle este tipo de vaivenes emocionales buscando complicidad. Por último estaba Isabelle. Podría hablar con ella… No, no quería abrumarla con sus problemas de pareja.

Se sentía muy sola y le hubiera gustado compartir su angustia con otra persona aunque solo fuera para aliviar su alma en pena.

* * *

Aquel sábado posterior a la riña con Garnier, Mathieu subió a su utilitario y tomó la autopista A84 rumbo a Mont Saint-Michel. Allí residía su único hermano, a quien acudía cuando su mente atribulada no le daba respiro.

Patrice era monje de una fraternidad y varios años atrás se había establecido junto a otros hermanos de su congregación en la Abadía de Mont Saint-Michel. Allí realizaba su vida monástica y compartía las celebraciones litúrgicas con la comunidad.

Aunque se hablaban con bastante asiduidad, hacía mucho que no se veían y Mathieu pensó que debería haberlo puesto de sobreaviso, pero debido a su impulsividad ya estaba en camino y no pensaba detenerse para avisarle de su llegada.

Un día normal hubiera llegado en una hora, pues solía manejar a alta velocidad, pero había una llovizna molesta que no hacía más que ponerlo nervioso y decidió desacelerar para extremar precauciones.

Cada vez que llegaba, al ver a lo lejos la inmensidad del monte con el majestuoso monasterio y su cúpula en aguja, se le erizaba la piel. Era inevitable. «Este lugar transmite algo místico. Amelie tiene que conocerlo».

¡Otra vez ella en sus pensamientos! Viajaba a ver a Patrice para recibir consejos acerca de esa relación que lo estaba atormentando por muchas razones. Celos, la culpa que iba y venía, y porque no quería que ella supiera la verdad, esa que lo perseguía y le generaba pesadillas. Necesitaba saber si estaba a tiempo de sacarla de su cabeza, pero se colaba sin permiso en todas sus meditaciones.

Dejó su vehículo en el parque de estacionamiento público y tomó el autobús *le Passeur*, único transporte permitido para llegar hasta las cercanías del Mont Saint-Michel debido a su condición de patrimonio mundial de la UNESCO. No era día de marea alta y podría acercarse

sin inconvenientes; tener que esperar un cambio de marea para recorrer el último tramo hasta el acceso al monte hubiera sido una contrariedad.

Al llegar le informaron que su hermano estaba en la capilla. Cuando lo fue a buscar, lo encontró sentado en el primer banco. Sin duda meditando, pues conocía su postura de rezo y no era esa. No quiso interrumpirlo así que decidió esperarlo afuera.

El tiempo era inclemente pero le gustaba sentir el viento helado en la cara mientras miraba hacia el horizonte. El cielo plomizo anunciaba una lluvia inminente. La marea estaba en su punto más bajo por lo que la isla rocosa se hallaba rodeada de una masa grisácea entre arcillosa y arenosa, que cuando el agua subía, desaparecía bajo su manto y el paisaje se volvía más romántico con el mar lamiendo las murallas.

Mirar la inmensidad del océano le tranquilizaba el espíritu, o tal vez fuera el clima de la abadía, no lo sabía.

Observó las paredes de mil doscientos años y al arcángel San Miguel dominando la cúpula, impertérrito. Ese lugar era magnífico. Su hermano había acertado al aceptar su traslado allí. Era un verdadero privilegiado.

En ese momento sintió una mano sobre su hombro, giró y se encontró con la encantadora sonrisa de Patrice. Se le ocurrió que si su hermano no se habría decidido por los hábitos, hubiera sido muy solicitado por las mujeres. A pesar de la barba espesa que cubría su rostro, se adivinaban sus facciones delicadas y sus ojos verdes (los mismos de la madre de ambos), que siempre tenían un brillo especial. A pesar de no ser tan alto como Mathieu, era corpulento. Y el hábito blanco lo hacía parecer aún más.

—¡Hermano! —exclamó Patrice y lo abrazó fuerte—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Me registré en un hotel de aquí abajo y dejé mis cosas en la conserjería para venir a verte de inmediato.

—¿Cómo que te registraste en un hotel? ¡Con lo caros que son los alojamientos aquí! Se aprovechan de los turistas. Sabes que cuando vienes a visitarme eres mi invitado.

—No quiero causarte problemas en la congregación.

—¿Qué problemas? Si somos cuatro gatos locos aquí —Mathieu estaba acostumbrado a sus expresiones estrafalarias, pues la congregación tenía integrantes de todas partes del mundo—. Nos viene bien un poco de compañía del exterior. Los hermanos estarían encantados.

—Es mejor así. Sabes que cuando acudo a ti es porque no la estoy pasando de lo mejor.

—Lo sé, lo sé. Pero vamos adentro que se aproxima un temporal y

terminaremos los dos colgados del pobre arcángel.

Mathieu rio y abrazó por el hombro a su hermano. Se daba cuenta de cuánto lo había extrañado.

Ingresaron a la cocina de la abadía y Patrice preparó té.

Mantuvieron una charla amena sobre el trabajo de Mathieu y las actividades de Patrice. Nada hablaron acerca de lo que acontecía en el alma atribulada del menor de los dos. Patrice sabía que su hermano hablaría solo cuando se sintiera preparado para hacerlo y no lo indagó.

La tormenta se desató con toda su furia hacia el atardecer y Mathieu se despidió hasta el día siguiente. Cenaría algo liviano en el hotel y se iría a descansar.

25

Las campanadas llamando a misa lo despertaron. ¡Todavía era de noche! Aun así, miró su reloj. No. Se quedaría un rato más en la cama. Afuera haría un frío mortal y ahí en el cuarto del hotel se estaba tan bien…

Pero las imágenes de Amelie lo asaltaron y lo encontraron vulnerable. En ese momento solo quería tenerla a su lado, abrazarla, oler su aroma a flores, saborear su pequeña boca que lo volvía loco. Se sintió tonto. ¿Qué hacía allí en vez de estar con ella? Se había ido de su casa enojado y confundido. Amelie pensaría que era un loco de atar y con razón. ¡Agarrarse a trompadas con el imbécil de Garnier! ¡Qué estupidez! Bueno, en realidad no se habían agarrado, sino más bien él lo había atacado, y dos veces. Por suerte en la segunda estaba ella para frenarlo. ¿Qué significaban esos incontrolables ataques de ira? A veces se sentía como el Doctor Banner. No podía evitar que la bestia verde se adueñara de él. Y aunque sabía que jamás le haría daño a Amelie, temía por quienes la rodeaban. Sus celos al parecer eran infinitos. Sí, la decisión de haber ido a ver a su hermano, después de todo, había sido la correcta.

Esta vez un cielo azul y límpido lo recibió al salir del hotel aunque el frío se le coló en los huesos. Caminó rápido las cortas y pintorescas callecitas hasta el ingreso a la abadía y entró restregándose las manos entre sí.

Patrice estaba esperándolo.

—¿Qué pasó que no te vi en la misa? —le dijo riendo.

—Sabes que mi amistad con Dios no es muy fluida.

—Lo sé hermanito… Vamos al lado de la estufa y tomemos algo caliente.

Acomodados en la mesa de madera junto al calefactor, se dispusieron a tomar un reconfortante chocolate. Patrice fue el primero en hablar.

—Bueno, aquí estás, y sabemos que es por algo más que platicar de nuestras ocupaciones. No te obligaré a hablar, lo sabes, pero es mejor que no sigas dilatándolo.

—El problema es que no sé por dónde empezar.

—¿Tal vez por el principio?

Mathieu lo miró con pesadumbre.

—Hagamos una cosa. Cuéntame desde que sentiste que algo

comenzó a afectarte de manera diferente a lo que venía manifestándose en tu interior.

Su hermano inspiró y expiró varias veces, y se largó.

—Creía que había controlado mi temperamento. Que mi vida comenzaba a transitar por una especie de meseta. De vez en cuando caía en un pequeño pozo, que sorteaba con mayor o menor dificultad, pero del que salía bastante bien. Cuando me asaltaban esas imágenes horrendas, empezaba a lograr quitarlas de mi cabeza tratando de aceptar que fue un accidente. Haber reconstruido y modificado por completo la casa me ayudó en ese proceso. Y todo parecía empezar a fluir. El trabajo me daba satisfacción y creía que así pasaría mi vida, dedicada a la cosecha de manzanas y a la fabricación del Calvados.

—Pero algo sucedió.

—Aparecieron los españoles con su proyecto y lo creí una gran oportunidad para expandir la empresa.

—Sí, pero lo de los ibéricos me lo has contado ayer.

—Solo una parte. El asunto del idioma venía manejándolo bastante bien en el intercambio de mails ayudado por un traductor en línea y con consultas esporádicas que le hacía a la coordinadora de idiomas del colegio donde Christophe es director. Ella es su hermana.

—Por supuesto, ¡Isabelle!

—Cierto que la has conocido.

—Una mujer muy agradable.

—Y muy solícita conmigo. Me recuerda mucho a mamá… Bueno, el asunto fue que los españoles me pidieron una reunión para conocer el campo y las instalaciones. Ya sabes que no pronuncio una sola palabra de español. Entonces acudí otra vez a Isabelle, pero ella no podía ayudarme por un viaje que tenía que hacer por esos días. Así que me dio la dirección de una profesora nueva en la escuela que podría ser la traductora que yo necesitaba.

—Ajá…

—Así que fui a verla…

Un silencio repentino se adueñó de la estancia.

—Creo entrever que aquí comienza tu conflicto.

—Patrice, ¿me creerías si te dijera que cuando me abrió la puerta de su casa pensé que había visto a un ángel? —y al decirlo elevó la mirada hacia la nada.

Patrice esbozó una media sonrisa. La sola expresión de Mathieu le hizo entenderlo todo. Dejaría que le contara lo demás, aunque para él ya no era necesario. Aquella chica, de la que aún no sabía el nombre, era el milagro que él había pedido para su hermano. Solo era cuestión de develar por qué se había transformado en un problema y no en una bendición.

—Podría creerte, sí. ¡Pero dime quién es! Su nombre al menos.

—Amelie.

Otro silencio invadió el salón. Pero esta vez a Mathieu le brillaban los ojos. Y su azul, por un instante, se hizo más claro.

—Ella es… —continuó—. Es magnífica.

—¿Y ese vendría a ser tu problema? —expresó con ironía.

—Es que cuando por fin creí que podía merecerla, luego de luchar contra mis demonios y mi culpa, descubrí que ella ama a otro, o amó, porque ya no está en este mundo. Pero para mí es lo mismo. Ella estaba enamorada de alguien que partió de esta vida antes de tiempo. Y llámame egoísta, mala persona o lo que quieras, pero no deseo ser un reemplazo. Siempre estará el fantasma del otro entre medio de los dos.

—¿Ella te lo ha dicho de esa forma?

—Claro que no, pero es lo que siento. Amelie me habló de dudas, de culpas. Había hecho un juramento de no volver a enamorarse y dijo estar rompiéndolo conmigo.

—¡Esa es la declaración de amor más conmovedora que jamás haya oído! —exclamó Patrice.

Mathieu lo miró con el ceño fruncido. ¿Qué era lo que su hermano veía con tanta claridad que él no lograba dilucidar?

—¡Pero si te estoy diciendo que amaba a otro hombre!

—Un hombre que ahora está con Dios. No sabemos los mecanismos que tiene nuestro señor para que las cosas sucedan y tampoco debemos juzgarlos. Lo que sí es notorio es que esta muchacha…

—Amelie.

—Amelie, ha abierto su corazón hacia ti y tú has escapado despavorido. Déjame decirte algo hermano querido. A ti te conviene poner la excusa de su amor previo para no exponerte como protagonista de la situación. Creo que tienes miedo y te comprendo. ¿Le has contado toda la verdad?

—Le he contado del accidente y de la culpa que sentí por no haber sabido amar.

—Aunque no sabe nada del tema judicial…

—No.

—Ahí lo tenemos. Este es el problema. Si me dejas decirlo, es un grave error que no le hayas contado. Debes ir con toda la verdad. ¿Ese es el verdadero miedo que te acosa?

—Tal vez piense que no merezco su compañía si le digo que la causa aún sigue su curso.

—La realidad es que el caso está archivado hace un tiempo.

—¡Estoy en libertad bajo fianza sin haber hecho nada! —se quejó con justificada indignación.

—Entonces demuéstrale que eres de fiar contándole todo, incluso esto.

—No es tan sencillo.

—Si dices la verdad, claro que lo es.

—¡Para ti debe ser fácil, hombre de Dios! —y dio un golpe sobre la mesa.

—No te enojes conmigo —trató de apaciguarlo—. Entiendo tu frustración. ¿Pero no crees que sería mucho más grave si alguien le fuera con el cuento? Y peor todavía, ¿con una historia tergiversada?

—Es mi mayor temor —y de inmediato pensó en Pierre Garnier—. Hay gente que no me quiere.

—Porque se ha tejido una fabulación alrededor de tu historia. A muchas personas les gusta el morbo y lo que ha sucedido es una oportunidad fantástica para avivarlo. Sobre todo en un pueblo donde nunca pasa nada.

—Amelie sin saberlo me ha ayudado. Organizó un concurso en la escuela para Navidad y el premio para el grupo ganador era una excursión a mi campo y mi fábrica. Lo haremos en primavera. Eso hizo que muchas personas volvieran a saludarme después de todo este tiempo.

—Es evidente que vino a iluminar tu camino. Mathieu, escúchame. Debes hablar con Amelie cuando regreses —y mientras lo decía lo tomaba con ambas manos de sus antebrazos.

Él lo escuchaba cabizbajo. Su hermano tenía razón. ¿Por qué todo era tan difícil? Cada vez que se separaba de Amelie sentía una especie de desazón, mezclada con inquietud y con tristeza. Todo eso se traducía en un dolor físico en la boca del estómago, que solo se retiraba cuando volvía a verla y las cosas se tranquilizaban. Ella irradiaba algo que a él le hacía bien. Estar con ella le hacía bien. Pero rondaba este tema… temía contarle la verdad y que Amelie lo rechazara. Siempre estaría comparándolo con el amor que había perdido y saldría perdiendo.

—¡Mathieu! ¿Estás escuchando lo que te digo?

—Sí, sí… pero es posible que me rechace luego de saber la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad? Que te están juzgando por un crimen que no has cometido. ¡Porque fue un accidente!

—Pero acaso ¿debería decirle a Amelie que las pericias preliminares habían determinado que fue intencional aunque después una nueva pericia revocó el resultado anterior? ¿Y que debido a eso es que todo quedó inconcluso? No sé cómo lo tome ella cuando se lo cuente. Puede que para el juez sea un callejón sin salida, pero me asusta pensar en lo que le pase a Amelie por la cabeza cuando lo sepa.

—Deberías haber contratado tu propio peritaje desde la defensa. Es algo que siempre se hace —hablaba con conocimiento porque entre sus tantos estudios figuraba el de leyes—. Además, ¿quién querría incendiar tu casa?

—¡No lo sé! Es absurdo… Estuve perdido tanto tiempo… ni siquiera me importaba defenderme. Mi vida no tenía sentido. Tú y Christophe me ayudaron tanto…

—Christophe era amigo de mamá y te adora. Debes confiar siempre en él.

—¿Sabes que junto a Isabelle fueron quienes propiciaron mi relación con Amelie?

—No me cabe ninguna duda —dijo con una sonrisa—. Pero regresando a nuestro tema, quiero advertirte que si no le cuentas la verdad a Amelie, alguien se encargará de hacerlo por ti. Y eso sería muy desafortunado.

Mathieu asintió sin decir nada más. El peso que llevaba encima era enorme y demasiado difícil de aliviar.

26

Los días subsiguientes Mathieu se dedicó a meditar. Se sentaba mucho tiempo en la capilla, y aunque no hablaba con Dios, ese lugar le transmitía paz. También recorría los alrededores de la abadía o bajaba a caminar a través del largo puente. No le importaban el frío atronador, ni la lluvia que iba y venía. Sus pensamientos lo capturaban y vagaba por ahí sin rumbo fijo.

Era jueves, y después de cinco días de meditación, creía estar listo para volver y afrontar las consecuencias de decirle la verdad a Amelie. Patrice celebró aquella resolución y lo invitó a cenar con él en su última noche en Mont Saint-Michel.

Luego de brindar por la buenaventura de su hermano, el monje le dijo a Mathieu:

—Espero que tu próximo viaje sea con Amelie. Me encantará conocerla.

—Cuando nos conocimos, le mencioné este lugar. Sé que le gustaría mucho venir y conocerte. ¡Ojalá nuestro próximo encuentro sea con ella también! —dijo esperanzado.

—Rezaré para que así sea.

* * *

Amelie salía del colegio apresurando el paso. Se había quedado después de hora para terminar algo de la planificación que debía entregar a Isabelle y no quería dejarlo para el lunes. Odiaba tener que pensar todo el fin de semana en el trabajo pendiente.

No se había percatado de que el utilitario azul de Mathieu estaba estacionado justo enfrente. Giró hacia la izquierda camino a su casa, pero recordó que tenía que pasar por el supermercado y cambió de dirección.

Al llegar a la esquina escuchó unos pasos apresurados detrás de ella y una voz conocida pronunciar su nombre. El corazón se le estrujó. Fue un instante de felicidad y nerviosismo que trató de controlar aferrándose a su bolso con fuerza. Giró despacio. Verlo le generó una alegría tan grande que olvidó todas las frases que había practicado sola en su habitación frente al espejo. ¿Qué poder sobrenatural ejercía Mathieu sobre ella para que de pronto olvidara aquel gran enojo que

se había convencido que sentía hacía él? ¿Cómo no sonreírle si la miraba con esa ternura que la acariciaba sin tocarla? Hizo un intento de ponerse seria, pero no lo logró porque su expresión la conquistó de inmediato. ¿Qué podía hacer? ¿Resistirse a ese encantamiento que la envolvía? ¿Para qué?

—Hola Amelie.

Cada vez que pronunciaba su nombre creía morir ahí mismo. Nunca imaginó que escucharlo la haría sentir tan dichosa. Ya no le importaba nada de todo lo que había pensado y sopesado en su ausencia. Solo quería abrazarlo, besarlo y decirle que la llevara lejos para amarse hasta desfallecer.

Se mordió el labio inferior y lo miró con una expresión que Mathieu no olvidaría por el resto de su vida.

Entonces, ambos sintieron al mismo tiempo que las palabras sobraban, que en sus miradas todo se decían y que el mundo a su alrededor podía dejar de existir en ese instante porque no lo notarían.

Se estrecharon en un abrazo infinito. Sus cuerpos pegados eran como una bola energética que irradiaba en todas direcciones. Los corazones latían al unísono, sincronizados al igual que sus almas. Fue un momento que quedó grabado en cada uno de sus poros. De esos que permanecen intactos a través de los años y que son la razón del porqué se ama, del porqué se vive, del porqué se sueña.

Separarse fue difícil. Se necesitaban así, unidos, rozándose el cuerpo y tocándose el alma con ese sentimiento que los enajenaba del resto de los mortales, que los hacía invencibles, que los incitaba a amarse a perpetuidad.

Cuando consiguieron volver a mirarse, solo sonrieron cómplices. Que el universo entero explotara, nada les importaba más que el hecho de estar vivos y juntos, de existir en un mismo tiempo y espacio, y de haberse descubierto el uno al otro.

Amelie estaba haciendo un descubrimiento que la abrumaba. Sentía la seguridad de haber estado enamorada de Maximiliano, y por ende, de haberlo amado. Pero esto que estaba experimentando era nuevo, superior e inexplicable. Las sensaciones que la invadían no eran trasladables a palabras, ni lo que le sucedía a su cuerpo podía ser comparado con algo más. Era como volver a nacer, como descubrir un mundo nuevo. Era comprobar la felicidad misma.

¿Sería posible que existieran distintas formas de amar? ¿O solo se amaba una vez y eso se convertía en una revelación cuando sucedía? ¿Acaso era lo que le estaba pasando a ella en ese preciso momento? Había leído una vez que encontrar al amor verdadero y correspondido es tan difícil como hallar una aguja en un pajar de mil hectáreas. Entonces, ¿era casi utópico descubrir al verdadero amor? Demasiada filosofía para dilucidar así como así y más todavía mientras era

apretujada por Mathieu.

—Te extrañé —le dijo al oído con una suavidad que ella adoró—. Siempre estoy extrañándote.

—Y siempre estás dejándome —le reprochó con dulzura y enojo mezclados.

—Lo sé. Y no sabes cómo lo siento. Sé que vivo pidiéndote compensar cosas que hago y no merezco tu perdón. Siempre termino comportándome mal y no lo mereces. Pero cuando estoy lejos de ti no hago más que sufrir y es atormentador. Ya no me importa si soy un reemplazo de alguien que no está más. Solo quiero estar contigo y tratar de ser mejor. Tú me haces querer ser mejor.

A Amelie se le cristalizaron los ojos.

—Tú eres tú, y no eres reemplazo de nadie. Si estoy contigo es porque te elijo y porque me siento bien con tu compañía. Lo que siento a tu lado no lo había sentido nunca antes y creo que eso le da la respuesta a todos mis viejos temores. Sé que es contigo con quien deseo estar, hoy y siempre.

—Amelie, yo…

—Shhh… —y le puso el dedo índice sobre sus labios—. Llévame contigo lejos de aquí. Vayámonos a algún lado juntos el fin de semana. Así, ahora. Sin nada más que esto que sentimos el uno por el otro.

Sus ojos anhelantes lo miraban confiados. Se besaron. Con deseo, con desesperación. Los brazos de Mathieu la rodeaban por completo, manteniéndola con los pies lejos del suelo.

—Vámonos ahora o haremos un gran papelón en medio de la calle. No puedo controlarme con los besos que me das —pronunció Mathieu con apremio.

Amelie rio y agregó:

—Sí, vámonos. Pero lejos de aquí, ni a tu casa ni a la mía. Quiero que seamos solo nosotros sin pensar en nada ni en nadie.

—Subamos al auto. Algo pensaremos mientras andamos.

Una vez que arrancaron, Mathieu le preguntó si le gustaría ver el mar. Él regresaba de verlo y era una imagen que quería tener junto a ella.

—¡Por supuesto! Adoro el mar.

—Hay un sitio muy hermoso, no muy lejos de aquí, que se llama Trouville-sur-Mer. Llegaríamos en menos de una hora y en esta época del año no hay casi nadie.

—Suena ideal.

—Creo que lo es. Buscaremos un hotel frente a la playa.

Y lo encontraron sin mucho esfuerzo. En el Beach Hotel consiguieron una estupenda habitación, con una vista increíble y a un precio más que razonable.

Una vez en el cuarto y mientras Amelie observaba los botes

pesqueros a lo lejos regresando de su faena, le dijo:

—Creo que me apresuré un poco, no sé si resistiré dos días sin cambiarme de ropa.

Mathieu, abrazándola por detrás, le contestó con una mezcla de ternura y el enardecimiento que ya crecía en su interior:

—No necesitaremos la ropa —ella lo palmeó y él protestó—. Además, era lo que hubiera querido hacer en nuestras recientes vacaciones.

Ella se dio vuelta para mirarlo.

—¿Acaso no la pasaste bien caminando por las callecitas de Venecia?

—Sí, claro que lo he pasado bien. Era una broma —y le pellizcó la nariz.

—¿Será posible que solo podamos estar bien si nos vamos a un hotel?

—Haré todo lo posible por revertir eso.

Entonces Amelie aflojó.

—Está bien. No me molestaría quedarme aquí adentro hasta el domingo —y abrazándolo por la cintura mientras apoyaba su cabeza en el pecho de Mathieu agregó—: Solo te necesito a ti y a esta vista. Pero…

—Pero… —repitió él mientras le corría el pelo y se inclinaba para besar ese cuello delgado y perfumado que lo enloquecía.

—Prométeme que volveremos en otra ocasión y me llevarás a pasear por la costa y por esas calles pintorescas.

—¡Prometido! En cuanto el tiempo mejore regresaremos. Y volveremos las veces que tú quieras.

Sin decir nada más, se entregaron al mutuo placer de los besos y las caricias, a esa manera que tenían de dar y recibir, colmándose de sensaciones deliciosas hasta perder el aliento entre las sábanas blancas.

* * *

Ya de domingo, y luego de un apetitoso almuerzo mirando el mar desde una mesita junto a la cama, Amelie preguntó:

—¿Crees que nos haga mal tanto de esto?

—¿De qué? —y haciéndose el desentendido agregó—: ¿De las vieiras que hemos comido?

—¡No tonto! De lo otro…

—De lo otro, de lo otro… No sé muy bien a qué te refieres —le dijo divertido, mientras la atraía hacia él y la sentaba sobre sus rodillas.

—Me refiero a esto mismo —le contestó con una insinuación y sus mejillas encendidas.

—¡Te has puesto roja como mis manzanas! ¡Ay, cómo te amo! —y se metió en su cuello para besarla—. *Je t'aime* Amelie —repitió en un susurro.

Era la primera vez que le decía «te amo». En ese momento se estremecía por sus besos, pero más por lo que acababa de oír.

Mathieu se separó y la miró. Sonreía su boca, sonreían sus ojos y supuso que también sonreía su corazón.

—Es imposible que nos haga mal algo tan hermoso, tan sublime. Tal vez te asuste lo que sientes. Te confieso que a mí también. Pero me hace tan feliz que no hay forma de que no esté bien esto que nos pasa.

Amelie le acarició el rostro. Tomó su mano con deformaciones y besó su palma. Luego la colocó sobre su corazón y le dijo en castellano:

—Yo también te amo.

Él la miró expectante, y ella creyó que la entendió. Pero igual le reconfirmó en francés:

—Moi aussi je t'aime.

Entonces él la abrazó con toda su fuerza sin pensar que podía quebrarla como a una ramita seca.

—¡Mathieu! —suplicó.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —exclamó aflojando la presión y dejándola volver a respirar.

Una vez repuesta, le dijo muy seria:

—Antes eras mi David. Pero ahora creo que solo eres Brutus.

Y terminaron riendo a carcajadas.

27

La primavera llegó y con ella la fecha de realizar la excursión al campo de Mathieu.

Isabelle le había pedido a Amelie que fuera una de las acompañantes docentes junto con otros dos profesores. Ella sería el nexo entre el colegio y la empresa fabricante del Calvados. Lo cierto era que Isabelle conocía que el carácter de Mathieu se templaba y su temperamento se hacía más dócil cuando Amelie estaba a su lado. De esa forma, lidiar con treinta alumnos en la campiña sería más llevadero para él.

Las cosas entre ambos estaban funcionando bien. El vecino no había asomado sus narices a pesar de que Mathieu visitaba con frecuencia la casa de Amelie. Por otro lado, ella ya no se relacionaba con Celine, quien la miraba desde el otro lado del mostrador de la cafetería con recelo y sin dirigirle la palabra. Amelie había confirmado con su actitud infantil las intenciones que tenía para con Mathieu y nada podía hacer con eso. Hubiera sido más simple aclarar las cosas hablando, pero Celine era así y por más buena intención que pusiera no se iban a modificar las cosas.

Todo cambió el día que estaban disponiéndose a salir de excursión. Celine increpó a Amelie afrentándola delante de todos.

—Así que la noviecita se va a encontrar con su hombre en horas de trabajo…

—¿Pero qué dices? —se sorprendió Amelie.

—Espero que no se les vaya la mano, va a haber menores presentes —siguió en voz muy alta.

Tanto los otros docentes, como Christophe y los alumnos, observaban la escena con asombro.

—Celine, por favor, no seas grosera —pidió Amelie con calma.

—¿Grosera yo? Si ustedes son dos animales en celo que aprovechan cualquier momento o circunstancia para copular. ¿O acaso crees que no me lo ha dicho tu vecino Pierre? ¡Ha visto el automóvil de Mathieu en tu casa a horas insólitas! ¡Qué indecencia!

Amelie no daba crédito a lo que oía. Celine era la menos indicada para hablarle en esos términos.

—Eso no es de tu incumbencia —contestó para no entrar en la discusión.

—¿Ah, no? ¿No es de mi incumbencia? ¡Eres una maldita zorra

disfrazada de mosquita muerta! ¡Te hacías la amiga y me quitaste a Mathieu de las manos! —ya no hablaba fuerte sino que gritaba a viva voz.

—¿Quitarte? Yo no te he quitado nada. ¡Deja ya de hacer este escándalo en la escuela!

Entonces intervino Christophe justo cuando vio que Celine se acercaba a Amelie de manera peligrosa.

—¡Celine! Hazme el favor de retirarte o tendré que denunciarte a la Junta Escolar y te quitarán la licencia para manejar el bar.

—Tú estás confabulado con esta maldita bruja —dijo mientras lo apuntaba con el dedo—. Tú y tu hermana también.

Dicho esto, se dio media vuelta y se fue caminando como una diva sobre la alfombra roja.

Christophe se arrimó a consolar a Amelie, que temblaba.

—No le hagas caso, no está en sus cabales.

—¿Qué le habrá pasado? Hace tiempo que no me dirige la palabra, pero esto fue demasiado.

—Ha ido muy lejos y deberemos tomar medidas. No quiero que se repita un escándalo similar.

—Siento mucho que todo esto haya sido por mi culpa.

—¿Culpa? Tú no tienes culpa de nada. Esa mujer desvaría.

A Amelie no se le quitaba la zozobra. Los alumnos estaban algo inquietos por lo ocurrido, comentaban por lo bajo y ella pensaba que se había arruinado el día.

Alexandre, el profesor de alemán, que también era de la partida, se apresuró a tranquilizarlos a todos y dio indicaciones para que abordaran el autobús que los llevaría a la fábrica de Calvados.

Christophe la alentó para que lo olvidara y disfrutara de la salida. Ella le sonrió con desgano y subió al transporte. Allí, una alumna se le acercó y le habló bajito:

—No se preocupe profesora Amelie, nosotros la conocemos y a Celine también —y guiñándole el ojo agregó—: Hace muy linda pareja con el señor Abbot.

Cuando llegaron al campo, Mathieu los esperaba en el ingreso a la propiedad. Empezarían con un paseo guiado por las plantaciones acompañados por el ingeniero agrónomo que trabajaba con él.

Al ver bajar a Amelie la saludó con una seña que ella apenas correspondió. No pudo acercarse porque el grupo estaba ansioso por comenzar el recorrido, así que se presentó a los alumnos dándoles la bienvenida y contándoles un poco qué harían durante la jornada. Se lo vio distendido y sociable. Luego, dejó que el ingeniero iniciara la charla.

Hacía bastante frío pero los acompañaba un sol radiante. Caminaban por entre los manzanos deteniéndose de vez en cuando

para escuchar con atención los comentarios del guía.

Amelie iba atrás de todo, arriando a los rezagados. Mathieu fue escabulléndose entre los alumnos hasta dar con ella.

—Hola bella —le dijo lisonjero.

—Hola —fue su respuesta apenas audible.

—¿Qué tienes? Lo noté apenas llegaron. Tu carita nunca miente.

—No tiene sentido que te lo cuente ahora. Mejor hablamos después.

—¿Tuvieron algún problema en el camino?

—Para nada, fue muy tranquilo.

—¿Acaso alguna desavenencia con Christophe?

—¡No! Todo lo contrario. Estuvo muy atento a todo.

—Puedo seguir preguntando toda la mañana o mejor me lo cuentas ya.

—No quisiera hablar de ello.

—Amelie…

Lo miró compungida. Pero él no podía hacer demostraciones afectuosas delante del alumnado, así que le dijo:

—Te daría un beso tan grande y largo que después no te quedaría más que sonreír —y con esa aseveración logró arrancarle la sonrisa que quería—. Ajá. ¿Te lo has imaginado verdad? En cuanto podamos deshacernos de estos jovencitos haré realidad mi propuesta.

Ella le acarició el brazo con timidez y avanzó rápido para alcanzar al grupo.

Una vez finalizado el recorrido por el campo, fueron hacia el predio donde se hallaba la fábrica. Allí los esperaba una larga mesa con un refrigerio para todos.

Amelie conversaba con los profesores y Mathieu decidió no interrumpirla, pero verla hablando entre los dos hombres le generó una oleada de celos, que se transformó en una inquietud desagradable al contemplarla con detenimiento. Para el resto parecía tranquila, pero él conocía esa arruguita que se le formaba en el entrecejo y que solo significaba preocupación. Ya encontraría la manera de abordarla con discreción.

Lo hizo cuando todos estaban dentro de la fábrica observando al detalle cada parte del proceso, contada de manera didáctica por el jefe de planta.

Amelie, que ya conocía la mecánica de la fabricación, dejó al grupo para concurrir al *toilette*. Al salir, Mathieu la esperaba.

—Ahora no te me escaparás. Por favor cuéntame, que me partes el corazón —dijo exagerando un poco.

Ella suspiró, y le soltó:

—Es Celine. Tuve un altercado con ella.

—¿Y puedo saber por qué?

—¡Por ti!

Él la miró extrañado.

—Luego de largarme una serie de agravios innecesarios, me dijo que eras de ella y que yo te había robado.

—¿Cómo? —no lo podía creer.

—Me insultó con varios improperios desagradables. Y lo peor es que fue delante de los chicos y de los docentes. Y también estaba Christophe.

—¿Y él no dijo nada?

—Al final. La amenazó con quitarle la concesión del bar de la escuela, pero a ella no le importó y terminó insultándolo también.

—¡Qué mujer insoportable y malévola! Es una mala persona, no me cabe duda.

—¿Sabes qué dijo de nosotros? —a Mathieu se le veía la furia en los ojos—. Que éramos dos animales en celo. ¡Con mis alumnos oyendo! Quise que la tierra me tragara.

Mathieu estaba rojo de ira. Pobre Amelie, ¡haberle hecho pasar por ese momento desagradable! Pero él debía calmarse, no podía actuar por impulso o lo arruinaría todo. Esa maldita era capaz de denunciarlo y él debía tener una conducta intachable. Además, todavía tenía pendiente hablar con Amelie de su tema. Lo arruinaría todo.

Se acercó, le acarició la mejilla con ternura y le corrió un mechón de pelo echándoselo detrás de la oreja. Le dio un suave beso en el lado izquierdo y le dijo:

—Me parece que un poquito de razón tiene la bruja esa —y acercándose mucho más hasta hablarle en el oído agregó—. Si te veo y solo pienso en hacerte el amor.

A Amelie se le erizaron todos los pelos del cuerpo. Cerró los ojos para continuar escuchando la voz de su amado.

—Por ejemplo ahora, te raptaría y te llevaría a la casa para amarte hasta que caiga el sol.

Las manos de Mathieu apenas la rozaban, así y todo el corazón le latía tan fuerte que sentía que se le salía del pecho.

—Eres malvado, me provocas sabiendo que en instantes debo regresar con el grupo.

—No te provoco, es lo que de verdad quisiera hacer —continuó diciéndole en voz baja al oído.

Sus cuerpos eran dos brasas encendidas, el deseo se apoderaba de ellos y nada podían hacer para evitarlo.

En el momento en que sus bocas se rozaron con necesidad imperiosa, escucharon unos gritos provenientes del salón.

Salieron corriendo hacia donde se hallaban los alumnos y se encontraron con uno de ellos tirado en el suelo, siendo atendido por los dos profesores.

—¿Qué sucedió? —inquirió Mathieu al jefe de planta.

—¡No lo sé! Creo que ha metido la mano en alguna máquina.

—La culpa es mía —dijo Alexandre—. Amelie me avisó que iba hasta el toilette y debí quedarme atrás vigilando a los chicos.

El jovencito sangraba bastante de su mano izquierda. Amelie, que era muy impresionable, no quería acercarse a mirar aunque sabía que debía hacerlo y se arrimó para tranquilizar a su alumno evitando mirarle la herida.

Mathieu corrió en busca de su botiquín de primeros auxilios y trató enseguida de frenar la chorrera de sangre.

—Lo llevaré al hospital. Necesito que algún docente me acompañe.

—Yo voy contigo —dijo Alexandre resuelto.

—Mientras tanto le avisaré a Christophe que van hacia emergencias. Llegará antes que ustedes —acotó Amelie.

Si el día había comenzado mal, estaba continuando mucho peor.

28

Por suerte lo del chico no fue muy grave. Le dieron unos puntos de sutura y una inyección para prevenir alguna infección.

Los padres se comportaron de manera racional y no levantaron queja hacia el colegio. Como comentaría Christophe mientras aguardaban en la sala de espera de la guardia médica, el muchacho era bastante atolondrado y ya había tenido unos cuantos accidentes domésticos. Así que cuando sus padres acudieron al hospital, terminaron siendo ellos quienes pidieron disculpas por los problemas ocasionados y porque su hijo hubiera arruinado el fin de la excursión. Además, se mostraron muy agradecidos porque el director se hizo presente en el lugar.

Mathieu sabía que Amelie había quedado muy angustiada y fue a verla en cuanto todo concluyó.

—¿Cómo están los demás alumnos?

—Bien. Me contaron que su compañero suele meterse en problemas, y como es muy imprudente, siempre le pasa algo. Lo tomaron con naturalidad —contó Amelie ya más relajada.

—¿Y tú cómo estás?

—Ahora repuesta. Pero tuve que tomarme un té de manzanilla —y lo miró con carita de pena—. Por suerte la excursión ya llegaba a su fin y todos se fueron felices con el regalo para sus padres. Hiciste bien en dejarles cupones para que un adulto retirase las bebidas de obsequio.

—Es que no podría habérselas entregado a ellos siendo menores de edad.

—Es cierto, terminarías preso —respondió riendo.

La frase le cayó muy mal a Mathieu. Tenía que hablar con ella cuanto antes. Pero le daba tanto miedo su reacción y su posible rechazo que seguía dilatando el momento, a pesar de habérselo prometido a su hermano tiempo atrás.

Amelie, ajena a estos pensamientos, siguió hablando:

—Necesito relajarme. Hoy fue un día terrible. Primero lo de Celine y luego el accidente de mi alumno. Me duele todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza —y tras mirarlo suplicante, añadió—. ¿No me darías uno de tus masajes mágicos?

—¿Me estás insinuando que me quede?

Ella lo miró con picardía.

—Y de paso podrías cocinar alguna cosita rica…

—¿Pero acaso soy tu esclavo? —le preguntó divertido.

—Mmm… creo que me saldrá muy caro. Y solo puedo pagar en especias…

—Entonces trataré de que me compenses bien —y le sonrió.

Adoraba cuando Amelie iniciaba esos jueguitos.

Al final de cuentas, el día terminaría muchísimo mejor de lo que había comenzado.

* * *

El lunes siguiente, todos se encontraron con la novedad de que el bar de la escuela estaba cerrado.

Christophe había reunido a la Junta Escolar de urgencia el fin de semana y por unanimidad habían resuelto rescindir el contrato de concesión que ostentaba Celine Favre para con el bar. La afrenta que había tenido con una docente de la institución era demasiado grave como para dejarla pasar y a ello se sumaba la falta de respeto generada hacia el director. La única sanción viable era quitarle el usufructo del bar para impedirle el acceso al colegio. Sabían que ella podría demandarlos por incumplimiento de contrato, pero la ley estaba del lado de la institución y salvaguardar la integridad del cuerpo docente y del alumnado era su prioridad.

Amelie regresó de la reunión con Christophe donde había sido actualizada de los pormenores cuando se encontró con un papel mal doblado sobre su escritorio: «Ahora me las pagarás bien caras Amelie Montenegro. Ya verás maldita infeliz de lo que soy capaz».

Nunca pudo saber cómo se las ingenió para hacer llegar esa nota hasta el aula, pero Celine estaba enferma de celos. Y una persona celosa es capaz de hacer muchas cosas. Ese pensamiento fue su manera de disculparla por semejante atropello, tiró la nota y dejó el asunto olvidado sin siquiera contárselo a Mathieu.

* * *

Un nuevo concesionario se hacía cargo del bar. Las alumnas del último año suspiraban por el joven encargado, un apuesto rubio de cabello a los hombros y mirada lánguida. Amelie había oído de sus propias alumnas que se trataba de Alain, el guitarrista de una banda de rock incipiente, que apenas comenzaba a abrirse paso en el difícil mundo de la música. Colaboraba con su hermana mayor, Annette, en el emprendimiento familiar que le daba el dinero suficiente para poder dedicarle las horas que necesitaba a su pasión, la guitarra eléctrica.

Con Annette fue con quien Amelie entabló conversación en primer término.

—Bienvenida, me llamo Amelie —ya hacía tiempo que se presentaba con el nombre que le habían impuesto— y soy la profesora de español.

—Hola, soy Annette. Por fin pudimos abrir hoy. Hemos tenido algunos inconvenientes con los proveedores.

Amelie sospechaba que Celine algo habría tenido que ver con aquellos problemas.

—Pero aquí están, por fin —le sonrió amable.

—Sí, gracias a Dios. Tuve un horrible altercado con la mujer que manejaba este lugar y de quien prefiero ni recordar el nombre. ¡Si supieras las cosas que me dijo!

Amelie no quería saber al respecto, pero Annette no le dio tregua.

—Me ha hablado pestes de una docente de la escuela, nombrándola como…—continuando casi en un susurro— la zorra extranjera que vino a sacarme el pretendiente —y dicho esto volvió a su volumen normal de voz—. A mí no me gustan los chismes, pero me pareció de muy mal gusto. Hablarme así sin conocerme, en medio de la calle, bastante descarada.

Como la profesora no atinó a decir nada, cambió de tema.

—Discúlpame, fue un comentario poco prudente de mi parte, es que me quedé algo sorprendida, no quiero inmiscuirte en estas tonterías. Lo que quería decirte en verdad es que para festejar la apertura, decidimos ofrecer una bebida y un pastelito gratis a todos los docentes que se acerquen.

—¡Uy! Entonces en poco rato los tendrás a todos merodeando por aquí —simpatizó Amelie contenta con haber finalizado el tema de conversación.

—¿Qué te sirvo?

—Ya que ofreces, que sea un café con apenas un poco de leche.

—¿Azúcar?

—Tres por favor.

—Elige uno de estos. Tenemos de chocolate, de limón y nuestra especialidad, de banana.

—Vamos con el especial de la casa entonces.

—Excelente decisión Amelie —festejó Annette—. Lástima que no esté mi hermano para que te lo presente, ha tenido que salir por unos insumos.

—Las niñas en el aula ya me han hablado de él —le dijo divertida.

—Ya lo creo, por donde camina va sembrando suspiros el muy galán.

Y al galán, Amelie lo conoció dos días después, saliendo de la escuela.

—¡Hola! La saludó un rubio pelilargo con una sonrisa encantadora.

—¡Hola! Tú debes ser el hermano menor —le dijo ella con tono alegre.

—¡Ese soy yo! Creo que a mi banda le debería haber puesto ese nombre. El hermano menor.

—En ese caso Annette debería ser tu representante.

—¡Mira que ya le estás consiguiendo un puesto! Y tú deberías ser mi manager.

—¿Por?

—Porque no paras de darme ideas —concluyó pensativo.

—¡Jajaja! Bienvenido al colegio.

—Gracias…

—Amelie.

—Gracias Amelie. Cuando quieras tomar el capuchino más delicioso del pueblo, pregunta por Alain.

—Así lo haré —y diciendo esto siguió su camino.

Mathieu, que la esperaba en su vehículo, había observado todo el lisonjeo y le hervía la sangre.

Para colmo de males venía de cruzarse con Celine en la gasolinera. Todavía le resonaban en la cabeza sus palabras soeces, llenas de odio y resentimiento. «No entiendo qué le ves a esa intrusa proveniente de un país caído del mapa». «Insulsa, con esos ojos de miel de abeja que no pueden enamorar a nadie». «¿Y su cuerpo? Es el de una niña de doce años. Ni sostén debe necesitar». ¿Cómo alguien podía hablar con tanto odio? Si hubiera sido un hombre lo hubiera molido a golpes, pero logró controlar su temperamento. «Yo podría volverte loco en la cama, si tan solo me dejaras demostrártelo». Mathieu no quería alzar la voz, pero Celine estaba sacando lo peor de él. «Esa profesora de tonta no tiene ni un pelo, te quiere por el dinero que vas a obtener, solo yo podría quererte sabiendo quién eres realmente». ¡Basta! No podía seguir escuchando, pero el surtidor aún no se detenía. «¿Acaso te enredó con eso de que es escritora? Claro, qué mejor para un amante de los libros. Pobre Mathieu, caíste en las garras de esa perra endemoniada». ¡Listo! El surtidor frenó, colocó la manguera en su sitio, la miró con odio profundo y se dirigió a realizar el pago. Por suerte al regresar al vehículo Celine se había esfumado.

—¡Hola amor! —le dijo Amelie al subir y le dio un beso sonoro que él no respondió.

—¿Qué fue todo eso?

—¿Qué cosa?

—¡No te hagas la tonta Amelie! —fue la grosera contestación que tuvo.

—¿Qué te ocurre? —le dijo con los ojos a punto de desbordar de lágrimas por el agravio gratuito que acababa de recibir.

Entonces Mathieu se dio cuenta de su comportamiento desconsiderado y trató de apaciguarse.

—Lo siento —e intentó tomarle la mano pero ella se la quitó—. No quise hablarte de ese modo. Es que te vi con ese chico y enloquecí.

Ella lo miraba con las mejillas empapadas de las lágrimas que habían saltado sin permiso.

Mathieu intentó secarle el rostro con el pulgar, pero de nuevo lo corrió. Estaba muy dolida.

—Sabes, mejor me voy a casa —y abrió la puerta del auto.

—Pero iríamos a merendar…

—Ya no tengo ganas —y se bajó.

Él también bajó y la atrapó contra la parte trasera del utilitario antes de que se alejara.

—Suéltame Mathieu, por favor.

—No voy a soltarte. Mírame.

—Estamos haciendo un escándalo frente al colegio. Aún quedan muchos docentes por salir.

—No me interesa. No quiero que te vayas.

—No puedo irme, ¿no ves que estás impidiéndomelo?

Mathieu aflojó la presión.

—¿Quieres irte entonces? ¿Eso es lo que quieres?

Amelie lo miró con el dolor dibujado en la mirada, le dio un leve empujón y él la soltó. Las cosas entre ellos venían tan bien… y como siempre lo estaba arruinando. Lo esquivó y comenzó a caminar.

Con tres largas zancadas él la alcanzó y la rodeó con sus brazos.

—Perdóname, por favor —y escondiendo el rostro en su cuello, continuó—: Lo siento, no quise decir eso, no sé por qué lo hice —y mientras la giraba, con un susurro lastimero agregó—: Por favor no te vayas…

Amelie había resuelto alejarse sin importar lo que Mathieu dijera o implorara. Pero eso era lo que la razón le dictaba, no su corazón, que era blando, maleable, indulgente.

Se abrazó a su cintura, odiándose con la cabeza pero regocijándose por el contacto con ese hombre en exceso celoso, que la hacía sufrir con su proceder posesivo e intransigente, pero al mismo tiempo la sublimaba al hacerla sentir deseada por otros, aunque solo fuera en su imaginación.

Luego de un rato de estar así, quietos y abrazados en silencio, él le tomó el rostro entre sus manos y le preguntó:

—Entonces, ¿aceptas mi invitación a merendar?

Ella cerró los ojos, pero el enojo permanecía y con justa razón. Él besó cada párpado todavía húmedo, con una delicadeza suprema.

—Espero que eso sea un sí.

Amelie no respondió, pero tampoco se resistió.

La acompañó hasta la puerta del coche, abrió y la hizo subir. Como si fuera una niña, le colocó el cinturón de seguridad y cerró el compartimiento. Amelie lo dejó hacer sin decir una palabra.

Él subió y se encaminaron hacia Caen, pero en lugar de dirigirse al sitio que tenían planificado, tomó la autopista.

—Cuando fuimos a Trouville aquel fin de semana, no salimos del hotel. Esta vez merendaremos allí, en un lindo lugar mirando el mar. Llegaremos al atardecer. Será hermoso —y sonrió imaginando lo que vendría.

Y sí que lo fue. Las aguas se mecían espumosas mientras recibían los últimos rayos del sol. Las gaviotas revoloteaban entre los botes graznando sin cesar. Era un espectáculo maravilloso.

Pidieron chocolate caliente con *macarons* de frambuesa. Una exquisitez que les endulzó los corazones acongojados.

—¿Mejor? —preguntó Mathieu con ternura, tomándola de la barbilla.

Ella asintió con la cabeza y él la besó rozándola apenas con los labios. Amelie respondió enseguida, abriendo la boca para recibirlo con pasión. Sus besos la colmaban tanto que perdía toda intención de resistencia. Es que ese movimiento sutil de sus lenguas la transportaba a otra dimensión donde solo existía el Mathieu calmado, sosegado, apasionado por amor y no por celos. El Mathieu que ella quería que fuera siempre.

29

Ese fin de semana fue muy especial. Mathieu la llevó a conocer su taller de restauración de libros que quedaba en la parte trasera de su casa.

La protagonista del ambiente era una amplia mesa de madera arrimada a la ventana con vista a los manzanares. En la cabecera se erguía un banco de trabajo revestido en cuero desgastado, esperando volver a ser utilizado. Los enseres propios de la actividad estaban guardados en un anaquel vidriado, catalogados en los estantes según sus usos. Repisas desbordantes de libros muy muy viejos cubrían todas las paredes.

—Esto es maravilloso.

—¡Sabía que te gustaría!

—¿Qué hay aquí? —Amelie intentó levantar la tela que ocultaba algo en un atril junto a la mesa.

—¡Nada! ¡No! —Mathieu quitó con rapidez la mano intrusa que intentaba develar el secreto.

—¿Qué es? ¿Un nuevo proyecto? ¡Dime!

—Es… algo en lo que estoy trabajando, pero aún no está terminado y te deprimiría verlo en el estado actual —fue su enigmática respuesta.

Amelie hizo una mueca de súplica intentando sonsacar qué había en el atril bajo el lienzo, la que no fue atendida en absoluto.

—Si quieres puedes curiosear entre los libros, sino nos vamos — concluyó terminante.

—Sí que eres receloso de tu trabajo, ¿eh?

A ella no le quedó más remedio que hacerle caso. Y como quería ver qué tesoros ocultos se escondían allí, nada dijo y se dirigió hacia las repisas.

Encontró ejemplares de La Divina Comedia, Hamlet, La Ilíada y La Odisea, Edipo Rey…

—Ese estante es de clásicos antiguos. Fíjate aquí, creo que te encantará.

—Cumbres borrascosas, Ana Karenina, El fantasma de la Ópera, Jane Eyre, Orgullo y Prejuicio… ¡Son todas historias de amor!

—Es la repisa del corazón, como le digo yo. Mira éste — tomó un libro con una hermosa pero descuidada portada, y se lo entregó con cuidado.

—Cien años de soledad. ¡Tienes un libro en castellano! ¡Amo a García Márquez! —suspiró Amelie.

—Este es mi favorito —y le alcanzó el ejemplar que estaba al final de la hilera de libros.

—La dama de las camelias...

—Es mi favorito porque la historia en verdad le pasó al autor y sucede en París. ¿Lo has leído?

—No… ¡Hay tantos libros en mi lista de pendientes! Creo que no me alcanzaría la vida para leerlos a todos.

—¡Pues este deberías ponerlo entre los primeros! Te gustará porque es una gran crítica a los prejuicios sociales. Ideal para ti.

Amelie sonrió complacida.

—¿Y los restaurarás a todos?

—Es mi gran ambición. Aunque no creo que me alcance la vida así como la tuya para leerlos —rio—. Pero haré el intento. Se han salvado por milagro del incendio, así que creo que es una señal.

—¡Oh! ¡Es tan hermoso! Creo que es el mejor hobby que conozco. Algún día quisiera verte trabajar.

—Y lo harás. Pero ahora tengo otra cosa en mente —y tomándola entre sus brazos, comenzó a besarla con pasión.

* * *

La primavera transcurrió con carga laboral extra para Mathieu en la fábrica. Era la primera vez que destinarían la totalidad de la producción para la fabricación del Calvados y la planta estable de trabajadores casi se duplicó.

Amelie también estaba con mucho trabajo en la escuela, preparando a sus alumnos para los exámenes finales. Quería que a todos les fuera bien así que se había ofrecido a quedarse después de hora para dar apoyo a aquellos que estuvieran más flojos.

Entre ambos hubo algunas desavenencias, siempre ocasionadas por los celos de Mathieu para con sus compañeros docentes, y sobre todo con Alain, el roquero encargado del bar del colegio. Si él la veía conversando con el rubio, incluso si solo lo saludaba, armaba una escena de la cual, por supuesto, luego se arrepentía.

A Amelie esa situación la estaba cansando pues ella no hacía nada de malo. Así y todo empezó a esquivar a Alain solo para no tener un altercado con Mathieu. Y eso la molestaba sobremanera. Ella debía ser libre de tratar con quien quisiera sin temer por una reacción de celos de él. Había resuelto hablarlo esa misma tarde. Le diría que la buscase en la escuela e irían a tomar un café en un lugar neutral, para no claudicar como siempre terminaba haciendo. Así que le envió un mensaje. Pero él no lo contestó.

Cuando tocó el timbre de fin de hora y llegó el momento de retirarse de la escuela, lo llamó y tampoco obtuvo respuesta. Así que viendo que Mathieu no daba señales de vida, pensó en pasar por el mercado por unos víveres y de paso comprar cerezas, que a él le encantaban. Así si pasaba luego por su casa, suavizaría la situación de la áspera charla con la fruta dulce, mientras trataba de explicarle cuánto la lastimaban sus reacciones celosas.

Al salir del mercado decidió tomar el camino más largo, que le gustaba porque tenía una calle muy arbolada y casas con canteros llenos de flores.

Dobló la esquina y le pareció ver el utilitario azul de Mathieu a mitad de la calle. No, debía ser de otra persona. «No es el único vehículo de esa marca y color en las inmediaciones. Si fuera de él me hubiera ido a buscar a la escuela y no estaría ahí estacionado».

Siguió avanzando hasta que unos metros más adelante, en la acera de enfrente, lo vio de espaldas. Y no estaba solo. Una chica de ondulado y largo cabello castaño, vestida a la moda, reía y gesticulaba con él. Se la veía feliz y compenetrada con la conversación. A él no le veía el rostro, pero de seguro reía también.

Una especie de sofoco la invadió y se le alojó en la boca del estómago. Por alguna extraña razón, no podía moverse de allí y apenas daba pequeños pasos, porque tenía que seguir viéndolos. Ellos, ajenos a su presencia al otro lado de la calle, continuaban su diálogo en la puerta de una tienda de mascotas. Cada tanto ella lo tomaba del brazo y a Mathieu parecía no molestarle en absoluto.

No pudiendo retrasar más su marcha y cargada de rabia, se fue a paso raudo hacia su hogar.

Una hora después, Mathieu aparecía en su casa. En cuanto la vio, supo que algo había ocurrido. Era transparente como el agua y sus ojos todo se lo decían. Apenas la saludó, la indagó.

—¿Qué tienes?

—Nunca contestaste mi mensaje y mi llamada.

—En cuanto los vi vine para acá.

—Estarías muy ocupado —y al decirlo tuvo que darse vuelta para que no viera sus ojos cargados de lágrimas.

Tenía ese defecto: cualquier cosa que la afectara, su sensibilidad la hacía llorar. Sin haber recibido una respuesta caminó hacia la cocina para serenarse. Como una autómata puso a calentar agua para el té.

—¡Ey! —Mathieu se acercó por detrás sin lograr que lo mirara—. Estás rara.

—No estoy rara —se animó a contestar temiendo que le temblara la voz. Carraspeó y continuó—: Es que tenía planes contigo y se frustraron.

—Podemos cumplirlos ahora. ¿De qué se trataba?

—Déjalo, ya no tiene sentido. Además estoy agotada y creo que prefiero descansar.

—¿Y tomarás ese té tú sola?

—De preferencia sí.

—Bueno, me voy entonces —pero Mathieu no hizo ningún además de irse.

Amelie sacó el agua del fuego y fue a abrir la puerta. Él no tuvo otra opción que seguirla.

—Bueno… entonces me voy —repitió con lentitud exagerada.

—Hablamos mañana —respondió ella con sequedad.

Mathieu la besó en la comisura del labio y se fue sin decir nada.

En cuanto cerró la puerta, Amelie largó el llanto que tenía atragantado. ¿Así se sentiría él cuando la veía hablando con otro? Nunca le había pasado algo semejante, esa sensación de furia irrefrenable. De pronto se daba cuenta de lo horrible que eran los celos.

Una persona normal hubiera cruzado la calle presentándose ante la extraña y adiós conflicto. Pero… ¿por qué él no le dijo qué era lo que lo había distraído? Solo había callado. ¿Qué tenía que ocultar? Esa era la peor parte del asunto. Que no le hubiera contado acerca de esa chica. Tal vez de haberla mencionado todo se hubiera aclarado. ¡Encima esa sensación horrenda en la boca del estómago que no se le pasaba!

Esa noche se comería todas las cerezas y el helado que había en el refrigerador, también.

«Mathieu, ¿qué es lo que me ocultás?».

30

Ese sábado se despertó triste y con un tremendo dolor de panza por tanto helado y tantas cerezas que había comido.

Se levantó a desgano. Afuera llovía a cántaros pero tenía cosas que hacer en la casa. Se puso un *sweater* arriba del pijama porque a pesar de que un par de días iniciaba el verano, hacía frío.

Estaba preparándose un té digestivo cuando sonó el timbre. ¿Quién sería tan temprano? Había llamado al electricista para que solucionara unos inconvenientes con las luces exteriores, pero le había dicho que el sábado lo tenía ocupado. De todos modos, con esa lluvia torrencial nada podría haber hecho.

La tormenta había oscurecido el cielo y sin las luces de afuera no pudo ver quién era a través de la mirilla de la puerta. Así que abrió.

Su sorpresa fue grande cuando vio a Mathieu empapado, con un bulto entre sus brazos.

—¡Vamos mujer que estoy hecho sopa!

Ella salió de su asombro y lo hizo pasar.

—Estoy mojando todo. Deberías traer un trapeador para que no arruine el piso.

Amelie hizo lo que le pidió y regresó enseguida. Secó como pudo alrededor de él, que no soltaba lo que fuera que tuviera entre sus brazos.

Todavía no se habían saludado. Las cosas habían terminado de una manera muy incómoda la tarde anterior y ninguno de los dos sabía cómo proceder.

—¿Qué haces aquí con este día?

—Es que… —quería buscar las palabras adecuadas, y al no hallarlas, solo le dijo—: Te traje esto —y le entregó el bulto.

Amelie lo recibió y sintió algo calentito que se movió entre sus manos. Descorrió la manta y una pequeña bola de pelo saltó como un resorte hacia su cara y comenzó a lamerla.

—Creo que has logrado despertarlo —dijo él riendo.

Era un perrito muy chiquitito, de color canela y ojos enormes. Movía la cola sin parar pero no emitía sonido alguno.

—Ten cuidado porque de la emoción puede hacerse encima. Es muy pequeñín y aún hay que enseñarle.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella enternecida con el pichicho, mientras lo sostenía entre sus manos y lo observaba desde distintos

ángulos.

—No lo sé, es tuyo. Deberás ponerle un nombre.

—¿Mío? —y los ojos se le iluminaron como a una criatura.

Mathieu amaba esa expresión infantil que tenía cuando se ilusionaba con algo.

—Pero no podré tenerlo aquí, solo todo el día —se desilusionó de repente—. Además no estoy segura de que el dueño permita animales.

—No te preocupes por eso. Lo tendremos en el campo. Allí podrá disfrutar del aire libre y siempre habrá gente para que lo vigile.

A Amelie le brillaron los ojos otra vez.

—Se parece a un peluche que tenía cuando era chica. Se llamaba Luigi, por Mario Bros.

—¡Qué recuerdos! Me encantaba ese juego.

—Creo que lo llamaré así.

—Luigi, ¡ya te han bautizado! —y le acarició la cabeza al cachorro.

—Oh, ¿y qué comerá ahora?

—No te preocupes, tengo todo lo necesario en el auto, iré a buscarlo.

—Llévate mi paraguas, está allí al costado de la puerta.

Cuando Mathieu regresó, la encontró recostada en el piso de la sala jugando con el perrito. Adoró esa imagen.

—¡Dejaré esto en la cocina!

—Prepárate un té si quieres, yo iba a tomarme uno.

Al rato ingresó a la sala con dos tazas humeantes.

—¿Te duele la panza? Es el té de hierbas que te di la otra vez.

—Sí, es que anoche comí mucho helado… y cerezas.

—¿Todo junto?

—Algo así.

Mathieu meneó la cabeza y alzó a Luigi para que ella pudiera tomar la taza.

—Voy a ser sincera. Ayer estaba muy enojada contigo. Y creo que aún lo estoy. Aunque este bicho me ha bajado bastante el enojo—dijo señalando al perrito.

—Porque no te atendí el teléfono.

—Ni contestaste los mensajes.

—No oí el teléfono, es la verdad. Estaba…

—Con una chica, te vi. A unas calles del mercado.

Mathieu arqueó las cejas.

—¿Me viste? ¿Y no viniste a saludarme?

—Ya te dije, estaba enojada. Bueno, en realidad no lo estaba. El enojo apareció cuando te vi con la chica y se transformó en algo enorme que no pude controlar.

Amelie bajó la cabeza y metió su nariz en el té.

—Esa chica que tú dices es la veterinaria.

—Se te notaba muy confianzudo con la veterinaria.

—Es la hermana de un compañero mío de la escuela secundaria de Caen. La conozco desde muy pequeña. Trabajaba en un centro veterinario en la ciudad cuando descubrió que aquí no había una veterinaria como Dios manda y las personas se trasladaban a Caen para recibir atención especializada para sus mascotas, o incluso para comprar productos específicos. Así que decidió abrir aquí, por su cuenta, un centro integral veterinario. Lo atiende junto a su esposo.

—Oh…

Amelie dejó su taza y tomó en brazos al cachorro para que a Mathieu no se le enfriara el té.

Bebió mientras la miraba divertido.

—Ven —dijo atrayéndola hacia su cuerpo.

Luigi se quejó por el apretujón y ambos rieron.

—Ayer pensaba invitarte a un café y darte todo un sermón por tus celos, cuando el destino obró en mi contra y los celos los experimenté yo.

—¿Viste qué feo se siente? A mí no me gusta ser así, pero aunque trato, no puedo controlarlo.

—Nunca antes había sentido eso. No sé qué me pasó. ¡Tenía una furia inexplicable!

Mathieu rio asintiendo.

—Y lo peor fue que se me instaló algo aquí —y se señaló el medio de su pecho— que no se quería ir. Hoy me levanté pensando en limpiar toda la casa para tratar de hacerlo desaparecer, pero me dolía mucho la panza.

—¿Por el helado y las cerezas verdad? ¿Qué fue eso?

—Angustia oral.

—Eso no me ocurre. Yo prefiero desquitarme con el hacha detrás de la casa. La última vez he dejado leña para toda una temporada.

A Amelie le causó gracia aquella confesión.

—La angustia oral es algo muy de nosotras. Pero después es bastante molesto —y se tocó la panza frunciendo el ceño.

—¿Y no habrá quedado alguna cereza por ahí para mí?

—Ni una sola.

—Qué mal…

—¡Muy mal! Además estaban deliciosas.

—Cruel y despiadada.

—Las había comprado para ti y esa fue mi venganza. —se excusó—. Pero ahora la venganza me la está dando el estómago.

Luigi comenzó a llorar con un quejido apenas perceptible y lo llevaron a la cocina para darle de comer. El pequeño se abalanzó sobre su ración como un desaforado.

—Apetito no le falta —comentó Mathieu.

—Así parece. ¿Sabes algo? Mi madre nunca me dejó tener mascotas en casa. Solo tuve un pececito que vivió apenas unos meses.

—¿Por qué? Yo tuve varias. Perros, gatos… En casa siempre había animales.

—Ella decía que ensuciaban la casa, que nadie se ocuparía de ellos y que cuando viajáramos no tendríamos con quién dejarlos.

—Bueno, ahora tienes tu primera mascota. También podemos traer un gatito si quieres.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Allí en el centro veterinario traen animalitos para adoptar todo el tiempo.

—¡Qué lindo! Si se crían juntos desde bebés se adaptarán el uno al otro y se harán amigos.

—No se hable más. Habrá gatito también —estaba feliz de consentirla—. Pediré que me avisen cuando ingrese alguno.

A Amelie se le había quitado por completo el enojo y la molestia en la boca del estómago también.

Lo que le duró hasta el día siguiente fue el dolor de panza. Nunca más descargaría su enfado abarrotándose de helado… y cerezas.

31

El viernes siguiente, Amelie recibió un mensaje de Mathieu muy temprano, antes de salir para el colegio.

(Mathieu) «¿Tienes algo que hacer a la salida de clases?»

(Amelie) «No, pero salgo tarde. Recuerda que estoy brindando apoyo extra escolar para los alumnos»

(Mathieu) «¿A qué hora terminas?»

(Amelie) «A las 17»

(Mathieu) «Te paso a buscar por allí a esa hora»

(Amelie) «Perfecto»

(Mathieu) «Jtm»

(Amelie) «♥»

Cuando Mathieu llegó al colegio, Amelie ya lo esperaba en la acera.

—¿Podemos ir a ver a Luigi? —dijo ella a modo de saludo.

—Hola mi amor, ¿cómo estuvo tu día?

—¡Sí! Todo eso, y lo de Luigi también —y le estampó un besazo para borrarle la cara seria por no haberlo saludado como correspondía.

—Bueno, ahora vamos mejor. Te llevaré con Luigi porque allí tengo mi sorpresa para ti.

—¿El gatito? —dijo esperanzada.

—No, todavía no hay gatito, pero creo que esto te gustará también.

Amelie aplaudió emocionada. Le gustaban las sorpresas y con Mathieu se estaba mal acostumbrando a ellas.

Cuando llegaron a la casa de la finca, Amelie corrió emocionada a reencontrarse con el cachorro.

El gordito dormía sobre un enorme almohadón azul a lunares blancos que ella le había comprado. Cuando lo alzó, vio debajo del almohadón, asomándose apenas, un paquete envuelto en papel madera.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó Mathieu por detrás.

—Sí, lo escribí un par de veces —contestó distraída mientras se daba vuelta en dirección a él—. Es 25 de junio.

La miró arqueando las cejas y ella cayó como desde un décimo piso.

—¡Oh! ¡Uy! ¡Ay! Perdón… —y corrió a besarlo—. ¡Feliz medio aniversario! ¡Cuánto lo siento! Soy algo despistada para las fechas. Por favor no te enojes —y volvió a besarlo.

¿Cómo podría enojarse? ¡Si era lo más lindo que le había pasado jamás!

—Ahora abre el regalo —y le señaló el almohadón de Luigi donde sobresalía el bulto.

Amelie desenvolvió el paquete con sumo cuidado. Lo que descubrió cuando corrió el papel la dejó sin habla. Se tapó la boca con la mano mientras con la otra sostenía el libro: una edición en tapa de cuero, muy muy antigua, de Romeo y Julieta ¡en castellano!

No lo podía creer. Los ojos se le llenaron de lágrimas y seguía sin poder pronunciar palabra alguna, hasta que por fin dijo:

—La restauración que no me dejaste ver, ¿cierto?

—Sí —contestó complacido y feliz de verla tan emocionada.

—Es el mejor regalo que me han hecho en la vida —y lo abrazó tan fuerte como pudieron sus brazos.

Se le colgó del cuello y entrelazó las piernas en su cintura mientras él la sostuvo de las caderas.

—Te amo —agregó mirándolo a los ojos.

El beso que siguió fue apasionado, ardoroso. Debajo, en el suelo, Luigi no paraba de ladrar, aunque el sonido del pequeño era agudo y apenas audible.

—Igual que hace seis meses, pero en mi casa —le dijo Mathieu con ternura y la felicidad escapando por sus ojos.

Recordar la primera vez que estuvieron juntos los cubrió de un manto pasional. El pobre Luigi quedó olvidado en la planta baja; ellos subieron corriendo las escaleras para amarse y regocijarse el uno con el otro.

Después de un largo rato, cuando la calma reinó en cuerpos y almas, Amelie se acordó del cachorrito.

—¡Lo dejé abandonado abajo!

—Eres una dueña muy desconsiderada —le contestó meneando la cabeza.

—Pobrecito, es tu culpa.

—¿La mía? ¿Quién se colgó de mi cuello para besarme una y otra vez?

—Era para que me perdonaras por el olvido. No puedo creer que ya pasó medio año.

—Entonces estabas sobornándome —y le pellizcó la nariz.

—¡Ay! Me dolió. También estaba agradeciéndote por el regalo —refunfuñó.

—Lo tiene más que merecido señorita. Ahora ve a buscar a tu gordito, que debe estar lloriqueando en algún rincón.

—¿Puedo traerlo aquí arriba? —dijo entusiasmada.

—¿Qué otra opción tengo? Además en un par de semanas ya aprenderá a subir las escaleras solo.

—Podemos bajar…

—Mejor tráelo, quiero retozar un rato antes de la cena —y se cubrió hasta la cintura con las sábanas—. No te olvides de subir su almohadón así también él duerme un rato.

Amelie se colocó la camisa de Mathieu y bajó a buscar al perrito. En cuanto la vio empezó a menear la cola. Su ladrido era un ruidito afónico muy gracioso.

—¡Vení acá! ¡Ni siquiera sabés ladrar! Sos adorable Luigi —le habló en castellano y lo abrazó rebosante de ternura.

Luego de asegurarse de que no tenía hambre ni sed, lo subió a la alcoba.

Mathieu dormitaba. Era hermoso verlo reposar. Observó sus facciones distendidas, su semblante reposado y su respiración pausada que hacía subir y bajar su pecho lampiño esculpido por los dioses. Las espesas pestañas se curvaban hacia arriba sobre sus párpados y el pelo revuelto le recordaba lo que habían vivido minutos atrás.

En ese instante de abstracción, Amelie imaginó una vida junto a Mathieu y se permitió soñar con una casa llena de mascotas, y por qué no, de niños también. Era la primera vez que se vislumbraba como madre. Ni siquiera con Maximiliano se había puesto en ese rol, pues siempre lo había visto como algo muy lejano. Pensar en tener hijos la asustó, e intentó alejar ese pensamiento. Pero al darse cuenta de que era una idea agradable, su corazón se llenó de alegría. Estaba segura de que Mathieu sería un buen padre. Lo veía correteando entre los manzanares con los niños. Y si tenían una niña sería en extremo celoso. ¡Pobre criatura! Y rio en voz alta mientras depositaba a Luigi en el almohadón.

—¿De qué te ríes? —preguntó una voz soñolienta detrás de ella.

—De que este Luigi es un loco —mintió.

—¡Será como la dueña!

—¡Ey! Espera un momento… —y se subió a la cama para mordisquearlo en la oreja.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Duele! —y levantando un poco la cabeza dijo —: Míralo, se volvió a dormir.

—Entonces será como su otro dueño, un poco perezoso.

—No me molesta eso. Ven, acuéstate aquí y seamos un trío de perezosos.

Amelie se recostó a su lado. Definitivamente, eso que había allí era muy parecido a una familia.

32

El ciclo lectivo llegaba a su fin. Christophe le había encargado a Mathieu algunas sidras para el brindis con los docentes. Decidieron que se encontrarían en el centro del pueblo porque el director tenía que comprar algunas cosillas para comer en la reunión informal que estaba organizando. Una vez juntos, le pidió a Mathieu que lo acompañara al supermercado para que después lo ayudase a descargar todo en la escuela, encomienda que aceptó gustoso. Estaba contento de poder ayudar a su amigo en algo relacionado al colegio.

Mientras ambos estaban en la góndola de dulces, escucharon con claridad la voz chillona de Celine que hablaba con alguien del otro lado de las estanterías:

—Se hará este verano, ya no hay marcha atrás. O es mío o no es de nadie. A ti te quedará el terreno libre —y en un tono más bajo pero audible, agregó:— y una buena suma en el bolsillo.

No sabían a quién iban dirigidas aquellas palabras ni lo que encerraba su significado, pero apuraron el paso para dirigirse al otro lado del salón de ventas y así evitar cruzarse con ella. No deseaban verla, ni siquiera de lejos.

* * *

Los alumnos de los cursos de Amelie habían aprobado en su totalidad gracias al esfuerzo y dedicación que habían puesto tanto ella como los chicos. Sabía que, salvo excepciones, el aprendizaje del idioma castellano no era fácil para los franceses, sobre todo en la pronunciación. Pero los chicos lograron llegar a un nivel que para ella era más que aceptable.

Algunos alumnos le dieron pequeños obsequios con tarjetas escritas en español, algo que adoró y atesoraría por siempre.

Isabelle estaba más que complacida con el equipo de docentes que había logrado formar en el departamento de idiomas. A pesar de que la profesora de inglés tuvo que tomar su licencia por maternidad, le gustó reemplazarla esos meses en las aulas, algo que había dejado unos años atrás. Se sentía feliz. Con Amelie el grupo había tomado dinamismo y las materias idiomáticas ahora eran muy populares en la escuela.

Estaban reunidos en la sala de profesores: Denisse (que a pesar de

estar de licencia había asistido a firmar unas planillas), Alexandre, Amelie e Isabelle. Conversaban animados acerca de los objetivos que tenía la directora del departamento para el siguiente ciclo, cuando apareció el director para acoplarse al agradable conjunto.

Luego de un rato de amena charla, Christophe se apartó a un costado para hablar con Amelie.

—¿Y? ¿Te vas de viaje con mi amigo el huraño?

—Sí, me voy —dijo ella sonriendo.

—Amelie, no tienes idea lo que ha cambiado Mathieu en estos meses.

—Espero que para mejor —e hizo una graciosa mueca sacando la lengua.

—¡Por supuesto que para mejor! Antes había que hacer un esfuerzo para intercambiar algunas palabras con él. Era hosco y malhumorado. En cambio ahora… hasta la mirada le sonríe.

Ella bajó la vista y las mejillas se le sonrojaron. También lo recordaba de esa forma. La primera vez que lo vio, a pesar de quedar impactada por su belleza física, sintió que era un hombre triste y solitario, incluso descuidado en su aspecto personal. Pero de a poco fue mutando, ¡hasta estrenaba ropa para verla! Se preocupaba por ser amable y a pesar de esos extraños comportamientos cuya razón por fin develó, intuía que había una buena persona en él.

También advertía que había obrado un gran cambio. Era cariñoso con ella, aunque celoso e incluso posesivo, sabía que todo eso estaba relacionado con la misma causa. Y esperaba que fuera menguando con el tiempo.

Su amor la había sacado del abismo y eso era algo que jamás olvidaría. Ella también se sentía otra persona; el estar con él le llenaba el alma. Su juramento de no volver a amar solo podría haberse roto con alguien como Mathieu y el destino lo había puesto en su camino. Los había puesto. A ambos. Porque se conocieron para cambiarse el uno al otro. Para mejorarse. Para hacer que cada uno superara esa barrera que les impedía ser felices.

Y lo lograron juntos al descubrir que las oportunidades hay que tomarlas sin miedo, jugándose, apostando por el futuro. Porque en definitiva, el amor todo lo puede. Eso sí, hay que ayudarlo un poco.

* * *

Amelie no preguntó ningún detalle acerca del viaje. Había dejado que Mathieu organizara todo.

«Al fin de cuentas, yo viajo como empleada suya». Y rio de ese pensamiento. ¿Qué dirían los socios españoles al verlos juntos? ¿Acaso les parecería una falta de profesionalismo? ¿Sería mejor ocultarles que

eran pareja? No, sería imposible. Cuando estaban juntos había electricidad en el aire y sus miradas lo decían todo. Así que los ibéricos deberían aceptarlo. Después de todo, no era asunto suyo.

—Oh, me da tanta pena dejarlo…

—Serán solo unos días. Y estará bien acompañado. La señora Ivette se quedará aquí con él y lo mimará tanto como tú.

—¿No me mientes para que no me sienta mal?

—¡No! Es la verdad. Le he pagado un adicional para que viva aquí en la casa y sea la guardiana personal de Luigi. Solo se irá cuando yo regrese.

—Cuando volvamos no me conocerá.

—No digas tonterías. Los perros reconocen a sus dueños, siempre.

—¿Y si le gusta más la señora Ivette que yo?

—No puedo creer que estés celosa de Ivette. Agradece que la tengamos y que nos lo cuide como nadie.

—Bueno, está bien. Me convenciste.

—Además, hay algo que no te conté.

—¿Qué? ¿Qué es? ¡Dime!

—A nuestro regreso tendremos gatito.

—¡Oh! ¿De veras? ¡Gracias amor!

Amelie se colgó de Mathieu para besarlo por todo el rostro. Él reía, pero la separó.

—Basta, que tengo que terminar de empacar.

Pero ese «basta» no era muy convincente, ni siquiera para él mismo.

—Faltan unas horas para salir —le dijo mimosa.

—Es cierto, podemos robarnos unos minutos.

La tomó de las nalgas subiéndola a su altura y la besó de una forma que le arrancó un gemido de la garganta.

—Las maletas señor Abbot… —dijo separándose apenas de sus labios.

—Prefiero viajar sin equipaje a perderme esto —le respondió con la voz ronca por el arrebato del momento.

Cayeron en el sofá de la sala, donde dieron rienda suelta a un sinfín de caricias, besos y jadeos. A veces les resultaba imposible ser silenciosos.

—¿La señor Ivette aún no llega verdad? —preguntó Amelie en medio de la agitación.

—No, supongo que se tardará un poco más… —apenas pudo responder Mathieu envuelto en el ardor de sus cuerpos.

La detonación se dio pronto y al mismo tiempo. Es que a pesar de sus diferencias físicas, el amor los sincronizaba como un reloj cucú cuando da las doce.

El apremio había hecho que ni siquiera se quitaran la ropa. Solo un leve corrimiento de las prendas específicas.

Todavía sobre ella y siguiendo el juego que habían iniciado minutos antes, Mathieu comentó:

—Señorita Montenegro, me está haciendo retrasar.

—Mmm…esto se siente tan bien señor Abbot que no me importaría perder el vuelo.

Oírla hablar de ese modo lo volvía loco. Amaba verla entregada al placer que él le prodigaba.

—Si usted me sigue hablando así, sabe que responderé enseguida.

—¿Así cómo, señor Abbot? —lo provocó—. Dudo mucho que pueda mantener esta conversación.

—Eso habría que verlo…

—Si quiere puedo ayudarlo —ella estaba tan enardecida como él con ese juego.

Lo instó a darse vuelta, y con él de espaldas sobre el sofá, se acomodó sobre él.

—¿Así le parece bien?

Como la había prevenido, ya estaba listo para una nueva contienda amorosa. Es que Amelie lo trastornaba, lo excitaba hasta la perdición. La química entre sus cuerpos era magnética e inagotable.

Y así, mirándose a los ojos, se volvieron a amar.

¿Que si podrían ocultarle aquello a los españoles? No. Eso sí que era una misión imposible.

33

El clima de Málaga era mucho más caluroso que el de Villers-Bocage. El calor los abrazó apenas bajaron del avión. Si bien el viaje fue cómodo, estaban agotados de tanto trasbordo y aeropuerto. Era lo malo de vivir en un pueblo y no en una gran ciudad. Siempre había conexiones.

Así fue que apenas ingresaron a la habitación del hotel, se dirigieron a la cama sin siquiera desempacar las cosas.

—Dormiremos —quiso asegurarse Amelie.

—Dormiremos —confirmó Mathieu.

—Solo eso.

—No pensaba nada más.

Y por primera vez respecto a ese tema, ambos cumplieron su palabra.

* * *

Por la mañana, Amelie tenía muchas cosas que hacer. Por empezar, debía comprarse un traje de baño. No había empacado ninguno cuando dejó Buenos Aires y a pesar de intentar adquirir uno en Caen antes de partir de Francia, no había encontrado alguno de su gusto. Supuso que allí lo lograría. Era una ciudad con playa y debía existir mucha oferta de bikinis. ¡Si hasta el hotel tenía piscina!

De hecho, había resuelto comprarse dos, pues conocerían varias ciudades de la Costa del Sol y Mathieu le había dicho que luego de cumplir con lo laboral, serían unas vacaciones con todas las letras. Y disfrutarían del sol y del mar a pleno.

Mathieu no deseaba salir de compras, lo detestaba, así que se quedó remoloneando mientras ella se fue al *shopping*.

Luego de obtener las indicaciones en la recepción del hotel, se dirigió al afamado Corte Inglés. Mathieu le había encargado que le llevara un short de baño para sumarlo al que ya tenía y ella se sentía nerviosa porque era la primera vez que adquiría algo para él.

«Estoy haciendo cosas de esposa», pensó contrariada. Pero en definitiva terminó disfrutando más de comprar para Mathieu que para ella misma.

Cuando regresó, no lo encontró en el cuarto. Al parecer hacía rato

que se había ido porque la habitación ya estaba arreglada. Dejó las bolsas en la cama, se cambió el jean por una pollera corta y se colocó unas sandalias.

Recorrió las instalaciones para ver si lo encontraba. Al no hallarlo, salió y decidió caminar por la costanera, muy cercana al hotel. El sol del mediodía brillaba en el cielo límpido. En ese momento se dio cuenta de cuánto extrañaba los días así. Allá donde vivían llovía casi siempre, y cuando no, había nubes amenazadoras. El sol era una excepción y unos pocos días al año el tiempo brindaba un cielo celeste como el de ese momento. En cambio aquí era moneda corriente. No por nada le llamaban la Costa del Sol.

A unos metros, en un bar sobre la playa, lo distinguió. Era él, estaba segura. Su espalda torneada y el recorte de su nuca eran inconfundibles. Se acercó un poco más y vio que conversaba con alguien… ¡una mujer! Rubia y sonriente, lo miraba fijo a los ojos. ¿De qué reía? ¿Acaso le entendía el idioma?

Tenía que acercarse a saludar como Mathieu le había dicho que hiciera aquella vez con la veterinaria. Pero algo le impidió hacerlo.

El empleado de la barra le preguntó si deseaba tomar algo. Ella negó con una seña, no quería que su voz la delatara, pues Mathieu, sentado de espalda a ella, no podía verla. Pero no se hallaba tan cerca como para saber de qué hablaban tan animados esos dos. Tenían que estar conversando en francés, sin dudas.

Al no poder distinguir los detalles de la charla, y tampoco decidirse a caer de improviso a su lado, decidió regresar al hotel.

Subió a la habitación, se colocó el traje de baño negro que había pensado estrenar con Mathieu y un diminuto short de jean encima. Así se dirigió a la zona de la piscina.

Pidió un aperitivo, que como era usual, vino acompañado de una deliciosa tapa consistente en unas bolitas de queso rebozadas, y se colocó en un camastro cerca del agua.

A los pocos minutos, un joven se acercó a conversar con ella. ¡Un argentino! Su alegría fue genuina. Era la primera vez desde su llegada al viejo continente que se topaba con un compatriota. El chico era marplatense, recién recibido de médico, y estaba de vacaciones con otros dos amigos. Ella llegó a contarle muy poquito de su historia cuando una enorme sombra les tapó el sol.

—Bon jour —dijo con sequedad.

—Hola, soy Walter —contestó con simpatía el ocasional acompañante de Amelie.

Pero la cara de pocos amigos de Mathieu lo ahuyentó en seguida.

—Disculpen, mis amigos me esperan, un gusto conocerte Amelia — y se retiró lo más rápido que le dieron sus pies.

A Amelie le causó un poco de gracia la escena, no por el pobre de

Walter, sino porque se estaba vengando de Mathieu.

—¿Dónde te habías metido? —la voz de Mathieu sonó áspera.

—Lo mismo me preguntaba yo. Llegué y no estabas en la habitación.

—Como tardabas mucho y vinieron a hacer el cuarto, decidí salir a caminar.

—Deberás estar agotado de caminar tanto —le replicó con una ironía que él no captó.

—En verdad no.

—En verdad no porque te has frenado a solo dos pasos del hotel —repetía sus palabras solo para causarle enfado.

—¿Y tú qué sabes?

—Te vi muy entretenido con la rubia.

—¡Otra vez me ves y no te apareces a presentarte!

Ella lo miró furiosa. Él se adelantó a aclarar:

—Era francesa, solo conversábamos. ¿Y qué me dices de ti?

—Era argentino, solo conversábamos.

Estaba claro que el intercambio no conducía a buen destino y que ninguno de los dos cedería un poco.

—La mujer es gerente de un restaurante francés y estaba publicitándolo. Le dije que éramos nosotros dos y me dio una invitación para que vayamos a almorzar.

—El chico es médico, aquí por vacaciones, y estaba… invitándome a salir —la malicia le salió sin ningún esfuerzo.

Cuando los celos la invadían se transformaba.

—Estás de suerte entonces, tienes a dos hombres invitándote a salir —contestó queriendo evitar a toda costa seguir con ese juego peligroso en el que ella estaba entrando, pero sin conseguirlo.

—¡Uy! Tendré que pensármelo muy bien —y se levantó del camastro para salir caminando hacia el interior del hotel.

El macho alfa interior le ganó la pulseada y corrió tras ella, la hizo girar y le estampó un beso que la dejó sin aliento, sin importar las miradas ajenas. Cuando la soltó Amelie sintió el bochorno en su cara.

Se oyeron silbidos y aplausos que provenían de un grupo que bebía en la barra.

—Sácame de aquí si no quieres que me sumerja en el agua de la piscina y no salga hasta que se hayan ido todos.

—Nos festejan. ¿No te halaga eso?

Amelie achinó los ojos con odio.

—Bueno, bueno. Vamos.

La tomó del hombro e ingresaron a los pasillos del hotel.

En el cuarto, Amelie se colocó una playera y él le enseñó la tarjeta de invitación.

—¿Entonces no iremos al restaurante francés?

—¡Dame eso! —y Amelie rompió la tarjeta en varios pedazos.

—Creo que no…

La abrazó. Estaban de vacaciones y no quería pelear más.

—¿Ya está?

—Creo que sí —dijo ella con poco convencimiento.

—La próxima vez no me dejes solo.

—Creo que es a ti a quien no te conviene dejarme sola.

—Es cierto. Así que no me separaré de tu lado ni por un instante. Seremos siameses.

La alzó y salió de la habitación con ella en sus brazos, que por cierto no opuso ninguna resistencia.

34

Esa noche se reunieron a cenar con los españoles. Fueron invitados a un típico tablao andaluz.

Amelie estaba feliz. Sus raíces españolas por parte de su padre se hallaban a flor de piel. Su abuela era andaluza, así que algo de flamenco corría por sus venas. Todavía recordaba que de pequeña la habían disfrazado con el típico traje y había adorado sus castañuelas.

Los socios ibéricos fueron muy considerados al llevarlos a ese lugar. Solía ser difícil conseguir reserva en aquellos sitios y ese en particular era uno de los más reconocidos de Málaga.

De pronto la mesa se llenó de platitos de las más variadas exquisiteces y trajeron el mejor vino de la casa. Mathieu no entendía nada de lo que allí sucedía y ella le iba explicando lo que era cada pequeña ración. Hasta que intervinieron José Antonio y Alejandro.

—Amelia, traduce para que Mathieu comprenda lo que debe hacer ahora —dijo Alejandro divertido.

El mesero trajo un recipiente de cuero con forma de gota o lágrima, conocido como bota. Una tradición en España para beber el vino.

—En estos lugares se suele hacer que los turistas hagan la prueba de tomar de aquí —y José Antonio le mostró la bota a Mathieu, que asentía mientras Amelie le traducía—. Mira, te mostraré cómo se hace.

Con técnica de experto, y luego de colocar el vino, tiró la cabeza hacia atrás e inclinó la bota sobre su boca, comenzando a beber directo de allí. Poco a poco fue extendiendo más el brazo, haciendo que el líquido embocara en su boca mediante un chorro cada vez más largo a medida que la bota se alejaba de su rostro. Luego la fue acercando hasta acortar el chorro y finalizar el trago.

—Eso debes hacer tú —le dijo Amelie a un Mathieu aterrado.

—No, no podré —y negó con la cabeza al mismo tiempo que levantaba sus manos.

Alejandro lo alentó con una insistencia tal que terminó aceptando la solicitud.

Tomó la bota con desconfianza y acercó la boca al pico.

—¡Sin tocarla me dicen! ¡Y con la cabeza hacia atrás! —le indicó Amelie.

Mathieu hizo caso e inclinó la cabeza para que el líquido rojo cayera en su boca sin tocar la bota. Cuando creyó que lo lograría, un movimiento apenas más rápido de lo adecuado hizo que se

atragantara y con un violento movimiento hacia adelante dio por concluida la prueba. Comenzó a toser muy fuerte y Amelie llegó a asustarse creyendo que se ahogaría con el vino, pero se repuso y los comensales aplaudieron divertidos.

«Estos ibéricos estás locos», se dijo mientras su cara sonreía y agradecía la algarabía del resto.

En ese momento comenzó el show de flamenco y todos se dedicaron a comer y a disfrutar de la velada.

Ya en el hotel, Amelie seguía excitada por la noche vivida y la espectacular puesta en escena de los *bailaores*.

—¡Fue magnífico! ¿No crees?

—Salvo cuando casi muero ahogado con un chorro de vino.

—Te confieso que me asusté un poco, pero lo lograste —y le acarició la mejilla.

—¿A quién se le ocurre tomar vino de esa forma? Puedes poner cualquier líquido dentro de esa… ¿cómo se llama?

—Bota.

—Dentro de esa bota, que no sabrás lo que tomas. ¡El líquido pasa directo a tu garganta! Un desperdicio usar un buen vino para eso.

—En su uso tradicional, lo más probable es que se usara un vino vulgar.

—Eso sería lo más lógico. Se debe buscar el efecto sin importar el sabor. Porque a mi entender solo sirve para embriagarse más rápido.

—Es posible. Pero olvida ya la bota. ¿No te ha gustado el show?

—Sí, la verdad que es impresionante la pasión que ponen al cantar y al bailar.

—¡Y olé!

Mathieu rio con la espontaneidad de Amelie y le expresó la alegría que le daba que hubiera disfrutado tanto de la velada.

Al día siguiente alquilaron un coche. Con él recorrerían toda la región de Andalucía, y mientras esperaban el día del gran lanzamiento del Calvados, conocerían algunas de las playas de la Costa del Sol.

Así fue como descubrieron a la concurrida y alegre Torremolinos y a la sofisticada Marbella con sus deslumbrantes yates de millonarios. También quedaron fascinados con el llamado Balcón de Europa en el pueblo de Nerja, una vista impresionante y panorámica del Mar Mediterráneo desde un peñón circular de unos veinte metros de altura. Un lugar de esos que uno decide que volverá alguna vez en la vida.

Las invitaciones llegaron al hotel la misma tarde del evento. En ellas se leía la palabra VIP con letras doradas.

Amelie se había comprado un vestido para la ocasión. De color azul noche, a la rodilla y con la espalda descubierta. Se puso sus zapatos de taco súper altos y se maquilló con esmero. Como deseaba un peinado

elegante, se tomó el atrevimiento de solicitar que una experta asistiera al hotel para prepararla. La peinó con el cabello recogido, lo que le confería algo más de altura, dejando algunos mechones sueltos a los lados. Estaba preciosa. Esos días al sol le habían dorado la piel y todo le lucía mucho más.

Cuando Mathieu la vio quedó boquiabierto.

—Hoy más que nunca no me separaré ni un segundo de tu lado —le dijo cuando logró quitar la mueca de su cara.

Él no se quedaba atrás. El traje negro le sentaba formidable. Amelie nunca lo había visto de traje, por lo que también quedó sorprendida con su porte. ¡Era tan bonito! Ese atuendo parecía haber sido confeccionado sobre su cuerpo de tan perfecto que le caía al talle. Juntos brillaban.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

La fiesta se realizaba en el bar más top de la ciudad. Incluso habían traído a un famoso DJ de Ibiza para que pasara música en el evento.

En cuanto llegaron fueron recibidos por Alejandro y José Antonio, que los halagaron por lo bellos que ambos estaban. Los invitaron con un cóctel a base de Calvados.

—¡Todos los tragos de la noche están preparados con nuestra bebida! —dijo Alejandro entusiasmado.

—Hemos contratado a dos especialistas en cócteles que durante un mes hicieron pruebas con el Calvados en muchísimas mezclas. Se seleccionaron ocho tragos que se promocionarán con nuestro sello El Francés en todos los bares de la Costa del Sol. Y por supuesto que también se venderá solo o en las rocas para los bebedores más tradicionales —informó José Antonio con su característica minuciosidad.

—Me preguntaba si el nombre se lo habrán puesto por Mathieu —dijo Amelie divertida.

—¡Lo dejo a tu criterio! Creo que la etiqueta debería darte una idea —y le entregó una botella de Calvados El Francés.

Al observarla vio que se trataba del perfil de un hombre. Sin dudas era él.

—Estos dos se han enamorado de ti —le dijo en el oído a Mathieu.

Él, como Amelie no le había traducido nada de la conversación, la miraba sin comprender.

—Vamos a algún sitio donde la música no esté tan fuerte, y te cuento de qué hablábamos.

Ahí, en ese lugar algo apartado al aire libre, Amelie le habló sobre la conversación con los españoles.

—¿Y dices que este soy yo? No lo creo. ¿Qué te hace pensarlo?

—Mírate, eres igual. Además… ponerle El francés es más que obvio.

—Para mí el nombre se refiere al origen del producto. Pero si es como tú dices, suena halagador.

—¡Pues claro que lo es! No sabía que lo iban a comercializar con otro nombre.

—Es por un tema de registro de marca y derechos. Era más fácil ponerle un nuevo nombre y así evitar mucho papeleo.

—Ahora serás famoso.

—Para nada. Eres la única que lo sabe, además de ellos. Y que quede así. Prefiero el anonimato —y le guiñó un ojo.

—¡Humilde!

—Vergonzoso sería más acertado. Detesto la exposición. No es lo mío.

—Lo sé amor, lo sé. ¿Vamos a probar otro? Quiero saber qué se han inventado estos con tu Calvados.

—Yo también. Siempre se dijo que es una bebida para tomarla sola, así que siento curiosidad. El trago que nos han dado a la entrada no estaba nada mal.

—Es cierto, me agradó, y eso que no soy bebedora. Creo que han sido delicados con las cantidades y por eso me ha gustado.

—Bueno, veamos de qué van los demás.

Al cabo de dos horas, habían probado todas las combinaciones que les mencionara José Antonio. Amelie casi no se mantenía en pie. La falta de costumbre sumada a que las bebidas eras dulces y se dejaban beber con facilidad, hicieron estragos en su sobriedad.

Mathieu decidió que era hora de retirarse y se la llevó del lugar. Llegó al hotel dormida, al punto del desmayo, y no tuvo otra alternativa que alzarla y llevarla en brazos hasta la habitación. El conserje nocturno nada dijo y se limitó a saludar con la mano.

Ya en el cuarto, la desvistió con sumo cuidado, le desarmó el tocado y la arropó en la cama. No debió dejarla beber tanto, no estaba acostumbrada como él, que no tenía ningún efecto del alcohol en su cuerpo. La miró dormir, y en su estado casi inconsciente, parecía una sirena. Su cabello largo caía a los costados, desparramados en la almohada.

Se recostó a su lado con la luz encendida para poder mirarla un rato más. Y así, con la visión de su bella durmiente junto a él, se entregó al sueño más profundo.

35

Amelie despertó con un horrible dolor de cabeza y el estómago revuelto.

—Sabía que esto pasaría.

—¿Y por qué no me retuviste cuando veías que seguía bebiendo?

—Es que dijiste que querías probarlos todos.

—Tendría que haber frenado luego del tercero. Aunque me hubiera perdido el Ángeles y Demonios, ¿qué tenía que era tan rico?

—Creo que vainilla y chocolate.

—Mejor no hablemos de esto que se me estruja la panza.

—Te pediré un café.

—Que sea un té y algo para el dolor de cabeza.

—Mejor lo pides tú porque no sabría cómo hacerlo. Un té por favor —dijo en un español solemne— me sale, pero lo demás es muy complicado.

—Tienes razón. Mejor llamo yo. ¿Quieres algo?

—Un beso.

—¿Del camarero?

—¡Tonta!

Y Amelie rio a carcajadas a pesar de su fuerte dolor de cabeza.

* * *

Salieron del hotel recién por la tarde, cuando Amelie se sintió un poco mejor. Era su último día en la Costa del Sol y además de tener que despedirse de José Antonio y Alejandro, querían caminar un poco por la costanera para ver por última vez el mar malagueño.

Deambulaban sin rumbo fijo, cuando alguien a su lado dijo:

—¿Amelia?

Ella miró y no dio crédito a sus ojos. ¿Era ella?

—¿Sos vos Amelia? —repitió la chica de pelo corto.

Su voz era inconfundible, aunque la recordaba con su cabello azabache largo hasta la cintura.

—¡Caro! —y la abrazó efusiva emoción—. ¿Qué hacés acá en Málaga?

—¡Lo mismo digo! —agregó Carolina aún con sorpresa.

Tanto el muchacho que la acompañaba como Mathieu las miraban sin comprender.

—Te cuento rápido —dijo sin preámbulos Amelie—. Cuando dejé inconclusa mi práctica en Lyon para volver a Buenos Aires…

—Con ese chico Maximiliano ¿no? —la interrumpió Carolina.

Amelie necesitó hacer una pausa.

—Sí… Nos fuimos a vivir juntos. Pero él falleció de repente. Eso fue hace casi dos años —se asombró de sí misma por la facilidad con que salieron sus palabras.

—¡Oh! Lo siento mucho Amelia —dijo con expresión de asombro y pena a la vez—. Habrá sido terrible.

—La pasé muy mal. Estuve un año casi sin salir de mi casa. Pero mi familia me convenció para que viajara a Francia a recomponer mi vida.

—¿Estás en París? ¡Nosotros vivimos allá! —comentó entusiasmada —. Vinimos acá de vacaciones.

—No, vivo en un pueblo cercano a Caen, en Normandía. Se llama Villers-Bocage.

—No lo había escuchado. ¿Y él?

—Es Mathieu. Fue quien me hizo renacer de las cenizas.

—Me alegro tanto Amelia, ni siquiera puedo imaginarme por lo que habrás pasado. Lamenté mucho que te fueras de Lyon, y me enojé también.

—Lo sé. Creo que fue una decisión apresurada, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

—Ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido. Ahora presentemos a nuestras parejas, que somos unas desconsideradas y los dejamos a un lado. Encima no entienden ni una palabra. Bueno, al menos el mío no habla castellano.

—El mío tampoco —dijo Amelie algo avergonzada por dejarlos aparte.

—Amelia, él es Florian —dijo Carolina ya en francés.

—Hola.

—Un gusto —contestó él.

—Y él es Mathieu —replicó Amelie.

—Carolina.

—Un placer —dijo Mathieu saludando a ambos.

—En el pueblo me llaman Amelie.

—¿Te han rebautizado?

—Algo así. Lo cierto es que no hubo manera de que me dijeran Amelia.

—¿Te molesta? —preguntó asombrado Mathieu porque nunca se había puesto a pensar en ello.

—No, para nada, ya me acostumbré —contestó ella divertida al verle la cara de desconcierto.

—Serás Amelie para nosotros también —acertó a decir Caro—. ¿A

dónde iban? Podemos ir a tomar algo y de paso nosotras nos ponemos al día —propuso.

—Me parece genial —y lo miró a Mathieu para recibir su aprobación.

—Sí, estupendo —acotó él.

—Hay un restaurante francés a dos calles de aquí que por las tardes funciona como cafetería —propuso Florian.

Amelie lo miró a Mathieu de reojo, pero nada dijo.

—¿Les parece bien? —inquirió Carolina.

—Sí, no hay problema. Vamos allí —contestó Amelie sin más remedio que aceptar la propuesta.

Mathieu sonrió divertido.

Las compañeras de academia se pusieron a conversar como cotorras. Hacía cinco años que no sabían nada la una de la otra. Carolina nunca regresó a Buenos Aires pues una vez finalizada su práctica en Lyon se trasladó a París donde comenzó a trabajar como traductora en una pequeña agencia periodística. Luego consiguió empleo en el prestigioso periódico Le Figaro, pero no simpatizaba con la línea editorial y la orientación política del pasquín.

—Así que logré entrar a Le Monde, más afín a mis ideas. El trabajar en un periódico de mi agrado me hizo querer hacer algo más que traducir notas de diarios españoles y latinoamericanos, así que estoy estudiando periodismo.

—¡No me digas! —contestó Amelie con verdadero asombro.

—Así es. Ya me están dando pequeños espacios para escribir mis propias cosas, aunque todavía me supervisan y no todo sale a la luz. No me quejo, aun no me recibo. Sé que es un camino largo de recorrer.

—¡Qué lindo Caro! Siempre fuiste muy inteligente y te va a ir de maravillas.

Amelie le contó sobre su reciente inclinación por las letras y Carolina quedó fascinada. Por supuesto, hablaban en francés para que todos pudieran participar, aunque las miradas cómplices de ambas daban cuenta de que deseaban compartir intimidades en su idioma. Al parecer, los hombres lo notaron porque las instaron a seguir la charla en castellano mientras ellos conversaban sobre deportes. Así que, felices, ellas continuaron hablando de sus cosas bien *a lo porteño*.

—Che, hablemos de cosas lindas. ¿Cómo conociste a este bombonazo?

—Fue una necesidad laboral de Mathieu. Estaba buscando traductor de español y…

—Y como si nada apareciste en su vida.

—Más o menos así. Él se contactó con Isabelle, que es mi jefa del departamento de idiomas en la escuela. Habla perfecto el español,

pero por algún motivo lo mandó conmigo.

—¿Así que esta Isabelle te lo dejó servido en bandeja? ¡Ya quisiera yo una jefa así!

—¡Jajaja! Isabelle es lo más, una mujer súper piola. Y varias veces descubrí sus intenciones de hacernos gancho.

—Bueno, creo que lo consiguió.

—Es que Mathieu es bastante especial. Así como lo ves, charlando como si nada con Florian, era un chico áspero y no se daba con nadie.

—¿No me digas? No te creo. ¿Así que vos lo sacaste del cascarón, Ame? ¡Bien! —y la palmeó en el brazo.

—Es más complicado. Él también tiene una historia difícil y juntos estamos saliendo de todo eso.

—Bueno, creo que nos debemos una tarde entera a solas para que me cuentes bien todo. Desde el principio.

—Hecho. Cuando vengan a visitarnos, le digo a Mathieu que lo lleve a tu chico a recorrer las instalaciones de la fábrica y nos despachamos hablando largo y tendido.

—¿La fábrica?

No pudieron seguir hablando porque así de la nada cayó la gerente del restaurante, la rubia que estaba encendida con Mathieu. A Amelie comenzó a hervirle la sangre de inmediato.

—¡Pero qué honor, si aquí tenemos a El Francés en persona! ¿Por qué no me dijiste que eras tú el del Calvados? Te he visto en la fiesta de Alejandro pero no me diste la oportunidad de saludarte. Desapareciste en lo mejor de la noche.

«Porque estaba conmigo, estúpida. Mejor que fue así, porque si te hubieras acercado a él te juro que no te quedaba piel en la cara». Amelie chispeaba por los ojos. La muy descarada solo se dirigía a Mathieu, como si el resto de los comensales no estuviera allí.

—¿Has visto la carta? Están todos los tragos de El Francés.

—No, no la he visto. Solo vinimos a tomar un café —contestó él algo avergonzado.

—¿De qué hablan? —le preguntó en el oído Carolina a Amelie, ya superada por la intriga.

—Después te cuento —fue su escueta respuesta en voz baja.

Mathieu trató de incluir al resto, ya que todos notaron cómo habían sido eliminados del diálogo con alevosía.

—Te presento a mi mujer, Amelie, y a mis amigos Florian y Carolina.

Amelie disfrutó con aquella presentación. Ni ella era su mujer, puesto que no vivían juntos, ni la pareja eran sus amigos, ya que apenas se habían conocido una hora antes.

Con cara de nada, la mujer saludó en general y se disculpó, para luego retirarse caminando con paso exagerado.

Mientras los hombres retomaron su conversación, Carolina la volvió a increpar.

—Ahora sí, ¿me decís quién era esa? ¿Y qué es lo de El Francés?

Amelie pudo contarle entonces acerca del proyecto del Calvados. También le refirió la discusión que habían tenido por culpa de la gerente del restaurante y Carolina rio divertida.

—¡Con razón! No entendía tu cara de furia asesina… Ahora me queda todo más claro.

En la época de la práctica en la academia, Amelia y Carolina habían sido muy amigas y compinches, y se contaban todo. Por eso cuando de repente Amelia decidió regresar a la Argentina a solo tres meses de finalizar los estudios, Carolina se desmoralizó. Incluso habían hecho planes para establecerse juntas en París, pero la aparición en escena de Maximiliano lo cambió todo. Carolina quedó muy resentida por su decisión y la relación entre ellas culminó casi de inmediato. Amelia regresó a Buenos Aires y se escribieron un par de mails, pero nada más.

Ahora, a pesar de que vivían en sitios diferentes, verla a Amelia con pareja estable en Francia le daba esperanzas a Carolina de retomar la amistad perdida. Además, habiéndose enterado de todo lo malo por lo que su amiga había pasado, no le quedaban rencores en su corazón y esperaba que ella le correspondiera en aquella amistad que deseaba recuperar.

—En la temporada 2007/2008, el equipo de Caen jugó en primera división…

—Siento interrumpirlos chicos, pero debemos irnos —dijo Amelie hablando por encima de las palabras de Mathieu—. Tenemos que ir a despedirnos de sus socios— explicó—. Y mañana dejamos Málaga.

—¿Ya terminan sus vacaciones? —se interesó Florian, a quien siempre las vacaciones le parecían cortas.

—No, alquilamos un auto y de aquí nos vamos a Granada —contestó Mathieu.

—Granada…tierra soñada por mí… Mi cantar se vuelve gitano cuando es para tiiiiiii… —entonó Carolina con los ojos cerrados, mientras los demás se reían—. ¡Qué belleza! Espero que hayan sacado los boletos anticipados para La Alhambra, sino se quedarán sin poder conocerla —dijo ahora con signos de preocupación.

—Sí, tenemos boletos. ¿Viste que yo tenía razón? —y palmeó a Mathieu—. Cuando le dije hace un mes que debíamos comprar las entradas en la web porque si no, no conseguiríamos acceso, me respondió que era una exagerada.

—Nada de exagerada, ¡es cierto! En esta época las entradas se agotan varios días antes de la fecha, porque hay un cupo máximo por día, con horarios y todo.

Mathieu no tuvo más alternativa que darle la razón a Amelie, que sonreía satisfecha por el pequeño triunfo.

—Bueno, espero que nos veamos pronto. París no está tan lejos de Caen. En tren serán…

—Algo más de dos horas —respondió Amelie completando la frase.

—Arreglaremos para vernos. Me encanaría conocer tus plantaciones Mathieu —dijo Florian entusiasmado mientras Amelie y Carolina se miraban y sonreían pues ya lo habían planeado.

—Están invitados a mi casa cuando gusten.

Y también podemos viajar nosotros —dijo ilusionada Amelie—. Todavía no hemos estado juntos en París.

—¡No se diga más! Tendremos dos encuentros programados —festejó Carolina.

Y los cuatro jóvenes se despidieron hasta pronto.

36

A Mathieu y Amelie les quedaba visitar a los socios. No cenarían juntos, solo sería saludarlos en casa de Alejandro.

Cuando llegaron, el dueño de casa se disculpó por la ausencia de José Antonio, con una indisposición.

«Este se ha tomado todo el Calvados», pensó Amelie con gracia, pues no se imaginaba al pulcro de José Antonio con resaca.

Alejandro los obsequió con una caja de botellitas minúsculas de El Francés, que eran un primor.

—Estas no se toman, van derecho a la repisa de mi biblioteca —sentenció Amelie.

—¡Ey! ¿Y yo? —inquirió Mathieu.

—¿Tú qué?

—Que también quiero adornar mi sala con ellas.

—Bueno, si te portas bien, pero muuuuy bien… tal vez te dé una.

Cuando Amelie le tradujo a Alejandro la pequeña riña, él salió corriendo y regresó al instante con otra caja idéntica.

—Para que no haya discusiones. Aunque la mejor solución sería que se fueran a vivir juntos ¿no? Hacen una pareja estupenda, no sé qué esperan. No quisiera entrometerme en sus asuntos, pero…

—¿Pero? —preguntó Amelie mientras Mathieu los miraba sin comprender.

—He pensado que de suceder, tendrían unos bellos hijos.

Ella se puso roja como un tomate y no tradujo nada de aquello a Mathieu.

—Ahora dejo que se marchen, disfruten sus vacaciones.

—Muchas gracias, lo haremos.

Amelie lo saludó con un beso en cada mejilla y Mathieu le dio un fuerte apretón de manos acompañado de una palmada en la espalda.

Pronto estarían en contacto para comentar los resultados del primer mes de ventas.

* * *

Al día siguiente se hallaban en el coche camino a Granada, cuando Amelie comentó como al pasar:

—Sé que no es cierto, pero me gustó que le hayas dicho a la zorra del restaurante que yo era tu mujer, aunque no vivamos juntos.

—Amelie… de eso quería hablarte.

Ella lo miró expectante.

—Es que… —continuó— tal vez podrías venir a casa a pasar el resto del verano. No hay razón para que estemos separados mientras no tienes que ir a la escuela.

A Amelie le latía muy fuerte el corazón.

—Sé que cuando empiecen las clases tendrás que regresar. Entonces tal vez yo podría vivir contigo en el pueblo y el fin de semana iríamos al campo.

—¿Y tu trabajo?

—No me molestaría ir y venir. Es menos de una hora de trayecto.

A ella no le salían las palabras adecuadas, hasta que logró hablar contándole lo que le había dicho Alejandro antes de despedirse, una especie de predicción de lo que Mathieu le planteaba.

—¿Eso te dijo? Cada día me cae mejor —e hizo una afirmación con la cabeza.

—Y eso no es todo… —no sabía cómo se tomaría lo de los niños.

—¿Ah no?

—Me dijo también que tendríamos unos hijos hermosos.

Mathieu sonrió complacido.

—Más de una vez fantaseé con nuestros pequeños correteando entre los manzanos. ¿Acaso tú no lo has imaginado?

Sí lo había hecho, pero no sabía si estaba preparada para que él lo supiera.

La miró de manera inquisitiva. Sus ojos azules eran un mundo donde Amelie se perdía por completo.

—Sí, lo he imaginado —dijo en un susurro apenas audible.

—¿Por qué te avergüenzas? ¡Es algo hermoso!

—Es que pienso si tal vez no es algo apresurado. Hace unos meses estaba sumida en el abismo más profundo y ahora… esta felicidad me abruma. A veces hasta creo que es irreal.

Mathieu manejaba por la autopista y no podía detener el vehículo, pero en ese momento hubiera deseado frenar y abrazarla con todas sus fuerzas.

Amelie era muy sensible y adoraba eso de ella. Pero su parte racional la ponía en esa postura que le impedía vivir el momento y ser feliz. Su temor a volver a sufrir era como una sombra que la acechaba. A él también lo acechaba una sombra, mucho más oscura que la de ella. Porque la oscuridad provenía de no haberle dicho la verdad, de no ser sincero con ella. Pero la amaba tanto que el temor a perderla era más fuerte, y entonces aquel asunto era un aguijón clavado en medio de su pecho. Podía evadirlo, podía hacer como que no estaba allí, pero el dolor del pinchazo siempre regresaba para recordárselo.

Posó la mano sobre su rodilla mientras con la otra sostenía el

volante. Y así siguieron, callados, hasta llegar a la ciudad.

No fueron a un hotel. Habían rentado un hermoso departamento en El Albaicín, el barrio alto de Granada y el más antiguo. Como se hallaba sobre una colina, tenía una vista espléndida. Y por la noche descubrieron, con gran alegría, que al salir a la pequeña terraza podían divisar La Alhambra iluminada.

—Este lugar es soñado.

El asintió y la abrazó. La luna brillaba sobre sus cabezas y las lucecitas de la ciudad titilaban como pequeñas estrellas.

Se quedaron así un rato largo. La noche era calurosa pero allí corría una brisa agradable.

—¿Quieres que salgamos a cenar? ¿O comemos algo de lo que compramos esta tarde?

—Salgamos —resolvió Amelie—. Quiero recorrer estas callecitas de noche.

Las callejuelas eran un verdadero laberinto. Lo que de día habían recorrido sin problemas, de noche se había complicado sobremanera.

—¿Cómo nos resultó tan sencillo hoy? —preguntó un retórico Mathieu.

—Teníamos el mapa que nos dieron con las llaves del departamento —respondió ella, aun sabiendo que no le estaba preguntando.

—Y ese mapa está…

—Sobre mi mesa de noche.

—¿Al menos tenemos la dirección del hotel anotada?

A Amelie le dio un golpe de calor. Pero casi de inmediato recordó que guardaba una foto en su teléfono móvil con la porción del mapa que incluía la calle del apartamento. Y se lo comentó.

—Algo es algo. Ya conseguiremos regresar. Ahora tenemos que salir de aquí. Creo que hemos caminado en círculos porque a esa cúpula de iglesia ya la he visto antes.

En ese momento, pasaba un hombre cerca de ellos y Amelie le habló en español.

—Disculpe, estamos perdidos. ¿Usted sabría indicarnos cómo llegar a la Plaza Nueva?

—¿Van a comer?

—Sí.

—Tomen esta diagonal —y señalando una callecita que salía en esa esquina, continuó— hasta que la calle termina y deban doblar a la izquierda. Enseguida se encontrarán con una escalinata que deberán bajar y luego tomar hacia la derecha. La calle tiene mucha pendiente. Allí deberán seguir hasta la calle San Gregorio y de nuevo doblar a la derecha. Entonces se encontrarán con la zona de restaurantes. Pueden quedarse allí o seguir hasta la Plaza Nueva, pero ya no se perderán.

Amelie le pidió que repitiera las indicaciones para memorizarlas.

—Es simple, salvo por la escalinata que está a la izquierda, siempre deben ir a la derecha y recordar la calle San Gregorio.

—Diagonal hasta que termina. Izquierda escalinata. Derecha hasta San Gregorio y derecha otra vez. ¡Lo tengo! Muchísimas gracias. Fue usted muy amable y muy paciente —y le regaló su amplia sonrisa.

—Es que sin un mapa en este barrio te pierdes sin remedio. Los turistas nunca encuentran por dónde salir —la tranquilizó—. ¿Son argentinos?

—Yo soy de Argentina, pero vivimos en Francia. Mi novio es francés y no ha entendido nada —le contestó con un guiño.

—¡Jajaja! ¡Espero que lleguen a destino! Buenas noches —y se alejó con paso tranquilo.

Amelie iba muy concentrada siguiendo las indicaciones del hombre. A medida que se fue encontrando con la escalinata y luego con la calle San Gregorio, su emoción fue en aumento. Y cuando por fin arribaron a la zona de restaurantes, tuvo una alegría mayúscula.

—Creí que no lo lograríamos —dijo Mathieu aliviado.

—¡Qué poca fe que me tienes!

—Debías ver tu cara aterrorizada de unos minutos atrás.

—Bueno, pero estamos aquí ¿no? —dijo aún algo nerviosa.

—¡Sí! —y le dio un abrazo.

—Ahora veamos dónde comer.

Un jovencito se les acercó y les entregó un volante. Amelie leyó en él, entre otras cosas, «bocadillos de jamón», «papas bravas» y «tortillas». Se le hizo agua la boca y no lo dudó. Comerían allí.

El muchacho les indicó que el bar de tapas se hallaba a solo unos metros y se encaminaron en esa dirección. El cartel de ingreso, sostenido por una armadura medieval, rezaba «La Antigualla».

Los recibió un mesero que les dio la opción de comer adentro o afuera. A pesar de que parecían ser muy agradables las mesitas del exterior, había un grupo con varios fumadores, por lo que decidieron cenar en el interior del lugar.

La ambientación del medioevo era sensacional y Mathieu estaba fascinado.

—De chico me encantaban las espadas y los escudos —dijo con el rostro iluminado.

—¿Y de grande?

—Bueno… ¡de grande también!

Y rieron divertidos mientras el mesero les entregaba el menú.

* * *

El día amaneció sofocante. Un cielo diáfano indicaba que el sol estaría arrollador. Así y todo, ellos querían caminar.

Salieron muy temprano habiendo desayunado solo un café. Llevaron dos manzanas para el camino y en el trayecto comprarían

botellitas de agua mineral.

Mathieu iba en bermudas, una playera celeste y su vieja gorra con visera. Amelie se puso sus shorts de jean y una musculosa blanca. Entonces se dio cuenta de que necesitaba algo con que cubrir su cabeza. Ydecidió que compraría un sombrero en algún negocio camino a su destino, La Alhambra.

Agradecieron llevar zapatillas cómodas cuando descubrieron que la parte final del trayecto era cuesta arriba.

Amelie quedó feliz con su adquisición: una capelina de paja con una cinta de raso blanco alrededor de la copa.

—¡Me encanta! Quiero muchas fotos con este sombrero —comentó muy alegre.

—Te queda precioso —le contestó Mathieu sin faltar a la verdad.

El ingreso a La Alhambra parecía una romería. La gente se agolpaba en grupos dispersos a los lados de la taquilla y el murmullo era infernal. Pero todo ese caos parecía estar en cierta forma organizado, pues las personas se aglutinaban según el idioma en que realizarían el tour.

Como no había guía en francés Amelie había elegido, al comprar por la web, la opción en español ya que Mathieu no dominaba el inglés con fluidez. Así que ella se encargaría de ir traduciéndole lo que fuera importante.

La visita se inició en lo que se conoce como *Generalife*, una gran villa con un palacio y bellos jardines que fuera utilizada por los reyes nazaríes como lugar de retiro y descanso. Por tal motivo se hallaba separada del conjunto de construcciones de La Alhambra.

Imaginar a sus ocupantes seiscientos años atrás, caminando por entre los huertos y los vergeles floridos, erizaba la piel. Amelie no podía parar de sacar fotos. Mathieu, en cambio, conocedor aficionado de la botánica, admiraba cada árbol y cada planta florecida.

Al pasar por una alberca, un aroma familiar atrapó el olfato de Amelie. Cerró los ojos y se dejó transportar a otra época, a otra vida. Los abrió y buscó hasta hallarlo con la mirada. Estaba a un costado, solitario, brindando servil, su sombra. Dejó escapar unas lágrimas traicioneras. Es que la evocación de su hogar pudo más. Mathieu la vio y fue a abrazarla en silencio.

—Mira ese árbol, es un tilo. En la vereda de la casa de mi mamá hay uno. Su perfume me lleva a mi infancia y a mi familia.

—Es un aroma delicioso, casi embriagador.

—Lo es… y me trae muchos recuerdos de cuando era pequeña. Las navidades, las tardes jugando con mi hermano en el patio…

Mathieu la dejó transitar ese momento de nostalgia sin decir nada más. Solo siguió abrazándola hasta que continuaron el recorrido que los llevó a la Alcazaba, la zona militar y centro de defensa del lugar.

Desde la terraza de la torre mayor podía observarse casi toda la ciudad, generando una vista panorámica subyugante.

Pero lo que los dejó boquiabiertos fueron los palacios nazaríes y su fusión de arquitecturas de diferentes épocas. Ingresar al Salón de los Embajadores con su techo cúbico en madera de cedro con incrustaciones representando las estrellas o atravesar el Patio de los Arrayanes con la enorme alberca de aguas quietas, les impregnó el alma de imágenes que no olvidarían jamás. Las yeserías, los mármoles y los bajorrelieves; las guardas, los zócalos de azulejos y los tallados. Todo era especial y único. Antiguos sobrevivientes del reino nazarí de Granada.

—¿Puedes creer que mucho de lo que estamos viendo tenga más de quinientos años? —inquirió Amelie exaltada con tal majestuosidad.

—No lo creo y estoy alucinando con tanta belleza artística. Las fotografías que sacamos no hacen ni un poco de justicia a lo que ven nuestros ojos.

—¡Es magnífico! —lo abrazó fuerte—. Gracias por permitirme disfrutar de esto.

Él se separó, tomó sus manos y las besó con delicadeza. Se sentían agradecidos por compartir esa vivencia única. Es que de verdad se hallaban dentro de una maravilla mundial.

Cuarta parte
Desaparecer para siempre

“Ámame cuando menos lo merezca, ya que es cuando más lo necesito.”

Proverbio Chino

“Y si vas a salir de mi vida, solo te pido una cosa. Una vez que te hayas ido y veas que estoy bien, no te atrevas a volver.”

Mario Benedetti

37

Estaban de regreso del intenso viaje. Luego de Granada, le siguieron Córdoba, con su famosa Mezquita. Sevilla, con el bello Real Alcázar y la espectacular Giralda. Y Cádiz, con la inolvidable vista desde la Torre Tavira. Incluso se dieron el gusto de visitar el Peñón de Gibraltar.

—¡Esos macacos sí que están locos! —comentó Mathieu mientras se acomodaban en la butaca del avión.

—Pero no digas que no fue lo más alocado y divertido del viaje —contestó Amelie riendo.

Venían haciendo un recuento de anécdotas de las vacaciones y los monos del observatorio del Peñón de Gibraltar se llevaron el primer premio a la desfachatez.

—El descarado trepó a mi cabeza y me quitó la gorra. ¡Y encima se comió mi bocadillo! —decía mientras veía las fotografías que Amelie le había tomado de la situación.

—Tendría que haberlo filmado —se lamentó ella—. Solo tenemos las fotos —y revisaba la cámara tratando de encontrar algún video.

—¿Para reírte aún más de mí?

—¡Por supuesto! —respondió divertida.

El viaje transcurrió ameno. Conversar sobre todo lo que había sucedido en las vacaciones era algo que ambos disfrutaban.

Habían decidido que Amelie se quedaría en su casa y al día siguiente Mathieu la buscaría para trasladarse al campo por el resto de la temporada.

Lo primero que ella hizo al llegar fue llamar a Isabelle. Le debía unas planillas que debía completar y firmar, y quería llevárselas a la mañana siguiente antes de partir hacia lo de Mathieu. Nunca se imaginó lo que iba a escuchar.

—Amelie, es terrible —sollozaba Isabelle del otro lado del teléfono.

—¿Hay esperanzas?

—Remotas. Su cerebro estuvo demasiado tiempo sin oxígeno y estamos esperando lo peor. En una hora nos darán el diagnóstico definitivo.

Y en efecto, el cuerpo médico declaró la muerte cerebral para Christophe, luego de un inesperado accidente cerebrovascular ocurrido en la madrugada.

El tiempo había sido crucial y obró en su contra, pues de haber sido

detectado a tiempo, tal vez habría sobrevivido. Pero estaba solo cuando ocurrió. Isabelle acudió a su casa horas más tarde al no responderle sus llamadas.

Cuando Amelie llegó al hospital, Laurent la recibió con los ojos arrasados por las lágrimas. Se abrazaron en silencio. Ella sabía cuánto amaba Laurent a Christophe y el hecho de que no vivieran juntos era solo por el trabajo de él como director de orquesta, que lo obligaba a viajar en forma permanente.

Entonces apareció Isabelle con expresión desencajada.

—¡Querida mía! ¿Qué haremos ahora? —y se largó a llorar.

Ambas sabían que el colegio se mantenía a raya gracias a la excelente labor de Christophe como director. Ahora la Junta Escolar debería reunirse para determinar los pasos a seguir y nombrar un nuevo director.

—Estoy sin palabras Isabelle. ¿Tu hija viene para aquí?

—Está en camino —contestó entre sollozos.

Amelie trataba de transmitir serenidad pero le resultaba casi imposible. La situación la había dejado consternada.

Necesitaba hablar con Mathieu de manera urgente. La noticia lo devastaría. Ella misma estaba destrozada. Tenía que hacerlo pronto, lo necesitaba. Pero el teléfono de Mathieu no contestaba. Tampoco respondían en la oficina de la fábrica.

Sin Mathieu a su lado se sentía aturdida. No quería alejarse de Isabelle hasta tanto su hija arribara proveniente de Toulouse, donde residía. Pero la espera sin saber nada de él y la tormentosa circunstancia que atravesaba no hacía más que carcomerle las entrañas. Hasta que lo peor sucedió.

Llegó Alexandre, el profesor de alemán y compañero de Amelie con una noticia escalofriante, que no pudo brindar porque al mismo tiempo arribó Camile, la hija de Isabelle.

Un pequeño alboroto con abrazos y llantos se dio lugar en la sala de espera del hospital. Cuando los ánimos se calmaron, Isabelle, Laurent y Camile se retiraron para hablar con el director médico y establecer los tristes pasos a seguir.

Así que Amelie quedó a solas con Alexandre, quien intentó contarle la cruda novedad que traía.

—Amelie, ven, siéntate aquí —le dijo con voz pausada y tratando de no alarmarla, si eso era acaso posible—. Hay algo que debes saber.

Ella lo miró sin comprender bien sus palabras, pero accedió a su pedido.

—Vengo de la casa de mi madre. Cuando me enteré de esto que le sucedió a Christophe fui directo a contarle a ella pues habían sido muy amigos en la juventud. Mi madre vive justo enfrente de la seccional policial, y el asunto es…—pero calló de pronto, como

meditando qué palabras debía utilizar.

—¡Qué es Alexandre! ¡Por Dios! ¡Me matas de la ansiedad y no estoy en un estado de poder soportar que te andes con vueltas!

Alexandre se debatía en hallar la manera menos alarmante de contarle lo sucedido y sopesaba la frase que estaba a punto de decirle. Mientras, Amelie lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Ve.. verás… ehhh… —tartamudeaba—. Mi ma…madre ha visto que entraban a Mathieu esposado a la seccional —soltó al fin.

Amelie sintió que se le paralizaba el corazón, pero dejó que Alexandre continuara.

—Debido a que sabe que tú eres mi amiga, hizo algunas averiguaciones con alguien que conoce del departamento de policía y —le costaba mucho seguir el hilo del relato al ver cómo se transfiguraba la expresión en el rostro de Amelie—. Al parecer hubo un…—y volvió a trabarse.

—¡Un qué! ¡Habla por favor! —lo zamarreó Amelie tomándolo de ambos brazos.

—Hubo un incendio intencional en las oficinas de la bodega… y alguien murió.

—¿Alguien murió? —preguntó ella con apenas un hilo de voz.

—Sí, alguien que estaba cuidando el predio, no le informaron bien, aunque creen que era una mujer, así dijo mi madre. Como es domingo, no hay nadie trabajando y por eso la tragedia no fue mayor.

—No es posible… —Amelie se tiró hacia atrás en la silla.

—Debido a lo confuso del episodio y como sobre Mathieu pesaba la libertad condicional…

—¿Libertad condicional? ¿De qué demonios estás hablando? —lo interrumpió saltando de su asiento y con los nervios fuera de sí.

—Eso le dijo el agente. Creí que lo sabrías ya que debió haber pedido permiso para poder salir del país en el viaje que acaban de hacer —Amelie lo miraba con la vista extraviada—. Y que como se hallaba en libertad condicional por el mismo delito que se lo acusa ahora, ha quedado detenido e incomunicado.

—¿Incendio intencional? ¿Mismo delito? —ella repetía las frases de manera inconexa mientras se dejaba caer de nuevo en la silla—. ¿Mathieu acusado e incomunicado? —no daba crédito a lo que oía.

Intentaba procesar la información que estaba recibiendo pero nada lograba hacerle comprender lo que sucedía.

Los hombros le cayeron hacia abajo, los párpados se le volvieron de plomo y un ardor intenso se le instaló en el pecho. Le costaba respirar, la cabeza le aguijoneaba y tenía la garganta como el mismísimo desierto.

Alexandre no sabía cómo contenerla. Él era uno de los que había tenido sus reservas para con Mathieu, pero una mujer inteligente

como Amelie no podía estar junto a alguien que pudiera ser sospechoso de un crimen ¡y mucho menos de dos! Algo extraño que no llegaba a dilucidar estaba sucediendo. Pero no era él quien podría resolverlo, así que solo podía consolar a la pobre Amelie en ese terrible momento.

La tomó por los hombros y le habló:

—Mira, sé que este es el peor momento del mundo para ti y nada de lo que diga podrá tranquilizarte, pero de verdad creo que todo se solucionará, y …

Pero Amelie no lo oía. Lo veía gesticular aunque su cabeza se hallaba en otra parte, o en ninguna.

¿Estaba pasando todo aquello? Quería abrir los ojos y despertar de la pesadilla. Darse vuelta y abrazarse a Mathieu, para seguir durmiendo tranquila. Al levantarse, deseaba reunirse con Christophe y charlar sobre los planes del próximo ciclo lectivo. Pero no. Nada de eso sucedería. Lo sabía bien.

Con expresión desencajada, vio regresar a Isabelle y Camile de su reunión con el médico. No quería que descubrieran nada de lo recién sucedido. La delicada situación emocional en la que se hallaban no necesitaba de otra mala noticia. Así que como pudo, trató de serenarse.

Las dos venían con rostros sufrientes; Isabelle tenía los ojos en compota. Se abrazó muy fuerte a ella, y en un susurro, le comentó:

—Lo desconectarán. ¡Hoy mismo! Estoy deshecha.

Amelie profundizó el abrazo y la contuvo como pudo. Era todo tan terrible y triste que creía no poder resistirlo.

Llegó Laurent y las separó con delicadeza.

—Christophe no hubiera querido estas escenas. Démosle aunque sea eso —pidió con ternura.

Ambas asintieron.

—Les avisaremos de la ceremonia cuando todo esté organizado —siguió diciendo con una tranquilidad apabullante—. Gracias por acompañarnos —y saludando a Alexandre y a Amelie, se retiró junto a Isabelle y su hija.

Por suerte nadie había preguntado por Mathieu.

—¿Qué sugieres que haga? —le consultó Amelie a Alexandre pronunciando la frase después de un largo rato de silencio.

Ambos estaban sentados en una pared baja del frente del hospital, rodeados por un área abierta de parque.

—Si quieres puedo acompañarte a la estación de policía, aunque dudo que nos den más información de la que ha logrado obtener mi madre con su conocido.

—¿Harías eso por mí? No sabes cuánto te lo agradezco.

Como lo había predicho Alexandre, en la central policial el

hermetismo fue absoluto. Mathieu se hallaba en condición de incomunicado y solo podía ser visitado por su abogado.

—Cuando sepamos quién es el abogado, hablaremos con él, te lo aseguro —la tranquilizó.

Pero ¿cómo podía estar tranquila con el aluvión de desastrosos acontecimientos de la jornada?

Alexandre la acompañó hasta su casa y le pidió que tratara de descansar. Algo que por supuesto no logró concretar.

* * *

Los días siguientes sucedieron como si Amelie observara a través de un vidrio empañado.

El funeral de Christophe fue muy triste, a pesar del esfuerzo de Laurent para que no fuera así. Una gran concurrencia de alumnos dio fe del gran cariño que la comunidad estudiantil le tenía.

Isabelle se enteró de la noticia de la detención de Mathieu el mismo día del entierro. Pero nada podía hacer para ayudar y todo parecía conspirar para evitar que Amelie y Mathieu tuvieran un encuentro. Con el total desconocimiento de los datos del abogado la situación parecía empantanarse cada vez más.

Al tercer día posterior al encarcelamiento, gracias al contacto de su madre en la seccional de policía, Alexandre consiguió el teléfono del abogado de Mathieu. En cuanto se lo dio, Amelie no perdió ni un segundo y lo llamó.

La comunicación fue breve, y por el semblante de ella, no había buenas noticias. La palidez de su rostro contrastaba con el negro de su blusa. Sus ojeras denotaban las largas noches de insomnio y de casi no haber probado bocado.

El abogado le pareció un ser distante y frío, sin intenciones de interceder. «La situación de mi cliente es delicada, veré lo que puedo hacer». Eso fue todo. No le dijo si había preguntado por ella, si estaba bien, o al menos si necesitaba algo…

Tenía ganas de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas, ni fuerzas. Hacía calor, aunque su cuerpo se estremecía entre espasmos. La vida volvía a darle un revés. Uno duro, del que no sabía cómo se repondría. Necesitaba ver a Mathieu. Oír su voz, tocar su piel, sentir sus ojos sobre los de ella… Estaba enloqueciendo de la incertidumbre. Moriría si no ocurría algo pronto.

38

Luego de la llamada comenzó a temblar como una hoja. A las tres de la tarde la esperaban en el centro penitenciario Alencon-Condé *algo*, no lograba recordar el nombre completo. Allí habían trasladado a Mathieu el día anterior en calidad de detenido provisional.

«Tendrá solo quince minutos para hablar con él», le había dicho el abogado. No le importaba. El solo hecho de poder verlo la llenaba de esperanza. Por fin podría saber lo que de verdad había ocurrido; necesitaba oírlo de su propia voz.

Después de averiguar con exactitud el nombre completo del lugar y buscarlo con el GPS de su teléfono móvil, descubrió que el viaje a la prisión era de algo más de hora y media, y no tenía a quién acudir para que la acompañara. Decidió entonces que rentaría un coche económico en la cercana Caen, pero debía moverse de inmediato para lograr su cometido.

Se había vestido de manera sencilla: un vestido de finos breteles color celeste con estampado de florcitas amarillas y blancas que le llegaba a la rodilla. En los pies llevaba unas sandalias con suela de yute.

Durante el trayecto no dejó de pensar en lo que hablaría con Mathieu dado el poco tiempo disponible.

Llegó al centro penitenciario bastante antes de la hora acordada. Estacionó el auto de alquiler en el aparcamiento aledaño. El calor era infernal y el asfalto parecía derretirse bajo sus pies. Ni siquiera el verde de los alrededores lograba refrescar el ambiente caldeado.

Al parecer no era día de visitas pues no había nadie en los alrededores y en el estacionamiento apenas un puñado de automóviles junto al de ella.

Caminaba rumbo al edificio mientras meditaba acerca del recuerdo que había tenido en la ruta: la extraña nota que le dejara Celine en el aula antes de desaparecer. ¿Y si ella estaba implicada en algo?

Al ingresar, una agente le palpó el cuerpo completo y le hicieron pasar el bolso por un escáner. Luego la introdujeron en una pequeña sala donde otro agente, una vez consultada una planilla y con el documento de Amelie en la mano, dijo:

—Llega temprano. Aquí son muy estrictos con los horarios. Deberá esperar allí —y señalándole un rincón con sillas de plástico gris, le entregó el pasaporte.

—Sí, esperaré lo necesario. Muchas gracias.

Los minutos transcurrieron en cámara lenta. Ya no sabía en qué posición colocarse sentada como estaba en la silla dura de la sala de espera. Sus nervios se traducían en un gran nudo en el estómago y un ardor en la garganta. Se sirvió agua de un *dispenser* automático ubicado en la otra esquina del salón y bebió pequeños sorbos. Le costaba tragar hasta el líquido.

Estaba en su cuarto intento por beber un poco cuando el mismo agente de antes la llamó.

—Señorita Montenegro, la acompañarán hasta el sector de visitas.

Se paralizó por un instante, pero pensar en que por fin volvería a ver a Mathieu la serenó de inmediato.

Caminó por un largo pasillo siguiendo al agente que la guiaba. Doblaron a la izquierda y tras una señal de su acompañante a una cámara de seguridad, una puerta automática de rejas blancas se abrió.

Lo mismo sucedió con la segunda puerta enrejada, luego de la cual accedieron a una sala angosta iluminada por tubos fluorescentes. A lo largo, y mirando hacia un panel vidriado, se ubicaban las mismas sillas grises de plástico que había en el saloncito de la sala de espera. Estaban separadas por paredes de aglomerado, generando cubículos individuales como si fuera un locutorio.

La hicieron ubicarse en el segundo espacio. Al sentarse, descubrió que del otro lado había un salón en espejo, idéntico al que se encontraba. El policía le habló:

—Solo dispone de quince minutos. Hágame caso y aproveche el tiempo.

Amelie asintió con la cabeza y cruzó sus manos sobre la repisa que tenía frente a ella. El vidrio que la separaba del cubículo de enfrente tenía unas pequeñas perforaciones circulares, recordándole a la ventanilla de pago del banco.

Sentía el estómago contraído, las manos le transpiraban y un sudor pegajoso hacía que el vestido se adhiriera a sus piernas.

Sonó un timbre muy fuerte y luego de un clic la puerta de la otra habitación se abrió. El corazón se le detuvo por un breve instante.

A pesar de su semblante desencajado, ella lo vio hermoso. Le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa. Estaba serio, enjuto. Dos finas líneas cruzaban su entrecejo. Se sentó frente a ella, callado, mirándola con una mirada vacía. Amelie sintió como si le hubieran extraído el alma.

Muy a su pesar, fue la primera en hablar.

—Hola —pronunció con algo de timidez, mientras sus ojos decían todo lo que ella no podía.

—No tenemos mucho tiempo —fue su seca respuesta.

Hasta la voz parecía diferente. «¿Qué han hecho de mi Mathieu?»

—Lo sé. Por eso quiero que intentes contarme todo cuanto puedas. Voy a ayudarte, pero necesito saber. Mi madre puede…

—¡Qué puede hacer tu madre! —gritó exasperado y su tono puso en alerta al guardia.

Amelie se sorprendió ante su repentina reacción.

—Es que ella…

—Ella no puede ayudarme. Nadie puede hacerlo —la interrumpió —. Lo mejor es que no vuelvas a visitarme, el abogado se está encargando y estoy en manos de él.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Apoyó una mano en el vidrio, y con la voz entrecortada, le dijo:

—¿Cómo puedes decirme que no vuelva a visitarte? —y sus ojos desbordaron, llenando su rostro de lágrimas que caían y mojaban su escote.

Mathieu permanecía impertérrito.

—¿No lo entiendes verdad? Estoy acusado de matar a alguien con un incendio intencional ¡por segunda vez! —tronó remarcando estas últimas palabras.

Amelie enmudeció. No era esa la respuesta que esperaba. «Por segunda vez». Eran ciertas las palabras de Alexandre cuando se lo contó en el hospital. Ella no había podido creerlo porque Mathieu nunca le había dicho que había sido acusado por lo que, según sus propias palabras, fue «un accidente». Esta era una novedad alarmante que la asustaba.

Estaba paralizada. Bloqueada. No podía articular palabra alguna. Olvidó todo lo que había repasado mencionarle.

—¿Has visto? —le dijo con una mueca—. Es mejor que te marches. No arruines tu vida sin necesidad. El pueblo debe ser una chorrera de habladurías y tú debes estar en todas. Sálvate Amelie. Sálvate de la gente que te señalará como la novia del asesino. Sálvate de mí.

Con esas palabras se levantó y pidió retirarse antes de que se acabara el tiempo estipulado. No la dejó preguntar. No la dejó despedirse. Solo se marchó de su vida.

* * *

Las novedades en Villers-Bocage no fueron más alentadoras. Como había vaticinado Mathieu, los pobladores la miraban inquisidores. Algunos hasta giraban la cabeza en dirección a ella para ver su reacción.

Lo único rescatable era que su vecino Pierre Garnier estaba de vacaciones. El mismo día que se enteró del accidente de Christophe, lo había visto partir en su nuevo automóvil cargando una maleta. Y al parecer aún no regresaba de su viaje.

Un sobre de la Junta Directiva del colegio Saint George la esperaba bajo su puerta, al igual que otro pequeño con la inconfundible letra de Isabelle. Abrió primero este último.

El corazón se le contrajo al leer una breve despedida de su querida amiga. Se marchaba a la casa de su hija, muy lejos de allí, en la otra punta del país. Le dejaba buenos deseos y la dirección donde contactarla para que le enviara novedades sobre lo de Mathieu. Ella ni siquiera sabía que lo habían trasladado y creía que todo se aclararía pronto.

Al parecer se había quedado sola.

Abrió el sobre con el sello de la institución educativa. Tuvo que leer dos veces su contenido para internalizar los hechos. Al parecer, la estaban dejando sin trabajo. El Concejo Superior se había reunido para nombrar un nuevo director. Ella (pues una mujer había sido elegida como directora), había tomado como primera medida disolver el departamento de idiomas, y en su lugar, promover las ciencias y la tecnología como eje central de estudio.

Tuvo que sentarse para procesar la noticia. Por eso Isabelle se marchaba. Sin su hermano y sin trabajo, nada le quedaba allí. Lo mismo le sucedía a ella.

Todavía aturdida por el abominable comportamiento de Mathieu, ambas novedades no hicieron más que ahondar su incontenible desazón. Su mundo se despedazaba, chamuscado, como un papel en la chimenea.

Un dolor punzante le atravesaba el pecho y le dificultaba la respiración. Sin fuerzas para subir las escaleras, se recostó en el sofá de la sala. Muchas imágenes venían a su cabeza, todas desordenadas, atacándola como avispas hambrientas. La mirada fría de Mathieu, la voz de Isabelle despidiéndose de ella, el rostro sin vida de Christophe, un dedo acusador diciéndole que ya no era docente de la escuela que ella había aprendido a querer.

Afuera anochecía. Adentro, en la penumbra, Amelie sucumbía a su dolor.

39

Fueron tres días y tres noches.

Largas y negras jornadas de no comer, no asearse, no dormir. Apenas tomar unos sorbos de agua cuando la garganta quemaba y pedía a gritos algo de humedad. Las lágrimas estaban agotadas. El deseo por salir a la luz del día, también.

Tanto le recordaba su situación a lo vivido dos años atrás, que sentía como si el porvenir se riera de ella y todo fuera un maldito *dejà vu*.

La vida, su vida, de pronto era otra. En unas semanas iniciarían las clases y ella ya no sería parte de ellas. Sin trabajo, sin hogar. Debía dejar la casa antes de iniciar el nuevo mes de un alquiler que ya no podía pagar. Pero lo que más la perturbaba era estar sin Mathieu. Aquella nueva situación que iniciarían juntos había desaparecido antes de empezar. Todos los planes de convivencia, de mascotas, de felicidad, se habían borrado de un plumazo.

Mascotas. Escuchó un ladrido en la calle, que como una campana de alerta, la quitó de su sopor. «¡Luigi!» dijo con un grito ahogado. Saltó del sofá en el que se hallaba hundida hacía tres días, pero la falta de alimento la obligó a sentarse de nuevo, presa de un mareo profundo y fuertes puntadas en la cabeza.

Decidió comer algo. Abrió una lata de atún y sacó un paquete de galletas de la alacena. Lo devoró todo en cinco minutos. Bebió agua directo del grifo y subió a tomar una larga ducha.

Ya más repuesta, salió a buscar un taxi. El viaje sería caro, pero otra no le quedaba. Doblegada por las circunstancias, aceptó la idea de volver al campo de Mathieu. Sabía que las imágenes la alterarían, pero no se perdonaba haber abandonado a Luigi. Un dolor en el corazón le trajo una horrible idea que alejó de inmediato.

El viaje se hizo interminable. Al llegar, Amelie le pidió al chofer que la esperara afuera. Había fajas de clausura en la casa, pero no se veía a ningún agente de policía.

Ingresó al predio bajo el sofocante calor del mediodía. No fue necesario hacer mucho, enseguida vio al pichicho correr desaforado hacia ella.

—¡Estás acá amiguito! —exclamó abrazándolo mientras Luigi le lamía toda la cara—. ¡Creciste mucho en estos días!

El perro estaba sucio y un poco flaco, pero más allá de eso, no se lo

veía mal de salud. El alivio que sintió Amelie fue inmenso, tenía ante ella a un testigo mudo de lo ocurrido en el incendio.

Recorrió un tramo del terreno y divisó un recipiente con agua algo estancada y unos huesos roídos esparcidos por el lugar.

—Alguien ha estado alimentándote, gracias a Dios. Vamos, te irás conmigo.

Luigi movía la cola de felicidad.

Al llegar al vehículo, el hombre negó con la cabeza.

—¡Oh, por favor! Morirá si se queda aquí.

Pero al ver la intransigencia del chofer, buscó en su bolso y le mostró un billete, lo que hizo cambiar la expresión del taxista.

Al llegar a la casa, Amelie había tomado una decisión que venía meditando durante el trayecto. Su precaria situación debía cambiar. El haber recuperado a Luigi la había hecho reflexionar, y de alguna manera, la había devuelto a la vida. Un hilo de esperanza se abrió paso en su oscuro presente.

De ninguna manera hablaría con su familia. Si se enteraran de lo ocurrido, los preocuparía de tal forma que sus padres intentarían viajar para verla. En este preciso momento estaban celebrando sus bodas de oro con un soñado viaje por Asia Oriental y ella no sería la responsable de arruinarlo. Tal vez podría hablar con su cuñada Marisol, pero era probable que ella le contara a su hermano y de una forma u otra terminarían enterándose sus padres. No. Estaba decidido que no hablaría. Primero debía volver a establecerse y luego les contaría la verdad.

Se le había ocurrido decirles que por cambios estructurales no le renovaron el contrato en la escuela y por lo tanto decidió buscar empleo en otro sitio. Que al fin y al cabo era verdad. Minimizaría su ruptura con Mathieu alegando diferencias irreconciliables. La lejanía le permitía ese tipo de mentiras que sus padres nunca descubrirían.

Entonces fue cuando se le ocurrió que podía llamar a su amiga Carolina. Encontrar un trabajo en París sería solo cuestión de tiempo. En una de las ciudades más turísticas del mundo hallar algo relacionado con el idioma debía funcionar.

Y funcionó. No consiguió un puesto de docente como le hubiera gustado, pero gracias a la gestión de Carolina, le ofrecieron trabajar como traductora en el periódico Le Monde, donde ella ya era redactora.

Solo unos días más tarde, Amelie dejaba el pueblo de Villers-Bocage y se trasladaba a París con sus pocas pertenencias y con Luigi de compañero.

El departamento que le consiguió Florian en el distrito 19, estaba algo alejado de su trabajo y de todo, pero era muy económico y admitían mascotas. Y como ella necesitaba ambas cosas, aceptó con

gusto.

Carolina quedó estupefacta cuando Amelie le contó la versión completa de los hechos, puesto que cuando habían hablado por teléfono fue bastante escueta, solo dejándole en claro que necesitaba ayuda urgente, a lo que no puso objeciones y la socorrió de inmediato sin preguntar.

Ahora que lo sabía todo, era un profundo desahogo. Su amiga se había convertido en un terraplén para su vida.

—No me va a alcanzar la vida para agradecerte, Caro.

—¡Ni lo digas! Sos mi amiga y te quiero mucho. Además, fue un poco de suerte. Este departamento estaba desocupado hacía bastante. Los amigos de Florian se fueron a vivir a Londres pero no quisieron desprenderse por si la cosa no funcionaba. volvimos de las vacaciones nos llamaron para pedirnos si podíamos encargarnos de alquilarlo. Así que solo llegaste en el momento justo. Lamento que sea en estas circunstancias, Ame. Te aseguro que vamos a ayudarte en todo lo que esté a nuestro alcance —y la abrazó con sentido cariño.

Amelie le respondió con fuerza.

—¿Y con este qué vas a hacer? —dijo Carolina señalando a Luigi, que la miraba con ojos lastimeros.

—¡Quedármelo! ¿Qué más puedo hacer? Además, ya somos inseparables. ¿No, amigo? —y Luigi respondió moviendo la cola.

* * *

Amelie decidió hablar con su madre. Habían pasado unos días desde su mudanza y tenía que darle a conocer su nueva ubicación. También quería dejarla tranquila pues a su regreso del viaje junto a su padre, ella solo había respondido con evasivas los mensajes que le enviara. Y ya estaría cavilando acerca de su errático comportamiento.

La puso al tanto del fallecimiento de Christophe, del retiro de Isabelle y de su despido, haciéndole creer que todos esos acontecimientos fueron los causantes de su falta de comunicación. Alicia se tranquilizó al saberla acompañada por su antigua amiga y le recordó que en París tenía muchos amigos, consecuencia de su trabajo en la embajada, con los que podía contar ante cualquier situación que se presentara. La reprendió por no acudir a ella para que la ayudara a conseguir un nuevo empleo, pero la tozudez y el orgullo heredados de su padre quedaban expuestos. También se atrevió a preguntarle por el joven David que tan en las nubes la había tenido tiempo atrás, a lo que Amelie solo respondió que no había resultado ser lo que esperaba. Su madre no indagó más y pareció conformarse con ver a su hija con los bríos suficientes para afrontar este nuevo cambio de rumbo. La alentó a concluir la traducción de su novela, aduciendo que en la

editorial estaban contentos con la repercusión de su libro y que muy pronto se contactarían con ella.

La conversación dejó a Amelie agotada pero aliviada a la vez. Era un gran peso que se quitaba de encima haberla puesto al tanto de todas (o de casi todas) las novedades.

Se recostó en la cama y dio un profundo suspiro. Luigi acomodó la cabeza sobre su abdomen y ella comenzó a acariciarlo. A pesar de sentirse un poco más serena, la opresión en el pecho permanecía intacta.

Ya estaba instalada en París con un empleo que iniciaría el lunes siguiente y había recuperado a su amiga. Debía sentirse afortunada luego de los sucesos vividos. Pero la puñalada del comportamiento de Mathieu la tenía clavada como si hubiera sucedido ese mismo día. Analizaba cada segundo de su visita al establecimiento penitenciario y no hallaba indicios que le hicieran comprender lo sucedido.

¿Y si era más simple de lo que creía? ¿Y si de verdad Mathieu era un ser con alguna patología o alteración mental como tanto habían insistido Celine y su vecino Pierre? No. Eso no podía ser así. Ella estuvo con él, conviviendo. Las vacaciones en España fueron los días más felices de su vida. Él no era un extraño. Y mucho menos un psicópata. El Mathieu con el que se entrevistó en la penitenciaría era otro. Y tenía que averiguar qué le había sucedido.

40

Patrice corrió a encontrarse con Mathieu en cuanto supo de la noticia, que había sido tarde debido a que se encontraba de viaje. Por ser alguien de la familia, se les concedió la posibilidad de verse en un cuarto común en lugar de la fría sala de visitas con vidrio de por medio que impedía el contacto físico.

El abrazo que se dieron fue interminable. Por primera vez desde su detención, Mathieu se permitió bajar la guardia.

—¡Lamento tanto haberme embarcado en ese retiro espiritual y no haber estado a tu lado cuando más lo necesitabas! Tu abogado me ha contado los pormenores del caso. Ahora quiero saber cómo estás tú.

—Destruido —le respondió Mathieu con los ojos arrasados por las lágrimas y la voz temblorosa— perdí todo por lo que tenía ganas de vivir —le aseguró.

—Tu situación es muy complicada, pero llegaremos al fondo de esto —trataba de sonar sereno pero no le salía bien—. Ya hablé con el hermano superior de la orden, le dije que pongo mi fe en Dios como seguro de que tú no has hecho nada. Él conoce gente influyente que ayudará a que se investigue como corresponde.

—¿De qué sirve? La eché Patrice. La quité de mi vida. Le pedí que se alejara para siempre. Ya nada importa.

—¿Pero qué dices? ¿Por qué habrías de hacer algo así? ¿Acaso no amas a Amelie? —la serenidad aparente había quedado de lado.

—Porque la amo más que a mi propia vida es que no quise que sufriera a costa mía. Ella no se merece pasar por todo esto. Con suerte, en algún tiempo me olvidará y podrá seguir adelante con su vida y sus proyectos.

—¿Y cómo sabes que en sus proyectos tú no eras una parte fundamental?

—Podría haberlo sido con Mathieu el dueño del emporio de Calvados. Pero te aseguro que no con Mathieu el recluso en bancarrota.

—¿La fábrica quedó muy mal?

—Arruinada por las llamas. Esta vez lo que se salvó fue la casa.

—¿Y el seguro?

—Servirá para cubrir las indemnizaciones de los trabajadores y pagarle a la familia de la señora Ivette… ¡Oh pobre Ivette! No logro comprenderlo —y largó un llanto casi infantil.

—Calma Mat, cálmate ya —lo masajeó en la espalda—. Fue un horrible accidente… otra vez.

—Empiezo a dudar de que lo haya sido. ¿Si estoy demente y sí lo provoqué yo? —contestó aún entre lágrimas.

—¡No delires Mathieu por favor! Sé que no has tenido nada que ver, ni antes ni ahora. ¿No recuerdas nada?

—Solo las explosiones que me despertaron sobresaltado. Había llegado unas horas antes del viaje y me fui directo a dormir. ¡Ni siquiera vi a la señora Ivette, ni a Luigi! Pensaba hacerlo a la mañana siguiente, ya descansado. Agradecerle por cuidar del perrito de Amelie y darle unos días de vacaciones… ¡Qué cruel es todo! —y se tapó el rostro con las manos.

—Tranquilo. Yo iré a hablar con la familia, no pienses en eso ahora —la situación era compleja.

—Solo espero que los españoles no me lleven a juicio por incumplir el contrato. Es lo único que me faltaría. No solo estaría en quiebra con la fábrica sino que quedaría en la ruina total.

—Lo material no es lo más importante ahora.

—Lo sé, y como no lo es, no podía permitir que Amelie se quedara a mi lado. ¿Qué podría haberle ofrecido?

—Amor.

—¡Pero no digas sandeces! ¡Amor! ¡No se vive del amor! El amor no te da un techo, no te alimenta, no te da prosperidad. ¿Qué clase de futuro podría haber tenido conmigo?

—Al menos le tendrías que haber dado la oportunidad de elegir.

—Le ahorré el dilema.

—¡Necio! —y Patrice por primera vez en mucho tiempo levantó la voz.

—¿Para eso has venido? Creí que serías mi apoyo espiritual. Pero veo que me equivoqué —sus ojos estallaron en lágrimas y rencor.

—Te equivocas en muchos aspectos.

—Ya estoy sentenciado.

—La esperanza nunca se pierde.

—Creí que era, la esperanza es lo último que se pierde.

—Acabo de reformarla. No quiero que pierdas la fe.

—Sin Amelie nada me importa.

—Tratemos de resolver esto para que puedas volver a ella.

—Te envidio. Ojalá tuviera la milésima parte de tu optimismo.

—Jesús trabaja duro conmigo para que así sea. Deberías probar.

—Tú apóyate en Jesús. Yo me apoyaré en ti —dijo con las pocas energías que le quedaban.

—Trato hecho.

Y se dejó abrazar con fuerza por su hermano.

41

El otoño invadía París y todo se teñía de ocre.

Según Amelie, era la mejor estación del año para disfrutar de la ciudad. ¡Cómo le hubiera gustado estar allí con Mathieu! Caminar por las calles alfombradas de hojas secas, viendo cómo el viento las arremolina formando montoncitos dispersos. Mirar el sol, ahora tibio, colarse por entre los edificios de una arquitectura única y disfrutar de los amarillos y marrones de los árboles brindando un marco imponente a Champs Eliseés.

¡Ay! ¡Qué triste se había vuelto de pronto ese mes! Recordaba que octubre también era un mes que antes adoraba, cuando vivía en Buenos Aires. Allí, ver vestirse a las copas de los árboles de un verde intenso y oír el trino de los pajaritos en su ventana, para ella era sublime.

Pensó en su viejo hogar con melancolía. Hogar que ya no le pertenecía. Pero aquí era igual, no tenía un lugar de pertenencia. Apenas sobrevivía como podía.

¿Qué cruel sentencia estaba cumpliendo su karma para hacerla pasar por todo aquello? ¿Cuál era el mensaje oculto en todo ese entramado perverso en el que se había convertido su existencia? ¿Tanto mal había hecho en otra vida que así debía pagarlo en esta?

Necesitaba volver a ver a Mathieu. Hablar con él mirándolo a los ojos. Requería de su sinceridad absoluta; nada en sus palabras cuajaba. Y ella estaba dispuesta a escucharlo. A esperarlo. A apoyarlo. A luchar por su amor. A no rendirse.

Luego del fin de semana trataría de comunicarse de nuevo con su abogado. O con alguien. Pero estaba resuelta a volverlo a ver.

El timbre de su teléfono la sacó de sus pensamientos. Era Carolina.

—¡Hola amiga! Tengo una sorpresa para vos. Florian nos consiguió entradas para un concierto en ese teatro que está en el Boulevard Voltaire. ¿Te acordás? Fuimos un par de veces cuando estábamos en Lyon.

—Nuestras escapaditas a París.

—¡Exacto! ¡Y vamos a ir otra vez!

—No sé Caro, no estoy de ánimo.

—Por eso mismo te estoy invitando.

—¿Y cuándo sería?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Sí. No me digas que tenés la agenda llena…

Amelie sonrió detrás del teléfono.

—No, es que…

—Sin peros. Mañana nos encontramos en la esquina, donde está el bar. Podemos comer algo ahí antes, ¿te parece?

—Creo que no me dejás alternativa.

—No.

—Bueno, a las ocho entonces… —y escuchó a Carolina alejarse del auricular— ¡Florian, la convencí! —gritó en francés.

—Estoy acá todavía, ¿eh? Sos tremenda.

—Lo soy. Te veo mañana bella.

—Gracias Caro, vos siempre pensando en mí.

—Pensamos. Florian también.

—Mandale un beso. Hasta mañana.

—Chau.

* * *

La gente se agolpaba en el ingreso. Amelie, Carolina y Florian comían algo en el bar de la esquina del teatro.

—¿Me guardarías el documento en la mochila?

—Sí, dame.

—¿Y las llaves también? ¿Y el teléfono?

—Eso te va a salir más caro —dijo riendo Carolina—. ¿Por qué no trajiste bolso?

—No me gusta andar con trastos que deba manipular donde hay aglomeraciones, ¿o no te acordás?

—¡Es cierto! Recuerdo cuando me hiciste cargar con tu abrigo en la mochila solo por si refrescaba. Estoy acostumbrada a ser tu mula.

—Mi hermosa mula.

Florian las observaba divertido.

—¿Vamos? La gente ya está entrando —dijo él.

—Esperemos a que se achique la fila —contestó Amelie con tono suplicante.

—¿Aún no se te quita la fobia? —preguntó su amiga que la recordaba de años atrás.

—No, lo siento. Disfruto mucho de estos espectáculos, pero la muchedumbre me agobia y no puedo evitarlo.

—Tranquila, a mí me pasa algo parecido —la calmó Florian—. Trato de evitar los lugares muy concurridos. Pero no me quería perder a estos muchachos por nada del mundo —sentenció aduciendo al grupo de rock que los tres admiraban.

—Está bien, vamos —dijo por fin resuelta.

Y luego de pagar la cuenta se dirigieron al teatro.

* * *

—¿Viste? ¡Lo logramos! —gritaba Patrice eufórico—. Los abogados del clero son más eficientes que ese inepto que te habían asignado. La verdad es que no le tenía mucha confianza. Por lo menos en eso me escuchaste.

—Gracias. De verdad, hermano. Te debo todo —y lo abrazó fuerte.

El abogado que había nombrado el estado para defender a Mathieu había resultado un desastre. Parecía no tener muchas intenciones de investigar y hacía su trabajo a desgano. Tuvieron que hacer muchas gestiones para reemplazarlo pero los nuevos abogados no habían perdido el tiempo. Mientras la corte se dormía en la burocracia de los papeles, ellos se habían abocado a conseguir permisos de revisión de cámaras, testigos, pruebas y toda la información que estuviera a su alcance para lograr el primer objetivo de la excarcelación y luego avanzar hacia el sobreseimiento.

—Ahora, ¿a dónde vamos? —preguntó el hermano mayor.

—A mi casa. Podemos quedarnos allí. Estará descuidada pero nada que no se solucione con un poco de limpieza.

—¿Y podrás soportarlo? Digo… ver el caos de la fábrica.

—Lo intentaré. No me queda otra —contestó con una mirada esperanzada.

—De ahora en más deberás presentarte en el juzgado de Caen. Estás otra vez bajo libertad condicional, no lo olvides.

—¿Cuándo se resolverá todo?

—Pronto, muy pronto. Hay gente investigando a fondo.

—¿De dónde sacas a esas personas?

—Son de la congregación. Ya te he comentado que hay gente muy influyente dentro. Tú no te preocupes, estás en buenas manos.

El halo de misterio que envolvía todo el asunto desconcertaba a Mathiew, pero confiaba a ciegas en su hermano y dejaría que los suyos se encargaran de todo. El clero era bastante poderoso en esas tierras normandas.

—En cuanto al dinero…

—Tranquilo. Ya habrá tiempo para hablar de eso.

—Apenas llegue llamaré a Amelie. Ya lo he resuelto.

—¡Bien muchacho! Así se habla. Y si te arrepientes, seré el primero en insistir para que la llames, no lo dudes.

—Gracias…

* * *

Esa noche todo cambió. Mientras realizaban una cena tardía en casa de Mathieu con el televisor encendido, una noticia los paralizó.

Una serie de atentados en París dejaba a Francia en estado de alerta «rojo alfa», con una cantidad aun no establecida de muertos y heridos.

Ambos quedaron petrificados.

Mathieu sabía, por su ex abogado, que Amelie había decidido mudarse a París. Era el último contacto que había mantenido con ella y ni siquiera le había hablado.

Sin pensarlo dos veces, la llamó al teléfono móvil, pero este se encontraba apagado. Volvería a intentarlo en la mañana. Necesitaba confirmar que ella estaba bien.

42

Caos, sirenas, gritos. Amelie no comprendía nada. Solo contemplaba la escena a través de la ventana del bar como en una pantalla de cine. Es que lo que acababa de suceder era cinematográfico. Surrealismo puro.

Apenas unos minutos antes se había despedido de Carolina y Florian, pues un miedo repentino la hizo desistir de ingresar al teatro. Verse rodeada de gente presurosa que a los empujones intentaba entrar al recinto le produjo una indescriptible sensación de ahogo y se desesperó. Les dijo a sus amigos que los esperaría en el mismo bar en el que momentos antes habían cenado.

Ahora, por seguridad, no dejaban salir a nadie del lugar. Las puertas habían sido bloqueadas y observaban todo en un triste lugar de privilegio. La TV mostraba las primeras imágenes del desastre, con información cruzada y mucha incertidumbre. Al parecer habían sido ataques sincronizados en distintas partes de la ciudad.

Se sentía aturdida. Solo quería que le dijeran que sus amigos estaban bien. Las ambulancias llegaban por decenas, al igual que los camiones de bomberos y las patrullas. Todo era descontrol y alaridos desgarradores.

De pronto un policía irrumpió a los golpes en la entrada del bar y lo hicieron pasar. Gritando, indicó que el sitio no era seguro y que todos debían marcharse. En las inmediaciones esperaban autobuses para alejar a las personas del lugar. Algunos incluso mencionaban que se habría decretado el estado de sitio.

Ella contenía las lágrimas pensando en cómo intentar averiguar algo sobre Carolina y Florian, pero todo era confusión. La gente corría en ambas direcciones y se veían pasar camillas con heridos graves. De pronto observó cómo algunos se tiraban al vacío desde las ventanas del teatro. Era inverosímil. Aterrador.

Se dio cuenta de que no contaba con las llaves de su casa ni con su teléfono. Todo había quedado en la mochila de Carolina. En ese momento alguien la agarró de los hombros y la hizo salir corriendo del lugar a los gritos. Ella no comprendía, pero al parecer los terroristas aún permanecían dentro del recinto del teatro y todos se hallaban en peligro extremo.

Ya a resguardo a varias calles del lugar, se acercó a alguien que parecía ser un reportero y le preguntó cuál era la situación. El hombre

solo tenía la información de que los heridos estaban siendo trasladados a diversos nosocomios y que se irían publicando los datos de sus identidades a medida que se conocieran.

Entonces recapacitó y entendió que allí nada podía hacer más que estar en peligro. Averiguó cuál de los autobuses que reclutaba gente para alejarla de la zona la llevaba a un sitio cercano a su domicilio y subió. Con un leve alivio por haber sido evacuada del lugar, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla. Oía los llantos y los murmullos de quienes viajaban en el vehículo, pero ella iba en silencio. Fue entonces que pensó en su madre y se dijo que debía llamarla en cuanto pudiera. El desastre no tardaría en trascender las fronteras y sería noticia central en todo el mundo.

Tardó casi dos horas en llegar a su casa, donde ya no se oía el incesante sonido de las sirenas y el barrio se hallaba en silencio y oscuridad. Solo algunas luces en las ventanas denotaban a los desvelados que habían llegado a enterarse de lo sucedido.

Cuando llegó al edificio, vio a su vecina del primer piso asomada en la ventana fumando. Le hizo una seña y le pidió si podía abrirle.

—¡Dios mío! ¿Vienes del centro? —le dijo al ver la facha que traía Amelie.

—Sí, he perdido mis llaves y mi teléfono.

—Tu perrito no paró de ladrar. Los animales intuyen cosas. Yo estaba muy preocupada porque no eres de salir.

—Estoy bien Jeanette. Pero no sé nada de mis amigos. Ellos estaban dentro del teatro donde sucedió el atentado. ¡Oh Dios mío! ¿Qué les habrá sucedido? —y por fin largó el llanto que tenía atascado dentro.

—¡Oh! ¡Dios! —la abrazó fuerte para contenerla.

Pero Amelie se separó enseguida.

—Necesito que me preste su teléfono.

—¡Pero por supuesto! Ven, vamos, entra.

Mientras subían al apartamento de Jeanette, Amelie le habló sobre su preocupación por no poder entrar a su casa y tranquilizar a Luigi. Entonces la señora recordó que el vecino del contrafrente en algún momento había trabajado en una cerrajería, y aunque era un cascarrabias, tal vez podría ayudarla con la puerta.

—Y sino la tiramos abajo —le dijo convencida.

La dejó mientras Amelie llamaba a su madre y fue a buscarlo.

A ella le estaba costando mucho poder establecer la comunicación. Quedaba claro que todos estarían haciendo lo mismo con sus familiares y las líneas se habían colapsado.

Cuando por fin la llamada se hizo, el corazón le explotó dentro del pecho.

—¡Hija! ¡Llamaba a tu teléfono y no me podía comunicar! ¡Estaba desesperada!

Amelie largó un llanto desconsolado del que le resultó difícil salir. Recién cuando logró serenarse un poco, le habló a Alicia:

—Mami, Carolina y su novio estaban dentro del teatro que sufrió el atentado. ¡No sé qué les pudo haber pasado! Yo me salvé porque a último momento desistí de entrar al recital.

—Ay, hijita, esto es horrible, muy horrible.

—Perdí mi teléfono, también mi pasaporte. Todo lo tenía Caro en su mochila.

—Vos no te preocupes por nada. Dejame el número desde donde me estás llamando para que estemos comunicadas. Voy a hablar con la gente de la embajada para que te contacten con el Consulado de Argentina. Ellos van a resolver el asunto del pasaporte. No te preocupes por nada. ¿Tenés plata?

—Sí, plata tengo.

—¿Tenés la dirección de mis amigos, los que viven cerca de ahí donde estás? No, dejá que te paso la dirección otra vez, vos anotá.

Gracias a su vecino, quien resultó ser muy amable a pesar de los dichos de Jeanette, y que abrió con facilidad la puerta de su departamento, Amelie pudo reencontrarse con Luigi y por fin acostarse en su cama. Aunque no pegó un solo ojo, el hecho de sentirse refugiada bajo el techo de su cuarto la calmó. Ahora solo quería saber qué había sucedido con sus amigos.

Por la mañana comenzaron a difundir las primeras listas de heridos y fallecidos, pero no tuvo novedades de Carolina y Florian. Pasado el mediodía había vuelto a hablar con su madre desde la casa de su vecina y esta le pidió que se quedara cerca del teléfono porque podía conseguir información de primera mano de la embajada.

El estado de incertidumbre de esas horas fue horrendo. Jeanette le ofreció algo de comer pero desistió. Tenía el estómago cerrado. Hasta que el llamado tan esperado por fin ocurrió.

—Hija… —y un gran silencio se interpuso en la línea.

—¿¡Qué pasó mamá!?

—Están en la lista de fallecidos. Carolina y Florian.

—¿Cómo? —Amelie no daba crédito a lo que le acababa de decir Alicia y tenía taquicardia.

— Pero tú también lo estás —aclaró—. Supongo que habrán encontrado tu pasaporte. Todavía es todo muy confuso.

—¡Entonces eso quiere decir que puede estar equivocado el parte y ellos estén vivos al igual que yo! —una luz de esperanza asomó en esa duda.

—No Ame, lo siento mucho. Los dos están en una lista de confirmados, la lista que se hace cuando el cuerpo coincide con el documento, es decir, cuando es posible identificar el rostro con el de la foto. Tú… Mejor dicho, tu nombre está en una lista diferente, de

quienes no han podido ser identificados. Es que existen cuerpos carbonizados, de aquellos que estaban cerca de las explosiones —Amelie no podía hablar, su madre continuó—. Deberás presentarte cuanto antes en el Consulado Argentino para tramitar tu nuevo pasaporte. Solo luego de eso podrán quitarte de la lista.

—¿Y cómo sabés que Caro y Florian fueron bien identificados? —preguntó desesperada.

—Es que tus amigos… murieron ametrallados.

—¡Noooooooo! —el grito de Amelie retumbó en todo el edificio.

Con una mano en el tubo del teléfono y la otra agarrándose la cabeza, comenzó un llanto imposible de refrenar. Del otro lado, su madre trataba en vano de consolarla. Ni siquiera sabía si la estaba escuchando.

—Ame, hija, es todo tan triste y doloroso, lo siento tanto… pero tenés que tranquilizarte, por favor. Ya me dieron un pasaje diplomático para viajar. En cuanto reabran el aeropuerto de París voy para allá. Pero te pido que trates de calmarte.

—¡Son mis amigos! Eran mis amigos… —se rectificó—. No puedo calmarme mamá —dijo entre sollozos entrecortados.

Un dolor inmenso que atravesaba todo su cuerpo le impedía reaccionar, o pensar, o moverse.

—Lo sé hija, lo sé. Quisiera poder estar ahora mismo con vos ahí.

—¡Y no sabés cuánto te necesito en este momento!

A trescientos kilómetros de distancia, un grito desgarrador tronaba en las afueras de Villers-Bocage.

Mathieu leía la lista difundida de fallecidos en los atentados, donde aparecía el nombre de Amelia Montenegro, argentina con visa de trabajo en Francia.

43

Alicia pudo viajar tres días después a reencontrarse con su hija. Amelie la esperó para ir juntas a realizar el trámite del nuevo pasaporte y luego poder presentarse en la fiscalía para que eliminaran su nombre de la lista de fallecidos.

Los padres de Carolina estaban en camino para repatriar sus restos. Alicia ya había hablado con ellos y se había puesto a su disposición para lo que necesitaran. En cambio, como no conocía a la familia de Florian, nada pudo hacer por ellos.

—Mamá, me quiero volver con vos. No creo soportar quedarme un día más en este país.

Había partido en busca de una nueva vida. No esperaba nada, aunque en lo más profundo de su corazón había soñado poder reinventarse y encontrar algo por lo cual volver a creer. Y apareció Mathieu, que de a poco la sumergió en un mundo que creía perdido. Renació y volvió a creer. Pero el universo otra vez confabuló en contra suyo y de ese nuevo amor. Trató de no abandonar la partida y casi lo volvió a lograr ayudada por su amiga Carolina. Pero al final todo se desbarató como una torre de naipes que cae y ya no dan ganas de armarla nunca más.

—¡Querida! Si vine para eso, para llevarte de vuelta con la familia. ¡Todos te extrañan tanto! —y la abrazó con todas su fuerzas.

—Luigi se viene con nosotras.

—Lo que vos digas, hija.

Su madre detestaba a las mascotas, por eso la alivió mucho aquella afirmación. Jamás hubiera podido despegarse de su adorado Luigi.

* * *

Regresar a Buenos Aires fue una extraña sensación.

En el aeropuerto de Ezeiza todos las estaban esperando: su papá, su hermano y su cuñada Marisol, embarazada. Amplias sonrisas cubrían sus rostros. Todas dirigidas a ella. Los ojos de Jorge estaban empañados. La rodeó con sus brazos y Amelia desapareció envuelta en la ternura paterna.

Que Amelia regresara con su familia era bueno. Una recaída en el abismo al que había ingresado años atrás sería esta vez muy difícil de

remontar. Su estabilidad emocional pendía de un hilo muy fino. Aunque ahora existía una esperanza salvadora: los libros.

Su novela se había convertido en un extraño éxito de ventas. Al fin de cuentas se trataba de una desconocida. La habían editado con un pseudónimo y nada se sabía de su persona más allá de lo que aportara su madre, devenida en su representante. La editorial estaba ansiosa por conocerla en persona. Toda la familia estaba convencida de que la novedad haría que Amelia no recayera. La esperanza de ellos estaba puesta en este suceso.

Su mamá se lo contó una vez instaladas en casa. Deseaba que transitara su dolor en París y que la noticia fuera de las primeras cosas buenas que le ocurrieran en Buenos Aires. Amelia tomó la primicia con entusiasmo a la vista de los demás. Aunque en su interior muchas cosas habían muerto para siempre.

Alicia, entusiasmada, concertó una entrevista con la editorial sin siquiera consultarla. Muy a su pesar seguía tratándola como a una niña, pero no tenía fuerzas para lidiar con eso.

—Mamá, no estoy preparada todavía.

—Amelia, cuanto antes te ocupes de este asunto de los libros más pronto te vas a habituar a la vida cotidiana —le dijo con una resolución que no admitía contrariedades.

—Es que duele mucho acá dentro —y tocándose el pecho la miró con los ojos nublados.

¿Cómo decirle que la única manera que podía atravesar aquella tempestad era si Mathieu estuviera a su lado? ¿Cómo explicarle que todo el dolor sería más transitable con una caricia suya, y que aquella tristeza que la sofocaba solo podía apaciguarse con un beso de esos que extrañaba con locura?

Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y Alicia corrió a alcanzarle un pañuelo descartable.

La miró tratando de no dejar traslucir su inquietud. Pero Amelia leyó sus pensamientos. Suponía que necesitaría terapia otra vez. Pero gracias a su fobia a las aglomeraciones es que había salvado su vida. De no haber sido por eso, hubiera ido a buscar un cajón y no a su hija. Se lo dijo. Alicia se estremeció.

—De ninguna manera voy a ver a un psicólogo y mucho menos a un psiquiatra. Nunca logré nada con ellos.

—Nadie dice que vuelvas a eso.

—Lo pensaste.

—Amelia, hija, ahora lo importante es que encuentres algo que te interese y escribir sería la mejor terapia para vos en este momento. Creeme. Te lo digo por tu bien. Si querés puedo acompañarte. Es solo avisar en mi trabajo y voy con vos.

—No, dejá mami. Voy a ir —no dejaría que la vieran como la nena

indefensa que parecía.

—¿De verdad?

—Sí. Dame la dirección y la hora. Vos no te preocupes más por mí.

Y con todo el esfuerzo del mundo, se mentalizó para asistir a la reunión con la editorial.

* * *

Salió sorprendida. Estaban encantados con la idea de una versión en francés de su novela, puesto que la editorial tenía un sello asociado en el país galo y veían con buenos ojos realizar un lanzamiento para el año siguiente.

Lo que la dejó angustiada fue que le pidieron una nueva historia. «Cuanto antes veamos un avance, mejor». No estaba en condiciones de ponerse a escribir. ¿O sí lo estaba?

Tenía un torbellino de emociones acumuladas en su interior, que podían aflorar cuando empezara a soltar la pluma. Pero temía que solo pudiera escribir algo sombrío, triste, desgarrador. Porque esos eran los sentimientos que la gobernaban. Solía asociar su escritura a sus estados de ánimo y por ello creía que solo se inclinaría por una prosa oscura y decadente.

Por suerte la frase «lo antes posible» no denotaba una fecha cierta y era subjetiva de los tiempos de ellos y los suyos propios. Y aunque en realidad sabía a qué se referían, lo usaría como argumento a su favor para retrasar cualquier pedido que intentaran hacerle de entregar un borrador.

* * *

Los días en la casa de sus padres transcurrían sosegados. No le exigían nada en absoluto y ella vagaba por los ambientes como un espíritu errante. Dormía hasta la hora que quería, comía solo cuando tenía apetito y ni siquiera se ocupaba de ordenar su cuarto. Se había transformado en una niña mimada sin obligaciones.

Su hermano Agustín desaprobaba aquel comportamiento del que sus padres eran cómplices. Se lo dijo más de una vez. Temía que Amelia se transformara en un ser incapaz de hacer algo por sus propios medios. Hubiera querido que su esposa Marisol, antaño su confidente, pudiera hablar con ella y la aconsejara. Pero el embarazo venía mal barajado y la habían confinado a un reposo absoluto por una pérdida importante que sucedió días después del regreso de Amelia. Por eso, era imposible concretar un acercamiento entre ambas. Apenas si se habían visto en un par de ocasiones.

* * *

Con los días todos iguales, sin distinguir el número o el momento de la semana, llegó la víspera de la Navidad, época en la que Amelia se volvió melancólica sin remedio.

Los preparativos del árbol le recordaron el festival del colegio para elegir el mejor decorado navideño. El perfume del tilo de la vereda de su casa le trajo a la memoria su paseo en La Alhambra. Los días calurosos acarrearon la evocación de la Costa del Sol. Todo era una constante remembranza de situaciones vividas con Mathieu. Al mismo tiempo que crecía en su interior su deseo de volver a verlo, se apaciguaba su tristeza por sus amigos fallecidos, y de a poco se acostumbraba a la idea de su muerte como algo inevitable que ella había logrado esquivar porque el destino así lo había querido.

A pesar de su añoranza por el tiempo pasado, ya se había convencido que tratar de saber sobre Mathieu era una misión imposible. ¿Cómo averiguar sobre la situación procesal de alguien al otro lado del mundo? Involucrar a su madre era impensado. Ni siquiera sabía la verdad sobre ellos y su separación. Estaba claro que pondría el grito en el cielo y no serviría de nada. Aunque una idea recurrente venía a su cabeza: ¿y si alguna vez él trató de contactarla? Su teléfono había desaparecido en el atentado y con él la posibilidad de que Mathieu la localizara. Lo mismo ella, que con el móvil había perdido el número del abogado y su único contacto con él.

Cada vez que su imagen la asaltaba, una punzada en el corazón le recordaba que debía olvidarlo. Que él así lo había determinado negándose a cualquier contacto entre ellos. Recordaba su último llamado al abogado minutos antes de partir a París, cuando el maldito con su voz imperturbable le había indicado que no lo volviera a contactar o se atuviera a las consecuencias legales que iniciaría ¡por acoso! Eso había dado por tierra todos sus deseos de verlo por última vez antes de radicarse en la Ciudad Luz. Qué irónico nombre para mencionar el único lugar sobre la tierra que recordaba como oscuro y cruel.

Ahora, a la distancia, se sentía muy arrepentida de haberse dado por vencida y no seguir intentando obtener una oportunidad de volver a ver a Mathieu. ¡Si ella lo amaba con todo su ser! «Las cosas suceden por algo», se trató de convencer, como se repetía cada vez que su psiquis decaía y recurría a ese mantra que no sabía dónde lo había escuchado, pero que servía a su propósito.

44

Unos días antes de Nochebuena, apareció Marisol de sorpresa en su casa. Se encontraba de licencia laboral pues debía guardar reposo absoluto después del episodio en el que corrió riesgo de perder al bebé. Su enorme panza la precedía.

—¿Qué hacés acá Marisol? ¿El médico sabe que te levantaste? ¿Viniste hasta acá manejando? —Amelia estaba aterrada y no paraba de hacerle preguntas en cuanto la vio.

—Tranquilizate Ame. El obstetra me autorizó a hacer pequeñas salidas y vine en taxi. Quería que me acompañaras a hacer unas compritas de Navidad.

—Pero ¿podés caminar? No sé…

—Vamos acá cerca, a esta hora ya no hace tanto calor y estoy de buen ánimo.

A solo un par de calles de la casa de los Montenegro había un pequeño centro comercial, con los suficientes locales como para satisfacer una compra navideña austera. La costumbre familiar era hacerse presentes sencillos, con lo cual el sitio era perfecto para ello.

Luego de hacerse con unas cuantas bolsitas de regalos, las chicas decidieron hacer un alto y tomar una merienda refrescante.

Apenas se sentaron en la terraza del local, Marisol dijo:

—Ame, la compra de los regalos era una excusa, aunque convengamos que me saqué un peso de encima. La verdad es que quería hablar con vos —Amelia la miraba sorprendida—. Con todo este asunto mío del reposo casi no nos vimos, y sabés que para mí el teléfono no es una alternativa para hablar de verdad.

—Sí Mari, somos iguales. Para mí el teléfono es algo de emergencia. No me gusta charlar a través de un aparato. Ya bastante sufrí cuando estaba allá teniendo que usar Skype.

—Por eso. Creí que lo mejor era que nos viéramos y se me ocurrió lo de las compras para sacarte de la casa.

Amelia la miró con el ceño fruncido.

—No me mires así. Quiero que hablemos como antes, cuando éramos confidentes. Sé muy bien que a tu mamá no podés contarle todo lo que te pasa y te entiendo, porque también en eso somos iguales.

—Sí, está bien. Pero no sé qué querés que te diga... Lo de París me destruyó —y la voz le flaqueó un poco—. Creo que no soy la misma

después de eso. Haber perdido a Caro… Qué sé yo… A veces ni siquiera me lo creo, como si hubiera sido una pesadilla.

—Me imagino que haber estado allá y pasar todo eso es algo recontra traumático. ¿No pensaste en ir a ver a alguien?

—¿Un psiquiatra? ¡No! No quiero que me mediquen, no lo soportaría. Prefiero bancarme las consecuencias así.

—Sos la persona más fuerte que conocí en toda mi vida. Todo lo que te pasó… esto es muy reciente, pero venías de una situación tremenda de hace solo un par de años.

—Lo de Maximiliano ya lo superé. Aunque antes de irme pensé que hubiera sido imposible, lo logré. Pero lo hice gracias a… —y calló de pronto.

—Ame, está bien. Podés decirme lo que sea. No voy a irle con el cuento a Agustín. Nosotras somos amigas además de cuñadas, no pienses que él tiene derecho a preguntarme solo porque sos su hermana. Nunca le contaría nada que vos no quieras que sepa.

Esas palabras la aliviaron. Hacía mucho tiempo que necesitaba desahogarse y contar toda su historia, pero no tenía a quién. Este era el momento que había estado esperando.

—Fue Mathieu. Él logró que superara los peores momentos de mi vida.

—¡Ay! Al fin Ame, al fin lo soltaste. Cuando Agustín me contó que estabas con alguien allá, y que según tu mamá que te había visto en Skype, estabas radiante y te brillaban los ojitos, Agus me dijo «mi hermana se volvió a enamorar». ¡No te imaginás lo que festejé esa declaración!

Mientras Marisol hablaba, Amelia revolvía su batido de durazno con el sorbete.

—Después, cuando de repente decidiste viajar a París, sospeché. Pero no le dije nada a nadie.

—Me había quedado sin trabajo y en París estaban mis amigos —y desvió la mirada hacia el costado con los ojos llenos de lágrimas.

—No te angusties por favor —y pasó su brazo por encima de la mesita para acariciarle la mano—. Quisiera que me cuentes qué fue lo que pasó con Mathieu. Porque estoy segura que no te hubieras ido si solo era por buscar un nuevo trabajo. Tu mamá nos dijo nada más que no había funcionado.

—Porque eso es lo que le dije a ella, es raro que no haya sospechado nada, conociéndome.

—Tal vez prefirió optar por creerte. Pero no le habías dicho la verdad…

—No —hizo una pausa, sorbió de su batido y la miró a los ojos.

—Te escucho. Este lugar cierra tarde y Agustín no viene a casa a cenar porque se junta con unos amigos.

Dos horas completas le llevó a Amelia relatarle su historia con Mathieu. Se despachó con todo lo que tenía guardado y nunca imaginó que podía hablar durante tanto tiempo sin parar.

Le contó de cómo lo conoció, del proyecto del Calvados y de su trabajo de traductora, de la belleza inusual de la que era dueño, de los viajes, de los celos y las discusiones, de cómo había empezado a amarlo… de Luigi.

—¿Así que él te regaló a Luigi?

—Sí. Es increíble que haya logrado rescatarlo.

—¿Rescatarlo?

—Como lo oís. Rescatarlo. Ahora viene la parte terrible de la historia.

Y por fin confesó cómo y por qué habían terminado tan de repente.

—¿Y no te pareció raro? —indagó Marisol cuando Amelia finalizó su relato con los ojos empañados.

—¿Qué cosa?

—Su comportamiento. Ese cambio violento de actitud. La frialdad con la que me decís que te trató en la cárcel.

—No sé… ¡si le habré dado vueltas al asunto! Barajé mil posibilidades, desde esquizofrenia, locura temporal, hasta estrategia del abogado.

—¿Y no pensás que tal vez te estaba protegiendo?

—¿Protegiendo? ¿De qué? ¡Solo de él mismo!

—¡No! Del escarnio público. Serías el objeto de todas las miradas y habladurías del pueblo y no tenías quién te defendiera. Vos misma me acabás de contar que el director falleció y tu jefa se fue del lugar. De pronto te estarías convirtiendo en la mujer de un incendiario asesino. Quiso salvarte de todo eso.

Fue como si a Amelia se le hubiera abierto un sendero que hasta entonces estaba oculto a sus ojos.

—Jamás había pensado en esa posibilidad. Aunque él me dijo lo de la habladurías, que en definitiva resultaron ciertas. Recuerdo sus últimas palabras, sauve toi, que sería, sálvate. Pero entendí que era su manera de decirme que lo dejara en paz.

—¿Te das cuenta de que se sacrificó para no dañarte? Al menos hasta que su situación no se aclarara serías el blanco de todos. He hiciste lo que él quería, alejarte.

—Ay, para vos es fácil verlo todo con tu mirada de psicóloga. Yo no sé qué pensar. La última vez que hablé con su abogado me amenazó para que no volviera a llamar.

Marisol la miraba asintiendo.

—¿Vos decís que eso se lo pidió él? —recapituló Amelia.

—Estoy segura. Necesitaba que te marcharas hasta que resolviera su caso. Aunque supongo que si su situación hubiera cambiado, te

hubiera llamado…

—¡Oh, Dios! Es que yo perdí mi teléfono… en el atentado. Si alguna vez trató de contactarme nunca me enteré —y su cara se transformó en una mueca angustiosa.

—¿Y tu dirección de mail?

—Allá usaba la cuenta del colegio, porque era la que consultaba todo el tiempo así que él solo tenía esa. Yo probé de enviarle un correo a la suya y no existe más.

—Pero tenés los datos de la fábrica. ¿No podés contactarte ahí?

—También lo intenté. La línea telefónica la desconectaron. Tengo entendido que se incendió casi todo el predio y la habrán dado de baja. Obvio que su teléfono móvil tampoco funciona más. Es lo primero que probé estando allá.

—Y con respecto al caso en sí. ¿Qué opinás? No me cierra lo del incendio intencional, habiendo sido acusado antes de lo mismo.

—A mí tampoco me cierra. Como si alguien le quisiera hacer daño… Salvo que sea un verdadero psicópata de película, no lo veo incendiando cosas.

—¿Y qué me decís de la violencia contra tu vecino?

—¿Te digo la verdad? Hasta yo le hubiera partido algo en la cabeza a ese tipo. Me enojé mucho con él con el asunto de que no soy partidaria de la violencia. Pero en el fondo me agradó que lo hubiera apuñeteado —y se le dibujó una tenue sonrisa.

—¿Era muy raro no? Acosándote y espiándote…

—¡Tal cual! Ese sí que encajaba a la perfección en el perfil de psicópata.

* * *

Pierre Garnier había sido el culpable de toda su desgracia.

Luego de los peritajes, las investigaciones y las pruebas obtenidas, las pistas habían llegado hasta el nuevo rodado de Pierre Garnier, cuyas llantas muy poco comunes coincidían con las huellas en el barro del camino que ingresaba al campo de Mathieu. Eso llevó a que se revisaran las cámaras de seguridad de las calles de Villers-Bocage y la de Control de Tránsito de una intersección de rutas a tan solo un kilómetro de la finca. En todas aparecía la imagen del vehículo en la misma franja horaria que se calculaba había ocurrido el inicio del incendio.

Después todo fue muy sencillo. En el interrogatorio Garnier lució en extremo nervioso y sin coartada, quedando como potencial sospechoso.

Para ese entonces Mathieu recordó la conversación que había

escuchado en el supermercado junto a Christophe, donde Celine le hablaba a alguien que no lograron identificar y le mencionaba que debía realizar algo a cambio de dinero, aduciendo que ya no había marcha atrás. Aunque quiso agregar ese dato a la causa, los abogados le indicaron que, al margen de que el otro testigo estuviera muerto, «una conversación con alguien invisible no era probatoria de nada». Él estaba seguro que se trataba de Garnier y que estaban hablando de incendiar su finca.

Dos días más tarde lo interceptaron en la carretera tratando de huir vaya a saber dónde. Y en el nuevo interrogatorio se quebró. Si bien aseguró que las intenciones habían sido amedrentar y que jamás pensó que moriría alguien, confesó su crimen e involucró a quien fuera la instigadora del brutal acto: Celine Favre, dando como prueba un audio de su teléfono móvil del día anterior.

«Eres un inútil. ¿Cómo se te pudo ocurrir ir con tu propio vehículo? ¡Ese automóvil extravagante! ¡Imposible que pase desapercibido! No debe haber otro igual en toda Francia… ¡Inepto! ¡Deberías haber rentado un auto! Ahora es tarde. Por tu bien desaparece pronto o esto será la ruina».

Celine y Pierre, cerebro una y hacedor el otro del terrible episodio en la fábrica de Mathieu.

Ahora que todo estaba resuelto, era demasiado tarde. Amelie ya no estaba y era su culpa. Porque si él no la hubiera rechazado, no habría tenido motivos para irse a París y ahora estaría viva.

«Oh, Amelie, ¿qué he hecho?».

45

La perspectiva planteada por Marisol le llenó la cabeza de nuevas ideas a Amelia. Debía hallar la forma de contactar a Mathieu. Pero no encontraba ninguna. Al parecer el caso se había mantenido en los límites del pueblo porque no aparecía en las búsquedas de Google.

Sin ningún posible contacto, no había manera de ubicarlo y menos aún a once mil kilómetros de distancia.

Por otro lado, el tiempo iba pasando y necesitaba una historia para presentarle a la editorial. Esbozó algunas ideas que de inmediato desechó. Nada. Su mente era una gran hoja en blanco. ¿Y si en verdad ella no tenía pasta para ser escritora y solo había escrito bonito y a cierta gente le había gustado?

Empezaba a dudar en serio de su capacidad creativa y narrativa, hasta que algo sucedió, y fue mientras dormía. Al despertar descubrió que había soñado la historia de su nueva novela, y sin perder un segundo, comenzó a escribir.

Además de redactar un extracto para mostrar en la editorial, escribió los primeros ocho capítulos tentativos de un solo tirón.

Y como las partes de un rompecabezas que van encastrando, esa misma tarde recibió un llamado de su editora.

* * *

Con sus papeles impresos, se dirigió a la reunión.

Como estaba convencida que el motivo del encuentro era saber algo de su próxima novela, se sorprendió mucho cuando le dijeron que en la firma editorial asociada en Francia habían aceptado la propuesta de imprimir la versión traducida de su novela y que se haría una tirada inicial de diez mil ejemplares. ¡Diez mil! Era mucho más de lo que jamás había soñado. Su libro en los escaparates parisinos… increíble.

De todos modos, aprovechó la ocasión para mostrar el adelanto de su nueva historia y la editora la aprobó a grandes rasgos. Pero puso algunos reparos por el lugar donde transcurría el relato. «Quisiera algo más exótico, y si es algún lugar de Francia mucho mejor», le dijo argumentando que quería mantener entusiasmado al público de aquel país.

Esto la dejó algo preocupada, aunque ya pensaría en un nuevo escenario. Pero lo que más la intranquilizó fue que debía viajar a París

para el lanzamiento del libro.

Ella no deseaba volver allí. Los malos recuerdos estaban a flor de piel y no sabía si podría resistirlo. De solo pensarlo se paralizaba.

«Faltan unos meses, mientras tanto puedes hacer terapia para combatir tus miedos», fue la fría respuesta de la despiadada editora en jefe. Susana, su editora personal, fue más considerada y la alentó diciéndole que viajaría con ella, y que todo iba a estar bien.

* * *

El tiempo que pasó hasta la llegada del otoño transcurrió entre los borradores de su nueva novela y sus pensamientos hacia Mathieu.

Sabiendo que regresaría a Francia, su cabeza maquinaba la manera de averiguar sobre él. Tenía su dirección en la finca, pero ni siquiera estaba segura de que siguiera en pie. Podía preguntar en el pueblo, pero dada su repentina desaparición no sabía si sería bien recibida. Además, no tenía idea de lo que había sucedido con Mathieu. Y eso la llenaba de miedo.

A veces se conformaba con pensar en que había sido una hermosa aventura mientras duró. Pero luego recordaba lo ojos azules de Mathieu al mirarla y sabía a la perfección que lo de ellos había sido amor, y del verdadero. De hecho, ella seguía enamorada de él y albergaba en su corazón la ilusión de que, como decía Marisol, la hubiera estado protegiendo al querer quitarla de su vida. Aquella mirada fría y distante no había sido la de su amado, sino la de quien desea generar rechazo en el otro. Y lo había logrado. Pero la distancia y el tiempo no consiguieron afianzar esa idea y ella ahora solo sentía desesperación por él. Una imperiosa necesidad de verlo, sentirlo, tocarlo de nuevo. Y estaba segura de que algo se le ocurriría para recuperar el contacto.

La idea sobrevino en el vuelo a París. Air France tenía montada una impresionante campaña publicitaria de los destinos más populares de Francia. A cada pasajero le entregaban una bolsita que contenía mucha información turística y varios *souvenirs*. Una libreta con descuentos en restaurantes de París, un llavero de la Torre Eiffel, un imán con la imagen del Palacio de Versalles, un pase para conocer una bodega en la región de Champagne, folletos de Lyon, Marsella, EuroDisney… pero algo en particular le llamó la atención. Y Amelia se iluminó de repente.

En sus manos tenía una postal de Mont Saint-Michel, y entonces recordó las palabras de Mathieu: «Mi hermano es sacerdote de la sacristía de Mont Saint-Michel. ¿Conoces ese lugar?» La imagen nítida de su amado se le apareció frente a ella. «Deberías ir en cuanto tengas

un tiempo libre. Es un lugar magnífico».

Habían tenido esa conversación el día que se conocieron. Parecía haber pasado un siglo de aquel entonces. Ella olvidó por completo aquellas palabras hasta el instante en que vio la fotografía del impresionante lugar. Su corazón latió tan fuerte que por un momento pensó que su vecino de asiento en el avión lo había sentido.

La miró a Susana, sentada del otro lado del pasillo, y le sonrió con una alegría que no sentía desde el día en que había regresado del viaje a España con Mathieu, justo antes de que su mundo desapareciera de un soplo. Ella le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros, pues no sabía qué la había hecho alegrarse tan de repente.

46

La primavera no dejaba verse y en París el frío era insoportable. Incluso días atrás había caído una extraña nevisca tardía.

El hotel donde se alojaban era malísimo. En la habitación hacía un frío glacial y Amelia ni siquiera podía desvestirse para darse una ducha.

—¡Esto es inaudito! ¡Voy a bajar a quejarme! —vociferó Susana tiritando.

—Está bien. Si dejamos la ducha un rato abierta, el vapor del agua va a entibiar el ambiente del baño —trató de apaciguar Amelia.

—Este hotel de medio pelo es capaz de cortar el agua caliente después de un rato de uso. No puedo creer que la editorial nos haya mandado a esta pocilga. Y después se la dan de empresa internacional. ¡Haceme el favor! —la editora estaba que trinaba.

—Ellos no tienen por qué saber cómo es el hotel —trató de defenderlos—. Habrán buscado algo de gama media y se ensartaron. Bien sabés que a veces las fotos engañan.

—Hoy en día es fácil averiguar si un hotel cumple con los requisitos. Basta con entrar a los comentarios de los usuarios y leer cuatro o cinco. Ya con eso te das una idea.

—Es evidente que no se tomaron el trabajo…

—Ah, pero me van a oír cuando volvamos —y caminó en el escaso espacio que había—. Mirá, si además del frío que hace acá, las camas están tan pegadas que parece una matrimonial. ¡Qué desastre!

—Bueno, eso no importa, mientras que esté limpio…

—Sí, espero no encontrarme habitantes no deseados…

—Susana, ¡no lo digas ni en chiste!

Listas para salir, y luego de que su editora hiciera un descargo en el libro de quejas del hotel, ambas miraban en el mapa del metro cómo llegar hasta la editorial.

—Me parece que además de escritora, tendrías que trabajar como traductora para la editorial.

Amelia rio con la ocurrencia.

—Lo digo en serio. El año pasado viajaron para acá los directivos para cerrar la incorporación al grupo editorial y ellos por supuesto hablaban solo inglés. A estos franceses no les gusta para nada negociar en otro idioma.

—Y menos en inglés —acotó Amelia con acierto.

—Menos que menos. Así que se contaba que fue una reunión bastante tirante, aunque como el trato les convenía, terminaron cerrando. Hoy todo va a ser más sencillo con una francoparlante como vos.

—Esperemos que así sea.

—Vos traducime todo. Así sea que hablen del clima.

—Quedate tranquila que ya trabajé antes de esto —y sin quererlo, rememoró aquellos días con Mathieu y los españoles.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Entonces se podría decir que la tenés clara.

—No sé si tanto —rio—. Pero me defiendo bastante bien.

La reunión resultó amena y distendida.

Amelia tuvo que firmar un contrato de adhesión nuevo, pues el anterior había sido transitorio solo para que pudieran mandar a imprimir los ejemplares. Además asentó en un documento ante escribano su pseudónimo y la correspondencia con su verdadero nombre. Por supuesto, usaría el mismo que con su novela en español: Ivonne Mont. Ivonne era su segundo nombre y lo había elegido porque casi nadie conocía ese dato. Y Mont, la abreviatura de su apellido.

También hizo poner por contrato que en su biografía no se dieran a conocer datos significativos o demasiado precisos. Por ejemplo, se podía decir su edad pero no la fecha de su nacimiento, o que era argentina pero no dónde residía. Lo mismo había hecho en su país y quería mantener aquellos lineamientos.

Siempre pensó que alguna vez alguien le preguntaría qué motivos tenía para tanta reserva, y fue el gerente de la editorial francesa quien lo hizo.

—Soy una persona muy tímida y además, celosa de mi intimidad. Creo que no podría lidiar con la inevitable interpelación de los lectores. ¿Hay algo de autobiográfico? ¿Eso te ha pasado a ti? ¿Conoces a alguien como el personaje principal? —y sonrió—. Prefiero contestar esas preguntas manteniendo a Amelia separada de Ivonne.

Dejaba claro que su vida privada jamás sería revelada.

—¿Y a mí me responderías alguna de esas preguntas? He leído el libro y estoy sorprendido con la historia.

—¿Ha leído mi libro?

—Por supuesto. Vino con tantas recomendaciones que tuve que hacerlo. Pero aún no me respondes… —y la miró insinuante.

—¿Ve lo que le digo? —Amelia lo trataba con mucha formalidad a pesar de que el gerente ostentaba casi su misma edad, pero quería mantener las distancias.

Era muy raro que se pusieran aquellas condiciones por contrato y él se lo dejó saber. Pero no lograría sonsacarle nada. Cuando le dijo que intuía en que se convertiría en una escritora *best seller*, Amelia solo

sonrió.

47

La presentación del libro se haría tres días después, el sábado. En lugar de pasear por París como era el deseo de su editora, ella había pensado en otra cosa.

No deseaba vagabundear por la ciudad que tantos recuerdos desgarradores le traía y decidió que viajaría a Mont Saint-Michel. Debía encontrar al sacerdote hermano de Mathieu, del que por desgracia no recordaba el nombre. ¿Habría muchos religiosos en la congregación?

Buscó la manera más sencilla de viajar sin necesidad de contratar un tour. Había un tren hacia Rennes que salía muy temprano en la mañana. Lo prefirió al que llegaba a Caen, pues no quería volver a pisar esa ciudad estando sola. Así que compró un boleto por internet.

No le dio demasiadas explicaciones a su editora, diciéndole que visitaría a viejos amigos de su última estancia en Francia. Y que era posible que se quedara una noche con ellos. Susana le recomendó que regresara con tiempo. No quería imprevistos el día de su presentación.

La llegada a Mont Sain-Michel estuvo colmada de expectativa. El corazón le latía con fuerza, tanto que lo escuchaba retumbar en sus oídos. Y una sensación extraña en el estómago la acompañó durante todo el trayecto.

No sabía con quién hablaría o a quién le consultaría… ¡el hermano de Mathieu ni siquiera llevaba el mismo apellido!

Llegar al monasterio no fue sencillo. El TGV la dejó en la estación de Rennes y allí debía tomar un autobús hasta Mont Saint-Michel. Pero llovía tan fuerte que el servicio estaba interrumpido hasta nuevo aviso.

Se quedó en el bar de la estación tomando un desayuno tardío y mirando el diluvio que caía afuera.

Una hora más tarde anunciaban por parlante la reanudación de los servicios. La salida de su bus ocurriría en diez minutos y ella se preparaba para el encuentro más trascendental de su vida.

Pero todavía quedaba más. Desde que bajó del autobús en el pueblo cercano a la bahía donde se halla el montículo hasta que arribó, tuvo que caminar, luego tomar un ómnibus especial y volver a caminar unos quinientos metros más. Es que el Mont Saint-Michel era un área protegida y no podían acercarse los vehículos. El clima estaba húmedo, ventoso y no ayudaba. El paraguas se le daba vuelta así que

prefirió la leve garúa.

El horario de llegada no fue el más conveniente. La secretaría había cerrado a las doce y recién reabría a las tres de la tarde. Entonces decidió que buscaría alojamiento. No iba cargada, apenas con una mochila que contenía una muda de ropa y que no le estorbaba en lo más mínimo.

En ese momento había dejado de llover así que decidió caminar por las callecitas internas que circundaban la abadía, buscando un lugar donde quedarse a pasar la noche. La expectativa por el encuentro con el monje había hecho que no se percatara del increíble lugar al que había llegado aunque la tormenta tampoco había ayudado en ese aspecto.

Encontró un pequeño hotel y se aventuró a preguntar por una habitación.

—Está usted de suerte, señorita. Se acaba de desocupar un cuarto, y lo están aseando en este momento. El problema es que…

—¿Cuál? ¿Cuál es el problema? —se impacientó Amelia.

—Que solo estará libre esta noche, mañana hay una reserva firme y el hotel por el momento está completo.

—Ah… —suspiró aliviada—. Lo tomo. Solo me quedaré aquí una noche. ¿Vio? Salimos ganando los dos.

El conserje le brindó una amplia sonrisa y la invitó a esperar en la pequeña sala de estar junto al *lobby* ofreciéndole un café, que ella aceptó gustosa.

Media hora más tarde accedió a la habitación y se recostó en la cama de apenas una plaza. En ese momento le resultó la gloria debido al cansancio y los nervios acumulados desde que había llegado al país. Ya eran casi las dos de la tarde y no había probado bocado, pero a pesar del ruido proveniente de su estómago, no sentía apetito.

Cerró los ojos un instante y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. El vello de sus brazos se erizó y una especie de electricidad le subió por la columna vertebral hasta la nuca. ¿Qué había sido aquello? Abrió los ojos y se quedó expectante. Nada. Ningún ruido. Ni siquiera una mínima corriente de aire. Silencio y calma absolutos. Cerró los ojos otra vez y se quedó dormida.

Despertó sobresaltada. Sus ojos se abrieron de golpe como si hubiera sentido un sacudón. Le costó entender dónde se hallaba. Miró el reloj. ¡Había dormido por dos horas! Se levantó de un salto y fue hasta el lavabo para refrescarse la cara.

Tomó su abrigo, pues era una primavera fría y traicionera, y salió del hotel hacia la entrada del monasterio.

En la secretaría había una monja que escribía sin parar en una computadora. Al verla parada en el umbral de la puerta, la hizo entrar.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Mire, le va a parecer algo extraño. Estoy buscando a un sacerdote…

—¿Y qué tiene de extraño eso? Ha llegado al lugar indicado.

—Es que estoy buscando a uno en particular pero no sé su nombre.

—Eso no es problema. No somos muchos aquí y aunque soy bastante nueva en esta sede, los ubico a todos. Dígame a grandes rasgos su aspecto físico y yo sabré orientarla.

—Es que… tampoco lo conozco en persona.

—Ah, bueno, ¡eso sí que es raro!

—¿No le había dicho eso antes?

La hermana la miró seria.

—Disculpe, por favor, estoy muy nerviosa. Le voy a explicar. He perdido el contacto con alguien y sé que su hermano es monje de esta congregación. Necesito verlo para saber si me puede ayudar a contactarlo.

—Bien. Pero si es su hermano, sabrá su apellido…

—¡Es que tienen diferente apellido! Son hermanos por parte de la mamá, ¿sabe? Y creo recordar que el sacerdote es unos diez o doce años mayor. Quien yo busco tiene treinta y cuatro, así que él rondará los cuarenta y cinco.

—¡Pero si yo conozco esa historia! Usted está buscando al padre Pat.

—¿Perdón?

—Patrice es su nombre, pero para todos es el padre Pat. Aguárdeme aquí que iré a buscarlo.

—¡Oh! No sabe lo agradecida que estoy…

—Enseguida vuelvo con él.

Diez minutos más tarde, la monja regresaba sola.

Amelia se descorazonó.

—El padre Pat está impartiendo la confesión en la capilla. Le indicaré el camino y podrá esperarlo allí.

—Le agradezco mucho.

Amelia caminó por los pasillos medievales, observando la antigüedad de aquellas paredes de piedra, y aunque su corazón galopaba desbocado por la emoción, no podía dejar de admirar aquella increíble edificación en medio de una isla inundable.

Cuando llegó a la puerta de la capilla detuvo su paso. Miró hacia el interior pero la luz de afuera le impedía ver algo. Se acercó con sigilo y apenas traspasó el pórtico divisó el confesionario de madera tallada. Se acercó despacio, pero no había nadie alrededor esperando para confesarse. Cuando estuvo apenas a un metro del cubículo descubrió que adentro tampoco había nadie.

Entonces recorrió su entorno con la vista y en la otra esquina del

ala central de la capilla vio a dos hombres conversando, sentados en uno de los largos bancos que ocupaban la hilera de asientos.

Se mantuvo a distancia, solo comenzó a acercarse cuando vio que se despedían y el cura le daba unas palmaditas en la espalda.

Al llegar a su lado se encontró con un sacerdote joven, de cara agradable y una barba castaña que cubría la totalidad de su rostro. De ninguna manera ostentaba los cuarenta y cinco años que debía tener. En la penumbra pudo distinguir sus hermosos ojos verdes que la escrutaban de manera amigable.

—¿Viene a confesarse?

—Oh, no. Vengo del confesionario pero no había nadie.

—Es que nosotros confesamos aquí, es más ameno. Pero estoy confundido. Viene del confesionario aunque no va a confesarse.

—Perdón, lo siento. Qué torpe soy. Es que estoy buscando al padre que está confesando.

—¡Entonces dio con el indicado! Soy el padre Patrice, pero todos me dicen Pat. Bueno, todos menos mi hermano —dijo pensativo.

Oír la palabra «hermano» le generó a Amelia un sinfín de sensaciones encontradas. Y la emoción pudo más, ocasionándole un pequeño vahído que hizo que el sacerdote debiera tomarla de ambos brazos.

—¿Se siente bien? Venga, vamos afuera. El aire fresco le hará sobreponerse.

Caminaron con lentitud hacia la salida, Patrice tomándola del brazo por temor a que se desvaneciera ahí mismo.

La luz del día les dio de lleno en los rostros y ambos taparon sus ojos con las manos en un acto reflejo.

Él la acompañó hasta un banco de piedra en la pequeña explanada externa e hizo que se sentara. Se acomodó a su lado y esperó a verla repuesta.

Amelia, con la cabeza gacha, inhalaba y exhalaba bocanadas de aire.

—¿Necesita tomar agua? Puedo traerle si…

—No, gracias —y ella levantó el rostro hacia Patrice—. Ya estoy mejor.

—¡Pero Dios Santo! —el sacerdote se paró de un salto, mirándola con los ojos tan abiertos como era posible.

Amelia lo observaba sin comprender. Parecía que había visto a un fantasma.

Para salir de la incomodidad del momento, intentó presentarse.

—Yo… Yo soy…

—¡Amelie! ¡Por todos los Santos! ¡Eres Amelie!

48

Estaba atónita. Se miraron durante un instante que pareció una eternidad.

Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así y eso le revolvió antiguos recuerdos. Pero lo que más la sorprendió era que el monje supiera quién era ella. Y menos aún comprendía su exaltación.

—Sí… soy yo. Vine para…

—Pero tú estás… estabas muerta. Amelie falleció en el atentado de París. ¡Yo leí ese registro! —dijo asustado.

Amelia entonces entendió.

—Cálmese, le voy a explicar lo sucedido. Pero necesito primero que me diga cómo supo que era yo.

—Estás en varios portarretratos en casa de mi hermano.

Escucharlo decir eso le dio un vuelco al corazón. Después de todo, no la había olvidado.

—Por favor, dime qué ha sucedido, no comprendo nada…

—Trataré de contarle. En aquel episodio —y tuvo que tragar saliva dos veces para serenarse— murió una amiga mía que llevaba consigo mi documento. Fue una confusión del ministerio público, lo encontraron y creyeron que se trataba de una persona fallecida. Llevó varios días lograr que quitaran mi nombre de la lista, pues me hallaba indocumentada y tuve que volver a tramitar mi pasaporte para dar a conocer que seguía viva.

—¡Oh, por favor! ¡Esto es terrible! ¡Mathieu cree que has muerto!

—¡Por Dios! —ella caía en la cuenta de algo en lo que jamás había reparado.

—¡Es lo que digo! ¡Hay que avisarle ahora mismo! —y mientras exclamaba se agarraba la cabeza con ambas manos.

—¡Espere! Por favor, espere un momento. Siéntese aquí otra vez —y el cura le hizo caso—. Vine hasta este lugar tratando de buscar a Mathieu y saber qué sucedió con él. Esto es una novedad que estoy tratando de procesar. La última vez que lo vi, me pidió que me alejara porque ya no quería saber de mí. Eso me dolió demasiado. Yo estaba dispuesta a… —y el llanto le ganó de mano.

—No llores por favor. Háblame. Dime todo lo que necesites decir.

Entre sollozos y espasmos, Amelia continuó:

—Yo estaba dispuesta a que me explicara. Necesitaba saber toda la verdad de su propia voz. Pero en lugar de eso, me encontré con un ser

frío que me despachó. En ese momento de dolor supuse que las acusaciones serían ciertas y se me partió el corazón. De pronto me hallé sola, en un lugar extraño, sin poder refugiarme en un abrazo amigo. Y me marché creyéndome rechazada por el hombre que amaba y que hasta ese momento suponía que me amaba también. Encontré apoyo en mis amigos de París, pero al poco tiempo ocurrió el atentado donde ellos murieron y me desmoroné por completo. Vino mi madre desde Buenos Aires a rescatarme y perdí todo contacto con él, para siempre —la voz de Amelia era entrecortada, y los nervios le estaban jugando una mala pasada, por lo que su francés no era el mejor en ese momento.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Tiempo después, ya en Buenos Aires, me sinceré con mi cuñada, con quien solíamos ser confidentes. Ella me abrió los ojos haciéndome ver la posibilidad de que Mathieu hubiera querido protegerme de todo mal, haciéndome creer que yo no le importaba para alejarme del daño que podría sufrir producto de estar a su lado en aquel momento.

—Y cuánta razón tuvo tu confidente…

—¡Oh! —Amelia lanzó un llanto estremecedor que hizo que Patrice la abrazara con fuerza.

Lloraba por ella, lloraba por Mathieu, pero por sobre todas las cosas, lloraba por el amor perdido en la nebulosa del tiempo.

Cuando estuvo un poco más calmada, fue el turno de hablar de Patrice.

—Ay, mi querida Amelie, te lo contaré de manera breve. Tú sabes, en lo más profundo de tu corazón, que Mathieu nunca podría haber sido el hombre que perpetró aquellas acciones —ella asintió con la cabeza—. Bueno, lo cierto es que sí fueron intencionales.

Amelia lo miró incrédula.

—Nos costó mucho tiempo y esfuerzo, pues la justicia es muy cómoda a veces y prefiere resolver sin buscar a fondo la verdad. El asunto es que con ayuda de gente importante de mi congregación, conseguimos que se rastrearan los indicios como corresponde. Con la colaboración del agente a cargo de la investigación inicial, como verás y gracias a Dios, siempre hay buenos, logramos hallar al artífice del incendio. Luego todo fue sencillo, pues las piezas se fueron acomodando solas. Y por fin exoneraron a Mathieu de todos los cargos y hasta ha recibido un resarcimiento económico.

—Pero quién… ¿quién fue capaz de cometer ese crimen?

—Celine Favre.

—¡Oh! —Amelia se llevó ambas manos a la boca —en algún momento había tenido una intuición sobre ella.

—Sé que la has conocido bien. Mathieu me lo contó. Es una mujer con problemas psiquiátricos graves.

—No lo puedo creer… —su semblante empalideció al recordar la amenazadora nota que le dejara y que en algún momento su mente había decidido olvidar.

—Tranquila, está custodiada y ya no podrá seguir haciendo daño. ¿No quieres que entremos? Aquí está demasiado fresco. Haré té —hizo el gesto de pararse para que ella lo imitara.

—Sí, está bien. Un té me vendría perfecto en este momento.

Sentados en la amplia mesa de madera de la cocina de la abadía, retomaron la conversación mientras Patrice servía el té.

—¿Entonces Celine inició el incendio?

—No, ella fue la instigadora. Pero se cree que del primero, aquel en el que falleció…

—Sí, lo sé —interrumpió Amelia.

—Bueno, al parecer de ese incendio se está terminando de establecer si fue ella la autora material.

—¿Y el segundo? No comprendo.

—Temiendo involucrarse demasiado, decidió implicar a alguien más. Estaba enferma de odio y celos, y buscó a quien podría ayudarla: Pierre Garnier.

—¡Mi vecino! —se horrorizó.

—Exacto. Él fue el autor material del incendio y por eso fue procesado. Reconoció haber recibido una gran suma de dinero de Celine aunque nunca pensó que moriría alguien. A ella se la acusó de ser la autora intelectual y veremos si se la encuentra responsable del primero. Pero está internada en un neuropsiquiátrico, custodiada, a la espera de la resolución definitiva.

—No lo puedo creer… Esto solo pasa en las películas —Amelia estaba aterrada.

—Gran historia para una novela policial. ¿Tú escribías cierto?

—Sí. Vine a París a presentar un libro.

Patrice la miró con admiración.

—Mi hermano no salió bien de esto. Lo ha perdido todo. La fábrica, la plantación, la casa, a ti…

Amelia abrió la boca para decir algo, pero calló. A pesar de su enojo por haberla separado de su lado, se daba cuenta de que a nada conducían ahora los reproches. Ambos habían sufrido las consecuencias del accionar de seres inescrupulosos, cuyas mentes enfermas lograron arruinar las vidas de dos personas que se amaban con locura. Y suponía que lo sucedido ya era irreparable.

—¿Y cómo está él ahora?

—Sobreviviendo. Al quedarse casi en la ruina para pagar los juicios y las indemnizaciones, tuve que ayudarlo como podía. Ahora vive en un pequeño poblado cerca de aquí. Se las apaña con muy poco, créeme. Su idea es dedicarse a la restauración de libros. Está haciendo

un gran trabajo con unos antiguos tomos de esta abadía.

Entonces Amelia recordó su bello ejemplar de Romeo y Julieta.

—¿También perdió sus libros en el incendio?

—Por suerte no, porque el siniestro ocurrió del otro lado de la propiedad. Los trajo a Pontorson. Destinó todo el dinero indemnizatorio que el Estado le ha dado para comprar la casa. Es una pequeña vivienda, pero tiene un amplio parque. Le ha llevado varios meses repararla. En la parte trasera, separado de la casa, tiene el taller de libros, como le llama él.

—Necesito verlo.

—¡Por supuesto! Pensé que nunca lo dirías. Podemos ir hoy mismo, si es que así lo deseas. Tiene derecho a saber de ti cuanto antes, si puedo dar mi opinión.

—Claro. A eso vine. Quería… mejor dicho, necesitaba hablar con él más allá de la situación en la que se encontrara. Y ahora que lo sé todo, siento unos deseos irrefrenables de abrazarlo —Patrice sonrió por su sinceridad—. Aunque aún siento dolor porque no confió en mí lo suficiente como para haberme permitido quedarme con él y acompañarlo… Las cosas hubieran sido muy diferentes si tan solo…

—Amelie, querida, ambos sufrieron demasiado. Ahora es tiempo de avanzar.

—Tal vez sea demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde. ¿Estás dispuesta a intentarlo?

Una nueva esperanza nacía en su corazón desarmado.

—¡Claro que lo estoy!

Cuando se disponían a salir, se animó a preguntar:

—¿Él no está con…?

—¿Con otra mujer? ¡Oh, no! Qué va… Por el momento solo vive de los recuerdos.

—Yo suprimí mis recuerdos. O quise intentar hacerlo. ¡Si supiera cuánto sufrimiento soporté!

—Y no te imaginas él, cuando supuso que habías muerto.

Amelia se quedó callada. Al menos ella sabía que él andaba por ahí, en algún lugar. Él, en cambio, había enterrado aquella esperanza.

—Vamos, salgamos antes de que anochezca.

49

Los colores del atardecer teñían todo de un color rosado. La tormenta se había retirado hacía varias horas y el verde de los campos parecía hacerse más nítido. Las aves regresaban chillonas a sus nidos y la brisa que traía el mar impregnaba el aire.

Habían tardado más en salir de Mont Saint-Michel y llegar al vehículo de Patrice, un viejo Citröen amarillo, que lo que duró el trayecto hasta la casa de Mathieu en la cercana Pontorson.

Amelia no podía creer que aquello estaba sucediendo. Tenía chuchos de frío pero sentía un calor sofocante que subía por su pecho. Se frotaba las manos y no dejaba de mover los pies.

Patrice le habló intentando tranquilizarla.

—Yo tampoco puedo más de los nervios. Si para mí fue un sacudón, que ni siquiera te conocía, no sé qué pueda sucederle a mi hermano.

—Me asusta un poco su reacción, para ser sincera. Yo estoy a punto de explotar de los nervios, pero para él será un shock — el monje asintió.

De verdad temía por la salud de Mathieu. Pero otra manera para que se encontraran era impensada. Debía suceder así.

Con lo ruidoso que era el mamotreto del coche, le dijo a Amelia que estaba seguro de que Mathieu los oiría desde adentro, aún si se hallaba en el taller, lo que la puso más nerviosa todavía.

Al llegar, divisaron una casita simple, de solo una planta y con paredes blanquísimas. Las ventanas estaban abiertas, y aunque ya oscurecía, no se veían luces encendidas en el interior. Adelante, un caminito de canto rodado separaba dos mitades de césped bien corto y un par de pequeños árboles cortaban la monotonía del espacio. La casa no cubría el ancho del terreno, dejando una franja en el costado derecho que se perdía hacia la parte trasera.

Patrice estacionó el auto en la puerta. Amelia no podía más de la ansiedad, pero su coquetería hizo que se detuviera a mirarse en el espejo del acompañante antes de bajar. No estaba en su mejor momento. Había llorado tanto que unos surcos enrojecidos remarcaban el contorno de sus ojos color miel.

—No reparará en ello —le dijo el cura y a ella se le encendieron las mejillas por la vergüenza de que hubiera notado su vanidad.

Llegando al umbral de la casa luego de atravesar el jardín delantero, la puerta se abrió de repente. Una mujer joven salió a su

encuentro.

Amelia casi sufre un colapso. ¡Estaba con una mujer! ¿Pero qué era lo que le había dicho el monje? ¡Maldita idea de ir sin avisar! A punto estuvo de darse la vuelta para regresar al automóvil, cuando Patrice la tomó del brazo.

—Hola Juliette, ella es Amelie.

—Hola, un placer. Mathieu me pidió que viniera a recibirte. Oyó tu coche desde el taller —rio.

—Lo sé, es algo escandaloso el pobre.

—No sabía que Mathieu esperaba visitas. No ha dicho nada —dijo haciéndolos pasar a la casa.

—Es que no nos espera. Es una… es una sorpresa —adujo Patrice.

—Pasen entonces, vendrá en un momento.

—Oh, no. No queremos interrumpir. Mejor será que vengamos mañana… —y Amelia de nuevo intentaba volver al vehículo.

—¡Pero si ya estamos aquí! No hagas caso Juliette, es que está algo nerviosa.

—Mi esposo y yo ya nos vamos. Él quiso traerle un libro que era de su madre cuando era pequeña. Quiere restaurarlo para nuestra hija —y se tocó el vientre que no mostraba preñez alguna—. Cuando nazca dentro de seis meses —aclaró.

A Amelia aquella declaración le regresó el alma al cuerpo.

—Esperaré a Paul aquí afuera. Ellos vendrán desde el jardín trasero. Un gusto en conocerte, hasta pronto.

—Iré a saludar a Paul —dijo Patrice.

Ambos salieron dejando a Amelia sola en el pequeño comedor. Enseguida escuchó los saludos, y entre ellos la voz de Mathieu. El corazón se le detuvo.

«Estás ahí mi amor, te encontré por fin».

Por la puerta entreabierta apareció él. Imponente, bello y sencillo. Como siempre. Como Amelia lo guardaba en su memoria.

Detrás venía Patrice, como custodio, observando atento la escena y esperando que la mole de su hermano no cayera sobré él con la primera impresión.

Entonces la vio. La miró como quien trata de enfocar la visión. Su cuerpo tambaleó pero logró asirse del marco de la puerta con ambas manos. Trató de hablar pero solo balbuceó algo inentendible. Siguió inmóvil en el umbral de entrada. Detrás permanecía el sacerdote, también estático, como si fuera su sombra.

De pronto estiró su brazo derecho y Amelia observó la piel chamuscada de su mano. Corrió y la tomó entre las suyas, besándola. Entonces Mathieu rompió en un llanto infinito, largando toda la angustia contenida de los últimos meses.

Sin agotar sus lágrimas, se acercó a la pequeña Amelie. Su bella

Amelie. Le acarició el cabello con la mano que le quedaba libre. Lucía más corto y unas mechas caían sobre sus ojos de miel. Llevó la cabeza de ella sobre su pecho, apretándola tan fuerte como pudo, como necesitando sentir que era real, que estaba de verdad ahí en su casita de Pontorson.

Los sollozos no cesaban y el pelo de Amelie se humedecía con sus lágrimas. Ella sentía el latido del corazón de Mathieu como un redoble de tambores en su oído.

Para entonces, y viendo que la salud de su hermano no corría peligro, Patrice se había retirado al jardín delantero, brindándoles el espacio de intimidad que necesitaban.

Cuando por fin Mathieu logró amainar su avalancha lacrimógena, se separó apenas de Amelie, y sosteniendo su rostro entre ambas manos, intentó hablar.

—¿Qué…? ¿Cómo es…? ¿Cuándo…?

—Shhh… No digas nada —le dijo con los ojos inflamados por haber llorado a la par de él—. Solo abrázame, abrázame mucho. ¡No sabes lo que ansiaba sentirte pegado a mi cuerpo!

Mathieu hizo lo que le pedía. La rodeó con sus brazos y la llevó hasta su altura, hundiendo el rostro en su cuello delicado. Aspiró, absorbió su aroma como solía hacerlo en los viejos tiempos. Ella seguía oliendo a flores silvestres. Sus almas se transportaron a aquellos días felices cuando se creían invencibles, cuando pensaban que su amor lo era todo y nada podía quebrantarlo. Pero de repente ambos volvieron a la realidad y la bajó con delicadeza.

Amelie pareció haber despertado de un sueño, tan a gusto se hallaba pegada a su cuerpo. Él le habló por fin.

—¡Te creía muerta, Amelie! ¡No sabes lo que fue para mí leer tu nombre en esa lista! Pensé que todo había acabado. Si no fuera por mi hermano, te juro que no estaría aquí.

—Lo sé, me lo ha contado en detalle. Ven, sentémonos.

Juntos se dirigieron al sencillo sofá de color marrón junto a la pared.

Amelie lo tomó de las manos y prosiguió.

—Todo fue una gran confusión. Nunca imaginé que te hubiera llegado esa información errada. Mi amiga Carolina guardaba mi documento en su mochila. Ella… ella sí murió. Y su novio Florian también.

—Pero claro, los recuerdo. De nuestro viaje a España.

—Ellos me ayudaron mucho cuando me mudé a París. Eran lo único que me quedaba antes de regresar a Buenos Aires.

—Entonces volviste a tu país…

—Sí.

—¡Perdóname! No sabes cuánto me arrepentí de lo que hice cuando

viniste a visitarme a la prisión. Yo… yo no sabía qué hacer. El abogado me había dicho que mi situación era muy delicada. Yo no quería que pasaras por todo aquello…—y comenzó a llorar otra vez.

—¡Pero hubiera tratado de ayudarte de alguna manera! ¡Aunque más no fuera acompañándote! —y las lágrimas volvieron a brotar también en ella—. ¡Yo te amaba!

Ambos sollozaban mirándose y tomados de las manos.

—¡Yo también te amaba Amelie! ¡Yo aún te amo! —y bajó la cabeza, apoyando la frente en las manos de ella, con un llanto ahogado y sufriente.

—También te amo, Mathieu.

Él levantó su cabeza y la miró a los ojos, que habían mutado a un tono verdoso como siempre le ocurría cuando lloraba. Los de él estaban claros como el agua de un manantial.

—¿Me perdonas por lo que te he hecho? ¿Lo haces? Porque ahora que te sé viva, no sabría seguir sin ti.

Ella le acarició la mejilla y recorrió su barbilla con los dedos.

—Yo tampoco sabría seguir sin ti.

Sus bocas se unieron en un beso salado, desesperado. Los cuerpos se pegaron y las manos parecieron traspasar los límites del otro. Era como si el tiempo se les acabara. Aunque a partir de aquel momento, todo lo que tenían era eso, tiempo. Tiempo para sanar, para reconocerse, para salir adelante. Tiempo para volver amar, para volver a vivir.

La tempestad había cesado para darle por fin, paso a la calma.

EPÍLOGO

Amelie despertó de pronto. Miró angustiada a un costado y suspiró tranquila. Él dormía apacible a su lado. Había pasado un año exacto desde su reencuentro, pero a veces seguía teniendo esos despertares exaltados, temiendo que todo fuera un sueño.

Aún recordaba aquella mañana, cuando casi llegó tarde a la presentación de su propio libro por haberse quedado con Mathieu en la casita de Pontorson.

Ahora se hallaban de visita en Buenos Aires y ella tenía la presentación de su nueva novela, ambientada en la abadía de Mont Saint-Michel.

—¡Mathieu! ¡Nos quedamos dormidos!

—Qué raro tú llegando tarde a tus presentaciones. No quiero vérmelas con tu editora como la otra vez.

—¿Te acuerdas? Estaba pensando en eso. La pobre no entendía nada. Casi da aviso a la policía.

—Es que fuiste muy desconsiderada. Mira que no llamarla para decirle que no volverías al hotel a dormir…

—Ya lo habíamos hablado. Le había dicho que era posible que no volviera esa noche. Incluso me vio armar la mochila con una muda de ropa.

—Pero es que te quedaste conmigo dos noches, no una.

Amelie sonrió al recordar los intensos y apasionados momentos vividos esos días.

—Pobre Patrice, lo echamos de tu casa sin siquiera decir una palabra.

—Mi hermano es muy sabio. Y no precisó palabras para entender lo que necesitábamos.

—Me hubiera gustado que estuviera aquí hoy.

—Lo sé, pero no se le hace tan fácil separarse de su congregación. Prometió que irá a París cuando presentes este mismo libro traducido al francés.

—Ya casi lo termino. Creo que será pronto.

—¿Me recuerdas algo de esas noches de reencuentro? Es que tengo mala memoria —dijo él con picardía.

—¿Y si llegamos tarde?

—Yo me las apaño con Susana… —y comenzó a besarle el escote.

—¿No era que no querías problemas con ella? —le respondió con los ojos ya cerrados y abandonándose a las caricias de su amado.

—¿Por esto? ¡Por esto me enfrento al mundo entero!

Y ya no hablaron más. Luego verían qué excusa darían si llegaban

unos minutos después de lo acordado. Ahora solo deseaban sumergirse en la tempestad de la pasión.

20 años después…

—Buenos días, ¿es aquí el taller del señor Mathieu Abbot? —consultó el muchacho.

—Sí, es aquí —le respondió la jovencita de ojos color del tiempo—. ¿Tu nombre es…?

—Olivier. Hace dos meses tomé una cita con él. Me han dicho que es el mejor restaurador de todo el país y valía la pena la espera.

—Es vedad, no te han mentido. ¡Y no lo digo porque sea mi padre!

—¿Tu padre? Debes estar orgullosa.

—Lo estoy. En esta casa amamos los libros. ¿A ver? ¿Qué traes? —preguntó con curiosidad.

—No es un libro tan viejo, pero se ve que estuvo mal guardado porque está algo estropeado. Era de mi abuela. Ella falleció hace muchos años. Lo encontré en el ático de mi casa y lo devoré en solo dos días. Es que estudio español y me ha ayudado mucho.

Isabelle tomó el libro que le entregaba el apuesto joven.

No pudo salir de su asombro al descubrir que se trataba de un ejemplar de la primera edición en español de la novela de Amelie. Aquella que había pagado de su propio bolsillo, cuando era una perfecta desconocida y publicaba con su verdadero nombre.

—¿Sabes quién es la escritora? —preguntó ella divertida.

—La verdad que no. Amelia Montenegro. No me suena.

Isabelle sonrió. Abrió el libro y reconoció la fina caligrafía de su madre, dedicándole con mucho afecto el ejemplar a alguien con su mismo nombre.

No dijo nada e hizo pasar al muchacho al taller de su papá. Ya habría tiempo para hablar de la historia.

FIN

AgRAdecimientos

A mi familia que siempre me banca en esta aventura.

A todas mis amigas (son muchas para mencionarlas una por una, ¡no se enojen, saben cuánto las quiero!) por acompañame en cada feria del libro o presentación de mis novelas.

A Kari Almada y Vane Spinelli por los almuerzos y charlas de café compartidos entre confidencias.

A mis colegas y amigas de *14 Corazones a través del tiempo* por dejarme compartir con ellas una experiencia increíble y maravillosa.

A Olga Noemí Sánchez, mi nueva lectora cero, por aceptar leerme y opinar de mi trabajo con tanta responsabilidad.

A Mabel Victoria Pérez (Nora Roberts Argentina) por el apoyo incondicional y el amor puesto en la presentación de Secreto compartido.

A Mónica Cabeza y Adriana Díaz (Grupo Patagónico de Lectura) por brindarme tanto cariño y complicidad cuando viajé a Neuquén.

A Verónica Ruiz Díaz (Lectoras/es de Rosario y alrededores) por recibirme en su ciudad y acompañarme tan afectuosamente.

A Andrea Viveca Sanz (Contarte Cultura) por ese toque mágico en las notas que me hizo.

A Gabriela Lucatelli (Horizonte Literario) por difundir mis obras con tanta consideración.

A Laura Barrios (Mi Juanita) por las cosas bellas que hace con tanto amor.

A Eme, Lau, Marta, Mimi y Victoria (Septiembre Romántico) por considerarme y hacerme parte de la edición 2019.

A todos los grupos de lectura, reseñadoras y lectoras, que con sus comentarios ayudan cada día a divulgar esto que hago con tanto amor.

Gracias perpetuas ♥.

Hace tiempo leí una declaración de **Julio Cortázar** y desde entonces me ronda en la cabeza porque siento lo mismo que él, palabra a palabra. Ahora quiero compartirla con ustedes:

"Y cada día que pasa me parece más lógico y más necesario que vayamos a la literatura —seamos autores o lectores— como se va a los encuentros más esenciales de la existencia, como se va al amor y a veces a la muerte, sabiendo que forman parte indisoluble de un todo, y que **un libro empieza mucho antes y mucho después de su primera y de su última página**."

Índice

Prólogo7
Primera parte.
Morir por dentro……11
Segunda parte.
Resurgir de las cenizas……..95
Tercera parte.
Volver a amar169
Cuarta parte.
Desaparecer para siempre261
Epílogo339
Agradecimientos343